

«En Berlín Oriental las preguntas son peligrosas.
Las respuestas pueden matar».

HIJOS DE LA STASI

DAVID YOUNG

HarperCollins

**HIJOS DE LA
STASI**

DAVID YOUNG



Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Hijos de la Stasi
Título original: Stasi Child
© 2015, David Young
© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Traducción del inglés de Carlos Jiménez Arribas

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Ibérica, S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: www.blacksheep-uk.com

I.S.B.N.: 978-84-9139-098-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61

Epílogo

Glosario

Nota del autor

Agradecimientos

Introducción

Esta novela está ambientada en la Alemania del Este comunista, la República Democrática Alemana (en alemán, *Deutsche Demokratische Republik*, DDR), a mediados de los años setenta, cuando el país contaba con uno de los niveles de vida más altos al otro lado del telón de acero. En aquella época, el Muro de Berlín, o la Barrera de Protección Antifascista, como se la conocía oficialmente en Europa del Este, tenía unos sólidos cimientos, y muy pocos podrían haber augurado los hechos tumultuosos de 1989 que llevaron a su desmantelamiento.

La DDR ha llegado a ser sinónimo del muy temido Ministerio para la Seguridad del Estado, *MfS*, más comúnmente conocido como la Stasi. No obstante, mientras que la existencia de la Stasi –y su red de informadores oficiosos– se conoció siempre, la singularidad de sus métodos y el ingente número de personas que tenía a su cargo no salió a la luz en toda su dimensión hasta después de 1989.

Las investigaciones policiales quedaban por lo general a cargo de la Policía del Pueblo (*Volkspolizei* o *VOPO* para abreviar); y, más concretamente, a cargo de su Brigada de Policía Criminal (la *Kriminalpolizei* o *Kripo*). Si algún caso presentaba un trasfondo político de importancia, entonces la que se encargaba era la Stasi, la cual tenía su propio departamento de investigación de delitos, su policía científica y todo lo demás. Eran raros los casos en los que la *Kripo* y la Stasi trabajaban a la par, como un solo equipo, aunque en las altas esferas sí había relación entre ambos departamentos. Uno de esos casos es el relato ficticio que narra esta novela. Lo que no impedía que muchos de los integrantes de la *Kripo* fueran, claro está, informantes de la Stasi. Y la Policía del Pueblo era tanto o más que la Stasi un órgano del Estado: el centro de detención preventiva ubicado en el cuartel de Keibelstrasse, cerca de Alexanderplatz, en Berlín, era tan odiado como los que tenía la Stasi, por ejemplo, en Hohenschönhausen.

El escalafón en la Stasi, que seguía el del ejército, pudiera mover a confusión. Una brigada de homicidios –como la que aparece aquí en la ficción– la dirigía generalmente un inspector jefe (*Hauptmann*, el equivalente a capitán); o quizá, como en este caso, un inspector (*Oberleutnant*). Este puesto en la escala de mando, que es el que ostenta mi personaje Karin Müller, no debe confundirse con el de comisario (*Oberstleutnant*), de mucho más rango, por de- bajo solo del de comisario principal (*Oberst*).

Para darle mayor autenticidad a la trama, he mantenido estos rangos en el idioma alemán; así como el empleo, a menudo monótono, de «camarada» (*Genosse/Genossin*), uso formal en el trato en los regímenes comunistas, sobre todo en presencia de oficiales de más rango.

D. Y.

1

*Febrero de 1975. Primer día.
Prenzlauer Berg, Berlín Oriental.*

El timbre inmisericorde de un teléfono sacó a la *Oberleutnant* Karin Müller de su sueño. Extendió la mano por su lado de la cama para cogerlo, pero los dedos abrazaron el vacío. Notó entonces que le dolía la cabeza como si se la estuvieran batiendo a martillazos. El teléfono no paraba de sonar; y cuando levantó la cabeza de la almohada, la habitación le daba vueltas, le sabía la boca a hiel, y el bulto que había a su lado debajo de las sábanas sacó una mano para coger el auricular por el otro lado de la cama.

—¡Tilsner! —dijo su ayudante, *Unterleutnant* Werner Tilsner, cuya voz resonó como un aullido en los oídos de la inspectora cuando volvió a bramar, volcado sobre el aparato—: *Scheisse!* Y ¿qué narices hace ese ahí?

La *Oberleutnant* iba poco a poco acostumbrándose a su entorno; y en ese proceso, la voz de Tilsner al teléfono no era más que un ruido de fondo. Alguien había cambiado la posición de los objetos en el apartamento: la cama de matrimonio en la que se encontraba era distinta; y la ropa de cama no era ni por asomo la que cubría el lecho conyugal que compartía con Gottfried, su marido. Todo tenía un aspecto más... más caro y lujoso. Vio en la cómoda fotos de Tilsner con su mujer Koletta y los dos niños: el chico era adolescente y la niña, pequeña. Estaba toda la familia feliz en verano, de vacaciones en un *camping*, y todos sonreían delante de la cámara. ¡Oh, Dios! ¿Dónde estaría ahora su mujer? Podía volver en cualquier momento. Entonces se acordó: Tilsner le dijo que Koletta se había llevado a los niños a pasar el fin de semana a casa de su madre. El mismo Tilsner que le contaba en ese mismo instante un cuento chino a quienquiera que fuera el que lo había llamado por teléfono.

—No sé dónde está la inspectora, no la veo desde ayer por la tarde en la oficina —mentía con una sangre fría de la que Müller no se creía capaz—.

Voy a ver si la encuentro y, cuando lo haga, estaremos los dos en la escena del crimen lo antes posible, camarada *Oberst*. ¿En el cementerio de St. Elisabeth en Ackerstrasse? Sí, me hago cargo.

Müller se sujetó la dolorida frente con una mano e intentó evitar la mirada de Tilsner, quien ya colgaba el teléfono y se zafaba de las mantas para dirigirse al baño. Hecha un ovillo entre las sábanas, pensó en lo gélida que había sido la noche. Hizo muchísimo frío, se acostó con la ropa puesta, y con la presión de la falda, sentía ahora la fricción de las braguitas contra la piel. Antes de eso, había tomado vodka Blue Strangler, demasiado vodka. Tilsner y ella jugaron a ver quién aguantaba más, chupito a chupito, en un bar de Dirksenstrasse; un juego estúpido que, al parecer, había acabado con los dos encamados en el lecho conyugal de él. Y a la inspectora todavía le sabía la boca a alcohol. No recordaba muy bien lo que sucedió después del bar, pero Gottfried no debía enterarse de que había pasado la noche en casa de Tilsner, ¡eso nunca!

Tilsner había vuelto del servicio y le acercaba un vaso de agua en el que una pastilla efervescente se deshacía haciendo burbujitas.

—Bébetelo. —Müller echó un poco hacia atrás la cabeza con una mueca de asco cuando tuvo delante aquel brebaje que silbaba como una serpiente—. No es más que una aspirina. Haré café mientras te arreglas un poco. —Una sonrisa insolente y muy poco respetuosa se dibujó en su rostro sin afeitar de mandíbula cuadrada. Pero la culpa era de ella por meterse en una situación así: era la única mujer al frente de una brigada de homicidios en todo el país, y no podía consentir que la tomaran por puta.

—¿Y no sería mejor que fuésemos derechos allí? —gritó para que él la oyera desde la cocina—. Parecía urgente. —Le retumbó cada palabra en la cabeza como un martillazo.

—Lo es —gritó Tilsner—. Han encontrado el cuerpo de una chica en un cementerio, cerca del muro.

De un largo trago, Müller engulló la aspirina disuelta en el agua y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar en el acto.

—Pues entonces vámonos ya —gritó, y la voz reverberó en los techos altos del viejo apartamento.

—Tenemos tiempo para un café —respondió Tilsner desde la cocina, entre un ruido de tazas y cacerolas que delataba que no estaba acostumbrado a moverse entre cacharros, que muy posiblemente solo entrara allí en el Día

Internacional de la Mujer—. Además, le he dicho al *Oberst* Reiniger que no sabía dónde estabas, y los de la Stasi ya están allí.

—¿La Stasi? —preguntó Müller. Había llegado a paso lento y trabajoso hasta el baño y se miraba en el espejo. El maquillaje del día anterior había perdido consistencia alrededor de los ojos, azules y llenos de venitas rojas. Se frotó las mejillas con los dedos, intentó estirar las partes flácidas y luego se estuvo toqueteando el pelo rubio, cortado en una media melena que le llegaba a la altura de los hombros. La única mujer al frente de una brigada de homicidios, que ni siquiera había cumplido los treinta aunque tenía menos cara de niña aquella mañana, respiró hondo por ver si el aire frío del viejo apartamento le sofocaba la náusea.

Müller sabía que tenía que aclarar sus ideas y recuperar el control de la situación.

—Si el cuerpo está al lado de la barrera antifascista, ¿eso no es competencia de la policía de fronteras? —Las palabras le retumbaron dentro de la cabeza; aun así, siguió gritando para que Tilsner la oyera desde el fondo del pasillo—. ¿Qué pinta en esto la Stasi? ¿Y por qué tenemos nosotros que...? —Lo dejó ahí cuando alzó la vista y vio la imagen de él reflejada en el espejo: Tilsner, justo detrás de ella con una taza de café humeante en cada mano, se encogió de hombros y alzó las cejas.

—¿Eso qué es, la pregunta del millón? Yo solo sé que Reiniger quiere que nos presentemos al oficial de más rango de la Stasi en la escena del crimen.

Empezó a desenredarse el pelo con el cepillo de Koletta y vio que él la observaba detenidamente.

—Tendré que limpiar ese cepillo cuando acabes —dijo. Müller lo miró a los ojos. Eran azules, como los suyos, aunque le brillaban de un modo sorprendente teniendo en cuenta todo el vodka que se había metido entre pecho y espalda la noche anterior. A modo de explicación, él volvió a dedicarle su sonrisa insolente—: Es que mi mujer es morena.

—Que te den, Werner —escupió Müller contra el reflejo de él que se proyectaba en el espejo, y empezó a quitarse el rímel con los discos de algodón de Koletta—. Entre nosotros no ha pasado nada.

—Muy segura estás tú de eso, ¿no te parece? Porque yo no lo recuerdo así.

—No ha pasado nada. Lo sabes muy bien, y yo también lo sé. Dejémoslo ahí, ¿vale?

La sonrisa de él rayaba en lascivia, y Müller intentó recordar por entre los

resquicios de lucidez que le dejaba la resaca. Se puso roja, pero se dijo a sí misma que estaba en lo cierto. Al fin y al cabo, había dormido con la ropa puesta, y la falda era lo bastante estrecha como para rechazar avances no solicitados. Se dio la vuelta, le quitó la taza de la mano y tomó dos tragos largos de café mientras el humo que salía del brebaje empañaba el espejo del baño a aquella temperatura gélida. Tilsner la rodeó entonces con un brazo, agarró el algodón manchado de rímel y se lo guardó en el bolsillo. Luego cogió el cepillo y arrancó los pelos rubios con un peine. Müller entornó los ojos: el muy cabrón tenía práctica en aquellas lides.

Bajaron la escalera del bloque de apartamentos sin cruzar ni una sola mirada, atravesaron el portal de paredes descascarilladas y salieron a la luz de la mañana de invierno. Müller vio el Wartburg sin distintivos al otro lado de la calle. Le trajo recuerdos de la noche anterior, la insistencia de él en que fueran a su apartamento a tomar café para que se les pasara la borrachera, como si le importara bien poco conducir bajo los efectos del alcohol. Se frotó la barbilla y recordó de repente que había sentido su mentón sin afeitar como una lija cuando sus labios se fundieron en un beso. Pero ¿qué pasó después?

Subieron al coche; Tilsner se sentó al volante. Giró la llave de arranque, y la débil luz de la mañana le arrancó en la muñeca un reflejo al reloj caro que llevaba puesto. Ella arrugó el ceño, recordó el mobiliario lujoso que había visto en el apartamento y miró a Tilsner con curiosidad. ¿Cómo podía permitirse todo aquello con el sueldo de un subinspector que no llevaba mucho tiempo en el cuerpo?

El Wartburg volvió a la vida con un espasmo. Müller iba recordando poco a poco detalles de la noche anterior. ¿Fue solo un beso o hubo algo más? Miró con recelo a su izquierda justo cuando Tilsner metía con una rascadura la primera marcha, pero él no apartaba los ojos del frente y tenía una expresión seria en la cara. Habría que inventarse una excusa muy buena para contársela a Gottfried. Estaba acostumbrado a que llegara tarde por el trabajo que tenía, pero no a que pasara toda la noche fuera de casa sin avisar siquiera.

Hacía una semana que la nieve cubría las calles, y las ruedas del coche cabecearon un poco al incorporarse a una calzada que nadie se había molestado en despejar. El cielo sobre sus cabezas venía henchido de nubarrones grises, heraldos de un tiempo todavía más inclemente. Müller

sacó la mano por la ventanilla y plantó la sirena en el techo del Wartburg; siguió el maullido de gato estrangulado que anunciaba su presencia, y atravesaron de esta guisa los escasos kilómetros que separaban Prenzlauer Berg del cementerio del Distrito Centro.

La pareja de detectives seguía sin haber cruzado palabra cuando aparcaron el Wartburg en Ackerstrasse, la calle que dividía los cementerios colindantes de las parroquias de St. Elisabeth y Sophien, circundados ambos en su límite noreste por la barrera antifascista. Tilsner señaló con la cabeza la entrada del primero de ellos, y ella lo siguió debajo del arco metálico de la puerta. La calma del cementerio, lleno de lápidas oscuras y estatuas que brotaban del manto blanco, casaba mal con el aire que se respiraba en el resto de la ciudad. Ángeles con las alas llenas de verdín guardaban algunas tumbas, marchito ya el bronce que brillara un día, pasto del paso de incontables inviernos berlineses.

Fueron caminando hasta la parte del cementerio en la que estaba el cadáver. Un círculo formado por oficiales de la Stasi y policías de fronteras rodeaba la forma inerte de la chica, cubierta con una lona. Un hombre de gabardina, que había permanecido oculto detrás de una lápida, en cuclillas junto al cuerpo, se irguió todo lo alto que era. Müller vio que debajo llevaba un traje de paisano; pero por el ademán, imaginó que se trataba del oficial de la Stasi del que había hablado Tilsner por teléfono. Se giró y les sonrió. Tendría algo más de cuarenta años, llevaba tupidas patillas a la moda y se había dejado el pelo relativamente largo. Podría haber pasado por un presentador de los telediarios de la República Federal Alemana a los que su marido Gottfried, pasando por alto las reconvenciones que ella le hacía, era tan aficionado.

No conocía a aquel hombre, pero quedaba claro que él sí la conocía a ella.

—Camarada *Oberleutnant*. Gracias por venir. *Oberstleutnant* Klaus Jäger. Menos mal que por fin dimos con usted. —Le tomó la mano enguantada a Müller y se la apretó con fuerza antes de hacer lo mismo con la de Tilsner, en un saludo que tenía algo de cierta calidez no fingida—. Por favor, vengan conmigo un momento y les pondré al corriente de algunos detalles —apoyó una mano en la espalda de ella y llevó a los dos hacia un cenador de madera coronado por un tejado cubierto de nieve, lugar de recogimiento, sin duda,

para la contemplación de aquellos seres queridos que ya no se contaban entre los vivos. Müller miró por encima del hombro hacia donde estaba el cadáver, pero Jäger no tenía mucho interés en enseñárselo todavía.

Ocuparon los tres un banco al abrigo de uno de los vértices del tejado hexagonal y, flanqueado por los oficiales de la *Kripo*, Jäger se sentó en el centro. Olía a loción para después del afeitado, y Müller creyó que era una fragancia occidental y cara. Luego pensó que ella olería a Blue Strangler en estado puro, de cuarenta grados, y que ojalá no lo oliera él.

Con un gesto de la mano, Jäger señaló la zona acordonada, allí donde se afanaban los fotógrafos y forenses, y dijo:

—Mal asunto. Era casi una niña, no creemos que tuviera más de quince años.

—¿Asesinada? —preguntó Müller.

Jäger asintió con un leve movimiento de la cabeza:

—Eso pensamos.

—¿Asesinada cómo, camarada *Oberstleutnant*? —preguntó Tilsner—. Y ¿por qué solicita la ayuda de la brigada criminal de la Policía del Pueblo si el Ministerio para la Seguridad del Estado ya lo está investigando?

—Sí, ¿cómo es que la Seguridad del Estado ha tomado cartas en el asunto? —añadió por su parte Müller, sin darle tiempo al oficial de la Stasi a contestar a su subordinado—. Dada la cercanía de la escena del crimen a la barrera de protección antifascista, esto es competencia de la policía de fronteras, ¿no le parece, *Oberstleutnant* Jäger? —Llevó la vista más allá del ajeteo que rodeaba el cadáver, hacia el primer muro de la barrera. Según rumores, al otro lado había un campo de minas, y luego un segundo muro, un armatoste que se extendía kilómetros y kilómetros alrededor del sector occidental. Cada cincuenta metros aproximadamente, como girasoles gigantes, se alzaban las torres de los focos apuntando al cielo. A plena luz del día, enmarcado todo por el cementerio sepultado debajo de la nieve, Müller pensó que la estampa inspiraba cierta paz, solo rota por el ladrido de algún perro patrulla. De noche todo cambiaba. Pero si esas defensas lograban disuadir a los *Republikflüchtlinge* —aquellos que, en lugar de quedarse a construir una Alemania más justa, se arriesgaban a cruzar hacia el oeste—, pues que siguieran allí levantadas por lo que respectaba a Müller.

Jäger tardó unos instantes en responder, luego soltó una risita plácida:

—Muchas preguntas son esas, y no puedo contestar a todas. Todo lo que

estoy en condiciones de decirles es que ustedes han recibido instrucciones de su superior, *Oberst* Reiniger, porque yo se lo pedí, para que me asistan en el caso. Y aunque el oficial al cargo seré yo, ustedes llevarán la investigación a todos los efectos. Puede que se trate de un caso difícil, tal y como habrán podido colegir, pero será su caso. Y lo será hasta cierto punto. Porque no quiero que se dé mucha publicidad a la intervención del Ministerio para la Seguridad del Estado. —Jäger se remangó un poco, como si fuera a ponerse manos a la obra—. Lo que sí puedo contarles es por qué intervenimos nosotros. Parece ser que a la chica la dispararon desde el otro lado del muro, puede que fuera la policía de fronteras de la parte occidental. Y lo hicieron cuando intentaba escapar hacia Berlín Oriental. —El teniente coronel de la Stasi hizo una pausa y miró a Müller directamente a los ojos—. Es, hay que admitirlo, un caso de lo más excepcional.

Müller notó que Tilsner, sentado al lado del oficial de la Stasi, lanzaba un silbido al oír aquello; pero no sabía si aquella reacción se debía a la sorpresa, o era que no se lo creía.

—¿O sea que se las ingenió para escalar un muro de cuatro metros —preguntó Müller—, cruzar la barrera de control, escapar de los perros y de los guardias de la República Federal y, entonces, escalar otro muro de cuatro metros, y a todo esto van y la disparan desde la parte occidental?

Ojalá, pensó ella, que la incredulidad que rezumaba aquella pregunta no fuera tomada por puro sarcasmo.

—Tal es el informe oficial, y provisional, de los hechos que hace el Ministerio para la Seguridad del Estado. Se ha solicitado su ayuda, la de la *Kriminalpolizei*, para averiguar la identidad de la chica, y para hallar pruebas que apuntalen dicho informe. —Jäger volvió a mirar a Müller fijamente a los ojos, con tanta seriedad que ella sintió un pequeño escalofrío—. En caso de que encontraran ustedes pruebas que lo desmientan, les aconsejo que no las aireen lo más mínimo. Y que me las traigan en el acto. —Müller asintió despacio—. *Unterleutnant* Tilsner —preguntó—, ¿comprende usted también el alcance de todo lo que digo?

—Por supuesto, camarada *Oberstleutnant*. Mantendremos la discreción más absoluta. Puede usted contar con ello.

Jäger lanzó un suspiro, como si el caso ya lo hubiera hastiado, se levantó y los animó a seguirlo.

—Será mejor que les enseñe el cadáver. Eso sí, les aviso: no es nada que

regale los sentidos. Por razones obvias, como verán ustedes mismos en unos instantes, va a ser muy difícil identificar el cuerpo.

Müller hizo una mueca de asco, y ella y Tilsner siguieron al oficial de la Stasi. Ya lo pasaba mal cuando tenía que examinar los cadáveres en circunstancias más o menos normales. Pero tratándose del cuerpo de una chica tan joven, y sabiendo que identificarlo sería «muy difícil», era todavía mucho más desagradable.

La nieve helada, y el mismo hielo, crujían con un leve estallido debajo de sus pasos por el camino del cementerio que los llevaba a donde se encontraba el cuerpo. Müller pisaba con fuerza por ver si así le llegaba algo de sangre caliente a los dedos de los pies. Se quedó un poco rezagada pues se apoderaba de ella una sensación ominosa: había algo en todo aquello que no encajaba.

El corro de agentes de los distintos ministerios abrió hueco para dejar que ellos tres se acercaran; y a un gesto de Jäger, uno de sus hombres levantó la lona que envolvía como un sudario el cadáver.

Müller miró el cuerpo: la chica tenía la cara boca abajo, enterrada en la nieve. Una de las piernas presentaba daños ostensibles, quizá debido al alambre de espino de la barrera; la otra había quedado en un ángulo inverosímil con respecto al resto del cuerpo. Presentaba heridas en la espalda, pues había manchas de sangre en la camiseta que asomaba debajo de una prenda de color negro hecha trizas que podía haber sido una especie de capa. En apariencia, la ropa que llevaba no era de invierno. La regularidad con la que aparecían las heridas podría indicar disparos a ráfagas, y además el cuerpo había quedado lejos de la barrera de protección, en dirección a Berlín Oriental. Eso al menos sí casaba con el cómputo oficial de los hechos. Se giró para mirar hacia el Muro, vio los focos, la torreta y los edificios de la capital federal al otro lado, coronados por una orla de anuncios llamativos. ¿Desde qué punto exacto la habían disparado? ¿Cómo había logrado adentrarse tanto en la parte oriental acribillada como estaba a balazos?

—*Verdammt!* —exclamó de repente Tilsner desde la ventajosa posición que tenía detrás de la cabeza de la chica. Müller vio que Jäger alzaba las cejas, pero no recriminó a su subordinado por maldecir en público—. Eso no hay quien lo identifique. Menudo desastre.

Esta vez Jäger sí intervino:

—Por favor, *Unterleutnant*, «eso» es la cara de la chica. No hable de ella

como si fuera un objeto inanimado, porque habrá alguien, en alguna parte, que seguro que la está echando en falta, por muy desagradable que sea. El guarda del cementerio encontró el cadáver al amanecer, pero parece ser que antes había dado con ella un perro callejero.

Müller dio un pequeño rodeo hasta donde estaba Tilsner y vio lo que había provocado aquella reacción: le habían arrancado la piel desde la barbilla hasta la cuenca del ojo, dejando al descubierto la carne, como una piltrafa de escaso valor que queda olvidada en la tabla del carnicero. Tenía abierto ese lado de la boca, pero no había dientes, y en su lugar vio las encías hechas trizas, ensangrentadas. ¿Cómo iba un animal a hacer algo así? Solo de verlo, y hasta de pensarlo, se le revolvía a una el estómago. Müller no pudo reprimir la arcada y buscó a toda prisa una lápida para ocultar a los demás su figura, doblada en dos mientras la cena y el vodka le salían por la boca en un recorrido inverso al de la noche anterior. Hizo como que le daba la tos para salir del paso y, con la bota, lo enterró todo en la nieve.

—¿Se encuentra usted bien, camarada Müller? —preguntó Jäger.

Ella dijo que sí con la cabeza e intentó evitar la mirada de Tilsner. Recobró el ánimo y volvió a mirar al cuerpo. Entonces vio la mano de la chica, abierta, sobre la nieve: era la mano de una adolescente, pulida y lisa, sin mácula. Pero lo que le llamó la atención a la detective fueron las uñas negras que culminaban cada uno de los dedos. Claramente, hacía las veces de pintura de uñas, pero tenía un aspecto veteado y mate. Müller se puso de rodillas. De cerca, se veía que las uñas estaban pintadas con un rotulador, como haría una niña en el parvulario. Aquello no dejaba lugar a dudas sobre lo joven que era la chica. Tendría poco más de diez años, trece o catorce como mucho. Era la hija de alguien. Y tenía la edad que habría tenido su hija si... Abortó ese pensamiento. Sintió otra vez cierta tensión en la garganta y se le humedecieron los ojos. En ese punto su mirada se topó con la de Jäger y pensó que si vomitar ya había sido demasiado, llorar ahora sería imperdonable, sobre todo delante de un oficial de alta graduación del Ministerio para la Seguridad del Estado.

El ánimo no se levantó hasta que no llegó el forense de la Policía del Pueblo, Jonas Schmidt. Vino casi a la carrera —y eso ya era mucho decir—, entre los jadeos y las sacudidas de un cuerpo que casi no cabía dentro del

mono blanco, con el zarandeo de una bolsa marrón colgada al hombro. A Müller le dio un vuelco el estómago al ver cómo el *Kriminaltechniker* se llevaba a la boca lo que le quedaba de un bocadillo de salchichas y se limpiaba los berretes de grasa con el dorso de la mano.

—Mil perdones si llego tarde, camarada *Oberleutnant* —farfulló con la boca llena—. He venido lo más rápido que he podido.

Müller no sabía si podía hablar con entereza después de examinar el cuerpo y se limitó a asentir con la cabeza, dejando que Jäger se presentase él solo. Lo cual hizo, arrancándole a Schmidt una torpe reverencia hacia todo un oficial de la Stasi.

—Espero que podamos utilizar el laboratorio forense del Ministerio en caso de que nos haga falta, camarada *Oberstleutnant*. Las instalaciones son mucho mejores que las que tenemos en la Policía del Pueblo. ¿Tendré la oportunidad de trabajar con forenses de la Seguridad del Estado?

—No, camarada Schmidt. Este caso está en manos de la policía. Rendirá usted cuentas a *Oberleutnant* Müller como acostumbra. Ya le hemos sacado varias fotografías al cuerpo, aunque necesitamos que saque usted más fotos. —Jäger alzó la vista al cielo, que cada vez se encapotaba más—. Y cuanto antes lo hagamos, mejor, que va a empezar a nevar otra vez. Vamos antes de nada a la plataforma. —Jäger señaló con la cabeza hacia el Muro, donde habían levantado un pequeño andamio provisional al que le habían añadido una escalera de mano pegada a un lado. Sería obra, posiblemente, de la policía de fronteras, quienes lo habrían construido como inicio de las investigaciones esa misma mañana.

Lo siguieron hasta allí, poniendo cuidado en no salirse del sendero de alquitrán que serpenteaba como un lazo de regaliz a través de la, por lo demás, blancura inmaculada del cementerio. A Müller se le escapó una sonrisa, porque por mucho que Jäger dijera que el caso era de la policía, bien claro quedaba quién estaba al mando.

Jäger, Müller y Tilsner subieron a lo alto de la plataforma, y al cabo se les unió Schmidt, que había perdido otra vez el resuello.

—Vaya... esta vista... no la... tenemos... todos los días —dijo entre uno y otro jadeo—. Por lo menos... sin correr el riesgo... de que le peguen a uno un tiro. —Müller lo fulminó con la mirada, pero Jäger solo esbozó una sonrisa.

—No se preocupe —dijo—. La policía de fronteras sabe que estamos aquí.

Tenemos autorización. Hoy no habrá tiros. Hoy no, pero ayer... —Jäger no acabó la frase, y Müller siguió su mirada hacia un edificio que parecía un almacén abandonado al otro lado de la barrera, en la parte occidental—. Ahí arriba. —Señaló con el dedo—. ¿Ve la ventana rota en el cuarto piso? —Müller dijo que sí con la cabeza—. Supuestamente desde ahí dispararon. —Ella se fijó en la cuidada ambigüedad de sus palabras y pensó que él tampoco se creía esa versión.

—¿Lo vieron los policías de fronteras? —preguntó Tilsner.

Jäger dijo que no con un ligero movimiento de la cabeza.

—No lo digo porque lo vieran, sino por el cálculo del ángulo de tiro. Y por las manchas de sangre que hay en la nieve. Mire allí. —El oficial de la Stasi señaló un punto en el corredor de la muerte, entre las dos barreras defensivas fascistas, la de dentro y la de fuera—. Se ven las huellas de la chica. —Hizo entonces un gesto que abarcaba el espacio entre ambos muros.

—¿Es que no sabía que volaría por los aires si pisaba una mina? —preguntó Müller, y el viento que recorrió la plataforma le arrancó un escalofrío.

—No creo que uno se pare a pensar en eso cuando le están disparando y huye despavorido —dijo Jäger—. Además, la franja entre ambos muros no está minada; no es más que un rumor sin base alguna. —Müller se puso roja y sintió el contraste de ese calor en la cara con el viento gélido.

—Y ¿las balas? ¿O las marcas de las balas? —preguntó Schmidt—. ¿Se me dará permiso para inspeccionar la zona entre ambos muros, camarada *Oberstleutnant*? ¿Me han llamado por eso?

Jäger soltó un resoplido.

—No, camarada *Kriminaltechniker*, no lo hemos llamado por eso. Y no, no puede usted acceder a la zona restringida. —Se giró y con un gesto de la mano señaló el lado del camino en el cementerio—. Su labor está aquí. Hay huellas, que puede que sean de la chica, a este lado del Muro. Y manchas de sangre también. —Luego bajó la voz, aunque no había nadie más en la plataforma y los policías que custodiaban el cuerpo quedaban muy lejos y no podía llegarles nada de lo que allí dijeran. Müller se preguntó a qué se debía el recelo del oficial de la Stasi—. También hay rodadas. Que no se le olvide fotografiarlas. Y compárelas con todos los vehículos que usa el jardinero de la iglesia.

Müller iba a preguntar por el motivo de aquel cotejo, pero se topó con los

ojos de Jäger, cuya mirada dejaba bien claro que no admitiría ninguna pregunta.

Cuando bajaron de la plataforma, Schmidt se puso manos a la obra con una cámara Praktica y fue sacando fotos a las huellas de neumáticos y a las pisadas. Müller y Tilsner dieron una vuelta entre las tumbas, como si buscaran inspiración entre quienes llevaban años debajo de la tierra para aclarar el asesinato de la chica. Jäger, por su parte, había vuelto al sitio en el que se encontraba el cuerpo.

—No me creo nada de esta investigación —dijo Tilsner—. Parece que ya está todo visto para sentencia y que a nosotros nos ha tocado el papel del convidado de piedra.

Müller se encogió de hombros.

—Habrà que hacer lo que se pueda. ¿Tú crees que tiene pinta de que la dispararan desde ese edificio?

—¿Cuál, el de la parte occidental? Podría ser. Cabe dentro de lo posible..., si me apuras. —Hizo una bola con la nieve que tomó de lo alto de una lápida y luego la tiró al suelo—. Pero no creo que pudiera escalar después dos muros, herida como estaba, y sin que se enterara la policía de fronteras. ¿O es que estaban todos dormidos? Lo dudo mucho.

Pasaron unos minutos y oyeron un jadeo característico detrás de ellos. No hacía falta mirar para saber que era Schmidt; y Müller, casi sin esperar a darse la vuelta y tener delante los rubicundos rasgos, preguntó:

—¿Qué nos traes, Jonas?

—Me parece... que será mejor que venga... a ver esto, camarada *Oberleutnant*.

Schmidt los guio de vuelta hacia la barrera de protección, allí donde empezaba el reguero de huellas de pasos, a unos veinte metros más o menos de la zona acordonada en la que había quedado el cuerpo. Se puso de rodillas en la nieve y le hizo señas a Müller para que hiciera lo mismo.

—Mire, camarada Müller. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó un sobre—. Fíjese en esta fotografía que le he sacado al cuerpo de la chica, mire las zapatillas.

Müller extrajo la fotografía del sobre y arrugó el entrecejo.

—¿De dónde has sacado esta foto en tan poco tiempo?

Schmidt sonrió y sostuvo en una mano la cámara que llevaba colgada al cuello. Era más pequeña que la Praktica con la que hizo las primeras fotos después de bajar de la plataforma; por el aspecto, tenía menos consistencia y parecía de menor calidad.

—Es una Foton —dijo—. Una cámara instantánea soviética. Parece poquita cosa pero da tan buenos resultados como las Polaroids esas de los Estados Unidos. Aunque eso es igual, usted mire la foto. ¿No ve nada raro? —Era un primer plano de las suelas de las zapatillas de deporte que el cuerpo de la chica llevaba todavía puestas.

Müller dijo que no desparpacho con la cabeza.

—Pues no, Jonas, no puedo decir que vea nada raro.

Schmidt le pasó entonces la foto a Tilsner y este la levantó un poco para verla a la luz que arrojaba sobre sus cabezas aquel cielo plomizo, pero imitó el gesto de negación de la inspectora.

—Vale. Después de ver la foto, miren los pasos en la nieve. ¿Ven algo raro ahí?

Los dos detectives se inclinaron sobre la línea de huellas, a cada cual más confuso. Tilsner suspiró hondo y dijo:

—Venga, dínoslo ya. No hay tiempo para andarse con acertijos.

A Müller se le iluminó la cara de repente:

—*Gottverdamm!* —exclamó. Y acto seguido, con un susurro, añadió—: ¿Le has dicho algo de esto al *Oberstleutnant* Jäger, Jonas? —el forense negó con la cabeza—. Vale, pues por ahora, haz el favor de no decírselo.

Tilsner seguía volcado sobre el reguero de pasos, sin apartar la vista de las huellas, tan confuso como antes.

—Pues yo no veo nada —dijo—. Para mí no son más que eso, huellas de pasos.

Müller señaló la foto que había sacado Schmidt.

—Fíjate en los pies. En la foto tiene las zapatillas bien puestas. La izquierda en el pie izquierdo y la derecha en el derecho.

—Sí —dijo Tilsner, todavía más perdido—. ¿Y qué?

Müller señaló las huellas tal y como aparecían en la nieve.

—Fíjate en estas. Es verdad que van en la dirección correcta, como si le hubieran disparado cuando se alejaba a la carrera del Muro. Pero mira la

horma, ¿no ves que el pie izquierdo ha dejado todas las huellas de la zapatilla derecha, y a la inversa?, como si fuera corriendo al revés. —Alzó la vista y la fijó en Schmidt, que ya estaba de pie y se rascaba el mentón regordete—. ¿Qué crees tú que quiere decir esto, Jonas?

—Pues no lo sé, camarada *Oberleutnant* —dijo con una sonrisa—. Yo esperaba que me lo explicara usted.

—Quiere decir —intervino Tilsner— que alguien ha manipulado el cadáver. Llevaba puestas las zapatillas al revés cuando la mataron; puede que se las pusiera a toda prisa si se sentía acosada. Pero quienquiera que anduviera con el cuerpo no se percató de ello y, después de manipularlo, se las pusieron otra vez cada una en su pie.

Fue Müller la que lanzó ahora un suspiro.

—Esa es la explicación más obvia, pero no la única.

—¿Ah, no? ¿Y qué otra hay? —preguntó Tilsner mirándola a los ojos.

—Mejor hablemos de ello en otro sitio. —Soltó con un siseo mientras señalaba rápidamente con la cabeza a Jäger, quien ya se había dado cuenta de que algo los retenía volcados sobre las huellas y hacia allí dirigía sus pasos. Al llegar a su altura carraspeó y los dos detectives se pusieron en pie.

—¿Algo que pueda ser de interés, camarada *Oberleutnant*?

—Nada, retazos sueltos aquí y allá —respondió Müller—. Solo estábamos comprobando en qué dirección iban los pasos. Al parecer, las primeras averiguaciones están bien encaminadas, pues la chica corría hacia el este, se alejaba de la barrera de protección.

—En efecto, así es. —Luego bajó la voz—. Aunque creo que estará usted de acuerdo conmigo en que hay ciertas discrepancias, y seguro que ya han advertido a qué me refiero. Prefiero no entrar en detalles en este momento. Pero mañana sí tendremos que reunirnos para tratar todos los puntos.

Müller vio cómo a Tilsner le cambiaba la cara al oír que se había quedado sin fin de semana. Se preguntó qué otros planes tenía su subordinado para todo un sábado con su correspondiente domingo sin la mujer y los críos.

—¿Quiere que vayamos nosotros a las oficinas del Ministerio en Normannenstrasse?

Jäger dijo que no con la cabeza.

—Mejor nos vemos en un sitio tranquilo. —Nada más decir esto con un susurro, miró a los otros oficiales que estaban junto al cuerpo, y que al parecer asistían en ese preciso instante al levantamiento del cadáver—. Ya les

avisaré a su debido tiempo dónde será la cita. Hasta entonces, no revelen ningún dato a nadie.

Les dio la mano a los tres y se fue caminando hacia la salida del cementerio. Müller lo vio marcharse y se quedó pensando en qué clase de caso era aquel que les había caído: nada menos que un caso en el que un oficial de la Stasi del más alto rango no quería compartir la información con otros miembros de su cuerpo. Miró al cielo, a las nubes cada vez más negras, luego miró a Tilsner. La sonrisa sarcástica se le había borrado de la cara de golpe y vio en su lugar una expresión preocupada, de temor casi.

2

Más tarde, ese mismo día.

Los copos blancos caían con más rapidez ahora. *Oberleutnant* Müller fijó la vista en los arcos de luz que trazaban en el cielo los focos, dispuestos cada ciertos metros a lo largo de la barrera de protección antifascista; vio cómo las pequeñas motas heladas brillaban un instante bajo los haces luminosos, antes de que los engullera la negrura infinita de la noche. Había que darse prisa.

Repasó el caso mentalmente y oyó que le sonaban las tripas. Llevaba horas sin tomar una comida en condiciones, solo pararon a comer un cuarto de pollo en el puesto al aire libre que había en Marx-Engels-Platz cuando volvieron a la comisaría unas horas antes. Le vendría bien la cena casera que Gottfried solía tenerle preparada. Aunque no estaba segura de poder contar con ello después de haber estado toda la noche con Tilsner, sin volver al apartamento que compartía con su marido. Cabía al menos la posibilidad de que el caso saliera en el periódico del día siguiente y el relato de los hechos pudiera ser coartada suficiente.

Tilsner caminaba unos pasos por delante de ella y levantó la cinta a franjas rojas y blancas para pasar por debajo agachando la cabeza. Cada cierto tiempo, los focos barrían el terreno y entonces veían dónde pisaban; pero luego quedaban otra vez a oscuras y Müller se alegró de haber traído las linternas. Ahora no les interesaba el punto en el que había quedado tendido el cuerpo, sino el acceso al mismo desde el lado del muro que pegaba con el cementerio, allí donde Jäger les había mostrado las huellas de pasos y ruedas hacía algunas horas.

Tilsner alumbró el sendero con la linterna. Hacía poco que había empezado otra vez a nevar y todavía se veían bien las rodadas, por lo menos el contorno que trazaban en la nieve caída con anterioridad. Con eso les bastaba.

Los había llamado el forense Jonas Schmidt cuando estaban en la comisaría de Marx-Engels-Platz, hacía unos treinta minutos. Müller y Tilsner

iban ya a irse a casa, cada uno a la suya, y ella sintió cierto alivio ante la posibilidad de retrasar el momento de confrontación con Gottfried, aunque el cansancio le estaba pasando factura.

Schmidt tenía una teoría sobre las rodadas y quería ir con ellos al cementerio sin demora. Una vez allí, el de la Policía Científica metió la mano en el bolsillo de la gabardina, sacó las fotos en blanco y negro que había hecho esa mañana y el silencio del cementerio quedó roto por el crujido del plástico transparente que las envolvía. Schmidt dio varios golpecitos con el dedo encima de una de ellas.

—Fíjese, camarada Müller. ¿Ve lo que le decía por teléfono? —estaba tan nervioso que escupía las palabras. Enfocó con la linterna alternativamente a la foto que tenía en la mano y al suelo—. La rodada que ha quedado en la nieve no casa con ninguno de los vehículos de mantenimiento que usan en el cementerio. Estas son ruedas del otro lado del Muro, neumáticos de coche.

Müller arrugó el entrecejo e intentó concentrarse en el foco vibrátil de la linterna. ¿Qué hacía un coche extranjero en el cementerio, justo al lado de donde había aparecido el cuerpo de la chica? Sin dejar de darle vueltas a las peculiaridades que rodeaban aquel caso, alzó la vista y la fijó en el recorrido de uno de los focos por el cielo de la noche. La parábola llevó sus ojos hacia el suroeste, siguiendo el trazado de la barrera antifascista, a la entrada de la estación del tren metropolitano de Nordbahnhof; o, por lo menos, donde había estado la entrada antes de ser tapiada y sumida en el olvido.

Müller se frotó las manos enguantadas para activar la circulación de los dedos y volvió a mirar las rodadas.

—Hay mucha nieve y no vamos a poder ver la huella con mucho detalle ahora —le dijo en tono de queja al *Kriminaltechniker*—. ¿Has contrastado ya las fotos con el archivo del laboratorio? Y cuando hablas de un coche del otro lado de la barrera antifascista, ¿podrías decir qué marca y qué modelo?

—Sí, miré todos los archivos y lo comparé con todas las marcas de neumáticos que tenemos registradas. Tardé unas horas, y le digo que no era ninguno de los vehículos que usan los jardineros. No era un Trabi, eso seguro. Ni un Wartburg, nada fabricado entre nosotros. Tampoco era soviético...

Tilsner, al borde de la desesperación, soltó un suspiro:

—Escúpelo, Jonas. Tengo las pelotas y todo el cuerpo a punto de congelación, y no comprendo a qué nos traes hasta aquí si ya sabes qué coche

era.

Schmidt se puso derecho, arrugó el entrecejo y metió las fotografías otra vez en el bolsillo de la gabardina.

—Vale, pues es solo eso. Lo de la marca lo tengo bastante claro, pero no así el modelo. Por eso quería que volvieran aquí conmigo.

Sacó de nuevo la linterna y apuntó a las rodadas.

—¡Ah, qué bien! A lo mejor ayuda esto: fuera el coche que fuera, tenía bastante batalla, o sea, que había una distancia considerable entre las ruedas delanteras y las de atrás. —Movi6 la linterna en un arco que parecía una versión en miniatura de los focos sobre el muro—. ¿No lo ven? Se aprecia por la anchura del giro. De hecho, tenía mucho bastidor. Qué raro.

—¿A qué te refieres, crees que podría ser un camión, o un autocar? —preguntó Müller, haciendo un esfuerzo por no castañetear los dientes con el frío cada vez más intenso.

—No, no. Era un coche. Solo que muy largo. Una limusina. Y... Esperen un...

Müller le enfocó la cara con la linterna. Estaba blanco.

—¿Espera el qué, Schmidt? Venga, ¡escúpel0 ya! —gritó Müller.

Pero Schmidt solo negaba con la cabeza. Müller vio que estaba temblando. ¿Era de frío? ¿O de miedo?

Empezó a hablar para sí mismo:

—No puede ser. No puede ser. Tengo que haberlo mirado mal.

Tilsner se acercó a él:

—Pero ¿qué es lo que no puede ser? ¿Qué ibas a decir?

—Venga, Jonas —intentó camelarlo Müller—. Sea lo que sea, tienes que decírnoslo. Nada puede ser tan grave. Al final siempre se acaba sabiendo la verdad.

Schmidt miró a la *Oberleutnant* con cara de súplica y luego dejó caer los hombros en un gesto de abandono.

—Las rodadas son de un coche sueco. Tal y como dije, eso ya lo miré en el laboratorio. Era un Volvo. Dejan una marca... un dibujo muy... muy característico. —Los miró presa de la desesperación, como si no hiciera falta decir nada más—. El coche era un Volvo con el chasis muy grande.

Müller no daba crédito cuando dijo:

—Entonces, ¿era un camión? Pero ¿no habías dicho que no era un camión?

Schmidt seguía moviendo de un lado a otro la cabeza.

Pero Tilsner ya había caído en la cuenta.

—¡Hostia! —exclamó—. ¡Hostia puta!

—¿Qué pasa? —gritó Müller, pateando la nieve con gesto de desesperación.

—¿Cómo quiere que se lo diga, jefa? Un Volvo... Una limusina...

Müller se llevó de un golpe la mano a la frente. *Scheisse!* Le vinieron a la cabeza imágenes de los desfiles oficiales, las hileras de Volvos con los gerifaltes del partido. Si Schmidt estaba en lo cierto, un coche oficial —un coche del gobierno— había estado en el cementerio. Al lado del cuerpo de la chica.

Tilsner le susurró al oído, tapándose la boca con la mano:

—Karin, hay que hablar con *Oberst* Reiniger. Ahora mismo. Y tenemos que decirle que nos saque del caso.

Müller se separó un poco de él, lo miró a los ojos de color azul eléctrico y asintió de forma casi imperceptible con la cabeza.

3

Segundo día.

Schönhauser Allee, Berlín Oriental.

A Müller no le costó dormir de nuevo en su cama. Pensaba que tendría sueños con la cara mutilada de la chica hallada muerta en el cementerio, pero no llegaron a materializarse. Aunque nada más abrir los ojos, se desorientó al ver que había amanecido ella sola; porque, como cabía esperar, Gottfried no la estaba esperando con la cena lista cuando por fin llegó a casa, y no compartieron el lecho conyugal esa noche.

Oyó que cerraba una puerta con fuerza. Sintió su presencia en la sala de estar: le llegó desde la cocina el golpeteo de cazuelas y tazas, no muy distinto al estruendo que había armado Tilsner el día anterior. Aunque estos otros ruidos venían amplificadas por una ira secreta en cada golpe, como el *crescendo* de un percusionista que prepara el clímax de una pieza funesta.

Müller hundió la cabeza entre las mantas. Fingiría que estaba dormida si entraba al dormitorio, sería mejor enfrentarse a él cuando estuviera de mejor humor. Adoptó la posición fetal y se tapó los oídos. Pero oyó que una pieza de la vajilla se estampaba contra el suelo y supo que no podía estar mucho más tiempo sin dar la cara.

Ya levantada, se puso la bata y las zapatillas a juego; un lujo para los dedos de los pies, uno de los pocos que pudo permitirse en la Intershop, la cadena de tiendas para los turistas y extranjeros que visitaban la República Democrática Alemana. Se pasó los dedos por el pelo a modo de improvisado peine y cruzó los escasos metros que la separaban de la sala de estar arrastrando las zapatillas por el suelo de tarima, porque estaba demasiado cansada para levantar los pies. Apoyada en el marco de la puerta de la cocina, vio cómo su marido se afanaba en recoger los restos de porcelana con una escoba y un cogedor.

—Siento lo del jueves —dijo—. No vine a dormir porque hubo un

asesinato esa noche. —Vio el *Neues Deutschland* del día en la encimera. Donde quiera que su marido hubiera estado, debió de comprarlo al volver—. Fue tan desagradable que a lo mejor sale en el periódico.

Gottfried no dijo nada, hizo como si no la hubiera oído, vació el cagedor en el cubo de la basura y luego siguió con lo que estaba haciendo: plantó de un golpe el cazo en el fogón para hacer café.

—Tardamos más de lo que pensábamos —dijo ella.

Se dio la vuelta, la miró y cruzó los brazos sobre el pecho. Llevaba el jersey marrón a rayas, el que le habían regalado sus padres por Navidad y a ella le parecía horrible porque le hacía mayor. A él también se lo parecía; de hecho, aquel día se rieron los dos al ver el pésimo regalo, comentaron por lo bajo el mal gusto de sus padres, ya mayores y completamente ajenos a las modas. El que lo llevara puesto en ese momento era toda una declaración de intenciones; era una declaración de guerra.

—Estuviste con él, ¿a que sí?

—¿Con él? No sé a quién te refieres. —Ante el silencio de su marido, solo se le ocurrió decir—: Es que se hizo muy tarde y me quedé a dormir en la oficina. No quise venir de madrugada para no despertarte.

Dio un paso hacia ella; tenía el cutis lleno de manchas y vio que se había puesto rojo.

—No me creo nada —dijo. Se le habían caído las gafas por el puente de la nariz—. Ya he visto cómo te mira.

—No es lo que te piensas —se defendió Müller, y adelantó una mano para tocarle el hombro—. Y lo siento porque tenía que haberte llamado. Te eché de menos anoche.

Él la apartó.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Eres una mujer atractiva, y Tilsner no te quita ojo de encima. Seguro que ya te tiene en el bote. Y ¿qué, estuvo bien?

—Eso no es...

—¿No es qué? ¿Por qué mientes, Karin? Es obvio que hay algo entre vosotros. ¿Cuándo fue la primera vez que te abriste de piernas para él, cuando estuve en Rügen?

Müller suspiró porque era inútil seguir discutiendo con el típico profesor de instituto que creía siempre saber más que nadie. Un profesor de matemáticas, para más inri, alguien que vivía en un mundo de certezas, donde

todo era blanco o negro. Se dio la vuelta y fue arrastrando los pies hasta el cuarto de baño; cerró de un portazo, luego echó el cerrojo y abrió el grifo del agua fría. Metió las manos debajo del chorro helado y se lo echó en la cara. No sabía muy bien si para lavarse, para despertarse o para borrar aquella expresión de culpa que vio reflejada en el espejo.

Colgó la bata en el gancho que había detrás de la puerta y se sentó en la taza del váter con la cabeza entre las manos. ¿En qué momento se estropeó la relación con Gottfried? Recordó el escalofrío que le recorrió el cuerpo nada más conocerlo. Estuvieron jugando a darse «besos de chocolate» en una reunión familiar para celebrar el cumpleaños de la sobrinita de Gottfried. La inspectora Müller estaba recién salida de la academia superior de policía, hacía lo posible por olvidar todo lo que había pasado allí; él acababa de sacar la plaza de profesor. Se pusieron a jugar con los niños: mojaban como ellos las esponjitas dulces en chocolate y se las daban el uno al otro, hasta que él acabó besándola en plena boca, para turbación de Müller y deleite de todos los niños.

Era verdad: se había sentido cada vez más atraída por Tilsner, pese a lo mal marido que era, y a que en el trabajo era un arrogante y un insolente. Cuando mandaron a Gottfried una temporada a dar clase al reformatorio de Rügen, como castigo por no inculcar en sus alumnos el espíritu del partido con suficiente fanatismo, ella se sintió muy sola. Entonces empezó a fijarse en Tilsner, en su cara de rasgos marcados y barba de tres días, y en su musculoso cuerpo. Y ahora que Gottfried había vuelto, las cosas no iban mejor. Había envejecido, aquellos meses en Rügen lo habían cambiado. Ya no era el hombre con trazas de estudiante de último año de carrera que la había enamorado, sino una imitación mala del profe arisco entrado en años. Y, además, últimamente le había dado por ir a esas reuniones de la iglesia tan abominables. Es que era todo...

Gottfried dio varios golpes en la puerta.

—¿Vas a estar ahí encerrada mucho rato?

—Acabo de entrar a la ducha, o sea que cuenta que por lo menos diez minutos —dijo alzando la voz por encima del ruido del agua—. Luego tenemos que hablar.

—No quiero hablar. Me voy a la calle.

—Espera un momento... —Müller cerró los grifos, se puso a toda prisa la bata y salió del cuarto de baño. Le dio tiempo a ver cómo cerraba de golpe la

puerta del apartamento. Corrió hasta allí, la abrió y gritó por el hueco de la escalera—: No te vayas, Gottfried. Tenemos que hablar. —Pero él siguió bajando las escaleras, y le llegó el ruido cada vez más lejano de sus pasos, hasta que oyó el portazo que dio la puerta de la calle y sintió en la mano que tenía sujeta a la barandilla la vibración de todo el edificio.

Descorrieron un cerrojo y Müller se dio la vuelta. Frau Ostermann asomaba la cara por la rendija de la puerta.

—¿Pasa algo, Frau Müller?

Müller se ajustó la bata, sonrió sin convicción y dijo con un suspiro:

—No, no, Frau Ostermann. No se preocupe. —La mujer arrugó la boca, se metió dentro otra vez y cerró la puerta.

Müller volvió a la soledad de su apartamento y fue hasta la ventana del salón, por si podía ver a Gottfried en la calle, pero había desaparecido de su vista. Todo lo que vio fue, en la acera de enfrente, una furgoneta Barkas de color blanco con el letrero *Bäckerei Schäfer*, una pequeña panadería familiar cerca de Alexanderplatz. Müller tragó saliva. Pensó en la ducha que no había podido darse, en que luego saldría a comprar panecillos *Brötchen* recién hechos. A lo mejor la furgoneta llevaba alguno. Eso le asentaría el cuerpo, le quitaría el mal sabor de boca que le había dejado la discusión con su marido.

Treinta minutos más tarde estaba allí abajo, en Schönhauser Allee, pero la furgoneta de la panadería no iba de reparto. Empezó a andar a paso vivo, con la esperanza de que el par de kilómetros que la separaban de la oficina le infundiera nuevo vigor al cuerpo, y fue adelantando a las familias que paseaban tranquilamente al sol invernal. De repente chocó contra ella una niña de unos diez años que esquivaba la bola de nieve lanzada por su hermano. Müller le devolvió la sonrisa, pero en su fuero interno sintió el zarpazo de la pérdida y la culpa. Aquellos niños jugando con sus padres, viva imagen de una familia feliz, le trajeron a la memoria la foto de los Tilsner en el *camping*. Una imagen que Gottfried y ella jamás lograrían componer.

Nueve meses antes (mayo de 1974).

Jugendwerkhof de Prora Ost. Isla de Rügen, República Democrática Alemana.

A mi lado alguien llora. Es un llanto horrible que me arranca a mí más lágrimas. *Mutti!* Y tiene que irse. Se la llevan. Yo intento retenerla, pero es como si no tuviera fuerza en los brazos, como si fuera otra vez una niña pequeña. Me miro las manos y veo que es verdad, que son las manos de una niña pequeña. Aun así, la agarro fuerte, pero los dedos se le escurren entre los míos. ¿Por qué se la llevan esos hombres? Vive con la Oma y conmigo, en el *camping*; aquí, en el apartamento que ocupamos justo encima de la recepción. Es aquí donde tiene que estar, y correr por la playa conmigo, dejar que el viento nos desordene a las dos el pelo rojo. ¡No te vayas! ¡No te vayas! La necesito, y se lo pido por favor. Ella me tiende los brazos, pero hay algo que me retiene, que no me deja ayudarla. Con todas mis fuerzas, me libero y salgo corriendo detrás de ellos escaleras abajo. Pero ya no están. Y algo va mal, porque son las escaleras del *Jugendwerkhof*, en Prora. ¿Qué ha sido de la casita blanca del *camping*? Me doy la vuelta para volver al apartamento presa del pánico, pero los hombres gigantes siguen allí y también han venido a por mí. Quiero salir corriendo, pero hay algo que me lo impide, me tapa toda, pesa mucho y no puedo respirar y...

Cuando despierto, estoy sudando y el corazón me late con fuerza dentro del pecho. Aparto la pesada manta, respiro hondo, una y otra vez. La pesadilla desaparece, pero el llanto no, allí siguen los horribles sollozos. Miro y veo que es Beate, en la litera de al lado. Me arrebujó el camisón porque hace días que no me lavo y me da asco mi cuerpo; y así tapada dejo mi cama, me meto en la suya y nos tapo a las dos con la manta. Le acaricio el pelo negro, empapado en sudor como el mío. Hago el menor ruido posible porque no quiero despertar a las chicas que duermen en las otras literas; pero hay tres

camas en cada una de ellas, son de hierro y suenan mucho, y sé que es imposible que no nos oigan.

—Chis, Chis, Beate. No llores, no llores —le digo bajito al oído, y al rodear con mis brazos su cuerpo menudo, el mío, que abulta más, la hace aún más pequeña—. Por favor, no llores. Te pasas las noches llorando. Llevas así desde que fuimos de excursión al campo, ¿qué te pasa?

—No te lo puedo contar —susurra entre sollozos, mientras le acaricio la espalda, maravillada al sentir los huesos debajo de la piel, porque en su caso no los cubren las capas de grasa que sé que rodean los míos.

—¿Y por qué no, si soy tu amiga? De mí no saldrá, no se lo diré a nadie más. ¿Para qué estamos las amigas si no es para contarnos secretos?

Con el llanto de Beate y mis susurros, las otras empiezan a despertarse.

—¡Cállate, Behrendt! ¡Cállate de una vez y vuelve a tu cama! —dice con un siseo Maria Bauer, la delegada—. Y tú, Ewert, deja ya de lloriquear. A dormir las dos ahora mismo, que si no nos mandarán a todas más trabajo.

Beate se calma, más por las amenazas de Bauer que por efecto de mi cuerpo al lado del suyo, pero sigo allí. Acostada junto a ella. Con los dedos, le recorro las crestas iliacas, voy contando las vértebras. Luego le acaricio el pelo, y me pregunto por qué se pone así todas las noches.

Entonces, de repente, suenan pasos fuera del dormitorio comunal: cada vez más alto, más cerca cada vez.

Descorren el cerrojo.

Dan la luz.

Intento ganar mi cama de un salto, pero ya es tarde: la mole de Frau Richter ocupa todo el vano de la puerta y no aparta los ojos de mí: me quedo petrificada en el espacio que media entre mi cama y la de Beate, tapándome los ojos con la mano para que no me dé el resplandor de la bombilla que cuelga del techo.

—¿Qué pasa aquí que hay tanto ruido? ¡*Jugendliche* Behrendt! ¡*Jugendliche* Ewert! ¡Cada una a su cama! Y mañana después del desayuno las quiero ver a las dos en mi despacho. —Vuelve a apagar la luz—. Y que no oiga yo ni una sola voz más en este dormitorio, o si no, aténganse a las consecuencias.

Cierra la puerta de un portazo y echa el cerrojo por fuera. Vuelvo despacio a mi cama, le doy la espalda a Beate y escucho el fragor de las olas del Ostsee contra la arena abajo en la playa. Pienso en Mutti. En la Oma. En los buenos

tiempos antes del *Jugendwerkhof* de Prora Ost.

Por fin me duermo y, cuando suena diana, casi se me ha olvidado por qué esta sensación de pánico me abruma y pesa sobre mí. Todas se van vistiendo con la ropa de trabajo y yo me acerco a la ventana muy despacio. Me pongo de puntillas, cojo los barrotes grises que llegan solo hasta la mitad del vano, estiro los brazos y contemplo por encima de la reja el Ostsee allá abajo. La playa se extiende kilómetros y kilómetros a derecha e izquierda, y esa es la extensión también, lo sé, del edificio. Lo sé gracias a la educación antifascista que nos dan. Aquí, nos han contado, Hitler pensó mandar a los trabajadores de vacaciones junto al mar. Imagino a miles y miles de ellos dentro de estas paredes grises, imponentes. Miles y miles de trabajadores que, de haberse completado aquel proyecto, habrían tenido la oportunidad de contemplar la belleza de la costa; de chapotear en el agua, de jugar en la arena y hacer lo que ahora solo es un recuerdo para mí.

—¡Irma! —oigo que grita Beate detrás de mí—. Vamos, que llegamos tarde, y no nos conviene después de lo que pasó anoche. Richter te la tiene jurada.

Le doy la espalda al mar, vuelvo sobre mis pasos y empiezo a quitarme la ropa cuando llego a la altura de la cama.

Me siento a desayunar al lado de Beate y veo mi plato vacío; las demás, sin embargo, tienen lo de siempre: un panecillo, una salchicha y queso. La matona Bauer que sonrío toda ufana desde la cabecera de la mesa. Busco entonces con la mirada a Frau Schettler, que no ha acabado todavía de repartir todos los cuencos de plástico llenos de margarina y mermelada, porque sé que no me negará su ayuda. Es una de las pocas adultas que está de nuestra parte; ella y el profesor de matemáticas nuevo que tenemos, Herr Müller, recién llegado de Berlín, que siempre tiene para mí una palabra de aliento.

Levanto la mano:

—Frau Schettler, tengo el plato vacío.

Me mira como pidiendo disculpas y luego fija la vista en un punto más allá de mí. Le sigo la mirada y veo a Richter.

—Ya tenía que saber a estas alturas —dice Richter—, que el panecillo, el queso y la salchicha son un privilegio; un privilegio solo para las que están en este centro. Y lo pierdes cuando no te portas bien. —Nada más decir esto, coge la otra cesta de pan, la de las tostadas rancias, y me la acerca. Como digo que no con la cabeza, la planta de golpe encima de la mesa—. Pues muy bien, *Jugendliche* Irma Behrendt. Pero me temo que su naturaleza obstinada le va a acabar pasando factura, porque quedan muchas horas para la comida; horas de trabajo duro en el taller. Usted lo ha querido. Y no se olvide: la quiero ver en mi despacho nada más acabar el desayuno.

Bauer suelta una risita tonta desde el otro lado de la mesa. Beate me toca el hombro afectuosamente para consolarme. Pero me va a hacer falta más consuelo que ese, porque odio este sitio, y a Richter también la odio.

Todas van hacia el taller, y yo me dirijo arrastrando los pies por el pasillo que lleva al despacho de la subdirectora Richter. Voy todo lo lento que puedo para retrasar al máximo el encuentro, por ver si así puedo irritarla. Pero al final no tengo más remedio que llamar, con unos golpecitos en el cristal tintado y esmerilado, a la puerta metálica pintada de blanco.

—¡Adelante! —responde, y se levanta cuando me ve entrar—. Por fin, Behrendt, ¿cómo es que ha tardado tanto? —Se pone la chaqueta delante del espejo, todo lo alta que es, y aprovecha para retocarse el carmín de los labios y empolvase la nariz—. Creo que ha llegado la hora de hablar seriamente con usted. ¡Sígame! —Aviva el paso, una vez en el pasillo, y casi tengo que ir a la carrera para seguirle la zancada. Bien sé adónde me lleva.

Richter llama a la puerta metálica de color gris. Del otro lado, la voz de Neumann, el director, dice que esperemos. Junto a la suya, se oye una voz más baja que me resulta familiar: es una voz femenina.

Se abre la puerta y ahogo un pequeño grito al ver salir a Beate; ella se lleva la mano al pelo y toquetea los botones del blusón de trabajo. Cuando voy a preguntarle que qué hace allí, Richter me coge del brazo y me mete dentro del despacho sin darle tiempo a responder a Beate, quien, de todas formas, evita mirarme a los ojos. Richter tira tan fuerte de mí que casi me doy contra ella cuando me empuja y me planta delante de la mesa de Neumann.

—*Jugendliche* Behrendt, ya me estoy hartando de verla por aquí. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

Me quedo callada, con la cabeza gacha y la mirada fija en los zapatos de faena. Richter me sujeta la barbilla, la levanta y no tengo más remedio que posar la vista en la cara desfigurada de Neumann: veo el parche de tela negra y, debajo, lo que queda del ojo, la piel destrozada y salpicada de manchas, y me entra un ataque de asco que sé que no debería sentir.

—Responda al Herr Director —brama Richter.

—No lo sé —digo, y lo miro sin pestañear al ojo que tiene sano—. No sé qué he hecho mal.

—Pues es bien sencillo, Behrendt. La sorprendieron a usted en la cama de otra chica después de que se apagaran las luces, y eso va contra las normas. Lo sabe perfectamente. —Neumann se repantiga en el sillón, toquetea el parche con una mano mientras con la otra aprieta una y otra vez el botón del bolígrafo. Por unos instantes, dejo que ese ruido metálico colme el silencio del despacho.

Clic, clic, clic.

—¿Qué pasa, niña, que te ha comido la lengua el gato?

—No, Herr Director. Solo fui a ver qué le pasaba a Beate, nada más. Es que estaba llorando y no quería que despertase al resto. Era mi deber como ciudadana. —Detrás de mí, oigo que Richter da un suspiro y chasquea los labios. Neumann deja el bolígrafo encima de la mesa y se cruza de brazos.

—Lo que pasa, Behrendt, es que a Frau Richter y a mí nos han llegado quejas de que esto se repite desde hace tiempo, que va usted a la cama de la *Jugendliche* Ewert casi todas las noches. ¿Es eso cierto? ¿Se trata de alguna perversidad pecaminosa entre adolescentes? —Me pregunto quién se habrá chivado. Aunque es fácil adivinarlo: Bauer, sin duda, porque ella y Richter son uña y carne.

Intento justificarme:

—Herr Director, yo solo...

Neumann me interrumpe y noto en su voz la amenaza:

—¿Es... eso... cierto?

—Sí, he ido a su cama a veces, a ver qué le pasaba, pero no...

Situada detrás de mí, Richter me tapa la boca de un manotazo y, cuando voy a morderle los dedos, me retuerce el brazo a la espalda, y el dolor me obliga a ceder. Entonces me dice al oído:

—Eres una marrana y una insolente, y te voy a dar yo a ti lo tuyo.

Neumann da un golpe encima de la mesa:

—Deponga su actitud, *Jugendliche* Behrendt. Tráigala aquí, Frau Richter.

—Richter me coge del pelo, esta maraña de rizos pelirrojos que tanto odio, y tira hacia abajo hasta que doy con la cara contra la mesa de Neumann. Oigo que el director se desabrocha el cinturón, ¡y le suplico a Dios que no lo haga! He oído lo que cuentan otras chicas, pero, por favor, ¡a mí no! Se me tensan los muslos, como si los músculos tuvieran vida propia, pero en ese momento oigo otro ruido, el silbido que produce el cuero al deslizarse contra la tela, y cuando miro hacia arriba veo que Neumann se ha quitado el cinto y lo empuña por la hebilla. Entonces se lo enrolla tres veces en la muñeca y estira la correa con una expresión de regodeo dibujada en la cara.

—*Jugendliche* Behrendt —dice Neumann—, pasará usted tres días aislada en el búnker, a ver si así aprende que está yendo por el camino equivocado. —Rompo en sollozos, entrecortados por gritos y bocanadas de aire, y Richter me estampa la cara contra el tapete del escritorio—. Después, puede que la separemos de Ewert, irá usted a otro dormitorio comunal. No queremos que una chica aplicada y obediente como ella sea llevada por el mal camino por elementos subversivos de su calaña. ¿Me ha entendido?

Yo sigo llorando.

—¡Conteste al Herr Director! —grita Richter.

—¿Me ha entendido? —vuelve a preguntarme Neumann. Da un latigazo encima de la mesa con el cinturón; la correa me pasa a escasos milímetros de los ojos y el chasquido que da suena como un balazo.

—Sí —digo entre sollozos—. Sí, lo he entendido.

Da otro latigazo con el cinturón encima de la mesa, la punta me roza la nariz y siento un pinchazo que me perfora la cabeza.

—Haga el favor, Frau Richter, dispóngala para recibir el castigo.

Intento resistirme, pero tienen mucha fuerza y no logro zafarme. Richter empieza a bajarme los pantalones de faena.

—¡No, no! —grito—. ¡Por favor, que tengo la...

Richter me calla de una bofetada, pero el escozor no es nada comparado con la humillación y la vergüenza que siento. Cierro los ojos con todas mis fuerzas y aprieto la cara contra la mesa para no ver lo inevitable.

—¡Cinco azotes! —grita Neumann, y noto su boca pegada a mi oreja y el silbido viperino con el que lo dice—: Para que aprendas. Y como grites o te

resistas, te doblo el castigo. ¿Lo ha entendido, *Jugendliche* Behrendt?

Digo lo que dije unos minutos antes entre sollozos:

—Sí, Herr Director. Lo he entendido.

*Febrero de 1975. Día cuatro.
Distrito Centro, Berlín Oriental.*

A Müller le resultó muy concurrido el despacho del patólogo que dirigía el departamento forense en el hospital de la Charité. Entró en fila india detrás de Tilsner y de Schmidt, todos a la estela de Jäger. Dijera lo que dijera en el cementerio, el teniente coronel de la Stasi tenía la intención de llevar las riendas del proceso en persona y, por alguna razón que a la inspectora se le escapaba, había evitado hasta ahora verse a solas con ella. Müller quiso agilizar la autopsia, pero a él no le pareció oportuno interrumpir su fin de semana y no dio orden de que empezaran hasta la mañana del lunes.

Jäger ocupó la silla que había frente a la mesa del patólogo jefe después de indicar por señas a los tres policías que se quedaran detrás de él. Tres hombres presidían la reunión al otro lado de la mesa: uno iba vestido de paisano; los que lo flanqueaban, gastaban sendas batas blancas.

El que no tenía bata habló primero y, mientras lo hacía, clavaba la mirada en el oficial de la Stasi que tenía enfrente:

—Espero que comprenda que esto es del todo irregular, *Oberstleutnant*. — Estampó la mano al decir esto contra un libro gordo de tapas grises que había encima de la mesa—. La orden que regula las exploraciones *post mortem* lleva en vigor desde 1949, y deja bien claro que en casos en los que haya sospecha de muerte no natural, los únicos presentes en la autopsia son el patólogo jefe, un médico colegiado y yo mismo en calidad de fiscal del Distrito Centro de Berlín Oriental.

El tono distante dejó intrigada a Müller, que vio cómo Jäger le decía que sí con la cabeza al fiscal desde el otro lado de la mesa:

—Soy plenamente consciente de lo estipulado en esa orden, camarada Seiberling —replicó sin alterarse lo más mínimo.

—Pues entonces tiene que entender que la única persona a la que pienso

autorizar para que me acompañe a la sala mortuoria en calidad de testigo de la autopsia, tal y como ordena la ley, será al catedrático Feuerstein —señaló con un gesto de la mano al hombre de pelo gris que tenía sentado a su izquierda, y luego hizo lo propio con el de la derecha—, y al doctor Wollenburg, quien se hallaba de servicio en el hospital de la Charité nada más ingresar el cadáver y fue el primero en certificar el examen inicial. Además de ellos, los únicos presentes seremos la asistente médico y yo mismo.

Jäger lo pensó un instante antes de responder:

—Perfectamente comprensible. Y diría más, lo más razonable en circunstancias normales —afirmó el teniente coronel de la Stasi—. Lo que pasa es que estas no son circunstancias normales. —Müller vio cómo metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacaba un sobre. Lo abrió, dejó el contenido sobre la mesa y le dio la vuelta para que lo leyera el fiscal.

—¿Ve la firma ahí? —Jäger se inclinó y subrayó con el dedo el garabato de tinta azul—. Camarada Erich Mielke. Coronel general Mielke. —Le lanzó una sonrisa la mar de amistosa al fiscal—. Yo creo que con esta autorización basta para que mis colegas de la Policía del Pueblo y yo mismo estemos presentes en la autopsia, ¿no le parece?

Seiberling alisó una y otra vez la hoja de papel con el canto de la mano, como si no diera crédito al interés que mostraba el Ministerio para la Seguridad del Estado en la autopsia que estaba a punto de presenciar. Sucedió un breve silencio en el que estuvo sopesando sus opciones, pero Müller sabía que no tenía ninguna:

—Comprendo —dijo el fiscal por fin mientras asentía con la cabeza—. El mismísimo camarada Mielke. —Y tal y como había hecho antes Jäger, repasó la firma con el dedo casi con reverencia—. Por descontado, esto lo cambia todo —dijo como si le hablara al pedazo de papel más que a Jäger.

—Me complace ver que está usted de acuerdo, camarada Seiberling. La camarada Müller aquí presente —señaló a la inspectora al decirlo— lleva la investigación en calidad de inspectora de la *Kriminalpolizei* del Distrito Centro y será testigo de la autopsia, al igual que sus subordinados, y al igual que yo mismo.

El fiscal soltó un suspiro y Müller lo vio ponerse de pie, abrir un armario de metal de color beis y sacar batas, mascarillas, guantes y calzas. Luego lo puso todo encima de la mesa y lo empujó en dirección a donde se sentaba

Jäger.

—Pues pónganse esto —dijo—. Vamos a empezar ya mismo.

El olor a desinfectante impregnaba cada rincón de la sala de autopsias. La asistente sacó de una cámara frigorífica el cuerpo desnudo de la chica y lo trajo sobre una camilla metálica con ruedas. Cuando lo depositó sobre la mesa de disección, a Müller le sorprendió en un primer momento que pudiera ella sola con el cuerpo, pero luego le vio los fornidos antebrazos y sintió cierto orgullo al comprobar que las mujeres arrimaban el hombro en todos los niveles por el bien de la República Democrática Alemana, algo inimaginable al oeste de la barrera de protección antifascista.

Al verla allí tendida, la inspectora tuvo que vencer la inercia de mirar para otra parte. Le habían reparado parte de las laceraciones sufridas en la cara y ofrecía ahora un aspecto más pálido y ceroso que la otra vez que Müller la vio de cerca, hacía tres días, en el cementerio. Esto le daba al cuerpo un toque más humano, pero allí seguían las encías sin dientes, las cuencas oculares vacías, todo lo devorado por el supuesto perro, todo blanco inicial de aquella hambre canina... Müller comprendió que no podría mirarla a la cara mucho tiempo y se concentró en las manos de la chica, tal y como había hecho hacía tres días también: en la piel blanca, inmaculada; y en los intentos caseros de emular el pintaúñas.

El profesor Feuerstein prendió un micrófono en miniatura al delantal que llevaba puesto y lo enchufó a una pequeña grabadora que dejó caer en un bolsillo.

—Les enviaré a su debido tiempo un informe completo, pero voy a grabar los comentarios que vaya haciendo sobre la marcha conforme avance la autopsia y luego revisaré dichos comentarios. Eso sí, no tengan ningún reparo en interrumpirme para hacer cualquier pregunta. —A Müller le transmitía cierta paz el tono de voz del patólogo, y pensó que era menos tieso y constreñido por las reglas que Seiberling.

—¿Tiene usted ahí las fotografías de la escena del crimen? —le preguntó a Schmidt. El *Kriminaltechniker* le dio un fajo de fotografías en blanco y negro envueltas en plástico transparente y Feuerstein y Wollenburg estuvieron un rato colgándolas en un tablón que había en la pared. Aquel despliegue de fotografías, las imágenes del cuerpo tomadas desde distintos ángulos, le

recordó a Müller que había cabos sueltos en la investigación: las rodadas, las pisadas irregulares en la nieve, la dirección que llevaba la chica; en apariencia, una fuga abortada hacia el este, aunque Müller creía que aquello era un montaje.

Al lado del tablón había otra mesa y allí estaban las zapatillas de deporte, y la ropa, manchada de sangre. Lo habían sacado todo de las bolsas de pruebas y reposaba expuesto en una superficie de plástico.

Feuerstein se ajustó con un sonoro chasquido los guantes de goma que llevaba puestos y avanzó hacia la mesa de autopsia. Miró a la cara de la víctima, luego a la inspectora de la *Kriminalpolizei* y preguntó:

—¿Tiene algún dato más sobre la identidad de la chica, camarada Müller?

La detective había estado conteniendo la respiración a intervalos para evitar que el fuerte olor del desinfectante se le metiera en los pulmones.

—Por el momento no —respondió—. En los próximos días comprobaremos todos los datos que tenemos sobre chicas de esta edad desaparecidas, pero hasta ahora solo nos ha dado tiempo a estudiar de forma muy somera los archivos. —Feuerstein asintió.

La asistente metió una cuña debajo de la nuca del cadáver y quedó expuesta la base del mentón y el tórax se elevó formando una especie de arco. Feuerstein desgranaba con frecuencia comentarios sobre los progresos que iba haciendo en la autopsia para que quedaran recogidos en la grabadora, y de vez en cuando le hacía preguntas a Wollenburg. Este le devolvía simples monosílabos, pues eran casi siempre preguntas retóricas. Seiberling, mientras tanto, había pasado a un segundo plano, y Müller pensó que el breve intercambio con Jäger en el despacho del patólogo lo había reducido a la condición de convidado de piedra.

Feuerstein echó mano de una lupa para inspeccionar el cuerpo milímetro a milímetro. Müller era nueva en aquellas lides, pero habría jurado que el patólogo centraba casi toda su atención en las cuencas oculares de la desfigurada cara de la chica, en el cuello y en las uñas. Las heridas de la espalda no le interesaban lo más mínimo.

Por señas, les indicó a Müller y a Jäger que se fijaran detenidamente en el cuello.

—¿Ven estas marcas? ¿La abrasión que se ha producido en este punto? — Feuerstein trazaba con el dedo una ligera curva sobre la piel de la chica—. Lo más seguro es que se las provocara la propia víctima al intentar evitar algún

tipo de traumatismo sobrevenido contra el cuello. Son marcas de sus uñas, y se las clavó cuando forcejeaba para poder respirar. Y miren esto. — Feuerstein cerró con suavidad el párpado izquierdo, que enmarcaba, todavía intacto, la cuenca ocular destrozada. Müller alcanzó a ver unos puntitos rojos y Feuerstein los señaló con la otra mano—. Son petequias, hemorragias minúsculas de la piel. —Dejó otra vez el párpado en su sitio—. Claro, los ojos ya no están, y sobre eso quiero extenderme en el informe final. Porque, de haberlos conservado, seguro que tendría petequias ahí también, en la conjuntiva. —Luego señaló el cuello de la chica—. En este tipo de casos, uno esperaría encontrar moratones en ese mismo punto, pero no siempre, y he aquí una de esas raras ocasiones en las que no aparecen.

Müller sintió en la espalda la presión del vientre de Schmidt; y fuera cual fuera la variedad de salchicha que acabara de comerse, el olor le acarició la pituitaria.

Luego oyó, en un torrente repentino a sus espaldas, la confusión que le embargaba la voz al de la Policía Científica:

—O sea, que lo que viene a querer decir es que la estrangularon, aunque no hay en el cuello marcas que lo indiquen, aparte de las de sus uñas.

—Exacto —confirmó Feuerstein—. De haber sido estrangulada con algún tipo de ligadura, esas marcas tendrían que verse, de eso no cabe ninguna duda. Pero yo creo que quien la estranguló lo hizo rodeándole el cuello con el antebrazo. Un antebrazo musculado, pero a la vez carnoso, de ahí la falta de moratones. Cuando hayamos terminado la autopsia, espero haber podido encontrar, mediante una placa de rayos-X o disección, fracturas en el esqueleto laríngeo. En otras palabras, daños que se compadezcan con un estrangulamiento manual por fractura de las vértebras cervicales.

Müller frunció el ceño presa de la confusión:

—Pero ¿qué hay de las heridas en el cuerpo? —preguntó, y señaló las fotos del tablón que Schmidt había sacado en la escena del crimen. Allí se veían con nitidez lo que parecían balazos, impactos regulares que le surcaban la espalda. Feuerstein le indicó por señas a la asistente que lo ayudara y, entre los dos, le dieron la vuelta al cuerpo de la chica.

—En efecto, hay heridas de bala —dijo Feuerstein—. Pero, doctor Wollenburg, quizá pueda usted explicar a nuestros colegas en qué nos basamos para saber que no fueron la causa de la muerte, incluso sin haber concluido todo el procedimiento.

El médico rubio miró a Müller a los ojos y empezó su intervención. Ella bajó la mirada y volvió a fijarse en el cuerpo de la chica, intentaba concentrarse así en lo que él le decía, y no en sus angulosos y atractivos rasgos.

—Sí, hay lesiones debidas a disparos —dijo Wollenburg—, pero incluso el mismo día que me trajeron el cuerpo, era obvio que se habían producido después de la muerte. Y no una o dos, sino varias horas después. Son heridas que no han provocado hemorragia alguna, y fueron infligidas con un arma automática o semiautomática. El reguero de disparos lo confirma. —Fue hasta la mesa en la que estaba expuesta la ropa—. Hay una cantidad no desestimable de sangre en las prendas que llevaba encima de la camiseta; pero en la camiseta misma, ahí hay mucha menos. En resumidas cuentas, que la sangre no era suya: se la aplicaron desde afuera.

—¿Cómo que se la aplicaron? —preguntó Müller.

—¡Pues que esa sangre es falsa!, si quiere que se lo diga de otra forma. Y falsificada muy burdamente; o sea, mi impresión es que lo hicieron a toda prisa. Sangre sí que es, pero las pruebas que hemos hecho revelan que no es humana. Tal y como aparece en la ropa, no puede haber manado de una herida de bala: no es sangre que haya rezumado, ni soltado a chorros o bombeado el cuerpo, sino que se la echaron por encima después. Y es sangre animal, de felino, creemos.

Seiberling, que no había abierto la boca desde el fondo de la sala, fue hacia el frente y se dirigió a Jäger, quien había estado escuchando las explicaciones del patólogo y del médico sin hacer comentario alguno:

—¿Lo ve, *Oberstleutnant* Jäger?, por lo que parece no la dispararon desde la parte occidental mientras intentaba entrar en la oriental, nada de eso. No cabe ninguna duda de que el artículo que publicó el *Neues Deutschland* iba completamente desencaminado. Y no creo que haga falta que se queden ustedes hasta el final de la autopsia.

El mismo Jäger guardó silencio unos minutos, sumiendo a Müller en el desconcierto. Cuando por fin contestó, no elevó la voz, sino que mantuvo el mismo tono mesurado con el que se había dirigido al fiscal:

—No creo que debamos adelantarnos a los acontecimientos, camarada Seiberling. —Se giró para encarar a Müller y la miró fijamente a los ojos—. Estoy seguro de que la *Oberleutnant* Müller será tan minuciosa como siempre en el examen de todas las pruebas, y que llegará a la conclusión correcta. —

No había amenaza explícita en el tono con el que lo dijo, y sin embargo Müller así lo entendió veladamente. Entonces Jäger se dirigió a Seiberling—: Y claro que tiene usted razón: podemos irnos con la confianza de que nos brindarán un informe completo y detallado. Solo que le pido, por favor, que no aventure usted cuáles van a ser nuestras conclusiones. Su trabajo no es ese, ¿o sí lo es?

Luego alargó la mano por encima del cuerpo de la chica en la mesa de disección y dio unos golpecitos en la pequeña grabadora que el profesor Feuerstein tenía en el bolsillo:

—Y seguro que me mandará usted una copia de esa grabación con sus comentarios sobre la autopsia, ¿a que sí, Feuerstein? Y de todo lo que hemos hablado también. —Feuerstein apagó la grabadora y Müller miró la cara que ponía Seiberling al darse cuenta de que el combate dialéctico entre Jäger y él había quedado allí grabado.

El patólogo sonrió:

—Pues claro, camarada *Oberstleutnant*, pues claro.

*Quinto día.
Berlín Oriental.*

La Brigada de Homicidios del Distrito Centro había encajado con calzador las oficinas provisionales en la arboladura que apuntalaba las vías del tren, justo debajo de la estación Marx-Engels-Platz. Pasó un metropolitano por encima y, con la vibración, las carpetas que tenía pendiente revisar estuvieron a punto de perder el precario equilibrio que guardaban dentro de la bandeja, llena hasta arriba. Müller cogió la primera del montón, la abrió y empezó a pasar las páginas.

Venía encabezada cada una de ellas con la fotografía de una chica, el nombre de pila, el apellido, la dirección, su fecha de nacimiento, la estatura, el color de pelo y ojos, la forma de la nariz, detalles sobre las piezas dentales y otras marcas características. Se había pasado el fin de semana revisando todo el archivo, y allí seguía, desayunándose con la misma tarea otra vez. Tenían que verlos hacer algo y, además, podía habersele pasado algún detalle por alto. Lo malo era que todas esas chicas faltaban de sus hogares en el Distrito Centro y en los *Bezirke* colindantes, y ninguna coincidía con la de la cara desfigurada cuyo cuerpo vio tendido por última vez en la mesa de autopsias del hospital de la Charité. Más aún, si la versión oficial del caso era la cierta, nunca encontrarían a la chica en los archivos de personas desaparecidas de la República Democrática Alemana, pues supuestamente huía de la parte occidental a la oriental. Con un suspiro de impotencia, Müller le dio al archivador de color verde oliva un sonoro carpetazo.

—¡Werner! —gritó hacia la puerta lateral que comunicaba su despacho con el del subinspector—. Ven un momento.

Además de la puerta, la pared que separaba ambos espacios tenía ventana, y por ella lo vio estirar el brazo, coger una de las carpetas que también abarrotaban su mesa y, acto seguido, caminar hacia ella con garbo y sin

ninguna prisa, como si las fechas límites y los plazos no fueran nada a lo que el *Unterleutnant* Werner Tilsner tuviera que amoldarse. Mejor para él, cabronazo de guaperas, pensó Müller. Pero es que no era a él, sino a ella a la que se le venían encima cada cinco minutos Jäger, el *Oberstleutnant* de la Stasi, y Reiniger, *Oberst* de policía, echándole el aliento en la nuca y reclamando respuestas.

—¿En qué puedo ayudarla, camarada Müller?

La inspectora sintió que se ponía toda roja ante la sumisión fingida de Tilsner:

—Karin, llámame Karin a secas cuando estemos solos. O jefa, si lo prefieres, ya te lo he dicho un montón de veces.

—Pues claro, camarada Karin.

—Y corta el rollo ese de camarada también. ¿Qué es eso que traes ahí? — Müller señaló la carpeta de color verde bosque estampada con letras doradas que Tilsner tenía en la mano izquierda.

—Chicas desaparecidas.

Müller frunció el ceño y dio unos golpecitos en su propia carpeta, de un verde convenientemente diferenciado:

—Eso ya lo tengo yo aquí.

Tilsner dejó la carpeta encima de la mesa de Müller y la giró para que leyera lo que ponía. A la inspectora le bastó con ver el emblema del águila estampada en oro, que plegaba las alas casi como un culturista alado, para saber que provenía del otro lado de la barrera antifascista.

—¿De dónde has sacado esto?

—No fui yo, me lo ha dado el *Oberst* Reiniger. —Müller intentó que no se la notara molesta porque Reiniger se saltara el conducto reglamentario y se lo diera a su subordinado. Ella era la destinataria natural de aquella carpeta. Pero Tilsner seguía impertérrito—. El jefe está en una comisión conjunta de las policías de ambos lados del Muro, y es su proyecto estrella. Lo empezó Willy Brandt como parte de su brazo tendido a Europa del Este. —Tilsner entornó los ojos con una mueca de satisfacción.

Müller fue hojeando la carpeta. Aparte de que las fotos eran en color y el papel de mayor calidad, se parecía mucho a las que compilaban en la República Democrática Alemana.

—¿Esto son solo los casos que hay en Berlín Occidental? —preguntó.

Tilsner rodeó la mesa de Müller, alcanzó una silla y se sentó al lado de

ella. La inspectora sintió su muslo contra el suyo y no retiró la pierna; pero sí que notó, alarmada, que se estaba poniendo roja.

—No —respondió él, atenuando un poco la sonrisa de autosatisfacción de antes—. Los de toda la República Federal Alemana.

Müller puso las dos carpetas una al lado de la otra sobre la mesa y comprobó el grosor de ambas midiéndolo entre el pulgar y el índice. Luego miró a Tilsner y lo interrogó con la mirada, pero él se encogió de hombros:

—*Republikflüchtlinge*. Así se explica que la carpeta de una ciudad sea tan grande como la de un país entero. Aunque es cierto que sorprende que haya tantas, porque yo pensaba que había una especie de acuerdo para que a los más jóvenes nos los devolvieran para llevárselos a sus padres o tutores.

—Se supone que solo cuando los padres quieren. Pero, bueno, es que la República Federal no es un país, es un anacronismo fascista.

—Sí, sí, lo que tú digas —repuso Tilsner, mientras hojeaba la carpeta de la Alemania Occidental—. La cuestión es: ¿está la chica entre ellas? —dijo, y dio unos golpecitos en la carpeta abierta de la República Federal—. ¿O aquí? —Y señaló la carpeta, de un verde más oscuro, que contenía las desapariciones en Berlín Oriental. Luego se giró y miró a Müller a los ojos—: ¿O es que no está en ninguna de las dos?

—Habrá que repasarlas todas sistemáticamente —dijo Müller—. Tenemos que contrastar su descripción física con cada uno de los casos que hay en las dos carpetas.

—Pues para eso necesito reponer energías. ¡Elke! —gritó Tilsner para que lo oyeran en la sala grande, fuera de los despachos. La detective en prácticas Elke Lehmann alzó la vista de los papeles que tenía encima de la mesa—. Dos cafés, por favor, uno para mí y otro para la *Oberleutnant* Müller, aquí presente. Y a toda pastilla. El mío con dos cucharaditas de azúcar; y el de la *Oberleutnant* con una. —La chica no perdió un instante, lo dejó todo y se puso a preparar los cafés.

—Ya veo que la tienes bien enseñada, Werner, pero está aquí para aprender el trabajo de policía, no para hacer café.

Tilsner se encogió de hombros y sonrió a su jefa:

—Está encantada de hacer todo lo que le mando.

Después empezó a quitarle el clip a las páginas de chicas desaparecidas en la carpeta de la República Federal Alemana, y Müller se fijó en su perfil: mandíbula pronunciada, barba de dos días y ojos de un azul salvaje, «¡cómo

no va a estar encantada de hacer lo que le mandes!», pensó, e inmediatamente se fustigó por aquel ataque tan ridículo de celos.

Arriba, en las vías, otro tren pasó por la estación, y Tilsner soltó un taco porque los papeles que había ido apartando cayeron al suelo con la vibración de la mesa:

—*Scheisse*. ¿Por qué no nos buscarán una oficina como es debido? — Entre los dos, recogieron los papeles del suelo y salieron del despacho. Müller fue hasta la mesa alargada que había contra una de las paredes y apartó las tazas vacías y los libros.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Tilsner—. ¿Por la estatura? ¿El color de pelo? ¿El color de ojos?

—No sabemos de qué color tenía los ojos. Ni siquiera podemos contrastar las piezas dentales —le recordó la inspectora, y Tilsner hizo una mueca de asco—. Vamos a sacar todas las páginas, las agruparemos en montones y las iremos comprobando una a una. Y empezaremos por la edad. El patólogo dijo que tendría entre 13 y 17 años; o sea que le echaremos uno más de margen por cada lado, y eso ya descarta a todas las que tengan menos de 12 y más de 18.

Tilsner dijo que sí con la cabeza y empezaron a pasar una detrás de otra las páginas que contenía cada carpeta; como resultado, todas las chicas que no se amoldaban al criterio de la edad quedaron descartadas en un montón aparte.

Vino Elke con los cafés. Tilsner le dio un sorbito al suyo y apartó la taza con cara de asco.

—Elke, ¿qué demonios es esto? —La chica se puso roja y bajó la mirada.

Müller tomó un sorbito de su taza y vio que, en efecto, sabía a rayos, pero solo dijo:

—Gracias, Elke. Tú no le hagas caso, hoy se ha levantado de la cama con el pie izquierdo. —Nada más decirlo, se sintió culpable al pensar en el lecho conyugal de los Tilsner, mancillado con su presencia, aunque no se quitara la ropa. Él le lanzó una sonrisa cómplice, como si le adivinara el pensamiento, y dejó la taza a un lado dando a entender que no bebería aquello.

Siguieron revisando papeles hasta que acabaron con todo el contenido de la carpeta. Como era lógico, la mayor parte de las desaparecidas eran adolescentes, y el montón de descartes era más pequeño que los otros dos, los de las que cumplían el requisito de la edad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tilsner.

—¿La estatura? —apuntó Müller—. ¿Cuánto medía, como metro y medio? Tilsner sacó la libreta del bolsillo.

—Un poco más, aquí dice 1,52. Eso fue lo que escribió el patólogo en el informe.

—Vale, o sea que podía haber crecido algo si llevaba mucho tiempo desaparecida, y si estaba en edad de crecer. Así que no podemos descartar a las chicas que medían menos cuando desaparecieron.

—Pero sí podemos descartar a las que eran más altas, porque encoger, no habrán encogido. Para empezar, todas las de más de 1,55, por ejemplo.

Dividieron el montón en dos y lo estuvieron comprobando; así descartaron las fichas de las chicas que se pasaban del límite de estatura.

—Ha sido de gran ayuda —dijo Tilsner, y abrió en forma de abanico los tres informes que no había descartado—. ¿Cuántos te han quedado a ti?

Ella los extendió sobre la mesa.

—Solo siete.

Tenían para mirar con detenimiento los datos de diez chicas. Pusieron todas las hojas una al lado de la otra encima de la mesa y Müller las alisó una por una con la mano extendida. Luego fue a su despacho y volvió con dos fotografías en blanco y negro de la chica: una sacada en el escenario del crimen; la otra, del informe de la autopsia. Cogió primero la de la autopsia, en la que aparecía la cara tras la esmerada reconstrucción de sus rasgos que había hecho el patólogo, aunque por el resultado, casi no parecía un ser humano. Lo fue desplazando, a derecha e izquierda, por encima de la mesa, deteniéndolo sobre los datos de cada una de las chicas y comparando las fotografías. No se le parecía a ninguna ni de lejos. Luego hizo lo mismo con la fotografía tomada en el escenario del crimen, pero la operación fue todavía más difícil debido a las heridas que le desfiguraban la cara. Nada en claro, pues.

Soltó un suspiro, se giró para mirar a Tilsner y vio que el subinspector contemplaba ensimismado las fotos que ella tenía en la mano.

—¿Qué has visto? —preguntó ella.

Él cogió la foto del cementerio y la sostuvo en alto, casi como si fuera un objeto sagrado. Luego dijo:

—Es esta foto, que me pone muy triste. También me sentí así en el cementerio, porque...

—¿Qué?

—Pues que podría ser Steffi, mi hija, dentro de unos años.

Müller no sabía si podría articular palabra, así que asintió con la cabeza, porque había sentido exactamente lo mismo en el cementerio y en la sala de autopsias.

—Steffi ha cumplido ahora seis años, y es un vendaval con rizos, ¡tiene tanta energía! Cuando estoy con ella, tengo la sensación de que el mal no tiene cabida en el mundo. Pero en menos de diez años, pues... Podría acabar así. —Müller vio cómo se le empañaban los ojos de lágrimas y hasta le temblaba un poco la mano. Aquel no era el Tilsner que ella creía conocer: aunque fuera solo por un instante, se le había caído la máscara de autosuficiencia, la imagen que proyectaba de que nada iba con él.

—Pues la otra noche me contaste que la vida familiar no iba contigo —dijo Müller, y soltó una risa para tratar de quitarle hierro al asunto—. ¿O eso solo lo dices cuando estás ligando?

Tilsner soltó un resoplido y se apartó el flequillo de la frente:

—No, no era solo eso, era verdad. Lo que pasa es que me casé muy joven, cuando se quedó embarazada Koletta. Acabábamos de cumplir veinte años, y esa no es edad para casarse. Enseguida vino Marius, y Koletta y yo sentimos que nos faltaba tiempo para vivir cada uno nuestra vida. Marius tiene la edad de esa chica. Pero son siempre las chicas, ¿no?, son siempre las chicas las que acaban así.

Siguió tocando la fotografía sin apartar los ojos de ella y arrugó luego la frente cuando cogió la de la autopsia:

—Pero espera un momento. —De repente, se le notó más animado en el tono de voz.

—¿Qué has visto?

Tilsner puso la foto otra vez encima de la mesa a la altura de la chica que hacía el número seis de la serie. Entonces cogió unas tijeras y recortó la cara en la fotografía de la autopsia, e hizo lo mismo con la del informe de la desaparecida número seis.

—Más te vale que sepas lo que estás haciendo, porque has destrozado una prueba, así como si tal cosa —dijo Müller.

—Solo son copias. Pero ¡mira!

Señaló ambas fotos sin poder ocultar su entusiasmo: puso una al lado de la otra, solo las caras, pues había recortado el pelo.

—¿No ves que parece la misma persona, que solo se distinguen por el

pelo?

Puso otra vez las caras recortadas cada una en el marco de su respectivo pelo, restaurando las fotos a su estado original. En la del informe, la chica tenía una buena mata de pelo rubio; en la de la autopsia, era castaño, corto y liso. Müller miró ambas fotos de cerca y vio que Tilsner tenía razón, al menos en parte. Se parecían, aunque, dadas las heridas que había sufrido, no podía estar segura de que fuera la misma chica.

—¿Es de Berlín Oeste o Este? —preguntó.

Tilsner cogió el informe y miró la dirección.

—Este —dijo—. Friedrichshain —leyó los datos—: Silke Eisenberg. Sospechosa de saltar el muro, pero como todo el mundo, es decir, que huía hacia la parte occidental.

—¿Y si lo saltó, pero luego quiso volver? —sugirió Müller.

—Bueno, todo es posible..., también que las ranas críen pelo —replicó Tilsner con escaso entusiasmo en la voz.

Müller se sentó en una silla que había junto a la mesa. Apenas había transcurrido la mitad de la mañana, pero ya estaba agotada. Y tenían que ir a comprobar la dirección de aquella chica, era la única pista. Aunque no fuera mucho, era al menos un comienzo.

Quinto día.

Friedrichshain, Berlín Oriental.

Nada más llegar con Tilsner al bloque de pisos en el que vivía la familia Eisenberg en Friedrichshain, a Müller le entraron ganas de taparse los oídos ante el ruido atronador de las obras. Quiso también cubrirse la nariz y la boca para no oler el cemento y el yeso recién echados, pues le recordaba su niñez y la reconstrucción de hogares en la posguerra. Para llegar al bloque cuyo número aparecía en el informe de desaparecidos, se abrieron paso intentando no pisar fuera de la pasadera, la única manera de esquivar el tremedal de barro y nieve entre un edificio y otro.

Justo enfrente del bloque de los Eisenberg, emergía del suelo otra torre de pisos de cemento que parecía crecer metro a metro con la mirada. Le recordaba el juego para montar que le había regalado a su sobrino Pebe hacía dos años, cuando la familia celebró la Navidad en la pensión que su madre regentaba en Turingia. Mientras los adultos digerían la comida aquel día de fiesta, él construyó en apenas unas horas un bloque de pisos al estilo modernista, con ladrillos de plástico que se ensamblaban unos con otros. Y ahora ella tenía delante una cuadrilla de trabajadores adultos de la República Democrática Alemana, que a sí misma se autodenominaba el Estado de los Trabajadores y Campesinos, poniendo en pie el sueño socialista a escala real: eso llenaba a Müller de esperanza en el futuro de su país, pero también le traía a la memoria con un poso de culpa aquel regalo de Navidad. Porque este año no había pasado las Navidades en la casa que la familia tenía en Oberhof, el equivalente en la DDR a St. Moritz, y sabía que su madre y sus hermanos pensaban que los había abandonado. Ella dijo que tenía mucho trabajo, pero aun así...

Apartó de su cabeza este pensamiento y se quedó esperando detrás de Tilsner mientras él pulsaba el botón en el interfono. Insistió unas cuantas de

veces, arrimó la boca a la rejilla y dio varias voces, pero nadie respondió.

Se volvió hacia Müller y encogió los hombros presa de la exasperación, para luego ponerse a tirar de la puerta pese a que estaba cerrada con llave.

—Apenas hace unos meses que la han puesto nueva y ya está hecha una birria.

Justo en ese momento, por encima del estruendo del edificio en construcción de enfrente, Müller oyó pasos en los tablones de la pasadera que habían dejado a sus espaldas: una anciana se acercaba cargada de bolsas de plástico y hacía que se combara la madera debajo de sus zapatos. La mujer se apartó unos mechones de pelo blanco immaculado que le cubrían la frente, llena de arrugas y cuarteada como el cuero, y los escondió debajo de la pañoleta roja a lunares blancos que llevaba atada a la cabeza.

—¿Son ustedes de la comisión de vecinos? —le preguntó a Müller—. A esto me refería cuando les escribí. —La mujer señalaba el barrizal a sus pies—: ¿De qué sirve que nos hagan pisos nuevos si no arreglan las calles y las aceras? Si me caigo al suelo aquí mismo, seguro que me ahogo en el barro. Pero bueno, por lo menos han acudido a la llamada.

Müller sacó su placa de *Kripo* y se la enseñó a la mujer.

—Soy la *Oberleutnant* Müller, de la *Kriminalpolizei* del Distrito Centro. Tenemos que entrar en este bloque de apartamentos. ¿Vive usted aquí? Porque al parecer el portero automático no funciona. —Y señaló la puerta, allí donde Tilsner seguía dando tirones del pomo y llamando aleatoriamente a todos los botones.

—Aquí nada funciona —dijo la mujer—. Ya lo decía en la queja que mandé por escrito. Yo les abro, pero ¿pueden ustedes a cambio mandar a alguien para que lo arregle?

—No está entre las competencias de la Policía Criminal atender las peticiones de los ciudadanos, me temo, ciudadana...

—Keppler. El apellido de esta ciudadana es Keppler. —Fue arrastrando los pies hasta la puerta con las bolsas a cuestas, las dejó encima de las tablas embarradas y rebuscó en el bolsillo la llave—. ¿Y a quién andan buscando?, dígame, querida.

—A la familia Eisenberg. Apartamento 412.

—Ah, sí, viven en la misma planta que yo.

—¿O sea que los conoce? —preguntó Müller.

—Los conozco, sí. Y le puedo dar detalles de lo más sabrosos.

Müller clavó la mirada en la mujer con la expresión más severa que pudo:

—Pues hágalo, porque hurtarle información a la Policía del Pueblo es...

—... es cosa seria, eso ya lo sé, inspectora. A cambio, espero que pueda usted hacer llegar a las altas esferas el terrible estado en el que se encuentran las aceras del vecindario. —Esperó algún tipo de respuesta por parte de Müller, pero la detective no dejaba de mirarla fijamente a los ojos y al final la mujer dijo lo que sabía sin esperar nada a cambio—: Ahí hay algo que huele a chamusquina, se lo digo yo. Desde que desapareció la hija no se habla con nadie, y el marido... En fin, seguro que ya sabe a qué me refiero. Pero que ella está en casa, eso por descontado. Últimamente no sale para nada.

—Y ¿qué sabe de Silke, la hija?

—Pues que han denunciado su desaparición, ¿no? Mire los anuncios por todas partes. —La mujer señaló con la vista las paredes del vestíbulo y Müller vio la misma foto que había en la carpeta, rodeada de la información típica que constaba en todos los anuncios de personas desaparecidas, y una recompensa de 1000 marcos—. Hacen como que la han secuestrado o algo por el estilo, pero está claro adónde ha ido.

—¿Adónde? —preguntó Müller.

—Pues ¿adónde van todos? Al otro lado del Muro, claro está. No hacen más que ver esos programas capitalistas en la tele que les llenan las cabezas de pájaros. Y esa siempre fue para echarla de comer aparte.

—¿A qué se refiere? —preguntó Müller.

La mujer se agachó para recoger las bolsas del suelo.

—Según subimos se lo voy contando —dijo—. ¿Puede echarme una mano ese joven que va con usted? Y dígame que deje de apretar los botones, porque el ascensor tampoco funciona.

Subieron los tres trabajosamente los cuatro pisos y Tilsner le llevó las dos bolsas a la mujer. Por el camino, mientras paraba para coger aire, Frau Keppler les expuso su teoría de que Silke Eisenberg iba con malas compañías. Primero se acostaba con chicos. Luego con hombres. Y al final empezó a hacerlo por dinero. Según Frau Keppler, la chica cruzó el Muro solo porque al otro lado podía ganar más en los barrios en los que la prostitución estaba extendida. Lo contaba todo hablando cada vez más bajo y, cuando llegaron a la cuarta planta, casi no se la oía entre el hilillo de voz y las frecuentes pausas que tenía que hacer para coger aire.

—¿Se da usted cuenta de que son acusaciones muy graves, ciudadana

Keppler? La *Republikflucht* es un delito severamente castigado por la ley — dijo Müller en el mismo tono de voz de la mujer—. Ese y el de prostitución.

La mujer dirigió la mirada al apartamento 412.

—Ya lo verá usted misma, querida —susurró. Tilsner le dio las bolsas—. Gracias, joven —dijo, esta vez sin bajar la voz.

Frau Keppler fue pasillo adelante hasta la puerta de su casa mientras tarareaba una melodía al andar y Müller llamó al apartamento de los Eisenberg.

Se abrió la puerta unos centímetros para revelar media cara de una mujer, dividida en dos por la cadena de seguridad que había tensado la apertura de la puerta.

—¿Quién es?

Müller alzó la placa de *Kripo* y dijo:

—*Kriminalpolizei*. Hemos venido para hacerle unas preguntas sobre Silke.

La mujer no mostró intenciones de quitar la cadena y abrir la puerta del todo. Solo preguntó:

—¿Qué quiere saber de Silke? Aquí no está.

Müller soltó un suspiro:

—Eso ya lo sabemos, ciudadana Eisenberg, pero puede que tengamos alguna noticia de su paradero. ¿Podría, por favor, dejarnos pasar? Estamos investigando un delito.

La que suspiró entonces fue la mujer. A Müller le extrañó aquella reacción y pensó que lo que la anciana había dicho podría ser cierto. Frau Eisenberg soltó la cadena, que quedó colgando con un tintineo, y Müller y Tilsner pasaron al recibidor del apartamento, recién pintado con todo esmero. La mujer no encajaba con la pulcritud del entorno: pelo parduzco, bata gris de estar en casa llena de lamparones y, lo más importante, una expresión en los ojos que daba a entender que lo que esperaba oír eran malas noticias de su hija.

Müller le tendió la mano:

—*Oberleutnant* Müller, de la *Kriminalpolizei* del Distrito Centro. Y el *Unterleutnant* Tilsner.

La mujer se limpió la mano en la bata antes de estrechar la de Müller y dijo:

—Marietta Eisenberg, la madre de Silke.

—Y ¿dónde está el padre? —preguntó Tilsner.

La mujer soltó un bufido:

—Lo saben ustedes mejor que yo.

—¿A qué se refiere, Frau Eisenberg? —preguntó Müller.

—Me refiero a que no sé dónde está. Hace tres meses que lo arrestaron, justo antes de que desapareciera Silke, pero no sé adónde lo han llevado. Los suyos no sueltan prenda.

Müller dirigió una mirada interrogadora a Tilsner y él se encogió de hombros.

—No sabemos nada al respecto, ciudadana Eisenberg —dijo—, y si lo hubiera arrestado la *Volkspolizei* tendríamos que saberlo, se lo aseguro.

—La policía no se lo llevó, fue la Stasi. —Müller arrugó el entrecejo. Quizá debían haberlo consultado con Jäger antes de ir allí.

—Vale, pero seguro que hizo algo para que lo detuvieran. —Eran palabras un poco crueles, pero Marietta Eisenberg la había puesto nerviosa—. Siento lo de su marido, pero estamos aquí para hablar de su hija... ¿Podemos sentarnos?

La madre de Silke condujo a los dos policías a la sala de estar. A Müller le impresionó la decoración, porque aunque la ropa de la mujer estuviera sucia, el apartamento lo tenía de punta en blanco, y no le faltaba de nada: un teléfono, televisión, suelos de parqué de los caros y toda una gama de módulos y estanterías de contrachapado puestas con mucho gusto. Así se imaginaba Müller que amueblarían los pisos en Berlín Oeste.

—Ya sé lo que estará usted pensando —dijo Frau Eisenberg—. Que cómo puede una familia con el marido arrestado por la Stasi permitirse algo así.

—La verdad es que el apartamento es una monada —dijo Müller, tragándose las ganas de saber más—, pero cómo lo tenga usted decorado no es cosa mía. ¿Nos sentamos? —Y señaló un sofá de pana beis. Con el rabillo del ojo, vio a Tilsner en la cocina, ocupado en pasar revista a los armarios y cajones.

Eisenberg no paraba de mirar al subinspector de hito en hito.

—¿Tiene autorización para hacer eso, para curiosear entre mis cosas?

—No se preocupe por el *Unterleutnant* Tilsner —dijo Müller—. Con ser de la *Kripo* ya tenemos autorización suficiente, Frau Eisenberg. —Luego adoptó un tono más conciliador y puso una mano sobre la de la mujer—. Solo hemos venido a averiguar todo lo que podamos de Silke. Es que, ¿sabe?, han encontrado a una chica. —Nada más decir esto, observó con detenimiento la

cara de la mujer, sus reacciones: vio aprensión, miedo quizá..., pero no parecía muy sorprendida.

—¿Ah, sí?

Müller dijo que sí con la cabeza, pero no retiró la mano que tenía encima de la de Eisenberg.

—Pero puede que no sean buenas noticias, me temo. —Müller odiaba esa parte de su trabajo: la de decirle a los padres que la policía creía haber encontrado a su hijo muerto—. Lo que quería decir es que han encontrado el cuerpo de una chica.

Eisenberg la miró incrédula. Justo en ese instante, Müller comprendió que Tilsner había salido de la cocina y de la sala de estar y estaba en las habitaciones. Frau Eisenberg parecía tan preocupada que no creyó que se diera cuenta.

—No es seguro que sea Silke y, por su bien, Frau Eisenberg, espero que no sea ella, pero tenemos que ver fotos tuyas para comprobarlo. ¿Me haría usted ese favor?

Marietta Eisenberg parecía destrozada. Tenía al marido encerrado en alguna ignota cárcel de la Stasi. Y ahora su hija, desaparecida desde hacía ya varios meses, aparecía muerta, al parecer.

—¿Dónde hallaron el cuerpo de la chica?

—En el Distrito Centro de Berlín.

—¿En Berlín? —preguntó Eisenberg—. ¿En Berlín Oriental?

—Sí, claro.

—Pero... —Eisenberg no podía articular palabra.

—Pero ¿qué, ciudadana Eisenberg? ¿Hay algo que me quiera contar?

—No..., es solo... que...

—¿Qué?

Frau Eisenberg dejó caer la cabeza entre las manos y mantuvo la mirada perdida en el suelo.

—Nada —dijo entre dientes—. Nada.

Müller iba a sacar la fotografía de la chica del bolsillo cuando oyó un grito dentro del apartamento:

—¡Jefa! —gritó Tilsner—. ¡Venga aquí, corra!

Müller se levantó del sofá de un salto y fue rauda hacia el punto del que provenía la voz. Era sin lugar a dudas la habitación de una chica: el color rosa lo inundaba todo y las paredes estaban llenas de pósteres de grupos de rock y

cantantes de pop del otro lado del Muro. Müller reconoció la foto de Mick Jagger poniendo morritos, y la de David Bowie con el pelo de color naranja. En otra pared vio certificados y pósteres de organizaciones como la Juventud Libre Alemana y los Pioneros, de años previos en los que, al parecer, Silke tenía aspiraciones más acordes con los dictados del partido y su modelo de niños socialistas.

Tilsner estaba sentado en la cama de la chica y había abierto el cajón de la mesilla. Tenía una carta en la mano:

—La madre debía haber escondido esto en otra parte, no parece muy inteligente guardarlo en el cajón de la chica. —Le dio la carta a Müller, quien se fijó primero en la foto: era en color, algo difícil de encontrar en la República Democrática. Pero lo relevante era que se la había hecho ella misma, y allí posaba Silke delante de la entrada principal de los grandes almacenes KaDeWe, en Berlín Oeste. Müller miró el sello de la República Federal Alemana y vio que la fecha estampada era de hacía tres días tan solo, es decir, después de que hallaran el cuerpo de la chica. Buscó los ojos de Tilsner con la mirada.

—Está en Berlín Occidental. Y viva: o sea, que el cuerpo hallado al lado del Muro no es el de Silke Eisenberg.

—No, jefa, no lo es. A no ser que alguien mandara la carta después de que la mataran. Y aunque podía darse el caso, no parece lo más probable. Así que hemos estado dando palos de ciego.

Oyeron un llanto sordo detrás de ellos y se giraron al unísono: de pie en el vano de la puerta, Marietta Eisenberg los miraba con cara compungida y a la vez alarmada. Y buenas razones tenía para ello, pensó Müller. Puede que su hija no estuviera muerta, a fin de cuentas, pero era culpable del delito de *Republikflucht*. Y si Marietta Eisenberg había ayudado a su hija a huir a Berlín Occidental, entonces su marido no sería el único en probar la hospitalidad de una cárcel de la Stasi.

Quinto día.

Prenzlauer Berg, Berlín Oriental.

Gottfried Müller sabía que estaba incumpliendo lo prometido a su mujer, pero lo justificó al recordar que ella había incumplido algo todavía más importante: los votos matrimoniales.

Gottfried iba calle arriba por Schönhauser Allee y cada paso que daba llevaba impreso el sello de la frustración. Podía haber cogido el metropolitano, pero le faltaba el aire y prefería el anonimato de las calles a tener que soportar la mirada inquisitiva y toda digna de alguna mujer sentada al otro lado del vagón.

Se le caían las gafas por el puente de la nariz mientras iba caminando. Las subió con el dedo y esperó a que cambiara a verde el *Ampelmann* en el paso de peatones, justo a la salida de la estación de Dimitroffstrasse. Pasaban Wartburgs, Trabants y Ladas cebando con sus tubos de escape la niebla emponzoñada de la noche. Todo había empeorado desde que volvió de Rügen; había ido cien veces a peor. Al principio se mostró entusiasmado con la idea de pasar unos meses en un reformatorio en la costa del Báltico. Hasta que llegó allí y vio el estado en el que se encontraba todo. Pero incluso en aquellas condiciones, sentía cierta paz interior, como si su sola presencia pudiera marcar de algún modo la diferencia, aunque solo fuera alegrándoles la vida un poco a las niñas y teniendo siempre para ellas una palabra amable.

Decidió subir por Pappelallee porque era una calle más tranquila. Tenía que calmarse antes de llegar a la iglesia, pues estaba todavía molesto por la discusión del sábado con Karin. El hecho de que no apareciera por casa en toda la noche, eso todavía le dolía más. Sabía que estaba mintiendo, y aquello lo eximía a él de toda culpa por lo que estaba a punto de hacer; porque lo hecho antes ya no valía.

Llevaba la cabeza gacha y casi no vio a la anciana que se abría camino por

la acera entre los ventisqueros. La mujer tropezó y él la pudo sujetar a tiempo para que no se cayera. Sintió en ese momento lo frágil y liviana que era y, también, que la manga izquierda del abrigo estaba vacía, que era solo un trozo de tela que colgaba inane. La mujer le dio las gracias con un gesto de la cabeza y siguió su camino. Sin embargo, eso le dio que pensar por un momento: le recordó que había gente que estaba peor que él. La vio alejarse a pasitos cortos y se fijó en la manga suelta que le colgaba por un lado. ¿Sería que tenía demasiada edad ya para que le pusieran un brazo postizo? ¿O lo llevaba así como insignia de su valor? Cuando era pequeño, era común ver en Berlín a ciudadanos mayores a los que les faltaba un miembro que perdieron por una herida de guerra, o a causa de una bomba. Otra cosa que se veía mucho era la típica mujer soltera y amargada que perdía los papeles ante cualquier mínima broma que le gastaban los chicos. Eran mujeres que habían enviudado antes de tiempo, envejecidas prematuramente debido a los desastres de la guerra.

Miró el reloj, se subió el cuello del abrigo y apuró el paso pues, si era posible, quería llegar unos minutos antes de lo convenido a aquel encuentro. Quizá el reverendo Grosinski, el párroco, pudiera ofrecerle consejo sobre cómo evitar que su matrimonio se fuera al garete. Aunque quizá sería mejor que Karin y él dejaran que la naturaleza de los acontecimientos siguiera su curso.

Cuando ya estaba llegando a la entrada de la iglesia, Gottfried se paró otra vez unos instantes. Echó hacia atrás la cabeza y dejó que los ojos se colmaran de la vista imponente que tenía delante, admiró la solidez de aquel edificio de ladrillo rojo y la pátina de verdín que cubría el latón de los pináculos, todo engullido por la niebla plomiza que descendía del cielo iluminado por la luz de la luna. Era como si aquella iglesia hubiera sobrevivido a las bombas y a las balas de la guerra mejor que la anciana a la que casi había tirado al suelo.

Iba a subir por los escalones para entrar, cuando por una décima de segundo le pareció ver algo con el rabillo del ojo y giró la vista hacia una de las ventanas del bloque de pisos que había enfrente. Vio a un hombre en la oscuridad, y vio que tenía algo entre las manos. Lo miraba desde el segundo piso y se parecía mucho a aquel cabrón de Tilsner, el subinspector con el que trabajaba Karin. Pero el hombre se alejó de la ventana y Gottfried se preguntó por un instante si debería cruzar la calle y subir a aquel apartamento para plantarle cara. Pero entonces sacudió la cabeza, se giró y entró en la iglesia;

porque casi seguro que no era Tilsner, solo alguien que se le parecía un poco a aquella distancia. «Tengo que superar esto como sea: me estoy obsesionando demasiado».

Sexto día.

Plänterwald, Berlín Oriental.

Müller se subió el cuello del abrigo para taparse las orejas y luego metió las solapas una debajo de otra por ver si así podía combatir el frío. Caminando a paso alegre desde la estación del metropolitano de Plänterwald había logrado aumentar la temperatura corporal, pero ahora esperaba en la taquilla de la estación de Kulturpark, tan vacía que ni siquiera tenía personal a su cargo, y el aire gélido de la mañana se le metía hasta los huesos. Jäger quería que se vieran en un sitio tranquilo, pero jamás habría pensado que la citaría en el único parque de atracciones del país, cerrado en invierno, completamente vacío, sepultado bajo la nieve. El día, la hora y el punto de encuentro le llegaron en un sobre sellado, escrito a máquina en una hoja de papel con membrete del Ministerio para la Seguridad del Estado que le llevó en mano un motorista a Marx-Engels-Platz. Y por si no fuera ya suficiente misterio, Jäger había insistido en que tuviera cuidado de que no la siguieran. Eso precisamente pensó que estaba haciendo un hombre ataviado con un mono de albañil en el trayecto en el metropolitano. Se subió en el mismo vagón que ella en Marx-Engels-Platz y, aunque intentó no mirarlo, le parecía que de vez en cuando la vigilaba. Pero nadie se apeó con ella en Plänterwald y Müller se recriminó a sí misma tanta paranoia.

Se abrió un poco la manga del abrigo para ver la hora y vio que eran las diez y cinco, o sea que Jäger llegaba ya cinco minutos tarde. Volvió a bajarse la manga, metió las manos en los bolsillos y se giró para otear los alrededores del parque, pero no vio a nadie, ni un alma. Ni siquiera el canto de los pájaros turbaba el silencio que emanaba de allí dentro.

Oyó luego un ruido metálico que provenía de donde menos lo esperaba, de la misma entrada al parque, y allí estaba Jäger, vestido con ropa de *sport* pero con un maletín en la mano. Lo acompañaba un hombre al que no reconoció,

ataviado con el uniforme de la VEB, la empresa estatal que gestionaba el parque.

—Siento llegar tarde, *Oberleutnant*. Aquí el guarda, camarada Köhler, no suele tener visitas en esta época del año y me costó dar con él. Nos va a llevar a un rincón tranquilo para que podamos hablar. —Müller asintió levemente con la cabeza y el guarda les indicó que lo siguieran y abrió paso por los tornos.

Cuando entraban, sus miradas se cruzaron y Jäger le dijo:

—Está usted helada, camarada *Oberleutnant*. —Se dio unos golpecitos en la pechera de la cazadora de borrego que llevaba puesta—. Esto es lo que hay que ponerse cuando el tiempo está así. —Entonces cogió la manga del abrigo verde grisáceo de Müller, palpó el grosor con el pulgar y el índice y remató —: Y no un abrigo de la Policía del Pueblo.

Müller rio resignada:

—Ojalá pudiera permitirme uno, camarada *Oberleutnant*. Supongo que el salario de una teniente de la policía da para menos que el de teniente coronel del Ministerio para la Seguridad del Estado.

Jäger esbozó una sonrisa cómplice. La igualdad en el autodenominado «Estado de los Trabajadores y Campesinos» no era total, pensó Müller, pero era una sociedad aun así más justa que la del otro lado de la barrera antifascista. No hacía falta más que ver aquellos telediarios infernales de Gottfried, que estaban todo el rato hablando de huelgas y del descontento de los trabajadores.

En las afueras, alejados del Distrito Centro, la nieve no se había derretido ni enfangado en charcos como el barrizal que rodeaba el bloque de apartamentos de los Eisenberg en Friedrichshain. Helaba más todavía por la noche y los pasos crujían en el camino: hacían tanto ruido que, en vez de tres personas, parecía que avanzaba por el parque una columna entera de soldados del Ejército del Pueblo.

Al volver una esquina, Jäger señaló las barcas con forma de cisne dispuestas en hilera a la orilla del estanque, sometidas a la más completa inactividad, al igual que el resto del parque en invierno.

—¿Ha estado aquí en pleno verano, *Oberleutnant* Müller? A mis hijos les encanta.

—No tengo hijos, *Oberstleutnant*. Y no, no he estado. —Admitirlo le provocó una punzada de remordimiento, y le sobrevino entonces el recuerdo

repentino de la chica asesinada, su cadáver en el suelo nevado del cementerio de St. Elizabeth: tampoco ella volvería a disfrutar los paseos en barca del Kulturpark en el futuro.

El resto del camino detrás del guarda lo hicieron en silencio, pues, al parecer, a Jäger le había incomodado aquel breve diálogo. Müller se dio cuenta de que iban hacia la noria, uno de los iconos del parque. Cuando llegaron, el guarda sacó un juego de llaves del bolsillo y abrió la caseta en la que se ubicaba la sala de mandos.

—Vamos a montar gratis —dijo Jäger—. Así que espero que no tenga usted vértigo. —Müller dijo que no con la cabeza, pues no estaba dispuesta a admitir que sí lo tenía—. O por lo menos, que el estómago lo tenga más asentado hoy que el otro día en el cementerio. —La broma era inocente, pero Müller se sonrojó al recordarlo.

Köhler puso en marcha el motor y el crujido lastimero de unos engranajes sin lubricar fue reemplazando poco a poco el arrullo del viento entre los árboles. Müller contó seis cabinas una detrás de otra hasta que Jäger mandó parar a Köhler con un gesto de la mano. Abrió entonces la barra de seguridad de la cabina seleccionada y esta tembló suspendida de los ejes con un pequeño balanceo. Jäger se echó a un lado para que pasara Müller. Quedaron sentados uno enfrente del otro y ella sintió una sacudida en el estómago cuando Köhler soltó el freno. La gigantesca noria fue girando poco a poco y Müller pudo observar que el oficial de la Stasi pasaba los dedos por los bordes de la cabina y miraba debajo de ambos asientos.

Alzó entonces la cabeza y la miró directamente a los ojos:

—Aquí es donde suelo quedar cuando quiero tener una reposada charla con alguien —le explicó—, así me aseguro de que nuestros agentes ya lo han revisado todo. Aunque no se puedo uno fiar de nadie, y el asunto que nos trae aquí es muy... delicado, vamos a decir.

Müller dijo que sí con la cabeza y se arrebujaó dentro del abrigo mientras la cabina ascendía y bajaba en picado la temperatura. Se arriesgó a mirar a la ciudad en la distancia y al instante le dieron un vuelco las tripas. No debía haberlo hecho. Había crecido en las montañas; al menos, si se entendía por montañas las boscosas colinas de Turingia. Y aquella chica que se había criado en un entorno montañoso no tuvo nunca vértigo y sí una prometedora carrera en el colegio en los deportes de invierno, hasta que...

Lo dejó ahí, intentó sacar fuerzas de flaqueza y centró toda su atención en

Jäger, ajeno por completo a sus apuros con el mal de altura.

—El informe de la autopsia revela algunos datos interesantes, y no quería tratar esos detalles delante de Tilsner y de Schmidt, no al menos sin haberlos discutido antes con usted. —Sacó una carpeta del maletín y se levantó para sentarse al lado de Müller.

Con el movimiento brusco, la cabina sufrió un ligero balanceo y Müller dejó la vista fija en el suelo de tablas intentando olvidar lo alto que estaban. Se agarró con todas sus fuerzas a la madera del asiento, consciente de que, dentro de los guantes, los nudillos se le estarían poniendo blancos. Al parecer, estaban en el punto más alto de la noria, el giro hacia delante había cesado y la cabina colgaba y se mecía por efecto del viento y del juego de las sillas musicales que Jäger había improvisado en las alturas. ¿Lo hacía a posta para amilanarla?

No cabía duda de que Jäger se había percatado de la expresión de horror reflejada en el rostro de su acompañante:

—¿Está usted bien, camarada *Oberleutnant*? Puede que no haya sido buena idea traerla aquí. He de admitir que normalmente vengo en verano, y no me había dado cuenta de que hacía tanto viento.

Müller respiró hondo:

—Estoy bien —mintió, y sintió que el estómago se le caía a los pies.

El teniente coronel de la Stasi asintió y abrió la carpeta.

—El patólogo, profesor Feuerstein, ha llegado a conclusiones sorprendentes, y un tanto extemporáneas. —Pasó un par de páginas, y Müller sintió otra vez que tenía que desviar los ojos de la fotografía de la chica con la cara mutilada, pero era ahí precisamente por donde Jäger había abierto el informe—. ¿Ve usted lo suave que está la piel aquí, como si brillara, casi como si se hubiera derretido, justo al lado de la parte desgarrada? —Müller miró la foto de reojo y vio la curva que trazaba Jäger con el dedo—. Es el resultado del contacto con algún ácido muy potente. Ácido sulfúrico en este caso, de una batería de coche.

Müller arrugó el entrecejo:

—¿Se refiere a que tuvo un accidente? ¿O a que se lo hicieron a propósito?

—Feuerstein se reserva todo comentario a ese respecto. Pero si le soy sincero, es que no tendría por qué hacerlo. Lo que sí cree es que la piel entró en contacto con el ácido cuando la chica ya estaba muerta.

—O sea, ¿que fue a propósito? ¿Para ocultar su identidad después de

matarla?

—Casi con toda seguridad, según yo lo veo —dijo Jäger moviendo afirmativamente la cabeza.

—¿Y qué hay de las heridas en el resto de la cara? ¿Se las hizo un perro como dijo usted en el cementerio?

Jäger lo negó y suspiró hondo.

—No. Como puede que ya se lo haya usted imaginado, le rajaron la cara con toda la intención, después de echarle el ácido. Y le sacaron los dientes, uno a uno, con tenacillas de hierro. —Müller ahogó un grito y se llevó una mano a la boca—. Feuerstein halló restos de metal oxidado en las encías.

—Pobrecilla. ¿O sea, que el que lo hizo la torturó primero?

Jäger negó otra vez, moviendo muy despacio la cabeza:

—No. Los dientes se los sacaron cuando ya estaba muerta.

—Alguien se ha tomado la molestia de hacer imposible la identificación del cuerpo.

—Exacto —dijo Jäger—. Y eso les va a dificultar mucho la tarea. Porque lo que usted y Tilsner y Schmidt tienen que hacer es justamente eso: averiguar quién era la chica. Quiero que ese sea su único objetivo, y que tenga mucho cuidado antes de cuestionar en público la versión oficial de cómo murió.

—Pero, camarada *Oberstleutnant*, ¿no creerá usted todavía que la mataron guardias de la República Federal cuando intentaba huir a Berlín Oriental?

Por unos instantes Jäger no dijo nada y el silencio se colmó del chirrido de la cabina en su suave balanceo adelante y atrás. Sonaba como el grito de una chica, pensó Müller.

—La versión oficial de la muerte es esa —dijo Jäger por fin, sin mostrar asomo alguno de inquietud en la voz. Entonces metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó un sobre—. Esta autorización para averiguar el paradero de personas desaparecidas la ayudará en su búsqueda. —Sacó la hoja de papel y se la enseñó a Müller.

Ella arrugó el entrecejo y dijo:

—No me hace falta la autorización del Ministerio para la Seguridad del Estado cuando necesito averiguar el paradero de personas desaparecidas. Además, si Jäger no quería que persiguieran al asesino o asesinos de la chica, ¿por qué tenía tanto interés en identificar el cuerpo? ¿No haría la Stasi mejor en archivar el caso?

—Cierto —admitió Jäger—. Pero mire la firma. —Müller vio que lo había firmado Erich Mielke, igual que la autorización para estar presentes en la autopsia—. Dependiendo de las circunstancias, *Oberleutnant* Müller, este documento le podría ser de gran utilidad. Le servirá, además, como recordatorio... de hasta dónde le está permitido llegar con sus pesquisas.

—Y ¿hasta dónde me está permitido llegar?

—Hasta la identidad de la persona desaparecida, la chica. Ese será su cometido, y no tanto averiguar la identidad de los que perpetraron el crimen. Aunque me atrevería a asegurar...

—¿Qué, *Oberstleutnant*? —lo apuró Müller.

Sucedió una nueva pausa del teniente coronel de la Stasi, como si buscara con ello un estudiado efecto:

—Me atrevería a asegurar que al buscar a la chica desvelará usted pruebas que me podrían servir a mí, en caso de que en algún momento quisiéramos modificar la versión oficial. —Se giró y la miró directamente a los ojos—. Pero seré yo, y nadie más, quien decida eso.

Müller notó que estaba temblando, casi más por la amenaza velada que por el frío. Ya había logrado acostumbrarse al balanceo de la cabina y se aventuró a mirar con más detenimiento el perfil que recortaba en el horizonte la ciudad de Berlín, extendido en varios kilómetros a la redonda pero dominado por la torre de la televisión en Alexanderplatz, que parecía una aguja hipodérmica desde aquella distancia: la *Fernsehturm*, símbolo del progreso de la República Democrática Alemana, un país ciertamente pequeño, pero asomado al futuro, que dejaba su huella y no estaba absorto en sí mismo ni obsesionado por hacer dinero; que no vivía de la manufactura de relojes de cuco para los turistas, como otros Estados al otro lado del muro.

Se volvió para mirar a Jäger, quien seguía hojeando el informe de la autopsia, y se arriesgó a hacer otra pregunta:

—Pero ¿se supone que mi equipo y yo estamos autorizados a seguir cualquier pista que pueda ayudarnos a identificar a la chica, sin dejar ni una sola al azar?

Jäger se dio un golpe con el informe de la autopsia en el regazo y le lanzó una mirada amenazante.

—No quiero tener que repetírselo, Karin. Hay razones poderosas por las que este caso se me ha asignado a mí, en calidad de oficial de alto rango dentro del Ministerio para la Seguridad del Estado.

—Y ¿me puede decir qué razones son esas?

Por un instante, un asomo de ira le veló la expresión de la mirada, pero enseguida logró ocultarlo.

—No. En este momento no puedo decírselo. Le basta con saber que es una investigación muy delicada y que usted y su equipo trabajarán ateniéndose a los límites que le he marcado.

Müller desvió de nuevo la mirada y la fijó en la sobrecogedora vista de Berlín que tenía a sus pies. Entonces tragó saliva y dijo:

—¿Quería usted saber lo que Tilsner y yo hemos averiguado hasta la fecha?

Jäger alzó la cabeza y se encogió de hombros:

—¿Eso de que las rodadas en la nieve eran de neumáticos de fabricación sueca; o lo de que las huellas de pasos las manipularon de manera tan burda que el que lo hizo no sabía ni dónde tenía la mano derecha?

Müller se puso roja presa de la indignación y la vergüenza. ¿Estaba acaso jugando al gato y al ratón con ellos?

—Pues parece usted al tanto de todas las discrepancias, camarada *Oberstleutnant*. ¿Está seguro de que necesita la ayuda de la Policía del Pueblo? Tilsner me ha pedido que solicite formalmente que nos saquen del caso.

El oficial de la Stasi puso las manos en alto.

—Perdóneme, no ha sido justo por mi parte. Son ustedes de vital importancia para este caso, yo los elegí personalmente. Necesito un equipo de la *Kriminalpolizei* que sea competente en el acopio de las pruebas, y que no dependa del Ministerio para la Seguridad del Estado. Así que, por favor, no crea usted que sus esfuerzos serán en vano.

Müller resopló desdeñosa.

—Puedo comprender que reaccione así —dijo Jäger, y cerró la carpeta. Volvió a meterla en el maletín, se levantó y le hizo señas a Köhler de que pusiera otra vez en marcha el motor para bajar. Müller se aferró de nuevo al asiento anticipando el cabeceo que dio la cabina—. Pero le diré algo que, espero, la convenza para que siga ayudándome. Feuerstein asegura en el informe que la chica ya había alcanzado la madurez sexual. Y también, por los moratones hallados como prueba en la zona anal y genital, que la violaron y abusaron de ella antes de estrangularla.

En el silencio que sucedió a la revelación de Jäger, Müller soltó una lenta

exhalación y los recuerdos de su tiempo en la academia superior de policía se le apelonaron en la cabeza; recuerdos que una y otra vez había intentado olvidar.

De repente, Jäger, al ver que algo iba mal, extendió el brazo y la tocó en la rodilla. Ella sintió que el pasado se la llevaba lejos.

—¿Está usted bien, camarada Müller? Se ha puesto blanca.

—¿Ah, sí? —preguntó con una voz que a ella misma le pareció como hueca—. Puede que sea de la noria. —Soltó una risa forzada y dijo—: A lo mejor sí que tengo algo de vértigo. —La había sorprendido en un pequeño renuncio.

La cabina estaba llegando al nivel del suelo y vio la silueta de Köhler recortada dentro de la caseta que alojaba la sala de mandos. En ese momento, Jäger carraspeó:

—Hay algo más que tengo que decirle, para que se haga usted idea del tipo de persona con el que nos las tenemos que ver. Por la naturaleza de los moratones, la última violación fue consumada aproximadamente a la misma hora que le disparaban por la espalda y le mutilaban la cara y la boca.

—¿A la misma hora? —preguntó Müller incrédula.

Jäger dijo que sí con un lento movimiento de la cabeza:

—Aproximadamente a la misma hora. Es decir, que según el profesor Feuerstein, la violaron por última vez cuando ya estaba muerta.

Müller cerró los ojos y tomó aire muy despacio. Supo en ese instante por qué no apoyaría a Tilsner para que los sacaran del caso. Por qué estaba dispuesta a llegar hasta el último confín de la República Democrática Alemana para averiguar la identidad de la chica... y, dijera lo que dijera Jäger, la de su asesino también.

Nueve meses antes (mayo de 1974).

Jugendwerkhof de Prora Ost, Rügen, República Democrática Alemana.

Despierto con un sobresalto y me doy con la cabeza contra el tejado, toso y me atraganto. La segunda pesadilla en idéntico número de días va desvaneciéndose y comprendo que estoy todavía en el *Jugendwerkhof*, en la celda de castigo que llamamos el búnker. Es la pena que me imponen por ir a consolar a mi amiga. No me arrepiento, no me arrepiento de alzar la voz delante de Neumann y Richter, aunque todavía me duela el culo de los azotes que me dio, el muy cabrón.

Todas hacemos lo posible por no acabar en el búnker, una de las armas que usan para tenernos a raya. No hay calefacción, o sea que el frío es intenso. Tampoco hay luz, así que la penumbra es absoluta. No se puede estar de pie, no hay sitio. Estaba soñando con Mutti y con la Oma, y que me hacían a mí sola una *Grillfest* en la playa, delante de la casita blanca que la Oma tenía en el *camping*. Pero entonces las caras lindas de Mutti y de la Oma se transformaron en los odiosos rostros de Richter y de Neumann. Y ahora, de repente, me doy cuenta de que hay una cosa en el sueño que es real: ese olor a quemado. Entra humo por la rendija que se atreven a llamar ventana. Me quito el jersey, tan deprisa que me estampo la muñeca contra el techo del búnker, y tapo el respiradero con la prenda de lana para que no entre el humo tóxico. Es que hay un montón de astillas al lado del búnker. A las chicas les encanta tirar las colillas por la ventana para que caigan en la pila de leña, dicen que así le prenderán fuego para asfixiar a la que ocupe el búnker. Siempre pensé que hablaban en broma. No comprendí hasta ahora que tenía que ser terrible encontrarse atrapada aquí dentro.

—¡Socorro! ¡Por favor! —pido auxilio a gritos y el corazón se me sale del pecho; y aunque hace frío en el búnker, me chorrea el sudor de los sobacos.

Pero la suerte está de mi parte, porque han oído los gritos: siento pasos de

alguien que viene corriendo; luego, agua que cae y el silbido del fuego al apagarse, pues han vaciado un cubo en las astillas para que no prendan.

—Irma, ¿estás bien? —dice la voz, y sé en el acto que es una voz amiga: Herr Müller, el profesor de matemáticas que vino de Berlín al principio del curso—. Siento el susto, pero ya ha pasado, he apagado el fuego. Y tendré unas palabras con el director Neumann y con Frau Richter para que los responsables sean castigados.

Se me escapa un bufido de burla.

—¿Es que no me crees? —pregunta él.

—Creo que les dirá algo, señor. Pero creo también que ellos no moverán un dedo; porque seguro que están encantados, que lo consideran parte del castigo.

—Eso no es así, Irma. Pero, dime, ¿qué haces aquí dentro?

—Pues lo que hacen todos aquí dentro. Para las autoridades, todos somos culpables de algo.

Ahora le veo los dedos a Herr Müller, está apartando el jersey y, por el hueco, me ofrece una manzana. Se la quito de la mano, le doy las gracias, y casi me echo a llorar al ver lo amable que ha sido conmigo.

—Lo que quería decir era que por qué estabas aquí dentro —me pregunta otra vez, en voz baja por si alguien escucha—, en el búnker.

—Me pillaron en la cama de Beate después de apagar las luces. Llora todas las noches, pero no me quiere decir qué le pasa. Yo solo quería consolarla.

—Comprendo —dice él—. Aquí dormís todas juntas, pero aun así os sentís solas. Y ahí en el búnker, ¿estás bien? Me parece un castigo muy cruel por una cosa tan nimia.

Tengo la manzana en la mano derecha y me froto la muñeca con la izquierda, el punto en el que me di contra el tejado del búnker.

—Estoy bien —miento.

—Bien no estás, Irma —dice él, con un susurro, arrimado a la rendija que hace las veces de ventana—. A los niños no se los puede encerrar así de esta manera.

Me doy cuenta de que al decirlo se está exponiendo mucho. Y ¿si me está tendiendo una trampa? Aunque, ¿qué más me puede pasar?, ¿hay algo peor en el *Jugendwerkhof* de Prora Ost que estar encerrada en el búnker?

—Y si tan mal le parece, ¿qué hace trabajando aquí? —le pregunto.

—No tengo otro remedio, ¿o qué te crees?

—Ya —le digo—. Imagino que no, porque no creo que nadie quiera trabajar aquí voluntariamente.

—A lo mejor Richter —se ríe por lo bajo—. Pero yo no, te puedo asegurar que yo no quiero trabajar aquí, aunque les cuesta convencer a la gente para que venga a dar clase... En el colegio de Berlín en el que trabajaba me acusaron de no darle suficiente importancia a la enseñanza política. Además, mi mujer es un cargo de la *Kriminalpolizei*, así que a las autoridades no les hizo ni pizca de gracia. Y me mandaron aquí. Provisionalmente, según dicen, siempre que no me meta en líos.

—Pues entonces no ande por ahí susurrándole cosas al oído a las chicas malas que meten en el búnker.

—Tienes razón, no debería. —Hubo una pausa—. Pero estaría bien salir de aquí, ¿a que sí?

¿Qué quiere, tenderme otra vez una trampa?

—¿Salir de aquí? ¿De Prora Ost?

—No, solo del búnker —dice tan bajito que casi no lo oigo.

Es peligroso hablar de ese modo, así que me cuido mucho de responder. Porque a lo mejor están con él afuera Neumann o Richter, y oyen todo lo que digo, y a lo mejor Müller va de pesca: a ver si pesca candidatas a la *Republikflüchtlinge*.

—¿Sabes adónde van los muebles del taller de carpintería? —pregunta.

—No. Eso no nos lo dicen. Yo siempre pensé que eran para los gerifaltes del gobierno o algo por el estilo.

—Pues no. Los llevan a una terminal nueva del ferri en el puerto de Sassnitz.

Casi ninguna de las chicas sabría decir dónde está Sassnitz. Pero yo sí lo sé, porque soy de Rügen, nací en esta misma isla. Sassnitz es un pueblecito muy bonito, tiene un puerto pesquero muy pintoresco. Recuerdo que de pequeña salíamos de allí en barco. Con Mutti. Con la Oma.

—Y ¿sabes adónde los llevan desde Sassnitz? —susurra. Y ahora sí que estoy segura de que quiere cazarme, de que quiere que diga algo que sirva para incriminarme. Y yo que pensaba que era de los profesores buenos. Pero no hace caso de mi silencio y sigue susurrando—: Va a...

Se calla de golpe, sin acabar la frase. Entonces oigo pasos de dos personas: los suyos al alejarse del búnker y los de alguien que viene a su encuentro. Y me echo a temblar cuando oigo la voz del director Neumann:

—Camarada Müller, ¿qué hace usted aquí?

—Salí un momento a fumar, Herr Director.

—¿A fumar? No sabía que fumara usted.

—He empezado ahora. Un vicio de lo más estúpido, la verdad.

Lo oigo toser, para hacer más verosímil su mentira. Luego oigo el ruido que hace Neumann al inhalar aire por la nariz.

—¿Qué es ese olor a quemado?

—Mi colilla —responde Herr Müller—. Es que la tiré sin querer en la leña y casi se prende fuego. Pero ya lo he apagado.

—Pues menos mal, porque fuegos no queremos, ¿a que no? Así que haga el favor de no volver por esta parte del reformatorio. Se han dado casos de profesores que han entablado conversación con los ocupantes del búnker; incluso algo peor: les han dado comida. Yo no seguiría su ejemplo si fuera usted. A no ser que no quiera volver a su trabajo de antes en Berlín, claro está.

—Claro que no, Herr Director. Le agradezco el consejo.

Los oigo mientras se alejan los dos juntos y maldigo a Neumann por haberlo interrumpido. ¿Qué estaba a punto de decirme Herr Müller? ¿Adónde iban los muebles que embalamos en el taller? Era como si quisiera meterme en la cabeza la semilla de la discordia. Aparto de mi mente semejante pensamiento y me concentro en contar las horas que me quedan en el búnker. Limpio la manzana en la manga de la camiseta, le doy un buen mordisco y el jugo me llena la boca con una explosión de sabor.

*Febrero de 1975. Sexto día.
Distrito Centro, Berlín Oriental.*

Müller se pasó una y otra vez la mano por el pelo rubio. Estaba en su despacho, esperando al *Oberst* Reiniger, y hacía apenas unos minutos que había vuelto de la noria del Kulturpark. Tenía a Tilsner sentado al lado; el subinspector toqueteaba un paquete de cigarrillos Juwel y, de vez en cuando, daba golpecitos con él sobre la mesa de su superior.

—Entonces, ¿qué dijo Jäger? —preguntó.

—Luego te pongo al corriente. Pero, en resumidas cuentas, lo que quiere es que..., bueno, no, lo que nos ordena es que actuemos como si se tratara solo de la desaparición de alguien. No tiene el más mínimo interés en que encontremos al asesino, o asesinos.

—No creo que sea falta de interés —dijo Tilsner, y sacó un cigarrillo del paquete para llevárselo a los labios, aunque no lo encendió—. Igual que a nosotros nos acogotan desde arriba, nos dicen lo que tenemos que hacer, pues seguro que a él le pasa lo mismo. —Apretaba el filtro entre los labios, por lo que le salieron las palabras a medio pronunciar, como las de un ventrílocuo.

Ella lo miró detenidamente un instante y sopesó la indiferencia con la que hablaba, como si para él no fuera ningún misterio la forma de proceder de la Stasi.

—Y entonces, ¿para qué quiere vernos Reiniger? —añadió.

Müller se encogió de hombros y lo vio prender un fósforo, acercarlo a la punta del cigarrillo y darle una larga calada. A la inspectora no le pasó desapercibido el cambio brusco de tema y vio claramente que no compartía con ella la sensación de impotencia. Karin apartó el humo con la mano, porque había dejado de fumar en la academia de policía y no había vuelto a probarlo, ni a echarlo de menos tampoco.

—No fui yo la que pidió que nos reuniéramos, así que no tengo ni idea.

Tilsner exhaló un anillo de humo perfecto, vio cómo subía despacio hasta el techo y los trenes metropolitanos y dejó la silla en vilo sobre dos patas al reclinarsse hacia atrás.

—Ay va, perdona, a lo mejor es culpa mía. Es que esta mañana lo llamé para contarle lo que se me pasaba por la cabeza, para decirle que quizá fuera posible retirarnos del caso. ¿No era eso lo que querías?

Müller entrecerró los ojos y se lo quedó mirando:

—Antes debías haberlo consultado conmigo. Además, he cambiado de opinión.

—¡Que has cambiado de opinión! ¿Por qué? Yo sigo pensando lo mismo, que este caso no hay por dónde cogerlo. La gota que ha colmado el vaso ha sido llevar esta mañana a Frau Eisenberg a la morgue para que confirmase lo que ya sabíamos: que la chica asesinada no es su hija. No tenemos por donde seguir, vamos de camino a ninguna parte, así que yo me retiro.

Müller dijo que no con la cabeza y soltó un suspiro:

—Tú no eres el que decide, Werner. Además, ¿los detectives no estamos para eso? ¿Para patearnos la ciudad y dar con las pruebas, aunque haya que buscarlas debajo de las piedras? Lo que me gustaría saber es quién le filtra a Jäger la información. Sabe todo lo de las rodadas y la fabricación sueca de los neumáticos; y que los pasos son un montaje. ¿Crees que será Schmidt?

Tilsner se encogió de hombros y sacudió la ceniza del cigarrillo en la taza de café, ya vacía. Al hacerlo, Müller le vio una vez más el reloj caro al estilo occidental.

—¿Quién sabe? Podría ser cualquiera. La *Kripo* está llena de gente que colabora aunque no esté en nómina. Si hacemos una porra, yo digo que Elke; no me extrañaría porque el café que hace es una mierda, y eso son cosas que se enseñan en la academia de la Stasi.

Müller hizo como que le reía la pésima gracia a su subordinado y luego se puso firme al ver que el *Oberst* Reiniger daba con los nudillos en el cristal de la puerta y entraba en su despacho. Detrás de él venía Schmidt, con la bata blanca que llevaba siempre, y la boca llena de los últimos bocados de alguno de sus tentempiés. Reiniger les mandó sentarse, aunque Müller vio que Tilsner casi ni se había molestado en levantarse.

A Reiniger le pasaba como a Schmidt, que el traje no le daba de sí en el perímetro abdominal cuando se sentaba. A diferencia de Schmidt, no obstante, él hizo como que se sacudía con el dedo la pelusa imaginaria de las

tres estrellas doradas que le adornaban las charreteras de plata. Era coronel, y eso lo hacía sobre el papel de más rango que Müller, aunque todos sabían que Jäger —oficial al mando de la brigada de investigación de la Stasi, Octavo Departamento— era el que ostentaba el verdadero poder.

Dejó ambas manos reposando sobre su abultado vientre y entrelazó los dedos, y luego, con los pulgares, empezó a hacer puñetas.

—Entonces, Karin... ¿Qué hemos averiguado hasta ahora? Me parece que me tiene que poner al día. Aquí *Unterleutnant* Tilsner es de la opinión de que les faltan pistas, y que deberíamos dejar el caso en manos del *Oberstleutnant* Jäger. ¿Está de acuerdo?

Müller negó con la cabeza, luego carraspeó para dejar la garganta libre de la humareda de Tilsner y dijo:

—Creo que no podemos dejarlo, camarada *Oberst*. Reconozco que no hay mucho material para seguir adelante con el caso, pero aquí el *Kriminaltechniker* Schmidt ha logrado ya algún avance significativo.

—Y ¿estamos más cerca de poder identificar a la chica? —preguntó Reiniger.

—No —interrumpió Tilsner—. La mujer que llevé hoy a la morgue...

Reiniger soltó un sonoro suspiro:

—Le preguntaba a la *Oberleutnant* Müller, no a usted. —Müller vio que Tilsner se ponía rojo y tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—¿Así pues, Müller? —preguntó otra vez Reiniger.

—Más cerca no estamos, pero esta mañana he tenido acceso al informe de la autopsia y he recabado más datos. —Los otros no tenían por qué saber que la persona que se los había facilitado era el propio Jäger—. La chica había alcanzado ya la madurez sexual.

Tilsner soltó un resoplido:

—Nada raro en una adolescente.

—Adelante, camarada *Oberleutnant* —la apuró Reiniger.

—Bien, pues no solo había alcanzado la madurez sexual, es que además la violaron. Y no es solo que la violaran, es que además la violaron cuando ya estaba muerta.

—*Scheisse!* —exclamó Tilsner, y aplastó el cigarrillo airadamente en el fondo de la taza, como si quisiera retorcérselo al asesino en pleno rostro. La brasa soltó un silbido al apagarse entre los posos del café. Müller pudo observar que Schmidt, sentado frente a ella al otro lado de la mesa, se ponía

de repente pálido, igual que aquella tarde en el cementerio.

—¿Cómo que después de muerta? —preguntó Reiniger sin dar crédito a sus oídos.

Müller dijo que sí con la cabeza.

Tilsner dejó caer la suya entre las manos y apoyó los codos en la mesa.

—¿Estás diciendo que tenemos que vérnoslas con un necrófilo?

Müller se encogió de hombros:

—Pues puede... O quizá con un asesino que vio ahí una oportunidad para desahogarse. Un asesino de lo más nauseabundo...

—Entonces, ¿hay alguna forma en la que el Cuerpo pueda ayudarla, Karin? Son ustedes un equipo pequeño..., bueno, y lleva relativamente poco tiempo en el puesto. —No añadió: «Y es mujer, y joven, además». Pero le habían llegado comentarios parecidos desde el ascenso y sabía de sobra que eso era lo que estaba pensando. Había en ello cierta velada humillación que le hizo ponerse a la defensiva. Aunque quizá a su manera, un tanto torpe y paternalista, solo intentaba ayudarla. O quizá viera lo mucho que aquello la estaba afectando, aunque la verdadera razón no podía saberla.

—Creo que tenemos que hacer un control riguroso de los acusados o sospechosos de acoso sexual, empezando por Berlín, aunque quizá haya que incluir distritos vecinos también. Incluso de todo el país, si tenemos fichado a alguien que... —se quedó a media frase porque no sabía cómo definir a un necrófilo: ¿un perverso?, ¿un loco?—, alguien de ese cariz.

Reiniger asintió con una lenta inclinación de la cabeza:

—Cuenta con ello, puedo poner a varios hombres a la tarea. No hace falta que digamos que tiene relación con este caso, por si le preocupa que Jäger piense que nos estamos saltando los límites de una simple operación de búsqueda de desaparecidos. Podría ser solo un protocolo de seguimiento de acosadores sexuales. Nadie le pondrá pegas a eso. ¿Qué más tenemos?

—Está la tinta del rotulador. Jonas, quedaste en ponerte en contacto con el patólogo y echarle un vistazo a eso, ¿no? —Müller clavó la vista en Schmidt.

—Sí, aunque no he tenido tiempo todavía de ponerme con ello. Pero están estas... —Müller vio que abría el maletín y, aprovechando que Reiniger miraba lo que el forense iba a sacar, le dijo que no con la cabeza a Schmidt sin que se percatara el *Oberst*. Sabía que iba a empezar a hablar de las rodadas y no quería que lo hiciera delante del coronel. Schmidt la vio a tiempo—: Aunque, bueno eso tampoco lo tengo listo todavía —dijo, y dejó

las carpetas otra vez en su sitio—. Y si la prioridad es el rotulador, pues me pongo a ello ahora mismo. —Iba a levantarse, pero Müller le indicó que se sentara.

—Y ¿por qué es tan importante eso de la tinta? —preguntó Reiniger, y frunció el ceño como si no acabara de entender el cambio de opinión de Schmidt.

—Tenía las uñas pintadas con tinta —explicó Müller—. Creo que era un experimento casero para hacerlo pasar por pintaúñas de color negro.

—¿Un pintaúñas de color negro? —preguntó Reiniger—. Eso es muy raro. Tilsner metió baza con un resoplido:

—¡A los niños de ahora se les ocurre cada cosa!

Müller hizo como que no había oído al subinspector y se centró en contestar al coronel:

—Estoy de acuerdo en que no es muy común, pero hay casos. Solíamos hacer cosas por el estilo cuando yo era niña para *Walpurgisnacht*.

—Pero todavía quedan varias semanas para *Walpurgisnacht* —dijo Reiniger—. No creo que tuviera nada que ver con eso, ¿no?

Müller se encogió de hombros:

—Parece poco probable, es cierto. Pero la tinta es un tipo de aleación de plomo, y quizá sus hombres puedan ayudarnos con eso, camarada *Oberst*. Me preguntaba si podría usted pedirles que averigüen qué empresas del Estado fabrican rotuladores entre nosotros, o si circulan marcas importadas. No debe de haber muchos fabricantes.

Tilsner soltó otro de sus resoplidos:

—Muchos fabricantes no, pero sí habrá millones de rotuladores, y miles de papelerías. No veo adónde nos va a llevar a parar.

El coronel volvió a fulminar al subinspector con la mirada y mientras se iba levantando dijo:

—Podemos ver qué se puede hacer con eso, *Oberleutnant*. Y si se le ocurre algo más, no dude en avisarme.

—Tenga por seguro que lo haré, camarada *Oberst*, le agradezco mucho su ayuda.

—Menudos aires que se da ese carcamal, ¿no? —dijo Tilsner cuando el coronel ya había salido y no podía oírle.

Müller esbozó una sonrisa y dijo:

—Puede que sí, pero se ha ofrecido a ayudarnos, y a caballo regalado no le mires el diente. Podemos decirle a Elke que trabaje en colaboración con los patrulleros de la Policía del Pueblo en ambos frentes: los acosadores sexuales y los fabricantes de rotuladores.

—Y nosotros ¿qué hacemos?

Müller alzó la vista y la fijó en Schmidt:

—Jonas, ¿qué querías enseñarnos? Perdona por lo de antes, pero pensaba que ibas a hablar de las rodadas en la nieve y no sé si quiero que el coronel maneje esa información en el punto en el que nos encontramos. Ya tenemos bastante con que lo sepa Jäger. —Observó la cara de Schmidt por si veía alguna muestra de arrepentimiento, algo que pudiera delatarlo como la fuente que tenía la Stasi en su equipo.

Schmidt apartó las tazas de café, abrió el maletín y esparció por toda la mesa fotografías de rodadas y fotocopias de huellas y del dibujo de varios tipos de neumáticos.

—He impreso los negativos de las fotos que sacamos en la escena del crimen, para que se vea mejor el dibujo. —Señaló dos de los negativos—. Estas dos son las fotografías clave. ¿Ven algo?

Müller observó con detenimiento las fotografías y luego señaló dos de ellas, los dos negativos, y una de las fotocopias del dibujo de unos neumáticos.

—Estas tres —dijo con una sonrisa—. Casan: de hecho, son prácticamente idénticas.

—Efectivamente, camarada Müller. Efectivamente. Este —dijo sosteniendo en alto la fotocopia del dibujo de un neumático que coincidía con los otros— es el dibujo de un neumático sueco manufacturado por la empresa Gislaved. El nombre de la compañía proviene de la ciudad donde fue creada, a medio camino entre Gotemburgo y Jönköping.

—Neumáticos suecos. Eso confirma la teoría que nos contaste en el cementerio —dijo Müller, y tomó una de las tazas que el forense había apartado a un lado. Le dio un sorbito y enseguida lo escupió de nuevo en la taza, porque estaba helado.

Schmidt dijo que sí con la cabeza. Hasta Tilsner se mostraba impresionado por su trabajo.

—Y no solo eso: Gislaved es el principal proveedor para la Volvo.

Tilsner le dio una palmada en la espalda y Schmidt soltó una tos repentina.

—Buen trabajo, Jonas. Hasta ahí llegamos: ya sabemos que la Volvo provee de coches a los peces gordos del partido y a la Stasi.

Schmidt arrugó la cara con expresión de lástima:

—Desgraciadamente, es más complicado que todo eso.

—¿Por qué, Jonas? —preguntó Müller.

—Pues porque, aunque la República Democrática Alemana utiliza los Volvos para actos oficiales, las limusinas largas..., bueno, están hechas a medida, son Volvos adaptados. La Volvo no fabrica las limusinas que tienen mucho bastidor.

—Y ¿cuál es el problema? —preguntó Müller frunciendo el ceño.

—Es como las autocaravanas —dijo Schmidt—. Muchas *camper* de la República Federal toman como base el chasis de una furgoneta Volkswagen, pero no todas las vende Volkswagen. La carrocería la fabrica una compañía especializada. Lo mismo pasa con las furgonetas Barkas entre nosotros, e igual pasa con las limusinas Volvo. Así que nada garantiza que los neumáticos con los que salen equipadas de la fábrica Volvo serán los que lleven una vez acabadas.

—Y entonces, ¿quién las adapta? —preguntó Tilsner.

Schmidt extendió los brazos sobre la mesa con las palmas de las manos hacia arriba, como pidiendo perdón y siguió:

—Pues no he logrado averiguarlo. Y eso que he ampliado al máximo las fotos de los desfiles oficiales, pero es que no logro una imagen nítida del dibujo de las ruedas para que nos valga.

Müller arrugó el entrecejo:

—¿Y qué hacemos, Jonas?

—Pues lo que he descubierto es que hay un taller al que llevan todos los coches oficiales para la puesta a punto, y también los aparcan allí cuando no los usan. Está en Lichtenberg, cerca de Normannenstrasse...

—Cerca del cuartel de la Stasi —dijo Tilsner—. Y ¿cómo vamos a entrar ahí? ¿No habría que hablarlo antes con Jäger? A lo mejor nos puede dar él la información que nos hace falta y así no tenemos que hacer nada a escondidas.

Müller dijo que no vehementemente con la cabeza:

—No, esta vez no quiero meter a Jäger en la investigación.

Tilsner se encogió de hombros:

—Vale, pero es que no veo cómo nos las vamos a ingeniar para que nos

dejen llegar hasta ese taller sin su ayuda. Estará muy vigilado, ¿no?

—Sí —asintió Schmidt—. Pero por la noche hay menos guardias... y de madrugada, muchas veces, no hay más que uno.

Un guardia. Si Schmidt tenía razón, pensó Müller, a lo mejor podían distraerlo de alguna manera para entrar en el edificio y sacar fotos de los coches sin que los vieran. Se acordó de que tenía en el bolsillo un documento firmado por Mielke. Eso podría ser de ayuda, aunque por sí solo no abriría ninguna puerta, porque seguro que el guardia insistiría en llamar a sus superiores para asegurarse de que el documento era auténtico.

—Pero, toda la zona que rodea el cuartel de la Stasi, ¿no es área restringida?

—Sí —dijo Müller. Se giró para mirar el mapa de la capital del Estado colgado en la pared del despacho—. ¿Dónde está eso exactamente, Jonas?

Schmidt se levantó y señaló un punto justo al este de Normannenstrasse.

—O sea que está ya fuera de la zona restringida —dijo Müller. Se frotó la barbilla. Lo que proponía Schmidt era muy arriesgado. Si los cogían a cualquiera de los tres, ya podían olvidarse de hacer carrera en la policía. Eso como poco.

Más tarde ese mismo día.

En las horas que sucedieron, Müller, Tilsner y Schmidt hablaron de todas las opciones posibles y, al final, Müller decidió que los planes que pasaban por entrar en el recinto de las limusinas entrañaban demasiados riesgos. Los tres eran miembros del partido y los tres trabajaban para el Estado, y Müller no quería que peligraran sus carreras, ni su futuro. No obstante, quería a toda costa obtener la información que necesitaban sin necesidad de pedirle ayuda directamente a Jäger, que era el plan que defendía Tilsner. A los otros no se lo había dicho, pero ella tenía la intuición de que todo el caso podría ser un enrevesado montaje del teniente coronel de la Stasi, así que si iban a comprobar la posible implicación en el asunto de una limusina del gobierno, tenían que hacerlo en el más absoluto secreto.

Poco a poco fue cobrando vida en la mente de la inspectora un plan y le preguntó a Schmidt si, aparte de hacer fotos directamente a las ruedas, había otra forma de comprobar el dibujo y verificar la marca para, o bien confirmar sus sospechas, o descartarlas del todo.

—Bueno, en el cementerio descubrimos que el vehículo llevaba neumáticos Gislaved gracias a las rodadas en la nieve —respondió Schmidt.

Müller alzó la vista y estudió las fotografías de rodadas que había colgado en el tablón de su despacho en la oficina de Marx-Engels-Platz. Casi se la oía pensar.

—Lo que pasa —dijo Tilsner— es que mucha nieve ya se ha derretido, sobre todo en el centro de la ciudad. Y eso no facilita las cosas.

Müller no apartaba la vista de los dibujos de neumáticos que reproducían las fotos y una idea cobró cuerpo en su cabeza. En ese momento, se giró hacia ellos:

—No hace falta nieve —dijo—. Lo que hace falta es arena.

En cuanto Müller les contó cuál era su idea, Schmidt y Tilsner empezaron a darle vueltas hasta que la cosa tomó forma. Y bien pronto Schmidt ató cabos de manera fortuita: porque aunque las limusinas las guardaban en una cochera cerca de los cuarteles de la Stasi en Normannenstrasse, les miraban el aceite y los frenos y las lavaban en un polígono industrial cerca de Siegfriedstrasse. Eso seguía siendo Lichtenberg, solo que más al este, fuera del área controlada por la Stasi. En el mismo polígono, había un galpón de la compañía VEB Autobahnkombinat, la empresa propiedad del Estado encargada de la construcción de autopistas, y en ese momento estaban haciendo una autopista que unía la capital con Rostock, en la costa del Ostsee. El tráfico de camiones cargados de materiales de construcción era intenso entre el galpón y las obras; y las limusinas al servicio de los altos funcionarios del Estado, recién lavadas y con el motor a punto, hacían el recorrido en sentido inverso, rumbo a las cocheras de Normannenstrasse. Casi siempre al atardecer, o de noche, para evitar el tráfico, y las miradas indiscretas.

La siguiente fase del plan cuajó a raíz de una llamada a Marx-Engels-Platz. Cogió el teléfono Elke, la estudiante en prácticas.

Desbordante de entusiasmo, salió corriendo al despacho contiguo nada más colgar para informar a Müller:

—Camarada *Oberleutnant* —dijo la chica con un torrente de voz—. Acabo de recibir un soplo y puede que sea de su interés.

Müller hizo como que acababa el papeleo que tenía encima de la mesa, luego miró a la becaria con su mejor cara de hastío e interés fingido.

—¿De qué se trata, Elke?

La chica blandió un pedazo de papel lleno de notas y se acercó a Müller.

—Alega que hay trabajadores de la VEB Autobahnkombinat involucrados en una operación de contrabando. Trafican con artículos del otro lado del Muro en el mercado negro, los esconden en los camiones, enterrados debajo de los montones de arena o grava, y los llevan a los pueblos y ciudades al norte de la capital aprovechando la ruta de la autopista en construcción a Rostock.

—¿Quién llamó, un hombre o una mujer? —preguntó Müller, y se mordió el labio para que no se le notara la sonrisa mientras leía las notas de la chica.

Sabía de sobra quién había llamado—. Y ese hombre o esa mujer que ha llamado, ¿tenía acento de alguna parte, algo que ayudara a identificarlo?

—Pues era un hombre, y tenía la voz muy ronca y a la vez apagada. Y un acento muy fuerte, el típico bajo alemán que hablan en el norte.

Müller se imaginó a Tilsner imitando a la perfección el acento de su pueblo, tapándose la boca para hablar o cubriendo el auricular con un pañuelo para disimular su voz de siempre. Según él, Elke no lo reconocería, y había acertado.

—Gracias, Elke. En la brigada criminal no nos encargamos habitualmente de estos asuntos, pero sí podría interesarnos. Si no tienes mucho lío, ¿por qué no llamas a la operadora a ver si puedes averiguar desde qué teléfono han hecho la llamada?

—Eso ya lo he hecho, *Oberleutnant* —dijo Elke muy orgullosa—. Yo creía que sería desde algún punto en el norte, pero no: ha sido desde una cabina en la capital, en el centro, cerca de Alexanderplatz.

A la puerta de alguno de esos bares que le gustaban a Tilsner, pensó Müller. Pero, al parecer, Elke seguía sin sospechar nada.

—Buen trabajo, Elke. —Müller cogió el papelito anotado por la chica y lo guardó en un bolsillo—. Se lo pasaré a nuestros compañeros de uniforme, porque yo creo que a nosotros nos viene grande con esto de la investigación del asesinato, pero has hecho muy bien en avisarme.

Ya solo faltaba utilizar la llamada anónima, y el testimonio de Elke, para convencer a Reiniger de que autorizara el registro —y la confiscación, si hacía falta— de uno de los camiones que iban y venían desde las obras. Y a cargo de Schmidt corría averiguar cuál de ellos llevaba el tipo de arena más indicado.

Müller fue a ver a su jefe a su despacho y, allí, parada delante de él, no podía reprimir los nervios al ver un poso de sospecha en la expresión de Reiniger. Pero aun así firmó la autorización que querían.

—Espero que no esté usted saltándose la ley a la torera, Karin —y añadió luego en voz baja—: Y si no, pues al menos que no la cojan. Porque no quiero que su mierda me salpique, ¿entendido?

Dar con el camión apropiado fue más fácil de lo que pensaba la inspectora,

pues parecía que Schmidt tuviera contactos en todas partes. Müller y Tilsner siguieron al elegido por Siegfriedstrasse, luego pusieron la sirena en la capota del Wartburg y, de aquella guisa, lanzando destellos azules y estridentes bramidos, lo apartaron en la cuneta a la altura de Herzbergstrasse. El conductor y su acompañante clamaron al cielo diciendo que no habían hecho nada malo, y Müller tuvo que echar mano de la orden de Reiniger y dejar claro que los arrestaría si no deponían su actitud, para que se calmaran. Insistió una y otra vez, además, en que ella en persona les explicaría a los de la empresa constructora de autopistas que no tenían más remedio que confiscar el vehículo y registrar de arriba abajo su carga, aunque hubiera que pasarla toda otra vez por la criba.

Y allí que iban los dos en el camión, llevándolo despacio de vuelta a Lichtenberg por segunda vez en el transcurso de unas pocas horas: el primer trayecto lo habían hecho la tarde anterior, para ver si el plan fraguado se sostenía en pie o estaba solo cogido con alfileres. Faltaba poco para que se produjera el traslado de un contingente relativamente importante de limusinas desde el polígono industrial a la cochera, y entonces ya sería noche cerrada. Müller y Tilsner abrían paso en el camión de volquete y Schmidt los seguía en un Wartburg de la *Kripo* sin distintivos. Los dos vehículos circulaban solo con las luces de posición para pasar desapercibidos por los amplios bulevares de la parte este de la capital. Müller, sentada en el asiento del copiloto de la cabina del camión, miraba a su izquierda y veía a Tilsner sujetar el volante del volquete IFA W50, remangado pese a lo inclemente del tiempo. Quedaba muy bien en el papel de conductor de camión, como si llevara años desempeñando esa labor. Y es que había una parte del subinspector, llena de misterio y atractivo, a la que la inspectora todavía ni se había asomado.

Recorrían las anchas avenidas, escenario habitual de los desfiles que había evocado cuando estaban en el cementerio. Recordó el último de ellos, la celebración del veinticinco aniversario de la República Democrática Alemana, en octubre. Müller era una más entre la multitud, henchida de una sensación de orgullo patrio por los logros de su pequeño país, mientras desfilaban delante de sus ojos escuadrones sin término de soldados del Ejército del Pueblo que no perdían jamás el paso. Seguían las limusinas Volvo de los altos cargos del partido y del gobierno. Pero el orgullo había cedido espacio ahora a un extraño presentimiento. Karl-Marx-Allee, con sus edificios monolíticos, como los pisos de una tarta de bodas, parecía un

ámbito mucho más siniestro bajo la luz difusa del ocaso y el pálido fulgor de las farolas. ¿No estarían haciendo algo malo? Porque sentía que iba a traicionar algo. Solo que entonces se acordaba de la cara desfigurada de la chica, de lo que le habían hecho antes y después de morir, y pensaba que si había alguien del gobierno, alguien del partido, implicado en un acto tan aberrante, merecía que lo llevaran delante de la justicia y que lo dejaran en evidencia delante de todo el mundo.

Schmidt los proveyó de sendos disfraces: cascos y monos de albañil, además de balizas y conos luminosos que había sacado del almacén de la Policía del Pueblo y que llevaban en el remolque. Había que trabajar rápido: cortar al tráfico una sección de Siegfriedstrasse entre dos rotondas y poner las señales de desvío. Según Schmidt, un convoy de limusinas cubriría el trayecto entre ambas bases esa misma noche, tenía hasta controlada la hora exacta. Müller no le preguntó cómo había obtenido esa información, porque casi prefería no saberlo.

No había mucho tráfico a aquella hora de la noche, y los conductores de los pocos vehículos que alcanzaban el corte improvisado se limitaban a seguir las señales y el desvío indicado. Como la policía cerraba constantemente calles en la capital, no levantaban sospechas.

Tilsner escoró el camión a un lado de la calzada: rascaban las marchas en la caja de cambios y Müller tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse los oídos. El papel de camionero de repente le quedaba grande.

Una vez estacionado el camión, ella se bajó y comprobó que no se oía nada, solo un pitido intermitente en el interior de la cabina.

—*Scheisse!* —exclamó Tilsner sacando la cabeza por la ventanilla—. No sé cómo se levanta el volquete.

Müller volvió a subir a la cabina para ayudarlo.

—Tendría que ser esta palanca —dijo Tilsner, y la metió una y otra vez con expresión de agobio en la cara—. Pero no funciona. ¿Se te ocurre algo?

Müller se inclinó sobre el asiento del conductor y echó un vistazo al control de mandos. Le llegaba el aroma a masculinidad que exudaba Tilsner por todos los poros, acentuada esa virilidad más si cabía por el mono de albañil. La pálida luz de las farolas recortaba el perfil cuadrado de su mandíbula, y sus jadeos delataban el esfuerzo que estaba haciendo por forzar los controles para someter la máquina a sus deseos.

—No tengo ni idea —dijo ella—. La mecánica no es mi punto fuerte. —

Fue hasta la ventanilla del copiloto, bajó el cristal y asomó la cabeza:

—¡Jonas! Ven un momento.

Mientras ella ayudaba a Schmidt a subir a la cabina, y el peso pesado de la Policía Científica acababa rojo de puro esfuerzo, Tilsner movía la palanca con expresión de impotencia.

Schmidt se echó a reír en el acto.

—Así no va a llegar a ninguna parte. Fíjese —dijo apretando una palanca roja en un lateral que había pasado inadvertida a Müller y a Tilsner—. Primero tiene que soltar el cierre de seguridad, ¿no lo ve? Mire a ver ahora.

Esta vez, entre el chirrido de los engranajes mal lubricados, después de oír las fricciones del metal contra el metal, vieron que el volquete se iba elevando.

—Avance a la vez que lo voltea —dijo Schmidt, apretujado en el asiento del copiloto al lado de Müller—. Así lo extiende bien y no tenemos que darle tanto a la pala.

Y entonces el rugido del motor diésel pugnó con el que hacía la carga al caer desde el volquete y dar de golpe en la calzada. El aire se impregnó del aroma súbito de la arena húmeda y granulada, combinado con el del humo dulce que exhalaba el motor. A Müller le recordó los veranos de la niñez en Ostsee; y más tarde, al principio de salir con Gottfried. Playas, puertos, viajes en barco: cuando la vida parecía más fácil.

Vaciada la carga de arena, Tilsner plegó de nuevo el volquete y luego hizo maniobra, rascó otro poco la caja de marchas y llevó el camión al otro lado de la calzada. Siegfriedstrasse había quedado así bloqueada en un sentido por el camión y en el contrario, por un montón de arena nivelado con la acera solo en parte. Los tres policías acabaron por extenderla del todo usando las palas y los escobones que habían traído para la ocasión.

Müller miró el reloj. *Scheisse!* Quedaban solo cinco minutos para que pasara el convoy. Habría problemas si las limusinas llegaban antes de lo previsto o si no acababan de extender la arena a tiempo.

—Tilsner, Schmidt, ¡daos prisa! —gritó—. Solo quedan dos minutos.

El subinspector le quitó al de la Policía Científica la pala de las manos y dijo:

—Tú en vez de extenderla lo pones peor, así que, anda, vete a ocupar tu puesto.

Schmidt salió corriendo hacia la entrada del polígono industrial; tenía que

pararse cada varios metros para recobrar el aliento. Una vez en su puesto, esperó a que llegara el convoy de limusinas mientras Müller y Tilsner acababan de extender la arena.

Müller miró otra vez el reloj. Ya tenían que estar allí, pero ni rastro de las limusinas. Fijó la vista en Schmidt: pasaban los minutos y seguía sin dar la señal que habían acordado.

Transcurrieron diez minutos más y, por fin, vio el brazo alzado del *Kriminaltechniker*: los coches venían en camino.

Rápidamente, la inspectora quitó las barreras que habían bloqueado aquella parte de la avenida y las puso en los accesos de las calles por las que habían desviado hasta ese momento el escaso tráfico. El convoy de limusinas no tendría más remedio ahora que pasar por el carril cubierto de arena.

Los coches oficiales con sus largos bastidores se iban acercando y Tilsner y Müller empezaron a echar al camión la arena que había quedado fuera del otro carril, para dar la impresión de que se había volcado la carga accidentalmente y la estaban devolviendo a paladas al remolque.

Cuando llegó a su altura, el conductor de la primera limusina paró el vehículo, bajó la ventanilla, miró a Müller, quien tenía que taparse los ojos para que no la deslumbraran las luces del resto de la comitiva, y gritó:

—¿Qué cojones pasa aquí? Acabamos de lavar los coches, y nos los vais a llenar de arena.

Müller se encogió de hombros a modo de disculpa:

—Lo siento, volcamos parte de la carga sin querer y nos estamos dando toda la prisa que podemos para limpiarlo.

Lo vio entornar los ojos, iluminado por el haz de luz de la limusina que venía detrás. Sabía lo que estaba pensando: «¡Mujeres en la construcción!». No era el único hombre de la República Democrática Alemana que creía que donde debía estar era en casa haciendo las faenas domésticas. Pero las cosas no eran así, porque las trabajadoras y las campesinas tenían también su papel estelar en aquel pequeño país. Y el conductor y los de su ralea acabarían aceptándolo. Müller siguió echando paladas al remolque, volcó toda su ira contra la granulada sustancia que cubría el asfalto y la limusina siguió camino.

Tilsner, según habían acordado, se fue acercando pala en mano al carril cubierto por la arena cuando la segunda limusina llegó a su altura. Eso le valió un sonoro toque de claxon, pero logró su objetivo siguiendo el plan de

Müller, y el coche no tuvo más remedio que sortearlo, así evitaban que las huellas coincidieran con las de la limusina que lo había precedido y generaban rodadas nuevas.

Repitieron la operación cuando el tercer coche cerró el convoy, aunque el conductor hizo algo más que tocar el claxon y le gritó a Tilsner:

—Apártate, imbécil, ¡mira que te atropello! —Pero el subinspector aguantó el tipo y el plan funcionó una vez más porque, aunque el conductor tuvo que subir la rueda derecha al bordillo, la izquierda dejó una tercera marca bien visible en la arena.

Las limusinas giraron en la esquina rumbo a Normannenstrasse y desaparecieron de vista, Müller y Tilsner volvieron a poner las señales de desvío para bloquear el carril enarenado y Schmidt llegó al trote dando boqueadas.

—Siento que solo fueran tres, camarada *Oberleutnant* —dijo a modo de disculpa—. A lo mejor es que solo llevan al taller las limusinas que han estado de servicio la semana anterior.

—Tranquilo, Jonas, que menos da una piedra, y tú has hecho un buen trabajo recabando todos los datos. Saca las fotos de las rodadas y vámonos de aquí antes de que nos pillen.

Nueve meses antes (mayo de 1974).

Jugendwerkhof de Prora Ost, Rügen, República Democrática Alemana.

Pasaron ya mis tres días de encierro. Anoche dormí otra vez en el dormitorio comunal y, afortunadamente, a pesar de la amenaza, Neumann y Richter no me han separado de Beate, quien logró dormir bien una noche al fin.

He sobrevivido al búnker. ¿Cómo era aquello que decían en el colegio? «Lo que no mata, engorda». Y creo que ha sido eso, y si no más gorda, si me veo más fuerte ahora que lo he superado, aunque la tarea que me ha tocado hoy en el taller es la más ardua de todas: embalar. Embalar y llevar los paquetes. Pero aunque sea tan dura físicamente –porque hay que levantar mucho peso cuando las cajas están listas–, lo prefiero a hacer taladros y cortar las piezas en el taller. Esto último es muy aburrido, y por eso es fácil equivocarse y meterse en líos. Mientras que en el embalaje, las piezas de madera y contrachapado, cortadas a medida, hay que meterlas con cuidado en las cajas de cartón, cubrir los huecos entre una y otra con papel de relleno y, luego, sellar la caja y sacarla fuera, al aparcamiento, y allí meterla en los palés. Para llevarlos ¿dónde? Eso es lo que más me intriga ahora, y Herr Müller estuvo a punto de decírmelo, lo sé.

—Espabila, Irma. Déjate de andar ahí pensando en las musarañas. ¿O es que quieres volver al búnker? —La que me regaña es Frau Schettler, ella supervisa las labores de embalaje después de atender en el comedor al servicio del desayuno. Pero me lo dice con una sonrisa, así que, como prueba de buena voluntad, me pongo las pilas y empiezo a trabajar con más garbo. Puerta de armario de cocina, hoja izquierda, hoja derecha, fondo del armario, baldas, parte superior, parte inferior. Y que no se te olvide el papel ondulado entre una y otra capa, ni la bolsita de plástico con los apliques. Luego hay que sellar la caja con cinta aislante y cargarla en el carrito para llevarla al palé. Es

repetitivo, monótono, pero la verdad es que no te equivocas ni aunque quieras. Allá va otro armarito de cocina listo para el montaje, visto y no visto, y sin ningún problema. Frau Schettler suele ser amable y yo soy su ojito derecho, me trata un poco como a una hija rebelde. La miro, le sonrío y entonces ella me sonrío a mí también.

Una de las razones por las que hoy estoy más contenta es que en el desayuno no me he privado de nada, lo que se dice de nada: barra de pan, salchicha y queso. En eso sí tenía razón Richter, en que se trabaja mejor con el estómago lleno.

Veo que Schettler va a la oficina a por algo, miro a derecha e izquierda: Mathias Gelman a un lado y Bauer al otro, los dos muy concentrados en la cuota de embalajes que tienen que cubrir hoy. Aprovecho para echar un vistazo al librito que Herr Müller me dio a la hora del desayuno. «Para ayudarte con los deberes de clase, Irma», me dijo. Me lo metí entre las bragas, ahí nadie me lo va a ver, o al menos eso espero. Se titula *Historia de Rügen*, y no sé por qué me lo ha dado. Lo hojeo sin comprender muy bien qué hace un profesor de matemáticas regalándome a mí un libro de historia local. Pero entonces veo que Schettler vuelve de la oficina cargada de papeles y lo escondo a toda prisa.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta una voz de chico.

Vuelvo la cabeza y me doy cuenta de que Mathias me ha visto. El bombón de Mathias, el sueño de todas las chicas. Esa es otra de las ventajas de trabajar en la planta de embalaje, que puedes hablar con los chicos. Es el único momento en Prora Ost, ese y el de las comidas. Por eso a Beate también le gusta. Se pondrá celosa de que esté aquí con Mathias, porque he visto cómo se miran. Ella se lo come con los ojos. ¿Será que él le ha dicho que no y es por eso por lo que está todo el día llorando? Quizá yo tenga alguna posibilidad con él.

—Solo es un libro. —Me pongo roja cuando me mira, porque estoy viendo que no le soy leal a mi amiga. Aunque ¿qué va a ver Mathias Gelman en mí?

—¿Qué libro?

—Bah, uno que me ha dado Herr Müller en el desayuno. La historia de Rügen. Como sabe que soy de la zona.

Le doy un puñetazo flojito en el brazo.

—No te rías de mí, Mathias.

—¿Para qué quieres tú un libro de historia local si has nacido en la isla?

¿Es que no te la sabes ya toda? ¡Cómo sois los de pueblo!

—Anda y que te den —le digo, y sigo trabajando.

Pero Frau Schettler nos ha visto hablar.

—¡Behrendt! ¡Gelman! Venid aquí. —Dejamos la mesa de embalaje y vamos donde nos dice. El libro me restriega la entrepierna y pongo cara de enfadada, pero Mathias va con la cabeza bien alta.

Cuando llegamos a donde está ella, baja la voz para que los demás no oigan.

—Mira, Irma, me caes bien pero me lo estás poniendo muy difícil. El director Neumann y Frau Richter te van a mirar con lupa, van a supervisar tu rendimiento, y si ven que te escaqueas, al búnker que volverás, o algo peor.

—¿Has estado en el búnker? ¡Vaya! —dice Mathias, como si yo hubiera hecho alguna hazaña.

—Acaba de salir, Mathias. Así que ayúdala. No le hables ni la distraigas. —Lo mira severa, pero detrás de ese ceño fruncido, hay ternura—. Y si acabas sacando adelante más trabajo del que tienes asignado, a lo mejor puedes ayudar a Irma a ponerse al día.

Mathias dice que sí con la cabeza y me sonrío, y luego volvemos los dos a la mesa de embalaje.

—Tienes suerte de que no me chivara —susurra, asegurándose antes de que Schettler no está mirando—. Me debes una.

No me atrevo a leer el libro de Herr Müller en el dormitorio. En la sala de embalaje me escapé por los pelos, así que espero hasta que estoy en los baños comunales, antes de que cierren con llave la puerta. En el dormitorio solo tenemos un cubo para hacer nuestras necesidades y el hedor a pis y a mierda lo impregna todo, se filtra hasta lo más hondo de nuestros sueños. Pero aquí, en los baños, cada retrete tiene su puerta, y saco el libro cuando me bajo las bragas, aunque lo primero que miro son los pliegues que tengo en el bajo vientre. Me pican por la fricción contra la piel del plástico de la portada. Todavía estoy muy gorda, lo sé, aunque la comida en el *Jugendwerkhof* es asquerosa. Sé que tengo que poner remedio, pero es que la Oma siempre me cebaba, a lo mejor para compensar el hecho de que Mutti no se ocupaba gran cosa de mí. Y si comes mucho de pequeña, el hábito es difícil quitártelo. Hasta en un sitio como este.

Hojeo rápidamente el libro porque sé que Richter o alguna otra vendrá llamando a la puerta si me quedo demasiado tiempo aquí dentro. Paso cada página muy despacio, no vayan a oír cómo se frotan unas con otras. Casi todo lo que viene en el libro me suena de cuando iba al colegio en Sellin, lo de que la isla estuvo bajo la dominación de varios reinos a lo largo de los siglos: los rani, eslavos occidentales; los príncipes daneses de Rügen; la Pomerania en poder de los suecos. La ciudad de Gustavia, que el rey Gustavo IV de Suecia no pudo acabar de construir y finalmente abandonó. Y luego este sitio, Prora, donde Hitler quiso crear un campamento para que los alemanes fueran de vacaciones, y que es ahora un monstruo de hormigón ocupado por trabajadores de la construcción en un extremo y por el *Jugendwerkhof* en el otro.

Todo muy interesante, pero como dijo Mathias, yo ya me lo sé. Voy a cerrar el libro, cuando veo una marca a lápiz en el margen que resalta la sección dedicada a Gustavia. También ha subrayado la palabra *Suecia*. Vuelvo a hojearlo, ahora emocionada, y las páginas, al pasar, levantan un airecillo fresco que me da en la cara. Veo otro punto marcado en el margen, casi al final del libro, en la sección dedicada a la historia de la DDR. Habla de la construcción de un puerto nuevo en Sassnitz. Junto a la marca, está subrayada la palabra *Sassnitz*. Paso las páginas rápidamente una tercera vez con el pulgar en el canto, de principio a fin, por ver si me he dejado alguna, pero no hay más marcas al margen. Solo dos palabras subrayadas, *Sassnitz* y *Suecia*. Ese es el mensaje de Herr Müller.

Comprendo entonces que el libro entraña un peligro, porque si el mensaje puedo descifrarlo yo, también podrían Richter o Neumann. Tiro de la cadena, me recompongo la ropa y meto el libro donde estaba antes, debajo de las bragas. Asomo la cabeza por la puerta del retrete, miro a un lado y a otro. No hay nadie. Busco en el techo y no veo ninguna cámara en las esquinas. Me asomo luego al pasillo y está vacío. Entonces vuelvo a los baños y me acerco a la ventana con cuidado, para que no se oigan los pasos sobre el suelo duro y frío. Tiene barrotes, pero eso no impide que pueda abrirla. Saco el libro, lo pongo en el alféizar y le doy un empujón. Ya nadie podrá asociarlo conmigo nunca más. Y, a no ser que venga una galerna y lo voltee, estará ahí días y días, semanas y semanas, hasta que, muy despacio, la lluvia lo haga pulpa otra vez.

*Febrero de 1975. Séptimo día.
Schönhauser Allee, Berlín Oriental.*

En el apartamento de los Müller, la luz pulcra del día invernal se filtraba por la persiana en la ventana del salón y le daba en la cara a Karin, quien se despertó al sentir la tibieza en pleno rostro. Después de bostezar y estirarse, se frotó la zona dolorida en la espalda, resultado de dormir hecha un ovillo en el sofá. No había vuelto a casa hasta bien entrada la madrugada y no quiso despertar a Gottfried. Usó el abrigo de la Policía del Pueblo y el mantel a modo de manta, porque no soportaba la idea de salir otra vez discutiendo a voces.

Le dio una contractura en la espalda al levantarse de su improvisado lecho. Un silencio casi absoluto envolvía el apartamento, solo roto por el lento tictac del reloj en la repisa de la chimenea y su propia respiración, además del habitual ruido del tráfico que venía de la calle. ¿Dónde estaba Gottfried? Había dado por sentado que estaría dormido cuando entró de madrugada, pero no había ido a comprobarlo, y le extrañó ver la puerta del dormitorio abierta y la habitación vacía. ¿Buscaba acaso jugar a su mismo juego? ¿O se trataba de algo peor? Notó que se le aceleraba el pulso y volvió al salón. En el perchero no estaban ni el abrigo, ni la bufanda ni los guantes de su marido. ¿Es que ni siquiera había pasado el día en casa? Entonces, sobre la mesa, vio una hoja de papel arrugada:

Karin: si tú no me vas a decir dónde estás, entonces lo mejor es que no te diga a ti adónde voy yo tampoco, pero en algún momento tendremos que hablar. Porque si lo que quieres es el divorcio, vas derecha a conseguirlo.

No era la letra clara de maestro de escuela que Gottfried sacaba siempre, sino un garabato escrito a toda prisa, airadamente. ¿Qué se traía entre manos?

Y ¿adónde había ido?

Müller volvió al dormitorio y se puso a buscar pistas. La cama estaba a medio hacer, o sea que su marido había dormido en ella, en su mitad, pues había levantado las mantas y la almohada formaba un arrebujado escorzo. Por el contrario, la mitad de Karin estaba intacta. Vio la foto de su boda encima de la mesilla de noche de Gottfried: con una sonrisa de oreja a oreja, eran la viva imagen de la felicidad. ¿Qué había salido mal? ¿Sospechaba Gottfried de ella y de Tilsner porque él acarreaba también su propia culpa? Aunque era verdad que esas sospechas estaban fundadas, dado lo estúpida que había sido ella aquella noche en Dircksenstrasse.

Si su marido tenía algo que esconder, ¿dónde lo escondería? Puede que no fuera dentro del apartamento. Pero ella abrió el cajón de su mesilla por si acaso. Vio papeles y los estuvo mirando, casi todo eran cosas del colegio. Leyó el aviso oficial que llevó a Gottfried al exilio en el *Jugendwerkhof* de Rügen, una etapa de su vida que lo cambió para siempre. Al parecer, los cargos eran que uno de sus alumnos se había borrado de las juventudes comunistas del movimiento y él lo había apoyado. El chico se dejó el pelo largo y montó una banda de rock. Lo llevaron ante un tribunal de delincuencia juvenil y ya no se supo más. Pero a Gottfried le aplicaron el castigo recomendado por el tribunal: que pasara un tiempo dando clases en la red de reformatorios que tenía el régimen, pues si ayudaba a rehabilitar a los jóvenes para hacer de ellos ciudadanos socialistas plenamente convencidos, esa forma de rehabilitación en los discípulos quizá también se le pegase al profesor.

Müller dio un suspiro y volvió a poner la carta con el resto de los papeles. Podía haber hecho más por él, pero al convertirse en un rebelde –o al menos al apoyar a los rebeldes– la había puesto a ella también en peligro. Volvió a mirar en el cajón y no vio nada de interés, solo un panfleto con las reuniones de la iglesia de Getsemaní.

Afortunadamente, no había nada que indicara la existencia de otra mujer. Frau Eisenberg metió la carta que le envió Silke desde el otro lado del Muro en el cajón de la mesilla de la chica, pero Gottfried –bien lo sabía ella– tendría mucho más cuidado.

Paseó la mirada por la habitación y sus ojos se fijaron en la parte superior del armario. Acercó una silla, se subió al asiento y estiró la mano a lo largo y ancho de toda la superficie vedada por la moldura de madera que coronaba

las puertas. Al principio solo palpó mugre y polvo, pero luego sus dedos se cerraron sobre algo, una cajita de cartón, de unos cuatro centímetros cuadrados. La sostuvo en la mano para examinarla y leyó lo que ponía: *Mundos Luxos*, en letras doradas sobre un fondo chillón de color morado. ¿Caramelos? ¿Pastillas? Arrugó el entrecejo, le dio la vuelta al paquetito y las instrucciones en la parte de atrás del envase le hicieron ver la luz inmediatamente: era un paquete de condones. ¡Un paquete de condones! Pero si él sabía que ella no...

Abortó el pensamiento nada más caer en la cuenta. Para hacer el amor con ella no tenía que usar condones, luego era obvio que eran para hacerlo con otra. A Müller le entró pánico y el corazón empezó a irle a cien por hora. Volvió a encaramarse a la silla y pasó la mano a conciencia por toda la parte superior del armario. Y ¿si el culpable en todo aquello había sido su marido? El culpable que se escabulle de su propia culpa echándosela a los demás, insinuando que había algo entre ella y Tilsner. Era un truco tan viejo que parecía de libro: una de las cosas que primero le enseñaron en la academia de policía.

La academia le traía el recuerdo infame de él, el innombrable, aquel cuyo nombre, no obstante, no podía olvidar, pues la había acompañado día a día desde hacía catorce años: Walter Pawlitzki, su profesor en la academia superior de la Policía del Pueblo. Él había sido su mentor, para ella fue un modelo a seguir, hasta que...

Sin parar de rebuscar en lo alto del armario, Müller recordó de pronto por qué aquel le había parecido buen sitio para esconder algo: porque lo había utilizado ella misma antes para ocultar un pequeño objeto, no de cartón, sino de metal. Enseguida lo encontró. Lo cogió con dos dedos, se bajó de la silla y abrió la puerta del armario. Sabía que era algo que no debía hacer, una adicción que había intentado quitarse pero a la que, en momentos como aquel, no podía resistirse.

Metió la llavecita en la cerradura del cajón inferior que había en su lado del armario, el que ella llamaba su cajón, y lo abrió.

Había dos montoncitos de ropa, uno a cada lado, bien ordenados. Era ropa de bebé: azul y blanca en uno de los montones, y rosa y blanca en el otro, ese cliché de la ropa de niños. Se resistió a la tentación de sacarla del cajón y desdoblarla. Eso lo dejaba para cuando realmente estaba mal. Por el momento se conformó con acariciar la parte superior de cada pila de ropita, la izquierda

y la derecha, y preguntarse cómo habría sido tenerlo, si todo hubiera sido diferente.

Luego cerró otra vez con llave el cajón y los recuerdos que en él guardaba.

Allí seguía la furgoneta de la Bäckerei Schäfer, aunque cuando Müller cerró la puerta del bloque de apartamentos y fijó la vista en la farola de la acera de enfrente en Schönhauser Allee, se dio cuenta de que no estaba estacionada exactamente en el mismo sitio, que se había movido unos metros, pues ya no tapaba el pie de la farola.

Empezó a andar a paso ligero hacia el centro de la ciudad, por la ruta que cogía siempre para ir a Marx-Engels-Platz, luego hacia Alexanderplatz y la torre de la televisión. La furgoneta de la panadería no se le iba de la mente, y cuando volviera a la oficina le diría a Elke que lo investigara: ¿cómo era posible que una panadería privada, que por definición solo tenía permiso para contratar a unos pocos trabajadores, pudiera permitirse dejar una furgoneta aparcada todo el día a la puerta de su bloque de apartamentos? No tenía sentido.

El edificio de la policía en Keibelstrasse era un laberinto de pasillos y pequeños despachos. Müller se acreditó a la entrada y empezó a buscar el laboratorio forense. Ya había estado antes varias veces, pero seguía equivocándose de pasillo por lo menos una vez: todos se parecían, y ella estaba en el centro de aquel dédalo de galerías.

Finalmente dio con la puerta del laboratorio. Vio a Tilsner al lado de Schmidt, volcado sobre la mesa de trabajo del detective de la Policía Científica. Comprendió que hacía poco que había llegado y le vio las ojeras, o sea que estaba tan cansado como ella.

Schmidt toqueteaba la cámara y entrecerraba un ojo dirigido a una apertura en la parte superior.

—Es que quiero asegurarme de que rebobina del todo —explicó—. No podemos dejar que sufra ningún percance. —Finalmente, asintió satisfecho, extrajo el carrete completamente enrollado y lo metió en un sobre—. Vamos allá, pues: vengan los dos conmigo al cuarto oscuro a ver qué tenemos aquí.

Müller miró a un lado y a otro para cerciorarse de que no la oía nadie:

—¿Será seguro, Jonas? ¿No irá por allí ninguno de tus colegas forenses?

—Está todo controlado —respondió Schmidt—. Lo he reservado para las próximas dos horas.

Schmidt procesó los negativos y los puso a secar, y luego tomó la primera tira de película para ir sacando fotografías en blanco y negro. Empapaba con cuidado el papel en revelador fotográfico ante la atenta mirada de Müller y Tilsner. Luego movía de un lado a otro la bandeja en la que había vertido la solución, con cuidado de que no se cayera el líquido que empapaba el papel.

Poco a poco el proceso fue revelando la imagen de una rodada impresa en arena de río. Así fue sacando más fotografías.

—¿Qué te parece, Jonas? —preguntó Müller, sin poder aguantar ya más en silencio.

—Bueno, pues habrá que examinarlo con una lupa cuando esté seco. Pero mire. —Sostuvo en vilo una fotocopia de la huella de un neumático que había traído al cuarto oscuro—. El de la fotocopia es el dibujo de un Gislaved. Fíjese en estas estrías en forma de ángulo. Son muy características. Y ahora mire las fotografías.

Müller y Tilsner se asomaron a la bandeja de revelado y Schmidt cogió la fotografía con unas pinzas para pasarla a otra bandeja y empaparla en más líquido revelador.

—Lo que huele es el agente que ayuda a fijar la imagen —explicó.

Müller se echó hacia atrás al notar el olor ácido y avinagrado, pero veía claramente a qué se refería Schmidt. Los dibujos no se parecían en nada. O sea que fuera cual fuera la marca de las ruedas en los coches oficiales que iban del polígono a la cochera en Lichtenberg, no parecía que se tratara del Gislaved. Si aquella pequeña muestra de tres limusinas era representativa de toda la flota —y dado que las tres tenían el mismo dibujo, no había razón para pensar que no lo fuera—, ninguno de esos coches había pisado el cementerio de St. Elisabeth. Habían llegado una vez más a un callejón sin salida.

Día séptimo.

Distrito Centro, Berlín Oriental.

De vuelta en Marx-Engels-Platz, Müller estaba sentada a su mesa de trabajo en el despacho adyacente a las oficinas y tenía enfrente a Tilsner. A través del panel de cristal, la inspectora vio a Elke al teléfono, posiblemente ocupada en comprobar los datos de la panadería.

Tilsner apoyó los codos en la mesa, soltó un demorado suspiro y dijo:

—Pues no es que estemos avanzando mucho.

—Pasito a pasito, Werner. Ya sabes cómo es esto, y yo sí creo que esas rodadas tienen su importancia.

—Por lo menos sabemos que un coche oficial estaría casi descartado.

Müller dijo que sí con la cabeza y luego arrugó el entrecejo:

—Y eso implica que lo más probable es que fuera un coche de Berlín Oeste. Porque a este lado del Muro no hay quien pueda permitirse un Volvo. Ya teníamos que haber ido a hablar con la policía de fronteras para comprobar las entradas de vehículos en todos los pasos fronterizos.

—Pues vamos ahora. Y les pedimos los archivos. Seguro que Jäger nos da autorización: llámalo a su despacho en Normannenstrasse.

Müller se mordió el labio porque no quería involucrar a Jäger más de lo necesario, aunque Tilsner tenía razón. Así que cogió el auricular y empezó a marcar el número.

Grenzübergang Friedrichstrasse. Sabía que al otro lado del Muro lo llamaban *Checkpoint Charlie*. Aparcaron el Wartburg en una calle aledaña, a unos cien metros del paso fronterizo, e hicieron el resto del trayecto a pie.

Según iban andando, Müller hojeaba la documentación que Jäger les había facilitado para autorizarlos a emprender aquellas pesquisas. Se la había llevado en moto uno de sus ordenanzas, directamente desde

Normannenstrasse a Marx-Engels-Platz, cuando todavía no hacía una hora que ella lo había llamado para pedírsela. El viento del sur que llevaba días derritiendo la nieve le arrebató de pronto el documento principal de entre las manos y lo llevó en volandas hasta la alcantarilla. Tilsner se agachó para cogerlo y lo limpió con la manga del abrigo. Comprobó que la tinta de la firma estaba intacta y dijo:

—Impoluto, solo un poco de mugre en el papel. Menuda suerte has tenido.
—Y le guiñó un ojo. Ella lo fulminó con la mirada.

Hacían los controles, en una extraña combinación de fuerzas, hombres de la Stasi y de la policía de fronteras. Gracias a eso, Jäger tenía autoridad para ordenar que su gente mirase los registros y el permiso les llegó prácticamente en el acto, en vez de tener que esperar a que la burocracia de la República Democrática Alemana, siempre tan engorrosa, siguiera su curso. A Müller le sorprendió que atendiera su solicitud en el acto, y todavía no sabía a qué se debía tan buena disposición por parte del teniente coronel de la Stasi. Por un lado, estaba todo el rato marcándoles líneas rojas que no podían cruzar, a modo de aviso. Pero, a su vez, no tenía reparo en abrirles puertas para que indagaran cada vez más en la investigación, ajeno a las posibles consecuencias. Y Müller se preguntó si había merecido la pena correr tantos riesgos para obtener las rodadas, si no habría sido mejor, como quería Tilsner, pedirle directamente autorización a Jäger.

Al entrar en el puesto fronterizo, Müller miró más allá de la barrera, hacia la parte de la calle que se adentraba en el bullicio de Berlín Occidental, y pensó por un instante si la vida allí sería tan glamurosa como la pintaban los anuncios en la televisión capitalista. ¿O estarían acaso más cerca de la verdad las noticias que se veían en *Der schwarze Kanal*, que hablaban de huelgas, de gente sin hogar y sin trabajo que pedía limosna por las calles, de directores de empresas que tenían una avaricia y una falta de escrúpulos sin límites?

Todos los agentes de aduanas estaban ocupados: muchos se gritaban entre ellos y corrían frenéticos de un lado para otro ante la llegada en masa de turistas al inicio del fin de semana; otros no levantaban la cabeza de la mesa de trabajo, atestada de papeles. Finalmente, Müller pudo dar con el oficial al mando, le enseñó las autorizaciones y fueron llevados a una oficina que había en un lateral, llena de carpetas archivadoras, ordenadas por los días de la semana. Se los dividieron entre los dos, tres días cada uno, y como Tilsner no se daba por aludido a la hora de coger el séptimo día, Müller lo sumó a su

montón. Luego miró por encima del hombro del subinspector y vio que sus carpetas abarcaban el sábado, el domingo y el lunes, mientras que a ella le habían tocado los otros cuatro días, incluido el viernes anterior, cuando hallaron el cuerpo de la chica.

Fueron comprobando los contenidos de todas ellas y a Müller se le perdía la vista entre las listas de Mercedes, BMW y Volkswagen que copaban prácticamente el total de los registros. Así, columna tras columna, página a página, en una carpeta detrás de otra.

—Volvos no hay —le dijo a Tilsner cuando ya llevaba la mitad del material revisado.

—No, aquí tampoco —y leyó en alto mientras pasaba lista a las marcas—: Mercedes, Volkswagen Escarabajo, Opel Kadett... Son todos de la República Federal, esto es como encontrar una aguja en un pajar.

—Pero si era un Volvo adaptado, ¿quién te dice que los policías de fronteras iban a reconocer la marca? —preguntó Müller.

—Sí lo reconocerían —respondió Tilsner, y alzó la vista un instante de los registros—. Puede que no sean las mentes más preclaras de la República Democrática Alemana, pero los Volvos tienen una forma muy característica, sobre todo de frente, por la rejilla del radiador. —Volvió a concentrarse en la lista—. Mira, un Chevrolet, no está mal para descansar los ojos, pero de nada nos sirve.

Müller desvió la mirada y la posó a su vez en las entradas que tenía delante, afanándose por encontrar el Volvo que seguía sin aparecer.

—Aunque, espera un segundillo, jefa, aquí lo tenemos: un Volvo, con matrícula sueca, conductor sueco y copiloto danesa. —Tilsner anotó los datos—. Eso sí, un turismo de lo más corriente, un 144.

Müller casi había acabado ya con las cuatro carpetas y ni rastro de ningún Volvo.

—Y aquí hay otro, aunque este también es un turismo, y esta vez la matrícula es danesa. —Lo apuntó también y luego siguió inspeccionando la última carpeta que le quedaba, hasta que la cerró con un aire resignado en la mirada—. Pues ahí lo tienes, dos volvos. Y tú ¿qué tal?

Müller cerró las tapas de la última de sus carpetas.

—Nada —dijo, soltó un suspiro y se puso en pie. Luego cogió las carpetas y las llevó a las dependencias centrales del puesto fronterizo. Tendrían que llevar a cabo el mismo proceso en otros cinco o seis puntos de la frontera. Y

aun así, en lo más íntimo, sospechaba que, a fin de cuentas, nada tendrían que ver las rodadas con la muerte de la chica.

Optaron por ir en sentido contrario a las agujas del reloj, así barrerían la frontera que se cernía alrededor del sector occidental formando un zigzag gigantesco. De cualquier manera, el siguiente *Grenzübergang* en la otra dirección, Heinrich-Heine-Strasse, lo cruzaban sobre todo vehículos que transportaban mercancías, y Schmidt había insistido en que los neumáticos pertenecían a un coche de bastidor largo, más que a una furgoneta.

No hallaron ni un solo Volvo en los registros de Invalidenstrasse, ni en los de Chausseestrasse. La siguiente parada era Bornholmerstrasse, entre los distritos de Wedding, en Berlín Oeste, y Prenzlauer Berg, de Berlín Oriental.

Al ver las filas de coches en el lado occidental, Müller intuyó que su búsqueda podía dar más fruto allí. Buscó de nuevo al oficial al mando y esta vez salió a recibirlos una mujer baja y corpulenta que combinaba el uniforme militar con una mata de pelo rubio teñido asomando en maraña por debajo de la gorra de plato.

—Este no es el procedimiento habitual —dijo señalando la placa de la *Kripo* que le tendió Müller. Llevó a los dos detectives a su despacho y los sentó frente a su mesa de trabajo mientras escudriñaba la autorización de Jäger y levantaba el auricular para llamar por teléfono—. Tengo que confirmarlo con el Ministerio. —Müller la vio marcar el número y esperar a que lo cogieran, y luego dar detalle de la situación. Todo fue sobre ruedas cuando su interlocutor oyó el nombre de *Oberstleutnant* Klaus Jäger. La comandante cambió de actitud en cuanto recibió confirmación desde el otro lado del aparato y se desvivió por ayudar a Müller y Tilsner, hasta les trajo ella misma los archivos de registro que querían consultar y les dejó su propia mesa para que los revisaran.

Se los repartieron como anteriormente. Eran carpetas encuadernadas con el mismo color de tela verde oliva y a Müller le tocaron desde el martes hasta el viernes; y a Tilsner, desde el sábado hasta el lunes. Pero para aliviar un tanto el aburrimiento, la inspectora los revisó al revés, empezando por el viernes y yendo luego hacia atrás, entrada a entrada, coche a coche, mientras pasaba las páginas a intervalos regulares.

No tardaron mucho en dar con lo que estaban buscando.

—Fíjate, Werner —dijo Müller con tal nota de entusiasmo en la voz que la comandante se giró para mirarla—. Mira. —Con el dedo subrayaba una entrada que correspondía a un jueves por la noche, ocho días antes de que el cuerpo de la chica fuera hallado, y no apartaba los ojos de Tilsner mientras este leía el contenido de ese registro: 11.47 de la noche; una limusina Volvo de color negro; conductor con pasaporte de la República Federal Alemana, varón; igual que el copiloto. Aunque fueran ellos los asesinos, Müller dudaba de que hubieran dado sus verdaderos nombres, y seguro que tendrían documentación falsa. Lo que sí constaba era al menos el número de bastidor, y la marca del coche. Y, además, en la columna destinada a consignar información adicional, una cosa más, pues según lo anotado, conductor y copiloto viajaban al Este para dirigirse a la boda de un amigo, y la limusina estaba destinada, al parecer, a ser el coche que recogiera a los novios a la salida de la iglesia.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Tilsner—. A lo mejor vinieron solo a la boda y este no es el coche que buscamos.

Müller arrugó el entrecejo:

—Puede, pero la fecha coincide y eso es ya demasiada casualidad. —Una vez en pie, se alisó la ropa y sonrió al subinspector diciendo—: Creo que este puede ser el avance que tanto estábamos buscando.

Día séptimo.
Berlín Oriental.

Le comunicaron el hallazgo al *Kriminaltechniker* Schmidt por la radio del Wartburg y, a partir de ese momento, todo sucedió muy rápido. No era un trabajo forense al uso, pero Müller sabía que los métodos asiduos de Schmidt eran la mejor forma de rastrear el coche con el número de matrícula de Berlín Occidental, y cruzó los dedos para que los sospechosos, si es que habían falsificado los pasaportes, no hubieran hecho lo mismo con las placas de la matrícula.

Acababan de llegar a las oficinas de Marx-Engels-Platz, se habían servido unos cafés —para cuya elaboración Tilsner recurrió a Elke, pese al pésimo precedente—, y sonó el teléfono en el despacho adyacente de Müller. Era Schmidt.

—Pues me temo que sí usaron matrícula falsa, porque el número corresponde a un Opel Kadett matriculado en Charlottenburg.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Uno de mis amigos *Kriminaltechniker* de Weissensee solicitó permiso para cruzar el Muro el año pasado. Su madre vive allí y cayó enferma. Alguien tenía que cuidar de ella, así que lo dejaron marchar. Y desde allí me echa una mano de vez en cuando.

Müller le dio un sorbito al café. Menos mal que Elke había echado el café caro, tal y como le había dicho Tilsner. Miró al subinspector, quien le sostuvo la mirada y le preguntó por señas que qué decía Schmidt.

Ella no le prestó atención y siguió hablando con el forense.

—¿O sea que seguimos sin avanzar en el caso? —preguntó Müller.

—No, camarada Müller, porque tengo algo que de verdad le va a interesar. Lo de la boda me intrigó y decidí averiguar si había algo de verdad en ello, así que le pedí a mi amigo que comprara una revista de novias. Las mujeres

al otro lado del Muro acuden mucho a ellas cuando están preparando la boda. Se puede imaginar el contenido, *Oberleutnant*: fotografías llenas de glamur, modelos vestidas de blanco, anuncios de restaurantes y hoteles de banquetes...

Müller no tenía que imaginárselo porque había visto los anuncios en los programas de televisión de la República Federal Alemana, pero prefería que eso no lo supiera Schmidt.

—Vale, pues en la revista que compró vio un anuncio de una empresa de alquiler de limusinas, y una de las que salían era una Volvo negra. Pero ya le dije el otro día que la Volvo no fabrica limusinas propiamente dichas y me pareció raro. Así que le pedí a mi contacto que llamara a un concesionario Volvo en Berlín Occidental. Le confirmaron que no era posible encargar una limusina a la Volvo, pero, y aquí viene lo interesante, había llegado a sus oídos que la compañía anunciadora sí tenía una en su flota.

Tilsner repiqueteaba con los dedos encima de la mesa y Müller dejó la vista perdida ahí: recordó cómo su ayudante siempre le recriminaba a Schmidt que no fuera más parco, que pudiendo decir lo mismo con una palabra, empleara dos.

—Sigue, Jonas —dijo volcada sobre el auricular.

—Pues, al parecer, esta limusina es toda una celebridad en Berlín Oeste, sobre todo entre la gente a la que le va ese rollo. Y según parece también, no la importaron, sino que la fabricaron soldando dos turismos Volvo, el frente de uno y la parte de atrás de otro. O sea que, como si dijéramos, es un ejemplar único. Vale, pues le dije a mi contacto al otro lado del muro, al de la Policía Científica, que llamara por teléfono a la empresa de vehículos de alquiler. La alquilaron hace nueve días, el miércoles, aprovechándose de una oferta de tres días que tienen entre semana, y la devolvieron el viernes por la tarde porque estaba alquilada para una boda en la parte occidental el sábado. Lo que les pareció raro a los de la empresa fue que la devolvieron limpia como una patena, aunque la tarifa del alquiler incluye el lavado de la limusina.

A Müller se le escapó una pequeña sonrisa:

—Buen trabajo, Jonas. —Casi podía ver a Schmidt todo orgulloso al otro lado de la línea telefónica.

—Gracias, *Oberleutnant*.

—Pero si han dejado el coche tan limpio, no encontraríamos pruebas

forenses ni siquiera aunque nos hiciéramos con él.

—Es posible, claro, *Oberleutnant*. Pero la experiencia me dice que siempre dejan algo al azar.

Müller dijo que sí con la cabeza absorta en algún pensamiento:

—Y ¿qué me dices de la ropa de la víctima? ¿Ha habido suerte con eso, Jonas?

—Todavía no, *Oberleutnant*, pero es que no me han llegado todos los resultados del laboratorio.

—Vale, pues avísame cuando tengas alguna novedad.

Colgó el teléfono y le puso a Tilsner al corriente de la mitad de la conversación que no había oído.

—Habrá que hacerse con ese coche —dijo él.

—¿Cómo? No podemos ir allí como si tal cosa, alquilarlo y traerlo aquí, y tampoco podemos solicitar ayuda a la policía de Berlín Occidental. Por mucha *Ostpolitik* que haya, lo que no ha habido nunca en toda la historia de la República Democrática es una operación conjunta entre las policías de ambos lados del Muro.

Tilsner la miró como si lo pusiera en duda, luego se tomó el café que le quedaba de un largo trago, se echó hacia atrás, saboreándolo, y cruzó los brazos sobre el pecho. Müller le vio la musculatura tensa debajo de la camisa y, automáticamente, se recriminó a sí misma en silencio por fijarse en esas cosas.

—Nosotros no podemos ir, pero la Stasi sí. Ya están allí, de hecho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Müller.

—Venga, Karin, sabes tan bien como yo que los agentes de la Stasi están infiltrados en todos los estamentos de la República Federal, y sobre todo en Berlín Oeste. Alguno habrá que pueda ayudarnos. Solo tienes que hacerle otra llamada a tu amigo Jäger.

Müller suspiró hondo. Aquello se estaba volviendo un hábito, pero aun así, descolgó el teléfono una vez más. No estaba tan segura de que los quisiera ayudar esta vez. ¿No era ir ya demasiado lejos? Bastaba una palabra del oficial de la Stasi para que los apartaran del caso. Pero tenían que echarle el guante a esa limusina.

Le temblaba el dedo al marcar muy despacio el número de Jäger en Normannenstrasse.

*Nueve meses antes (mayo de 1974).
Jugendwerkhof de Prora Ost.*

Beate ha desaparecido y ninguno de ellos nos da noticia de su paradero. Cuando le pregunté a Richter, antes de que apagarán las luces, me dio una bofetada y me dijo que yo era una insolente, que no era asunto mío.

Así que aquí estoy, acostada. La luz de la luna se filtra por los agujeros en la tela azul de las cortinas y le saca sombras macabras al metal de las literas por todo el dormitorio. Miro a la litera de enfrente y veo el colchón desnudo en la cama de abajo que está a la altura de la mía, donde tendría que estar Beate. Las sábanas, las mantas y la almohada están dobladas en perfecto estado de revista a los pies de la cama. Y como ya no se interpone el cuerpo de Beate, veo más allá, hasta la cama bajera de la litera siguiente, donde ronca Bauer. Pero en su descargo he de decir que también ella estaba preocupada por Beate antes de que apagarán las luces, y que quiso apoyarme cuando le pregunté a la odiosa Frau Richter. Aunque de bien poco me sirvió su ayuda.

Empiezo a imaginarme qué le puede haber pasado a Beate. Seguro que lloraba todas las noches por algo, yo no me creo que fuera solo por estar encerrada aquí en Prora Ost. Claro que es horrible este sitio, pero hasta que no empezaron los llantos nocturnos, Beate podía con todo igual que el resto de nosotras.

Cuando me quiero dar cuenta, veo que no paro de retorcerme el pelo, voy a ser la pelirroja más desgredada de todas. Ya sé que no tendría que hacerlo, pero es que no puedo evitarlo. Dejo de mirar la cama de Beate y poso la vista en las cortinas agujereadas, comidas por las polillas, y así voy contando rayitos de luna. Siempre me calma el oleaje del Ostsee, como si fuera una nana, pero esta noche cada ola rompe con un eco sordo dentro de mi cabeza, y al chocar contra la arena me aleja un poco más del sueño. ¿Es así como me

reta el mar, recordándome una y otra vez el mensaje cifrado en el libro de Historia que me regaló Herr Müller? A lo mejor es ese el lenguaje del mar, el rumor de las olas, y a mí me tienta a que me escape. Aunque, que yo sepa, nadie ha logrado escapar todavía de Prora Ost.

Veo bailar delante de mis ojos las palabras subrayadas en el libro: Suecia y Sassnitz, Sassnitz y Suecia. Suenan como las olas cuando rompen contra la arena. Y son la conexión con algo, una vía de escape. Pero quién sabe cómo hacer uso de ella.

Porque nadie ha escapado nunca de Prora Ost.

Al final me dormí. Siempre acabo cayendo. La luz del día entra por donde entraban los rayos de luna y sigo aquí tumbada. Viene entonces Bauer y me da una sacudida, pero no lo hace con mala intención, no hay maldad en ese gesto. Solo quiere que no llegue tarde, busca arrebatarme a Richter toda excusa para castigarme. También a Bauer le preocupa Beate, y a lo mejor la he juzgado demasiado a la ligera.

Me entero de algo por fin a la hora del desayuno. La silla de Beate está vacía y le pregunto en voz baja a Frau Schettler por mi amiga. Me mira con ternura, me coge la mano y la sostiene entre las suyas un momento, luego se pone más seria y me dice:

—Beate no se encuentra bien. Está en la enfermería —lo dice con la vista clavada en el suelo y me da que no me está diciendo toda la verdad—. Puede que esté algo mejor esta tarde y vuelva al dormitorio comunal. —Me suelta la mano rápidamente y veo que mira a un punto detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Richter. Vuelvo entonces a mi sitio en la mesa del desayuno, al lado de la silla vacía en la que se sentaba Beate.

Otra vez me ha tocado en la sala de embalaje. Estoy tan hecha polvo esta mañana que no creo que aguantase en ninguna otra parte, aunque aquí se trabaje duro. Miro los turnos del mes que viene en la pared, por ver si tengo los de siempre y alguno coincide con los de Beate. Paso el dedo por las listas de nombres, pero, al parecer, solo me toca tres días en la sala de embalaje, en lugar de diez como me tocaba siempre. Los otros tengo que echarlos en el taller, y eso ya me gusta menos. ¡Los muy cabrones! Seguro que es cosa de

Richter o de Neumann. Vamos a castigar todavía más a Behrendt, dirán, ¡como si los estuviera oyendo! Y peor todavía, solo coincido con Beate en un turno. Eso si para entonces ya se ha puesto buena. Las dos estamos una tarde más que nos meten a mitad de mes, el 22 de junio. La fecha me suena, aunque no me acuerdo de qué. Paso el dedo hacia abajo para ver con quién más estamos. Mathias Gelman. O sea que ni siquiera podré hablar con Beate porque tendrá ojos solo para Mathias; y él, otra que tanto, como están siempre los dos últimamente. Mathias, el hombre perfecto, que parece una estrella de rock del otro lado del muro, o un futbolista. Y entonces caigo en la cuenta: el 22 de junio es el día en que juegan las dos Alemanias una contra otra en el Mundial de fútbol. Maldita la gracia que le hará a Mathias perderse eso. Y yo también quería verlo. Así que se confirma que esos turnos son un castigo.

Voy a la mesa de trabajo y me preparo para la rutina de embalar armarios de cocina: primero una hoja, luego la otra, un lado del armario, luego el otro, el fondo, las baldas, la parte de arriba, la de abajo. Pero cuando estoy delante de las piezas que hay que embalar y de la caja, veo que son más grandes, como si lo hubieran aumentado todo de tamaño. Y hay una hoja nueva de instrucciones. Maria Bauer y yo nos miramos, sin saber cómo meter las piezas. Entonces Frau Schettler ve que estamos desorientadas y se acerca.

—Esto son camas —dice—. Es un pedido nuevo. —Miro otra vez los componentes, y ahora entiendo el mayor tamaño de las piezas de madera y contrachapado. Ahí está el cabecero, las tablas donde descansa el colchón, las patas de la cama. Todas tienen líneas austeras, funcionales; del tipo de diseño, imagino, que les gusta a los suecos.

Schettler me ve mordirme el labio mientras examino la enorme superficie de cartón: una vez doblada siguiendo las instrucciones, formará la caja que alojará en su interior a todas las piezas, como un puzle gigante y en tres dimensiones.

—Sí, Irma, las cajas son muy grandes —dice—. Y cuando estén llenas del todo y listas para cargarlas, harán falta al menos dos de vosotras, o hasta tres, para llevarlas una a una a pulso hasta el carrito. Si os veis mal con ellas, que os ayuden los chicos, no tenéis más que alzar la mano.

Sé que cuando llegue el final de la jornada estaré molida y empiezo a arrepentirme de las ganas que tenía de trabajar en el embalaje. Por lo menos, después de un día así, estaré tan agotada que caeré en los brazos de Morfeo,

aunque la cama de Beate siga vacía.

Cuando acabo el turno, tengo una hora libre antes de la cena. Arrastro los pies uno detrás de otro hasta el dormitorio y me siento como si llevara cientos de piececitas de plomo pegadas al forro de los pantalones de faena.

Los gritos dan la señal de alarma. Es Richter, y se le nota el tono de pánico en la voz. Le está diciendo a alguien que no se mueva, que espere. No había visto a Frau Richter asustada nunca antes. Salgo corriendo en dirección al punto del que vienen los gritos y me hallo en el patio donde hacemos gimnasia, en la parte de atrás del edificio. Allí están Richter y Neumann, con las caras elevadas en un ángulo muy vertical. Neumann sujeta a Mathias, como si quisiera evitar que se sumase a una situación ya de por sí dramática.

Miro donde miran ellos.

Veo un cuerpo.

Está apretado contra el muro, de pie en el estrecho saliente que bordea el edificio debajo de las ventanas del quinto piso. Esa es la planta de los dormitorios, nos han subido allá arriba, al punto más alto de Prora, para que no podamos escapar. Y allí está Beate, con las manos y las piernas extendidas, como una araña a la que le faltaran cuatro patas, en precario equilibrio contra la vertical de la fachada. Hay una altura de veinte metros, por lo menos, o treinta. Quizá haya más.

Se me ha pasado de golpe todo el cansancio. Echo a correr y dejo atrás a Neumann y a Mathias; a Richter, que adelanta un brazo para detenerme, pero he hallado en mi interior una fuerza que desconocía y me zafó de ella y voy hacia la escalera. Allí monta guardia otro profesor, Herr Küfer, para impedir que entre nadie. Pero agacho la cabeza y embisto contra él, apuntando con la cabeza al estómago, y con la mano lista para agarrarlo por la entrepierna. Cuando impactó contra él, le estrujo las pelotas, se dobla de dolor y atravieso el portal a la carrera. A la altura del segundo piso me quedo sin resuello y noto una punzada en un costado, pero me obligo a mí misma a subir los tres pisos que quedan, y casi me choco con Bauer y otra chica que bajan corriendo con un colchón.

Hay otro profesor en la entrada de los baños, pero es Herr Müller y no hace nada para detenerme, solo me grita cuando paso junto a él: «Ten cuidado, Irma. No hagas ninguna estupidez, no pongas en peligro tú también tu vida»,

aunque sabe que es inútil venirme a mí con ruegos en un momento así.

Voy hasta la ventana del retrete y la abro. La parte inferior tiene barrotes, pero tomo impulso con los brazos, apoyo la rodilla en el alféizar y me aúpo. Entonces saco fuera la cabeza.

Beate cierra fuerte los ojos y tiene la cara pegada a la pared. Una mano, la que está más alejada de mí, se aferra a la bajante del canalón, mientras con la otra va palpando la pared milímetro a milímetro, en un afán por llegar a esta ventana, la ventana a la que me yo asomo. La oigo respirar, inhala el aire a golpes cortos del aliento: así respira el miedo. Estiro la mano para coger la suya, pero no llego.

—Beate —susurro.

Abre los ojos, le tiembla la barbilla, la boca, los dedos de la mano que está más cerca de la mía.

—Irma. Ay, Irma. No he podido hacerlo. Quería tirarme y subí al tejado, pero me cogieron y me llevaron a la enfermería. Escapé y ahora sí que iba a tirarme, pero me da mucho miedo, no quiero...

—Chis —le digo—. Chis. Ahora estás a salvo, sigue avanzando despacio por el borde hasta que llegues aquí, yo te ayudo. Ya verás como todo se arregla. Todas te queremos, no olvides eso. Y Mathias te quiere. —Noto que tengo la piel pegajosa, que se me acelera la respiración igual que a ella. Está tan pálida que tiene la cara casi translúcida: le veo la estructura ósea debajo de esa piel que parece la piel de un ángel. Un ángel sin alas. Subo al segundo peldaño que forman los barrotes, trabo el pie en la barra de abajo y saco más el cuerpo por la ventana. Siento que los latidos del corazón me van a reventar los oídos, y entonces le digo:

—Muévete muy despacito hacia mí, y estira el brazo todo lo que puedas.

Avanza quizá un centímetro, pero luego se queda bloqueada.

—No llego, no llego. Si suelto la cañería me voy a caer. Ay, Irma. —Veo cómo se le llenan los ojos de lágrimas. Yo también me estiro, pero nos separan todavía al menos quince centímetros. Miro hacia abajo, aunque no debí hacerlo porque me empiezo a marear. Veo a Richter y a Neumann, ahora no gritan. Nuestras compañeras siguen apilando colchones en el suelo. Entonces acuden soldados del destacamento contiguo con escaleras de mano y las apoyan contra la pared una detrás de otra, pero ninguna llega tan alto.

—Venga, que tú puedes, Beate. Entre las dos podemos —le digo. Suelto el pie derecho de la barra y me encaramo a lo alto de la reja. Ahora estoy sujeta

solo por la puntera de la bota izquierda, pero al haber liberado la pierna derecha, me puedo flexionar mucho más y estiro la mano todo lo que me da de sí. Beate hace lo propio y le veo la frente salpicada de gotitas de sudor. Y entonces nuestras manos se tocan, aunque no logramos mucho más, solo eso: que los dedos se toquen. Estiro todos y cada uno de los tendones del brazo y veo que más allá no llego. Extiendo la pierna derecha, dejo de hacer pie en el alféizar y planto la bota en la cornisa. La maniobra me da unos centímetros más de margen y logro asir la mano de Beate.

—No tienes más que moverte muy despacio hacia mí —le digo—. Te tengo agarrada y no te vas a caer.

Lo intenta. Veo cómo cierra los ojos presa del esfuerzo y se agarra tan fuerte a mi mano que me dan calambres en el brazo. Estoy ahora en precario equilibrio, a mitad de camino entre la ventana y la cornisa. Pero, de pronto, le resbala el pie que está más cerca de mí e intenta agarrarse de nuevo a la cañería con la otra mano.

Con el tirón que da, me aboca mínimamente al vacío. Yo logro agarrarme al marco de la ventana con la mano que tengo libre, pero mi pie derecho resbala al pisar en algo. ¡Es el libro de Historia de Herr Müller hecho pulpa! En ese momento me doy cuenta de que estoy a punto de arrastrar a Beate conmigo y le grito:

—¡Suéltame! —Y ella abre la mano justo a tiempo.

Entonces arrastro por el alféizar el pie izquierdo e intento trabarlo otra vez en la barra de la reja.

Pero no llego a tiempo.

Pierdo el equilibrio. Me escurro. Me caigo. Hago un remolino con los brazos que no logran asir más que un chorro de aire y, mientras caigo, voy pensando: en Sassnitz, en Suecia, en la libertad.

En cómo será morir.

*Febrero de 1975. Octavo día.
Berlín Oriental.*

Jäger recurrió al mismo procedimiento para concertar la siguiente cita con Müller: un motociclista llevó a las oficinas de Marx-Engels-Platz el telegrama con instrucciones precisas para que estuviera en la Märchenbrunnen, la fuente de los cuentos de hadas en el Parque del Pueblo Friedrichshain, a las once sin falta.

Eso quedaba más cerca que el Kulturpark, y Müller llegó a pensar que en aquella primera cita Jäger había querido intimidarla, mostrarle todo el poder que tenía. No obstante, y sin que fuera su intención, había logrado alterarla más con el sitio elegido para el segundo encuentro, pues aquellas fuentes tenían un significado especial: era allí donde quedaban un día detrás de otro Gottfried y ella cuando empezaron a salir, cuando ella acababa de licenciarse en la academia superior de policía y él era un profesor todavía en prácticas. Una de las cosas que más la atraían de quien luego sería su marido era su intuición: sin que ella le hubiera contado nada, logró adivinar que la melancolía de Karin revelaba una herida más honda. Y también se la ganó cuando recuperó gracias a él, ante la silenciosa mirada de las estatuas de la Märchenbrunnen, las ganas de reír, de disfrutar de la vida. En su segunda cita, la sorprendió con un regalo: una miniatura, que no podía ser de otra cosa que de chocolate, de la casa de la bruja que sale en *Hansel y Gretel*. Fueron pequeños detalles como ese lo que hizo que la sonrisa volviera a lucir en el rostro de Karin. No se había enfrentado todavía a la sombra oscura que arrojaba sobre ella el pasado; como mucho, había llegado a admitir –cuando Gottfried se puso aquel verano de rodillas y le pidió que se casara con él delante de las fuentes– que no podrían tener hijos. Vio que eso lo entristecía, pero aun así la abrazó muy fuerte y ella se desahogó llorando sobre su hombro.

El tranvía de Friedrichshain dio de pronto un tirón al reanudar la marcha y la arrojó encima del hombre de mediana edad que ocupaba el asiento de al lado. Ella le sonrió a modo de disculpa, pero el hombre siguió mirando fijamente al frente, con la barbilla clavada en los pliegues carnosos del cuello y los brazos doblados, como patitas de conejo, encima del maletín. ¿Ese aspecto tendría Gottfried en unos años? ¿Ese mismo pelo grasiento con la raya en el medio; esa misma cara, con una expresión ausente, de profunda derrota?

Habían coincidido por fin en el apartamento los dos la noche anterior, aunque no en la misma habitación, y nada hablaron. Ella se fue a la cama agotada y deprimida por lo lento que avanzaba el caso; y a la llegada de él, ya dormía. Cuando Karin se levantó, Gottfried no estaba en el improvisado lecho del sofá y había salido de casa. Aunque en la nota del día anterior ponía que tenían que hablar, al parecer, ninguno estaba dispuesto a ser el primero en hacerlo.

El anuncio de la siguiente parada sonó como un ladrido por la megafonía, «*Volkspark Friedrichshain!*», la sacó de aquella ensoñación y tuvo que bajarse corriendo antes de que se cerraran las puertas. El aire fresco, o el equivalente aproximado al aire fresco en Berlín Este, la alivió después de haber estado respirando el ambiente saturado del vagón. Se quedó un momento al lado de la parada del tranvía, sacó un espejito del bolsillo del abrigo y lo abrió: los ojos que la miraban estaban inyectados en sangre y grandes ojeras los enmarcaban.

La Märchenbrunnen sufría una transformación cuando llegaba el invierno, no se parecía en nada al recuerdo que tenía Müller de cuando la visitaba con Gottfried hacía ya años. La arcada de once arcos seguía siendo el marco prominente que dominaba las fuentes, pero un manto blanco cubría los estanques y habían cerrado los grifos para protegerlos de las heladas. A Blancanieves, a la Bella Durmiente y a todos sus amigos del país de los cuentos de hadas los habían forrado con estructuras cúbicas de madera hueca, cada una rematada por un tejado picudo cubierto de nieve. La única figura visible era el propio Jäger, quien había quitado parte de la nieve del murete que cerraba el conjunto de fuentes por la parte delantera y había buscado cobijo allí, ataviado con el mismo abrigo de borrego que llevaba en el

Kulturpark.

—¿Sigue usted con el abrigo viejo, camarada *Oberleutnant*? —le preguntó con una afectuosa sonrisa.

Müller se la devolvió con un gesto de resignación:

—Ya le dije, camarada *Oberstleutnant*, que no me da el sueldo.

Jäger soltó una risita cómplice:

—A lo mejor puedo reclutarla. Aunque eso dependerá de cómo se resuelva este caso.

—Y ¿tendré yo algo que decir en ello? —preguntó Müller, y se sentó en el murete al lado del teniente coronel de la Stasi, poniendo cuidado en plegar bien los faldones del abrigo para proteger la falda que llevaba debajo.

Jäger soltó una risa forzada:

—Quizá. Pero ahora lo que más me importa es que me ponga al día de sus avances y me diga por qué quería verme.

—Pues, verá, hemos llegado a un callejón sin salida en la identificación de la chica. No casan sus datos con los de ningún desaparecido de los que consta registro. Tampoco con los de la chica de Friedrichshain que descartamos, y no tenemos forma de seguir las posibles pistas de varias chicas al otro lado del Muro que pudieran coincidir en algo con ella. —Müller hizo una pausa y buscó los ojos de Jäger por si veía en ellos el más mínimo vestigio, pero él seguía con cara de póker—. Estamos analizando la ropa, por supuesto, y hay agentes de la Policía del Pueblo que intentan determinar el tipo exacto de tinta con la que tenía pintadas las uñas. También les siguen la pista a aquellos pervertidos sexuales que están fichados y que sienten cierta predilección por...

—No hace falta que me dé tantos detalles, Karin. Es más, le ruego que me los ahorre. Me hago una idea bastante aproximada de la situación.

Se le fue el santo al cielo unos instantes al oír su nombre de pila de labios del teniente coronel de la Stasi.

—Pero con las rodadas sí hemos logrado algún avance significativo. Admito que desde fuera puede parecer que estamos dando palos de ciego, pero creo que podemos localizar el coche que estuvo en la escena del crimen, y de ahí quizá nos sea posible seguir alguna pista que nos lleve a la identificación de la chica.

Jäger arrugó el entrecejo:

—No estoy seguro de que sea ese el camino. Corre el riesgo de llevar la

investigación por derroteros que ya le he advertido son del todo intransitables para usted y su equipo.

Müller le sostuvo la mirada.

—Lo único que busco es identificar a esa pobre chica. Ya le he dado a usted mi palabra sobre eso. —Müller sabía que le estaba mintiendo, que se mentía a sí misma. Pero tenía la sensación de que, por muy pejuguera que se pusiera, Jäger tenía tantas ganas de resolver el caso como ella. Y no solo en lo que se refería a la identidad de la chica—. Lo que pasa es que tenemos un problema serio.

Jäger soltó un suspiro:

—Y ¿qué problema es ese?

—Como bien sabe usted, nuestras investigaciones apuntan a que esas rodadas son de un Volvo..., una limusina Volvo. Lo primero que pensamos era que se trataba de un coche de los usados por los altos cargos de la República Democrática Alemana.

Jäger ladeó la cabeza y la miró socarrón:

—Pero deduzco que ya no lo piensan. Y ¿por qué lo han descartado?, si puede saberse.

—Por las indagaciones que hemos llevado a cabo.

Jäger frunció el ceño:

—Espero que entre esas indagaciones no estuviera la de fingir que un camión volcó la carga de arena en Lichtenberg. —Müller sintió que le subía toda la sangre a la cara y se le aceleraba el pulso con aquel reto que le planteaba Jäger mientras clavaba sus ojos en los suyos. En vez de responder, bajó la mirada—. Me llegó noticia del incidente, y supe en el acto que era cosa de usted y Tilsner. Menuda estupidez. Si querían comprobar esos datos, con haberme avisado habría valido. Lo que quiero dejar claro es que si se excede usted en sus atribuciones, si rompe las reglas, entonces el castigo será severo. Ya sabe lo delicada que es esta investigación, ¿por qué, si no, iba a implicarse en algo así el Ministerio para la Seguridad del Estado? Lo sabe, así que tenga cuidado.

—Sí, camarada *Oberstleutnant* —dijo ella avergonzada.

La cara de Jäger fue perdiendo dureza en la expresión y acabó esbozando una sonrisa:

—No obstante, me hizo gracia todo el lío que montaron. Y ahora, dígame, ¿qué era eso que quería pedirme? Porque todavía no ha abierto usted la boca

al respecto.

Müller dijo que sí con la cabeza:

—Tiene que ver con la limusina. Cuando vimos que casi con toda probabilidad no era de Berlín Oriental, fuimos a los puestos fronterizos para comprobar si algún vehículo de esas características había entrado desde el otro lado del Muro.

—Y ¿lo hallaron? —preguntó Jäger.

—Sí. Hubo uno que cruzó la frontera la noche anterior a la aparición del cadáver de la chica en *Grenzübergang* Bornholmerstrasse. Los ocupantes eran dos, los dos varones, y supuestamente traían la limusina a la boda de un amigo en Berlín Oriental. Digo supuestamente, porque hemos averiguado que la matrícula era falsa.

Jäger soltó un suspiro:

—O sea, que no podemos dar con esa limusina.

—Bueno, creemos que la hemos localizado. Solo hay una de esas características, que sepamos, en todo Berlín Oeste. Es propiedad de una compañía que alquila coches para bodas, así...

—¿Así que quieren que autorice una operación para incautarse de ese vehículo?

Müller movió afirmativamente la cabeza.

—Podría autorizarlo, claro que podría. Pero va a ser difícil, porque tendré que...

Jäger de repente dejó ahí la frase y la sujetó del brazo clavándole los dedos a través del fino tejido del abrigo. Ella lo miró sorprendida por aquel repentino gesto, pero entonces vio que un hombre con cazadora de cuero venía hacia ellos. Por la trayectoria que llevaba, parecía que iba derecho a su encuentro, pero giró y siguió caminando, dando un rodeo que lo llevó por la arcada que tenían a sus espaldas. Cuando vio que no podía oírlos, Müller preguntó:

—¿Lo conoce?

El teniente coronel de la Stasi dijo que sí moviendo muy despacio la cabeza y Müller vio que se había puesto pálido.

—Es un agente del Ministerio para la Seguridad del Estado. Pertenece al Octavo Departamento: mi departamento.

—¿Su departamento? —preguntó Müller sin comprender muy bien lo que estaba pasando.

Jäger dijo que sí con la cabeza una vez más:

—Es un mensaje para los dos, o más bien para mí. Ya la avisé, Karin, de que esto se nos podía ir de las manos. —Jäger suspiró y se puso de pie despacio. Lo mismo hizo Müller, quien se sacudió la nieve de los faldones del abrigo, también por ver si así le entraban en calor los muslos ateridos—. A partir de ahora —dijo él—, tenga usted mucho cuidado con llamarme. Será mejor que espere a que yo me ponga en contacto con usted. ¿Me ha entendido?

Müller dijo que sí con dos movimientos de cabeza, luego miró por encima del hombro del oficial de la Stasi hacia la arcada: el agente seguía allí. Las fuentes, que parecían sacadas de un cuento de hadas, cobraron de repente un aspecto mucho más siniestro.

Noveno día.

Marx-Engels-Platz, Berlín Oriental.

Müller esperaba en su despacho la llegada de Jäger y Tilsner; y, mientras, se restregaba las legañas. Al mirarse en el espejo de bolsillo vio cómo le temblaba el dedo: llevaba ya demasiadas noches acostándose tarde, demasiado vodka ingerido y demasiadas discusiones con Gottfried.

Jäger se había puesto manos a la obra tras reunirse con ella en las fuentes del mundo de las hadas y la había convocado a una reunión de trabajo a las ocho de la mañana.

Se abrió la puerta de las oficinas, pero no era Jäger, sino Tilsner.

—¿Qué haces aquí un sábado? —le preguntó—. Yo creía que ibas a pasar el fin de semana con Koletta?

Tilsner respondió con una enigmática sonrisa. Entonces se abrió la puerta otra vez y, antes de que Müller tuviera tiempo de hacerle más preguntas a su subordinado, apareció Jäger, fresco como una lechuga igual que siempre, todo lo opuesto a ella.

—Buenas, pareja —dijo el *Oberstleutnant* de la Stasi—. Espero que hayan dormido bien.

Müller no había pegado ojo, pero dijo de todas formas que sí con la cabeza.

—Tengo la autorización que les hace falta para poner en marcha la operación, pero lo que más me ha costado ha sido encontrar quien la pueda llevar a cabo. —Jäger acercó una silla a la amplia mesa debajo del tablón y conminó a los dos detectives a que hicieran lo propio. Müller lo vio mirar las fotografías del cuerpo de la chica que había allí colgadas, mover a ambos lados la cabeza y echar mano del maletín—. Yo esperaba que la Dirección Central de Inteligencia, con la que tengo una relación fluida, pusiera a nuestra disposición varios agentes que cruzaran el Muro y nos trajeran el coche para

ponerlo a buen recaudo. Son los especialistas del servicio de inteligencia en el extranjero y tienen experiencia de sobra para desenvolverse allí. Pero, por desgracia, con tan poco tiempo, no han podido encontrar a nadie disponible. —Les pasó dos tandas de documentos—. Así que irán ustedes dos.

Müller miró a Tilsner arrugando el entrecejo. Ninguno de ellos tenía experiencia en operaciones en el extranjero, pero el subinspector se limitó a encogerse de hombros y esbozar una sonrisa mientras seguía atento a Jäger.

—Aquí tienen las autorizaciones que deberán mostrar en los puestos fronterizos de la República Democrática Alemana. —Luego metió otra vez la mano en el maletín y sacó dos finas libretas de color verde bosque—. Y estos son sus pasaportes de la República Federal Alemana.

Müller vio otra vez la misma águila con las alas plegadas que aparecía en la carpeta de personas desaparecidas de la República Federal y leyó las palabras que había encima y debajo del escudo: *Bundesrepublik Deutschland Reisepass*. Cogió el suyo y pasó las páginas con el dedo. Como fotografía del pasaporte, habían usado una de carné de la Policía del Pueblo de hacía un par de años, posiblemente sacada de su ficha en el Departamento de Personal. Miró el nombre: *Karin Ritter*, y luego repitió la operación con el pasaporte de Tilsner: *Werner Trommler*. Sintió una especie de alivio porque por lo menos no tenían que hacerse pasar por matrimonio.

Era como si Jäger le hubiera leído el pensamiento:

—No, casados no están —dijo entre risas—. Pero sí a punto de estarlo. Por eso van a alquilar una limusina, para la ceremonia de bodas. —La miró a los ojos—. Así que tendrán que aparentar que son pareja. ¿Será eso un problema?

Tilsner soltó una risotada:

—Pues claro que no, camarada *Oberstleutnant*.

A Müller no le hizo ninguna gracia.

Jäger les entregó entonces un sobre.

—Aquí tienen unos marcos alemanes. Les harán falta cuando tengan que comprar cosas para la boda y para su inminente vida de casados; y también para pagar el alquiler del coche y la fianza. Pero no se me entusiasmen, porque tienen que responder de todo rellenando un formulario de gastos, y lo que compren tendrán que traerlo a este lado de la barrera protectora: lo usarán nuestros agentes cuando tengan que operar en el extranjero en el futuro. Dentro de los sobres va la lista de lo que tienen que comprar y dónde; así que,

por favor, no se salgan de lo consignado ahí.

Müller abrió el sobre bajo la atenta mirada de Jäger y leyó la lista, escrita a máquina, con las especificaciones de la marca del producto y la tienda. Al ver la relación de prendas íntimas que tenía que comprarse, se puso roja; y también al leer el precio, porque con esa cifra se podría comprar el triple de artículos en Berlín Oriental.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar allí? —le preguntó a Jäger.

—Tan solo un día, me temo, con eso les dará tiempo de sobra. Tendrán, no obstante, una habitación en un hotel para descansar. Y si es eso lo que le preocupa, le adelanto que serán habitaciones separadas.

—¿O sea que no podremos practicar para la noche de bodas? —dijo Tilsner sofocando un ataque de risa.

—No es para tomárselo a chirigota, *Unterleutnant* —lo reprendió Jäger, con un tono de enfado en la voz que Müller no le había oído nunca—. Le recuerdo que es una operación muy arriesgada y que, por el momento, dada la falta de pistas para identificar a la chica, es la única forma que tenemos de obtener alguna prueba, por mínima que sea, para hacernos una idea de quién era la víctima.

—Le pido disculpas, *Oberstleutnant*.

Jäger, con expresión seria, se las aceptó con un movimiento afirmativo de la cabeza.

—Viajarán en un Mercedes propiedad de la Dirección Central de Inteligencia, con matrícula falsa de la República Federal Alemana. Hagan lo posible por no verse involucrados en accidentes de tráfico ni nada por el estilo si no quieren ser descubiertos. Conduzcan con prudencia y no pisen el acelerador, que no les hagan perder la cabeza esos caballos de más que no tiene su Wartburg de todos los días. Esta noche, uno de ustedes tendrá que conducir la limusina Volvo de vuelta aquí y el otro traerá el Mercedes. ¿Les parece bien?

Los dos detectives dijeron que sí con la cabeza. Müller siempre se ponía nerviosa al volante y le dejaba a Tilsner a los mandos en cuanto tenía ocasión. Aunque la limusina podía traerla él, ella tendría que conducir el Mercedes, y no es que le hiciera mucha gracia.

—Y vestirán la ropa que se lleva en la República Federal, como corresponde a una pareja de prometidos días antes de la boda. La tengo en una bolsa en el coche y se la daré enseguida. Hemos tomado las tallas de la

ficha que hay en su Departamento de Personal. Son prendas que nos ha prestado la Dirección Central de Inteligencia, así que ni que decir tiene que habrá que devolverlas cuando acabe la operación.

Müller miró a Tilsner y vio que ni se inmutaba: estaba claro que no le preocupaban tanto como a ella el acceso ilimitado que tenía la Stasi a su ficha de personal de la *Kripo*. Y eso había que sumarlo al reloj y a los artículos de lujo que había visto en su apartamento. O sea que tenía ingresos extra que le venían de alguna parte. ¿Es que trabajaba de tapadillo en el Ministerio para la Seguridad del Estado? Eso explicaría que los dejaran ir a Berlín Occidental sin escolta de la Stasi propiamente dicha. Lo que había alegado Jäger de que no había ningún agente disponible no se lo creía ni él. Porque a lo mejor sí que había uno disponible, y era el que iba con ella: el *Unterleutnant* de la Stasi Werner Tilsner.

*Nueve meses antes (mayo de 1974).
Jugendwerkhof de Prora Ost, Rügen.*

Suena el mar dentro de mi cabeza, el rompiente de las olas, y estoy en casa de la Oma en el *camping* de Sellin. Me dice muy quedo al oído que es hora de levantarse. Abro los ojos y la veo sentada en mi cama, solo que es mucho mayor. Cuando levanto la cabeza de la almohada me dice que me quede acostada, y entonces caigo en la cuenta: no soy una niña pequeña en casa de la Oma, sino que es ella la que ha venido a visitarme por algún motivo.

Entra una mujer con una bata blanca. Es una enfermera y lleva medicinas en una bandeja de metal.

—Se ha despertado —dice la Oma. La enfermera se acerca y me toma el pulso, luego me pide que abra la boca y mete ahí el termómetro, debajo de la lengua. Me siento como si tuviera la cabeza llena de algodón: no logro enlazar los pensamientos. Entonces miro a la ventana y veo barrotes, y eso me trae algo a la memoria.

De repente, me saca el termómetro de la boca, lo tiro al suelo y empiezo a gritar: «Beate. Beate. Yo quise salvarla, Oma, te lo juro». Mi abuela me acaricia la cabeza y la enfermera prepara una inyección. «¿Dónde está Beate? ¿Dónde? ¡Dime que no está muerta!». Siento luego un pinchazo en el brazo y la enfermera hace que me recline otra vez. Me pesa mucho la cabeza y oigo la respuesta a esas preguntas, pero no me quedo con lo que dicen. Quiero pedirles que me lo repitan, pero no puedo articular palabra, y un somnífero muy potente me sumerge en un profundo sueño.

Hay otra voz pegada a mi oreja que conozco muy bien, pero ahora no me da la gana abrir los ojos. Giro la cabeza hacia el otro lado, pero unas manos me obligan a volverme.

—Irma, tenemos que hablar contigo. —Es esa voz tan detestable: la voz de

Richter.

Cuando abro los ojos, veo que no estoy en casa de la Oma, pero en un hospital tampoco. Estoy en la enfermería del *Jugendwerkhof* de Prora Ost, y mi campo de visión lo ocupa la cara de Frau Richter. Detrás de ella, sentado en un rincón, está su jefe, el ojituerto, el de la cara marcada, el director Neumann.

—¿Dónde está Beate? —le pregunto, sorprendida de lo débil que suena mi voz—. ¿Está a salvo?

Richter dice que sí con la cabeza:

—Los bomberos lograron bajarla de allí.

Siento un alivio tan grande que se me llenan los ojos de lágrimas, pero no quiero llorar y pienso en otra cosa. Muevo las piernas, los dedos de los pies. Todo parece en su sitio, es solo esta sombra que me nubla la cabeza y no me deja pensar con claridad. Y la alegría que siento al saber que Beate ha sobrevivido se atempera al constatar que las dos seguimos dentro de este infierno.

Ahora Neumann se pone en pie y los tengo a los dos delante, a Richter y a él:

—Has salido ilesa, Irma, pero lo que hiciste fue una gran estupidez. Y si tu amiga sobrevivió, no fue gracias a ti. Podías haberte matado, a ti y a ella. Y eso son palabras mayores —lo que dice me rebota dentro de las paredes del cráneo, penetra en el cerebro, que parece de algodón, pero no provoca en mí reacción alguna. Beate está viva y eso es lo único que importa. Miro para el otro lado para no verle la cara a Neumann, pero Richter me obliga a volver la cabeza—. Ahora bien, estamos dispuestos a pasarlo por alto, solo por esta vez —dice el director—, pero no debes decirle nunca a nadie lo que ha pasado. A tu abuela le dirás que te caíste porque estabas haciendo el tonto. Y no quiero oír hablar nunca más de esta travesura de Beate. Nunca. ¿Entendido?

Intenta acusarme a mí, para que me sienta culpable, pero lo que no quiere es que las autoridades sepan en qué estado se encontraba Beate. Porque hay gente por encima de él. Es la primera vez que tengo a Richter y a Neumann relativamente a mi merced, y me pregunto si algún día eso podría serme útil.

—Entendido, Herr Director —respondo con el tono de voz más sumiso de que soy capaz. Veo cómo Richter se sonríe, un espectáculo nada agradable a la vista.

Diría que paso más tiempo dormida que despierta. Y aunque tengo el cuerpo cada vez menos dolorido, me doy cuenta de que es mejor hacerles ver que no me he recuperado del todo. Sigo con el collarín, pero me dicen que es solo por precaución. Y es que cuanto antes me ponga buena, antes estaré de vuelta al tajo en el taller. Solo sé que Beate está viva porque Richter me lo ha dicho, y no pienso creérmelo hasta que no lo vea con mis propios ojos. Ni me explico tampoco como he podido salir ilesa, solo con el cuello lastimado y magulladuras por todo el cuerpo.

La siguiente visita que tengo es la de otro profesor: Herr Müller.

—Gracias —le digo.

—¿Gracias por qué? —me pregunta.

—Por el... —Desvía la vista alarmado y veo que la enfermera sigue allí sentada, así que lo dejo a media frase y, antes de que ella se dé cuenta rectifico—: Por la visita —digo.

Él sonrío:

—Menos mal que puedo venir a visitarte aquí y no al cementerio —dice—. Porque lo que hiciste fue una estupidez. Fuiste muy valiente, pero fue una estupidez al fin y al cabo.

—Lo que no sé es cómo he sobrevivido.

—Vimos que ibas a caer y que Beate se había agarrado a la bajante del canalón. Los colchones los habíamos apilado todos donde pensamos que iba a caer ella; pero literalmente segundos antes de que tú te precipitaras, los bomberos tenían ya lista la red y lograron ponértela debajo. Cuando caíste encima, el golpe fue tremendo, aunque los médicos dicen que no te quedará ninguna secuela, que te pondrás bien del todo.

—Gracias —le digo otra vez. Parece buena gente este hombre. Tiene pinta un poco de intelectual tristón. Y sigo sin saber qué hace aquí, en Prora Ost.

—Desgraciadamente, Irma, te tengo que dejar. Espero que estéis bien Beate y tú.

—¿Que me tiene que dejar? Pero si solo lleva aquí un par de minutos.

Vuelve a sonreír:

—No me refería a ahora. Puedo seguir aquí un rato. Lo que quería decirte es que me voy del *Jugendwerkhof*. Al parecer, Neumann ha informado a la administración educativa de que he corregido mis errores de antaño y he reconducido mi labor de profesor. —Entonces baja la voz—. Yo creo que lo

que quiere es quitarme de en medio porque ve que le puedo traer más problemas que otra cosa, pero por mí encantado.

—Lo echaré de menos porque es usted muy amable, y eso aquí no es muy común. Y usted, ¿nos echará de menos a nosotras? —le pregunto.

—Te echaré de menos a ti, Irma. Y a Beate. Puede que a dos o tres más. Pero para ser sincero, estaré encantado de volver a Berlín. En el fondo, soy un urbanita.

Se inclina sobre mí, como para darme un beso de despedida; y al hacerlo, me dice al oído:

—No olvides lo que pone en el libro. —Lo siento respirar—. Estoy seguro de que hay una forma. —Me da luego un casto beso en lo alto de la frente y desaparece.

*Febrero de 1975. Noveno día.
Berlín Oriental.*

Conducían hacia el norte por el Distrito Centro entre el escaso tráfico, y el olor de la tapicería de cuero, sumado al uso generoso que del *aftershave* hacía Tilsner, le daban al Mercedes un aroma inconfundible. Müller se deleitó con aquel olor nuevo, tan diferente al aroma oficial de la República Democrática Alemana: un tufo a humo y a carbón de lignito. Hasta *Grenzübergang* Bornholmerstrasse y el puente Bösebrücke, les sonaban las calles a los dos. Más allá, Müller como copiloto echaría mano del mapa para abrirse camino por Berlín Occidental, hasta el barrio de Schöneberg, donde estaba la compañía de coches de alquiler.

Se fueron acercando al paso fronterizo y Müller vio venir hacia ellos a la comandante rubia de bote del jueves anterior. Al llegar a su altura, miró el coche con condescendencia y Tilsner se apresuró a pulsar el botón para bajar la ventanilla.

—Buenos días, camarada comandante —le dijo, y le arrancó una sonrisa a la cara glacial de la rubia.

—Buenos días, *Unterleutnant*. El Ministerio para la Seguridad del Estado ha dado el visto bueno a su tránsito al otro lado y los estaremos esperando aquí mismo cuando vuelvan esta noche. ¿Saben a qué hora más o menos?

Tilsner miró a Müller y alzó las cejas.

La inspectora se inclinó sobre el asiento del conductor y le habló a la comandante a través de la ventanilla abierta:

—Pues creo que será sobre la una de la madrugada, camarada comandante. Más o menos sobre esa hora. Viene todo en la autorización que le mandó por télex el Ministerio para la Seguridad del Estado.

La comandante dijo que sí con un movimiento casi imperceptible de la cabeza:

—Muy bien, aquí los esperamos. Buena suerte. —Después de eso, Tilsner apretó el botón y la ventanilla se cerró tan silenciosa y levemente como se había abierto. Pisó entonces el acelerador y el coche avanzó con elegancia. A Müller le daba pánico pensar cuántos Wartburg podrían comprarse con el dinero que había costado aquel Mercedes.

Según miraba por la ventanilla, iba comparando lo que veía con lo que marcaba el mapa. Podrían haber estado en cualquier punto de Berlín Oriental, la única diferencia eran los letreros de las calles, que había más coches y camiones, y que eran de otras marcas: por ninguna parte vio los Trabant, los Wartburg y los Lada omnipresentes al otro lado de la barrera protectora que acababan de cruzar.

Para cuando llegaron a Schöneberg, barrio en el que estaba emplazada la empresa de alquiler de limusinas, Müller ya no pensaba lo mismo sobre el aspecto que presentaban uno y otro Berlín. El recorrido que hicieron los llevó por la margen izquierda del Spree, más al oeste todavía, atravesando Tiergarten, y luego, como si quisiera ver de primera mano el fondo que salía en la foto de Silke Eisenberg, Müller fue indicando a Tilsner para que diera un pequeño rodeo y poder ver así la fachada del centro comercial Kaufhaus des Westens. Tauentzienstrasse le recordó los bulevares de París que conocía solo de verlos por los canales de televisión occidentales y en las revistas; y la multitud de gente que iba y venía cargada de bolsas casi le dio claustrofobia, aunque estuvieran a salvo en el mullido interior del Mercedes.

Mientras conducía con una mano, Tilsner señaló con la otra por el parabrisas una torre coronada por una estrella plateada que daba vueltas.

—Ese es el Europa Centre, comúnmente conocido como el edificio Mercedes. Mira cómo gira el logo de la Mercedes. —A Müller le pareció ostentoso, innecesario, un símbolo del poder económico de Occidente, sí, pero también signo de la glorificación del lucro occidental.

Tilsner pasó por alto las señales de tráfico e hizo un cambio de sentido para poder contemplar el KaDeWe desde el lado sur de la calle. Müller se quedó maravillada al ver la ropa de moda en los escaparates y recordó que el KaDeWe estaba en la lista de tiendas a las que tenían que ir. Sintió algo parecido a la emoción y enseguida se recriminó a sí misma por haberlo sentido. Los que se podían permitir todo aquello, ¿a cuántos no habrían

pisoteado para llegar a lo más alto en sus negocios? Por lo menos al este de la barrera protectora, por mucha escasez que hubiera, trabajaban todos por una sociedad más justa.

Cuando llegaron a Schöneberg, no les fue difícil encontrar la casa de alquiler de coches, y ya les tenían preparada toda la documentación para la firma. Tilsner le mostró al dependiente los papeles falsos y le dio la cantidad necesaria para la fianza en marcos alemanes que sacó de los sobres que Jäger les había proporcionado. Lo hizo con la soltura de alguien que está acostumbrado a tamañas dobleces, sin perder en ningún momento la calma, a diferencia de Müller, quien se hallaba presa de los nervios. Eso le hizo a la inspectora sospechar todavía más de él, y pensó que Tilsner escondía mucho más de lo que revelaba.

El subinspector no se quitó los guantes para no borrar las huellas que hubieran podido dejar anteriores ocupantes; pero como estaban en invierno, el personal de la empresa de alquiler de vehículos no sospechó nada. Müller no creía que la persona, o personas, que estaban buscando fuera tan tonta como para ir dejando huellas, pero pudiera darse el caso de que la chica entrara todavía con vida al coche, si es que había estado alguna vez en el interior de la limusina, claro, y entonces podrían hallar algo que revelara su identidad.

Se puso con pocas ganas al volante del Mercedes y siguió a la limusina que Tilsner ya sacaba del aparcamiento, no sin haberle advertido antes a su subordinado que condujera despacio. Al principio le costó acostumbrarse al cambio de marchas y a todos los botones, pero afortunadamente pudo seguirlo sin dificultad por la autovía de circunvalación hasta Westend, donde pusieron rumbo hacia el este. Fueron a buen paso por Spandauer Damm y luego el palacio de Charlottenburg apareció a su izquierda. Müller desvió un momento la vista del frente cuando pararon en el semáforo. Aquello era un símbolo de la acumulación desmedida de riquezas, de los privilegios de unos pocos, de todo aquello contra lo que se había fundado la República Democrática Alemana. Eso sí, al girar por Schlossstrasse, donde quedaba el hotel, Müller tuvo que admitir que el palacio, con aquella torre en el centro coronada por una cúpula de cobre, el tejado de tejas rojas y la piedra de color hueso que cubría un pabellón detrás de otro, era un bello edificio. Fuera quien

fuera el que encargara su construcción, aparte de los privilegios, tenía también muy buen gusto, eso era innegable.

En el hotel se produjo un extraño giro de los acontecimientos. Siguiendo lo acordado, subieron a descansar un rato antes de ir de tiendas para comprar lo que Jäger había puesto en la lista. La habitación de Müller daba a Schlossstrasse, y al oír que los coches no paraban de pitar, acabó asomándose a la ventana. Descorrió un poco la cortina y vio que la limusina Volvo maniobraba para salir del sitio en el que la había aparcado Tilsner. Llegó a pensar que se la robaban, porque había leído en el *Neues Deutschland* que el robo de coches iba en aumento en Berlín Occidental; pero justo entonces vio que quien conducía era Tilsner, y que daba volantazos para sacar la limusina de donde estaba aparcada, atrayendo hacia sí la ira de los otros conductores. ¿Adónde iba con el vehículo, y a hacer exactamente qué? ¿No estaba acaso dando pie a que ella dudara de su lealtad a la República Democrática Alemana; o incluso a que sospechara que podía aprovechar la oportunidad para desertar?

Cogió el teléfono que había encima de la mesilla y pidió a recepción que la pasaran con la habitación de Tilsner, pero no hubo respuesta, aunque ella no esperaba ninguna.

Pensó que lo más juicioso era no decir nada. Si él no era consciente de que ella sabía que se había escabullido, eso jugaría a favor de Müller. Volvió a correr la cortina, fue hasta el cuarto de baño, llenó la bañera con agua caliente y dejó caer dentro chorros y más chorros de jabón líquido. Luego se quitó la ropa occidental que le había llevado Jäger, sintiendo la sedosa caricia sobre la piel mientras caía al suelo de baldosines. Y al fin se sonrió delante del espejo: un poco de aquel lujo capitalista, eso era lo que le hacía falta.

*Noveno día.
Berlín Oriental.*

Cuando salió a comprar el periódico, Gottfried se dio cuenta de que había una furgoneta aparcada frente al portal, al otro lado de la calle. Le pareció fuera de lugar y, además, no le sonaba el nombre de la panadería.

Tanta discusión con Karin lo había llevado al agotamiento y su mundo se había desmoronado. Tuvo intención de madrugar para decirle adiós cuando ella se fuera a trabajar y ver si así podían hacer las paces, pero lo que pasó al final fue que ella salió sin despedirse rumbo a su misión secreta del fin de semana, y él ni se despertó siquiera. Y así se quedó, dándole vueltas a la cabeza a la tensa situación con su mujer, justo cuando más la necesitaba.

Todo ocurrió diez minutos más tarde: ya se iba a poner a corregir ejercicios de clase y le había dado el primer mordisco a un *Brötchen* recién hecho, cuando oyó aquel estruendo, unos golpes a la puerta del apartamento que lo dejaron en estado de *shock*.

—¿Quién es? ¿Qué golpes son esos? —gritó con la boca llena de pan, aunque en el fondo sabía de qué se trataba: porque el destino temporal en Rügen había sido un aviso, un aviso que él había pasado por alto.

Se levantó y, cuando iba por el pasillo para abrir la puerta, vio que le ahorran la molestia, pues la cerradura saltó hecha pedazos con un crujido y media docena de hombres enfundados en cazadoras de cuero entraron y lo rodearon. Inmediatamente, lo esposaron, hicieron oídos sordos a sus gritos y preguntas y lo arrastraron escaleras abajo.

—¿Qué hacen? —gritó—. Mi mujer es policía. Los denunciará por esto. — Pero apenas habían salido las palabras de su boca, comprendió que toda amenaza sería en vano. Es más, podía hasta darse el caso de que la propia Karin estuviera al tanto del arresto, y de que lo hubiera ordenado. Y solo de pensarlo, se echó a temblar.

Uno de aquellos matones tiró con fuerza de las esposas, le subió las manos hacia los omóplatos y le provocó un dolor agudo que le llegó hasta la base del cráneo.

—A callar, ciudadano —oyó que le decían al oído con un susurro siniestro—. Por la cuenta que te trae.

Aunque estaba en una situación límite, Gottfried tuvo todavía el cuajo de mirar por si los vecinos veían cómo aquellos hombres lo llevaban detenido, cruzaban aprisa la acera y lo metían en una furgoneta Barkas igual que la de la panadería, pero de otro color y con el nombre de otra empresa en el lateral. Porque no quería que nadie fuera testigo de su humillación y su vergüenza.

Tenía todavía en la nariz el olor al pan recién hecho que estaba desayunando y ese mismo sabor le acariciaba la lengua. Pero bien pronto lo reemplazó el hedor a meado y a mierda cuando lo metieron a la fuerza en una de las diminutas celdas que había en la parte trasera.

Cerraron la puerta de la celda y quedó allí hecho un ovillo. Unos segundos después, sintió el rugido del motor al arrancar y comprendió que iba de viaje a alguna parte, solo que no sabía adónde, ni por qué se lo llevaban.

Noveno día.

Berlín Occidental.

La *Oberleutnant* Karin Müller rompió a sudar dentro de la ropa occidental que Jäger le había proporcionado. Estaba mirando botas en la planta de zapatería de los grandes almacenes KaDeWe y se movía incómoda enfundada en aquella falda de lana, con una blusa de seda a juego y, debajo, bragas y sujetador de algodón. Eran tejidos naturales, muy caros, y se sentía como un cuadro al que no le pega el marco que le han puesto, aunque tampoco ayudaba la calefacción, que estaba a tope allí dentro. Bajó la vista y contempló la bota forrada de piel con la que el dependiente le estaba calzando el pie izquierdo: casi 300 marcos en un par de botas, lo que ella ganaba en un mes.

—¿Quizá quiera la señora dar unos pasos con ellas puestas? ¿Ir hasta aquel espejo, por ejemplo, para que vea cómo le quedan? Le sientan muy bien. — Al oír el cumplido en boca del hombre, Müller se puso roja, pero accedió y fue caminando hasta el espejo de cuerpo entero. Menos mal que Tilsner no estaba allí para ver lo mal que lo pasaba. Habían quedado luego en el hotel de Charlottenburg y, mientras, él estaría en la sección de deportes comprando un equipamiento completo del Hertha Berlin, el equipo de fútbol, tal y como ponía en la lista de Jäger.

Se toqueteó el pelo, al verse reflejada en el espejo, y lo notó mustio y grasiento. Luego posó los ojos en las botas: eran de ante negro, le llegaban hasta la rodilla y el forro de piel gris coronaba la caña con un ribete. Miró con el rabillo del ojo por encima del hombro y vio que el dependiente esperaba con impaciencia.

—Me las llevo —dijo con una sonrisa que el hombre le devolvió con creces, aunque había algo en él que le parecía falso y obsequioso. Pensó que solo quería vender, y que eso era lo que querían todos a aquel lado de la

barrera protectora.

Tumbada en la cama del hotel, Müller miraba el techo. Le parecía que algo iba rematadamente mal en el mundo si ella había podido disfrutar –aunque no sabía si esa era la palabra adecuada– una tarde de compras en los grandes almacenes que constituían un icono de Berlín Occidental, mientras la chica muerta que tenía que identificar estaba en una cámara frigorífica en la morgue del hospital de la Charité. ¿Acaso la Policía de la República Democrática Alemana podía, o debía, esforzarse más en la resolución del caso? ¿Qué les quedaba por hacer, ir de puerta en puerta por todos los hogares que tuvieran una chica de esa edad? Eso sería una tarea ingente, y Reiniger y Jäger jamás autorizarían una operación de tales características.

Llamaron a la puerta, se levantó de un salto, la abrió y vio a Tilsner ataviado con ropa deportiva a rayas azules y blancas. Müller le hizo señas para que entrara.

—¿Te gusta todo lo que me he comprado? ¿A que tengo figura de futbolista?

Müller soltó una risotada al ver la camiseta del Hertha Berlin, demasiado ajustada para él:

—Pues no, no me gusta.

Tilsner sacó pecho y ella movió a un lado y a otro la cabeza al ver el ridículo aspecto que tenía: un gorro de lana azul y blanco y una bufanda a rayas remataban todo el conjunto.

—Me siento como si estuviera engañando a alguien porque soy del Dynamo, no puedo negarlo. Mejor no le enseñe nada de esto a mi hijo Marius, no quiero que se acabe haciendo de un equipo de este lado del Muro.

Müller se sentó en la cama y guardó silencio: todo el mundo en Berlín Oriental sabía que el Dynamo era el equipo de la Stasi, el ojito derecho de Mielke.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para pasar el rato? —preguntó Tilsner, y detuvo luego la vista en todas las bolsas que Müller tenía en la habitación—. ¿Hacemos unos pases de modelos privados?

Müller dijo que no con la cabeza:

—No, mejor dejarlo. Estoy cansada. —Se frotó un pie contra el otro, estiró las piernas enfundadas en sendas medias de nailon y volvió a echarse en la

cama—. Pensaba dormir un poco, y luego a lo mejor podemos salir a comer algo.

Tilsner se encogió de hombros:

—Vale —dijo, y le puso la mano en una pierna—. ¿No quieres que me eche contigo en la cama?

Müller entornó los ojos y soltó un suspiro:

—No, Werner, olvídate de eso, ¿vale? Estás casado, soy tu jefa, y tú, por tanto, eres mi subordinado, así que vamos a dejar eso bien claro, ¿de acuerdo?

Tilsner se puso en pie todo lo alto que era, fue hacia la puerta y la miró a los ojos.

—Vale, Karin, lo que tú digas. —Abrió la puerta y dio un portazo al salir.

Müller dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Aquella tensión que se había creado en la habitación del hotel entre ambos detectives siguió en la cena. Cabía pensar en una riña prematrimonial y Tilsner daba el pego con una cara hasta el suelo. Pero cuando llegó la hora de pagar la cuenta, vieron que entre los dos casi no les quedaba suficiente dinero de lo que les había dado Jäger.

Al salir del restaurante, Müller miró las luces de neón de los anuncios publicitarios, el falso bienestar que transmitían, y, entre ellos, la estrella en el edificio Mercedes. Rotaba con un brillo fluorescente y llenaba el cielo de la noche de destellos inquietantes.

De vuelta a Charlottenburg, repartieron sus compras entre el coche y la limusina.

—¿Podrás conducir el Mercedes por la noche? —preguntó Tilsner con tono hosco en la voz.

—Claro que sí. Yo te sigo, así que no vayas muy rápido y mira por el retrovisor de vez en cuando.

Emprendieron el camino de vuelta y, cada vez que Tilsner tenía que hacer algún viraje, los coches le pitaban. Müller lo seguía, todo lo pegada que podía a las luces traseras del Volvo. Aunque una cosa era conducir un coche al que no se estaba acostumbrado a plena luz del día, y otra muy distinta era llevarlo

por una carretera desconocida a la una de la madrugada. Sabía que en la parte oriental casi no habría tráfico a aquella hora, pero en Berlín Oeste las calles estaban atestadas de coches, algo que no dejaba de sorprenderla. Jäger se había equivocado con tanto insistir en que volvieran pasada la media noche con el argumento de que habría menos tráfico.

En cuanto entraron en la autovía de circunvalación a la altura de Westend y pusieron rumbo al norte, Müller tuvo la sensación de que los seguían. El coche de atrás llevaba las largas puestas y se acercaba mucho al Mercedes cada ciertos tramos para alejarse de nuevo en otros. Intentó no prestarle atención y movió el espejo retrovisor para que no la deslumbraran las luces.

Entonces el coche de atrás se puso a adelantarla y hubo un momento en que lo tuvo prácticamente en paralelo, tan cerca que parecía que las carrocerías se iban a rozar de un momento a otro. Müller levantó un poco el pie del acelerador y el otro coche hizo lo mismo. La inspectora no quería apartar la vista del frente, pero al final se arriesgó y miró por la ventanilla. Vio que el conductor llevaba gafas de sol y le hacía gestos para que se parara en el arcén. No parecía un coche de la policía y agarró con más fuerza el volante intentando aplacar el temblor de las manos. Estaba decidida a no hacerle caso y seguir con la vista fija en las luces de atrás de la limusina Volvo.

Hubo entonces un choque repentino porque el otro coche impactó contra el lateral del Mercedes y Müller se las vio y se las deseó para controlar un vehículo que no conocía. Y, a continuación, un choque más: el aire se llenó de chispas y del chirrido característico cuando chocan dos superficies metálicas. Al Mercedes le patinaron las ruedas y acabó empotrado por un lateral contra el quitamiedos. El golpe lanzó a Müller contra el volante, pero el cinturón de seguridad le sujetó con fuerza el torso al asiento. Luego todo quedó en calma y solo se oyó el silbido del aire del radiador al salir a presión.

Müller estaba desorientada, pero acertó a apagar el motor. Le dolía el pecho izquierdo, donde el cinturón se había apretado a ella con fuerza, pero, aparte de eso, no tenía ningún rasguño. Abrió la puerta del conductor y salió fuera, mas la aturdió en el acto el caudal de coches que pasaba a toda velocidad: todos tocaban el claxon, pero ninguno paró a ver qué le había pasado. Se pegó bien al lateral del Mercedes y fue hasta la parte delantera. Vio que salía humo del motor. Entonces fue a asomarse al lateral derecho del coche, pero lo halló empotrado contra el quitamiedos; el guardabarros, de

hecho, había quedado encajado entre ambas barreras. No se veía ni rastro del otro coche, ni de Tilsner, quien ya estaría varios kilómetros por delante en la autovía de circunvalación. Miró hacia atrás y vio luces azules en la distancia acompañadas del bramido lejano de las sirenas. *Scheisse!* Entonces se paró otro vehículo en el arcén, tan cerca de ella que tuvo que taparse los ojos para que no la deslumbraran las luces. Por unos instantes no pudo ver absolutamente nada y sintió lo que imaginaba que sentían los conejos cuando los embiste el haz de luz de un coche que viene disparado a su encuentro: totalmente paralizada, sin saber si echar a correr o quedarse inmóvil para que el destino se cumpliera en ella.

—¿Estás bien, Karin? ¿Qué ha pasado?

¡Era Tilsner! Salió corriendo y se fundió con él en un abrazo.

—¡Menos mal! —dijo—. Creía que eran los otros que venían a por mí.

—¿Los otros? ¿A quién te refieres?

—¿No viste el golpe?

—No. Es que me di cuenta de que no me seguías y pensé que lo mejor era volver sobre mis pasos y ver si estabas bien. ¿Lo estás?

Müller tuvo de repente conciencia de que, al abrazarla, su ayudante le daba palmaditas en la espalda, una manifestación de afecto puramente platónico que no había sentido nunca antes por parte de él. La inspectora suspiró hondo.

—Creo que sí —dijo por fin—. Pero no sé el coche. Alguien me sacó adrede de la calzada y me entró mucho miedo. ¿Es que no los viste? Era un coche negro y el conductor llevaba gafas de sol.

Él dijo que no con la cabeza:

—Lo siento, pero no los vi. —Miró el Mercedes con cara de lástima—. Hay que moverlo de aquí antes de que nos vea la policía, aunque tengamos que remolcarlo con la limusina.

Le pidió las llaves y ella indicó con un gesto que estaban puestas. Entonces Tilsner subió al coche, encendió el motor y le gritó antes de cerrar la puerta:

—Apártate, voy a ver si puedo dar marcha atrás. —Müller oyó cómo el motor subía de revoluciones, luego una especie de quejido, y finalmente un desgarramiento metálico cuando Tilsner logró despegar el coche del quitamiedos. El coche, o la mayor parte del coche, porque parte del guardabarros se soltó de la carrocería y quedó colgando desangelado de la barrera.

Tilsner salió del coche, arrancó el trozo enganchado y lo metió en el

maletero.

—Creo que todavía anda. ¿Prefieres que lo conduzca yo y tú llevas la limusina? Pero esta vez no te enzarces con asaltantes imaginarios.

—No era imaginario..., me sacaron de la carretera de un golpe. ¿Quién crees que pudo ser?

—No lo sé. Si quieres, no me importa decir que el que conducía era yo. Me llevo bien con Jäger, hace tiempo que nos conocemos, y a mí no me lo echará en cara.

Müller no dijo nada, solo asintió despacio con la cabeza.

Casi se le caló en un par de ocasiones, pero al final Müller llevó la limusina sana y salva hacia el paso fronterizo de Bösebrücke. La policía de la Republica Federal les indicó por señas que no se detuvieran. Y en la parte oriental, aunque no había ni rastro de la comandante rubia de bote por ningún lado, los dejaron pasar en el acto en cuanto Tilsner, que abría la comitiva al volante del Mercedes mutilado, mostró la autorización.

Müller sintió un alivio indescriptible cuando entraron en Berlín Oriental. Aquella era su casa. Allí se sentía bien. Los efectos del *shock* en el que la había dejado el golpe iban remitiendo y, en general, había allí menos tensión que inmersos en el frenesí sin límites de la parte occidental.

Para cuando quisieron llevarle la limusina a Schmidt al centro de operaciones y llamaron a Jäger por teléfono para darle novedades del golpe con el Mercedes, casi eran las dos de la mañana. Müller no sabía si ir derecha al apartamento de Schönhauser Allee para hacer las paces con Gottfried. A menos que uno de los dos impidiera la escalada de hostilidades entre ellos, la ruptura iba a ser inevitable. ¿No sería eso lo que ella quería en el fondo, tirar su matrimonio por la borda? Miró otra vez el reloj y comprendió que lo malo era que, a aquellas horas, su marido ya estaría dormido y con pocas ganas de hablar, y no soportaba la idea de enfrentarse a otra discusión con él.

Tomó entonces una decisión y le pidió a Tilsner que la llevara a las oficinas de Marx-Engels-Platz. Allí improvisaría una cama con las mantas y la almohada que guardaba en un armario, y así estaría a primerísima hora lista para empezar la jornada. Trabajaría todo el domingo: eso parecía lo más

juicioso, en vez de volver a casa a aquellas horas.

En su despacho, se regaló la vista con un pequeño recuerdo traído de la parte occidental: apiló las bolsas encima de la mesa larga adosada a la pared, justo debajo del tablón, y sacó la caja grande que contenía las botas. La abrió, quitó el papel que las protegía, cogió una de ellas y estuvo acariciando el borde de la caña forrado de piel, como quien le rasca la barriga a un gato, un caprichito que se daba. Luego alzó la vista y contempló las fotografías clavadas en el tablón, vio a la chica muerta, sin nombre: la chica sin dientes, la chica sin ojos.

Y dejó caer al suelo la bota forrada de piel como si fuera a infectarse de algo.

Noveno día.

Una oscuridad casi total, sumada al hedor de las heces y la orina, se cernió sobre Gottfried. El balanceo del vehículo lo zarandeaba de un lado para otro, le subía la bilis a la garganta, y al mareo había que añadirle el pánico. Quiso taparse la boca con una mano, forcejeó con las esposas que le raspaban las muñecas, pero no había suficiente espacio para maniobrar.

Tomó una larga bocanada de aquel aire putrefacto para darse impulso, quiso ponerse en pie, abandonar la postura de contorsionista, ni sentado ni en cuclillas, pero cejó en todo intento al ver que no dejaba de darse golpes contra las paredes, el suelo y el techo de la diminuta celda. Era como estar dentro de un ataúd vertical, hecho un escorzo, enterrado en un espacio que medía menos de un metro cuadrado de largo y de ancho, y como mucho metro y medio de alto.

Pensó en Karin, en si su arresto –aunque no estaba del todo seguro de que aquello fuera un arresto– tendría algo que ver con sus problemas de pareja. ¿Se había cansado su mujer de que la acusara de engañarlo con otros y había decidido denunciarlo a las autoridades por ser un activista político e ir contra el Estado?

Le parecía que llevaba horas allí dentro, pues había perdido la orientación con tantos giros a derecha e izquierda. La furgoneta aceleraba, luego bajaba la velocidad. Se paraba. Arrancaba otra vez. Y él allí dentro daba vueltas y tumbos como la ropa dentro de la lavadora, privado de la más mínima posibilidad de ver dónde estaba. Si se dejaba guiar por la duración del trayecto, habría dicho que lo llevaban fuera de Berlín.

¡Por fin vio la luz! Era una luz que le perforó la vista con su repentina blancura, pero apenas podía taparse los ojos. La furgoneta se había detenido y abrieron la puerta, dejando que el olor del diésel y el humo del tubo de escape

neutralizaran unos instantes los otros emanados de cuerpos que no habían podido controlar la excreción de sus fluidos.

—*Raus! Raus! Hände hoch!*

Unos guardias vestidos con uniforme militar de la Alemania del Este lo sacaron a empellones de la furgoneta, le golpearon el torso y lo obligaron a poner las manos en alto. O sea, que seguía en la República Democrática Alemana. El viaje le había parecido tan largo, había perdido de tal manera el sentido de la orientación, que llegó a pensar que se lo llevaban fuera del país, a Polonia, o incluso a la Unión Soviética. Procuraba tener las manos alzadas delante de los ojos para protegerlos del destello implacable de los muchos fluorescentes que lucían en el techo, de su enceguedor reflejo en las paredes blancas. Al parecer, estaban en una especie de garaje.

Los guardias lo obligaron a empujones a cruzar una puerta con barrotes, haciendo caso omiso a sus preguntas. Vio al otro lado una luz roja que iluminaba un pasillo vacío y, finalmente, lo arrojaron dentro de una celda: sintió un estruendo de metal contra metal al cerrarse la puerta y luego se vio rodeado de la más absoluta oscuridad.

«¿Qué has hecho? ¿Qué se supone que has hecho? ¡Pregúntaselo a gritos!».

—¡Guardias, guardias! ¡Les exijo que me digan por qué me han traído aquí!

No hubo respuesta, ni siquiera el eco de sus palabras contra las paredes vacías, era como si absorbieran el sonido. Empezó a palpar con las manos y tocó una superficie blanda y acolchada. Intentó orientarse así, pasando las manos mientras estiraba los brazos y recorría todo el perímetro de la celda. Vio que no había esquinas, que le sería imposible precisar dónde quedaba la puerta, que lo rodeaba una sucesión sin fin de almohadillas, que allí dentro no entraba ni un resquicio de luz. Pegó la nariz a una de ellas y le llegó el olor dulce a goma sintética; hasta que se vio como uno de aquellos adictos que esnifaban cola en la televisión de la República Federal.

Completamente exhausto, tanto física como mentalmente, Gottfried se dejó caer en mitad del suelo helado de cemento. Jamás se había sentido tan solo, porque aunque el exilio en el *Jugendwerkhof* de Rügen el año anterior había sido una experiencia bastante desagradable, no era nada comparada con aquella celda. ¿Era así como se sentían los niños en el reformatorio? ¿Por eso había intentado suicidarse Beate? ¿Qué tal estarían?, se preguntó. ¿Le habría

hecho caso Irma con lo de escapar por Sassnitz hasta Suecia? A lo mejor era por eso... A lo mejor habían descubierto el libro y eso los había llevado a él.

Dormir, dormir. Dormir no había sido nunca antes como un bálsamo, como una liberación de la pesadilla que era estar allí encerrado. Pensó en Karin, sintió anhelos de ella: la Karin más joven, con la que él se había casado. Anheló aquellos años al principio de estar casados, no estos años de ahora en los que el trabajo de ella había ocupado por completo el centro de su vida.

Lo dejaron varias horas encerrado en la celda acolchada y luego fue llevado a lo que parecía una celda más normal: había un banco que hacía las veces de cama, una manta. Hasta calefacción había. También una ventana, o algo que se le parecía, un espacio en la pared en el que las plaquetas eran de cristal transparente. Por allí entraba el débil resplandor nocturno de un pueblo, o una ciudad, donde quiera que estuvieran, aunque no acertó a distinguir nada al otro lado del cristal esmerilado, ningún perfil de casas o edificios. Se dio la vuelta en el banco, tiró de la manta para taparse la cabeza y estuvo un rato más dormitando.

Luego encendieron una luz, cegadora y blanca, que salía de un agujero con forma cuadrada encima de la puerta.

Verdammt! Llevaba solo unos minutos entre el sueño y la vigilia, y ahora le venían con eso. Contó hasta diez y apagaron la luz. Entonces se dio la vuelta otra vez, dobló la manta para que lo tapara más, contó hasta sesenta. Hasta ciento diez. Y la luz volvió a encenderse. La controlaban desde afuera. Lo atormentaban así: la encendían, la apagaban. Pero el truco de doblar la manta funcionaba y logró dormirse finalmente.

Oyó luego un ruido metálico y abrieron la rejilla practicada en la puerta. Apareció la cara gruesa de una mujer que le gritó por el agujero:

—Retire las manos de la manta. Retire la manta de la cara. Y ¡túmbese de espaldas!

Gottfried no tenía fuerzas para preguntar por qué, para preguntar dónde estaba, qué se suponía que había hecho.

Ocho meses antes (junio de 1974).
Jugendwerkhof de Prora Ost, Rügen.

Estuve dos semanas de reposo en la enfermería, pero el intento de suicidio de Beate me acabó de convencer del todo de que tenía que salir de aquel odioso sitio; y ella vendría conmigo.

Hoy es el primero de los tres días que tengo que estar en la sala de embalaje este mes. Todavía no hemos acabado el pedido de las camas, y cuando me agacho para llenar la siguiente caja, me da un calambre en el cuello. El dolor baja como un pinchazo por la espalda y llega hasta la pierna. Es tan fuerte que estoy a punto de levantar la mano, a ver si convengo a Frau Schettler de que la caída desde un quinto piso ha dejado secuelas que no se han curado aún. Pero en vez de eso, me aguanto hasta que pasa, levanto el cabecero de contrachapado y lo pongo en su sitio, en el fondo de la caja.

No dejo de hacer cálculos, de pensar, de estar alerta.

—Hoy estás muy callada, Irma. —Oigo a mi izquierda que dice Mathias en voz baja—. ¿Estás tramando algo?

Sin mirarlo, digo que no con la cabeza. Estoy muy concentrada y no quiero que nada me distraiga. Tengo que lograr mi objetivo lo antes posible y entonces dar el golpe de gracia. He de hacerles pensar que me he reformado, que me he puesto las pilas porque he visto lo desencaminada que andaba. Así me vigilarán menos y tendré más opciones.

La caja ya está llena. A mí me parece que el sistema de embalado es de locos, obviamente no soy la que lo ha diseñado. Todos los componentes caben en la misma caja, por eso, cuando está completa, hacen falta dos de nosotras para subirla al carrito. Imagino que al cliente se lo tiene que llevar un camión a su casa, no puede ser de otra forma, porque en un coche no cabe y una persona sola no podría levantar la caja.

El cabecero va en el fondo y los pies la cierran por arriba. Eso refuerza la

estructura cúbica porque los laterales de la cama la completan a ambos lados y aguantan el peso. Una vez montada, debe de medir casi dos metros cuadrados, un tamaño del que yo no he visto camas en la República Democrática Alemana.

Cuando meto el segundo lateral en la caja, veo que queda un hueco en el centro, justo donde tenemos que poner las lamas del somier, las patas y los apliques para montarla; y todo eso va encima de más capas de papel ondulado para proteger el contrachapado del cabecero.

Miro distraídamente a un lado y a otro para comprobar que todos están ocupados, dejo caer el rollo de cinta aislante al suelo y entonces me agacho como si fuera a recogerlo. Rápidamente, y antes de enderezarme otra vez, lo pongo de pie, y ahí queda, igual que una pequeña rueda. Cuento luego hasta tres, para asegurarme de que nadie ha notado nada raro: Frau Schettler sigue enfrascada en sus papeles al frente de la sala; Mathias, a mi izquierda, y Maria Bauer, a mi derecha, están ocupados embalando cada uno su caja. Entonces le doy una patada a la rueda de cinta y la vuelvo justo en el hueco que queda en la caja, un disparo del que habría estado orgulloso Hans-Jürgen Kreische, el gran rematador de la *Oberliga*.

—*Scheisse!* —digo en alto para que me oigan.

—¿Qué pasa? —pregunta Mathias, que no ha visto mi estratagema.

—Pues que sin querer se me ha caído la cinta aislante dentro de la caja —digo.

—Serás imbécil —dice Bauer—. Me va a hacer falta enseguida para cerrar esta, así que ya te estás agachando a cogerla.

Me pongo de rodillas y palpo el interior de la caja, antes de asomarme.

—No la veo; tiene que haber caído en todo el hueco.

Mathias suelta un suspiro:

—Pues tienes que cogerla como sea; porque si no, nos vas a retrasar a todos el trabajo, así que métete dentro y búscala.

—A ver si puedo —lo digo con muy pocas ganas.

Pero la verdad es que la superficie pulida del contrachapado me ayuda a deslizarme dentro: me pongo de espaldas y empujo con las piernas para meter el resto del cuerpo. Noto el rollo de cinta detrás de la cabeza, más o menos en el centro, pero sigo haciendo como que lo estoy buscando para poder entrar del todo. Pienso que ojalá estuviera más delgada, que Beate cabría de sobra; y que Mathias sí que está delgado, pero es muy alto, así que tendría que doblar

las piernas para caber dentro.

Oigo entonces la voz de Frau Schettler, alertada por tanta algarabía.

—¿Qué diantre estás haciendo, Irma? —Desde el fondo de la caja, miro hacia arriba con los ojos entrecerrados y veo un par de ojos que me están mirando a mí.

—Lo siento, Frau Schettler. Es que se me cayó dentro sin querer la cinta aislante y la estaba buscando. —Para hacerlo más creíble, hago como que palpo la superficie de contrachapado con los dedos.

—Pues date prisa —me apremia—. Y ten cuidado no vayas a estropear nada.

Vuelve a su mesa y yo me quedo allí tumbada un instante mientras pienso y voy haciendo cálculos. Es muy arriesgado, arriesgadísimo. ¿Cómo hacer para poder respirar, qué llevar de comida y bebida, cómo ir al servicio? ¡Qué asco! Pero hacerse, se puede hacer, eso acabo de demostrármelo a mí misma.

Paso el brazo por detrás de la cabeza para coger el rollo de cinta, luego flexiono los talones y voy saliendo centímetro a centímetro.

Cuando estoy del todo fuera y ocupo mi sitio, noto que me he puesto roja y que me cuesta respirar.

—¡Qué cosa más tonta! —dice Bauer desdeñosa—. Como no alcancemos el objetivo marcado, será por tu culpa, cacho imbécil. ¿Cómo puedes ser tan torpe, Behrendt? —Lo que me apetece es responderle con toda la bilis, meterle el papel del embalar en esa boca. Pero en vez de eso, pido perdón, pongo cara de apuro y sigo con la tarea.

Voy como una máquina y lleno las cajas a toda velocidad. Pero tengo la mente ocupada con todo tipo de planes y pensamientos. Pienso en Sassnitz. En Suecia. En la libertad.

*Febrero de 1975. Décimo día.
Berlín Oriental.*

Sonó el timbre del teléfono y Müller sintió que le rebanaba el cráneo, ya de por sí dolorido a causa de la jaqueca. Tuvo la impresión de haber vivido ese momento diez días antes, cuando todo empezó en el apartamento de Tilsner. Miró el reloj y vio que eran más de las siete, es decir, que había dormido menos de cinco horas, y no de un tirón, tumbada en el incómodo suelo del despacho. Le dolía todo el cuerpo y, aunque no había nadie mirándola, se tapó la boca al bostezar por puro hábito. Cogió entonces el teléfono y vio que era Schmidt.

—Ah, camarada Müller, me alegro de haber dado con usted —dijo—. La llamé a casa, pero nadie lo cogió. —Seguro que Gottfried estaba durmiendo, al oírlo metió la cabeza debajo de las mantas y se dio la vuelta, pensó Müller; de hecho, ella estuvo a punto de hacer lo mismo—. Hemos encontrado restos aquí y allá en la limusina. Y ha habido suerte, la verdad, porque la limpiaron a conciencia. Lo he mandado todo al laboratorio.

Hizo lo posible por simular interés en lo que decía Schmidt, por mostrarse despierta:

—Qué bien, Jonas. Y ¿qué has encontrado?

—Pues lo más importante es que, tal y como sospechábamos, el dibujo de los neumáticos coincide con el que vimos en el cementerio. Es un Gislaved, ya le dije. Pero es que hay más, camarada *Oberleutnant*. La experiencia me dice que un lavado no lo borra todo, y hemos encontrado granos de algo que podría ser arena y una materia vegetal que estamos intentando determinar en este momento. También hemos tomado muestras de tierra y tejidos. Ya los he analizado: parte coincide con la ropa de la chica, pero hay parte que no.

—¿O sea, que se puede decir a ciencia cierta que la chica estuvo en la limusina?

—Con tanta seguridad, quizá no. Podrían ser fibras de la ropa de otra persona, alguien que llevara prendas parecidas. Pero es un comienzo. ¿Por qué no se pasa por el laboratorio en un par de horas y vemos lo que hemos avanzado?

Müller se llevó la mano a la frente y la apretó por ver si así podía calmar el dolor. La verdad era que no estaba para pasar varias horas en un laboratorio. Quizá fuera mejor volver a casa y hacer las paces con Gottfried, o intentarlo al menos. Pero es que tampoco tenía el cuerpo para eso.

—Y ¿no prefieres dormir un poco antes, Jonas? Llevas ahí toda la noche.

Oyó la risa del *Kriminaltechniker* al otro lado del teléfono.

—Precisamente para esto me metí a policía, y para ello me entrenaron. Creo que podría ser un avance significativo en la investigación. ¿Nos vemos en un par de horas?

—Vale, Jonas, allí estaré. —Sería más fácil vérselas con el de la Policía Científica y lo que fuera que había encontrado que volver a casa y enfrentarse a su marido. Colgó el teléfono. Pero antes de salir, arrambló con un par de aspirinas del botiquín, fue al fregadero, cogió de la repisa la taza menos sucia, le dio un agua, luego la llenó hasta la mitad, disolvió las pastillas efervescentes y se bebió el mejunje. Si Schmidt echaba mano de su ingesta diaria de salchichas para poder rendir como es debido, ella podía permitirse tirar de analgésicos por unos días.

Cuando llegó al laboratorio, halló a Schmidt volcado sobre un microscopio y dándole instrucciones a un compañero. Miraba una y otra vez por el ocular y cotejaba luego con varios libros de medicina legal que le alcanzaba el otro policía.

—Ah, *Oberleutnant* Müller, le agradezco que haya venido. Creo que tenemos información relevante para usted. ¿Me permite que le presente a Andreas Hasenkamp, del Ministerio para la Seguridad del Estado? Lo ha enviado el *Oberstleutnant* Jäger para que nos sea de ayuda. —Frente al porte orondo de Schmidt, Hasenkamp estaba flaco como un palo y había cierta incongruencia entre su cabeza pelada y las pobladas patillas que se gastaba. Müller estrechó la mano que él le tendía y se preguntó por el significado exacto de la palabra «ayuda» en el vocabulario de Jäger.

Schmidt le hizo señas para que mirara por el microscopio. Müller vio una

diapositiva sujeta entre las pinzas de la platina y, casi sin necesidad de la lente de aumento, pudo colegir que se trataba de un trozo de alga. Cerró el ojo izquierdo y con el derecho entrecerrado miró por el ocular.

—Vale, Jonas, pues a mí me parece que es un trozo de alga, solo que de mayor tamaño.

Schmidt se rio:

—Ha dado usted en el blanco, camarada Müller. Pero lo relevante —siguió diciendo— es el tipo de alga. Mire en este libro y luego compárelo con lo que ve en el microscopio. Salta a la vista el parecido, ¿no?

Müller dijo que sí con la cabeza, aunque no estaba del todo segura.

—¿De qué especie es?

—Pues la del libro es una *Fucus vesiculosus*, comúnmente conocida como sargazo vejigoso. —Müller se encogió de hombros. La palabra en latín no le decía nada, aunque sí había oído el nombre común. Schmidt tenía una ceja levantada y le sonreía—. Pero la especie del microscopio no es exactamente la misma, y en la diferencia está lo relevante. Y lo es hasta tal punto que me puedo dar con un canto en los dientes por haber detectado la variación entre ambas: esta es *Fucus radicans*, aunque parece la misma si uno no se fija bien. —Müller notó lo deprisa que hablaba Schmidt, casi comiéndose las palabras, sin parar para tomar aliento—. Pero es más pequeña, pese a que aquí la veamos ampliada al microscopio. Ahora bien, el sargazo vejigoso lo encuentra usted en todas las costas del hemisferio norte, o sea, que no nos habría servido de mucho. Pero la *Fucus radicans* solo se da en un sitio.

—¿Dónde? —preguntó Müller.

—En el Ostsee, camarada Müller. Se ha adaptado específicamente a las aguas salobres de ese mar en concreto, unas aguas que no tienen tanta salinidad, una mezcla de agua salada y del agua dulce proveniente de los muchos ríos que allí desembocan.

Müller arrugó el entrecejo:

—Es decir, que estaríamos hablando de la costa norte de la República Democrática Alemana, o de Dinamarca, Suecia y la Unión Soviética, los países que tienen costa en el Ostsee.

Schmidt cambió la expresión exultante unos segundos:

—En efecto, *Oberleutnant*. Pero nuestra labor es ir juntando las piezas del rompecabezas, como el que hace un puzzle o un crucigrama. Y una vez que tengamos el suficiente número de piezas ensambladas, o de palabras, en el

sitio que les corresponde, la evidencia caerá por su propio peso.

La detective dijo que sí con la cabeza:

—Y ¿qué más piezas tenemos?

—Andreas está analizando otra muestra en ese microscopio de ahí. — Schmidt señaló una mesa adyacente—. Camarada Hasenkamp, ¿sería tan amable de poner al día a la *Oberleutnant*?

—Será un placer. Venga por aquí, camarada Müller. —Arrimó una silla para que la inspectora se sentara al lado de su microscopio. Ella miró por el ocular, pero lo que vio no le dijo gran cosa: era solo una mancha beis dentro de otra marrón—. ¿Qué es?

—Sí, me temo que no es muy revelador para quien no entiende —dijo Hasenkamp—. Pero lo que ve usted ahí es una muestra de tierra que contiene una semilla solo hallada en zonas subalpinas.

Müller alzó la cabeza y se frotó la barbilla.

—¿Así que de los Alpes? —dijo con un suspiro—. Otra zona bastante amplia.

—Bueno, podría ser de una zona alpina, pero dentro del límite del bosque, porque ahí empieza lo que se denomina zona subalpina. Aunque en este caso no es de la zona alpina, sino de una altitud más baja, y si combinamos el tipo de tierra y la semilla en cuestión, eso apunta a un único punto en el mapa de Europa, por no decir de todo el planeta.

—Me tiene usted en ascuas —dijo Müller.

Hasenkamp sonrió y dijo:

—Las montañas Harz.

—Pero eso incluye a las dos Alemanias.

—No en este caso, porque podemos fijar el punto exacto con escaso margen de error. El único pico en la sierra del Harz en el que podría darse este tipo de semilla subalpina es en el monte Brocken, que tiene más de 1100 metros y que, como todo el mundo sabe, está en la República Democrática Alemana.

Müller tenía una imagen del monte en la cabeza. No había estado nunca allí, pero recordaba las fotografías del colegio. Además, sabía que en la cima estaba la principal antena de repetición del país y que era allí donde interceptaban los mensajes del otro lado de la barrera protectora.

—Los felicito a ambos por su trabajo —dijo Müller—. Pero entre el Ostsee y las montañas Harz hay cientos de kilómetros.

Schmidt exhaló una bocanada de aire con toda su parsimonia:

—Ya lo sabemos, camarada Müller. Y sabemos también que nuestra tarea es unir estas dos pistas, pero no pierda usted la esperanza: tenemos también las fibras de tejido, y estoy trabajando en una hipótesis que creo que puede hacernos avanzar.

Ella arrugó el entrecejo:

—Y ¿cuál es?

—Es que no quiero hablar de ello hasta no estar seguro, y para eso necesito todavía hacer más pruebas, pero no me llevará mucho tiempo. Y ahora, si es usted tan amable, tanto Andreas como yo llevamos toda la noche en pie con estas muestras, y un café, quizá acompañado de un bocadillo de la cafetería, nos ayudaría a pensar mejor. ¿Cree que eso sería posible? —dijo Schmidt sonriendo con cara de pena.

—Pues claro, Jonas. ¿Nos lleva por favor a la cafetería, camarada Hasenkamp? —Sabía que si guiase ella nunca daría con el sitio en aquel dédalo de pasillos que era la central de la Policía.

—Será un placer, *Oberleutnant*. Además, está abierta también los domingos. Como bien sabe usted, las oficinas centrales de la Policía del Pueblo no cierran nunca.

*Décimo día.
Berlín Oriental.*

Al llegar a su edificio de apartamentos en Schönhauser Allee, Müller se dio cuenta de que ya no estaba la furgoneta de la Bäckerei Schäfer y la luz de la farola junto a la que la aparcaban siempre caía inerte sobre un trozo vacío de calle. O sea, que seguía sin resolverse el misterio de quién la había estacionado allí. Cuando Elke llamó a la panadería homónima que había en Alexanderplatz, pudo comprobar que no tenían servicio a domicilio; el pan y los bollos los vendían *in situ* y, por no tener, no tenían ni siquiera vehículo de reparto. Fuera como fuera, el caso era que allí ya no estaba. ¿Le estaba entrando una paranoia? Pensó en el agente de extraño aspecto que apareció de repente en la Märchenbrunnen para vigilarla a ella y a Jäger; en el intento de homicidio, o al menos de intimidación, que había sufrido en la autovía de circunvalación de Berlín Occidental cuando la embistió aquel coche negro. Y se sintió la diana de algún extraño complot.

Aquel mal presentimiento se confirmó cuando subió las escaleras y llegó al descansillo de su planta. Algo iba mal: no se oía ni un ruido, y eso que Gottfried siempre estaba cantando a voz en grito las horribles canciones de rock occidental que tanto le gustaban sin preocuparse de qué pudieran pensar los vecinos. Sobre todo los fines de semana, los domingos por la tarde, cuando era raro que saliera de casa.

Oyó a sus espaldas un tintineo y se dio la vuelta. Justo en ese momento, Frau Ostermann cerró su puerta y Müller pensó: «¿Por qué andará otra vez la vecina husmeando?». ¿Y a qué olía en el rellano de la escalera? ¿Es que lo acababan de pintar? ¿Habían venido los de la empresa de reformas a trabajar en el *hall* de su casa precisamente un domingo? Tocó la puerta con cuidado por si acaso, pero vio que no la habían pintado, que allí seguían las rozaduras del llavero donde la pintura verde estaba rayada, debajo de la cerradura.

Metió la llave presa de los nervios. Le costó abrirla más que otras veces y, una vez dentro, el silencio le hizo temerse lo peor. ¿Dónde estaba Gottfried? Cuando entró en el salón, el corazón le daba golpes en el pecho y vio que reinaba un desorden más acusado de lo habitual: los papeles del colegio estaban todos desordenados encima de la mesa de trabajo de Gottfried, y entre ellos vio una taza de café frío por la mitad y un *Brötchen* al que le habían dado un par de mordiscos. Cogió el bollo de pan, lo estuvo olisqueando y lo inspeccionó dándole vueltas en la mano. Le entró pánico al ver que su marido faltaba del hogar y se puso a buscar algún indicio de adónde habría ido. El abrigo seguía en el perchero; el maletín, en el sofá; y las gafas de leer, encima de la mesa. Aquello no tenía ningún sentido.

—¿Gottfried! ¿Gottfried! —gritó, pero no obtuvo respuesta.

Fue al dormitorio, después al baño: ni rastro de él.

Aunque no le pareció lo más indicado, volvió al rellano de la escalera y llamó a la puerta de Frau Ostermann. De saber alguien qué había pasado, tenía que ser ella.

La puerta se abrió unos centímetros, pero Ostermann no descorrió la cadena de seguridad.

—¿No habrá visto usted salir a mi marido, Frau Ostermann?

—Vinieron unos hombres.

—¿Unos hombres? ¿A qué hombres se refiere?

—No es cosa mía decirle eso, camarada Müller: la mujer policía es usted.

—¿Eran trabajadores? Porque huele como a recién pintado.

—No sabría decirle. Ya sabe que yo solo me ocupo de mis cosas. ¿Desea algo más? —Iba ya a cerrar la puerta, cuando Müller metió la bota para impedirselo. Frau Ostermann la miró con cara de asco.

—¿De verdad que no ha visto a mi marido? —preguntó Müller, y se dio cuenta en ese instante de que el pánico le embargaba la voz.

Oyó entonces a sus espaldas el sonido del teléfono en su apartamento y, cuando se giró, Frau Ostermann aprovechó para cerrar la puerta. Müller fue corriendo a cogerlo, pero al llegar donde estaba el teléfono, se quedó paralizada y dejó que sonara. ¿Quiénes eran aquellos hombres de los que había hablado Frau Ostermann? De repente le entró miedo. Miedo a lo que tenía que decirle la persona al otro lado del aparato. El teléfono seguía sonando, Müller se dejó caer en el sofá y finalmente lo cogió. Era Jäger.

—¿Karin? —preguntó, y notó una especial premura en la voz.

—Camarada *Oberstleutnant*. ¿En qué puedo ayudarlo? —dijo con el tono más desenfadado que le fue posible teniendo en cuenta lo preocupada que estaba.

—Tenemos un problema, Karin. He de verla.

—¿Esta noche? —preguntó Müller—. Pero si acabo de llegar a...

—Esta noche. Inmediatamente. Reúnase conmigo en el bar *Das Blaue Licht*, en Schwedterstrasse, dentro de diez minutos.

—Pero es que acabo de...

—Diez minutos, camarada Müller. Y sea puntual. —El oficial de la Stasi colgó sin darle tiempo a confirmar que iría, y el tono brusco y formal con el que la habló la puso todavía más nerviosa. Nada más colgar, se dio cuenta de que le temblaba el brazo derecho, así que lo cogió con el izquierdo, apretó los dedos con todas sus fuerzas y el temblor dio paso a un dolor incesante.

Ya era noche cerrada, la temperatura había bajado en picado y Müller sintió cómo se le derretían en la cara los primeros copos de nieve Schönhauser Allee abajo, camino de Schwedterstrasse. Las señales de la inminente nevada servían casi de alivio, pues, con la bajada de temperatura, la niebla infectada de contaminación que envolvía siempre Berlín se acababa disipando.

Intentó aclarar sus pensamientos sobre la marcha: ¿por qué estaba tan enfadado Jäger? ¿Tenía que ver con la desaparición de Gottfried? O quizá era el accidente con el Mercedes. Seguro que era por eso, se dijo a sí misma. Jäger habría insistido ante la Dirección Central de Inteligencia en que tenían que llevar el Mercedes a toda costa, y ahora que lo habían devuelto casi para el desguace, lo habrían puesto de vuelta y media.

¿O querría hablar de las pruebas que Schmidt halló en la limusina? De las algas y de la semilla. Sin olvidarse de los avances significativos que el forense le había comunicado a la inspectora ese mismo día: primero, la arena caliza y blanca con restos de algas que apuntaban al Ostsee como procedencia; y, luego, la fibra de lana. Lo poco que sacaron después del lavado meticuloso al que habían sometido a la limusina no parecía ser de mucha ayuda al principio. Era sobre todo poliéster, con el que fabricaban la mayor parte de la ropa en la República Democrática Alemana. Pero aquella fibra de lana hallada de manera aislada unas horas más tarde había provocado

el entusiasmo de Schmidt. La sometió al microscopio, la cotejó con Hasenkamp en varios libros y, al final, logró identificarla como proveniente de una oveja de raza Pomerania, que tienen la lana más basta. Ya quedaban pocas y la mayor parte pastaba en la isla de Rügen y en la vecina Hiddensee.

Es decir, que había cierta conexión con la isla de Rügen, en la costa septentrional, en el Ostsee. A lo mejor podía convencer a Jäger de que la autorizara a ir allí con Tilsner y Schmidt para comprobar los indicios. Aunque según sonaba al teléfono, Jäger no tenía pinta de estar para muchos favores. Y además estaba lo de su marido, pobre Gottfried. No podía salir de Berlín si seguía sin aparecer: antes de ir a ninguna parte, tenía que averiguar qué le había pasado.

En Schwedterstrasse tampoco había nadie por la calle, pero según se acercaba al *Das Blaue Licht*, iba en aumento el zumbido de las conversaciones, la risa y las disputas, hasta que todo junto formó prácticamente un estruendo. Usó el cristal de las paredes del bar para comprobar que iba bien peinada y el maquillaje estaba en su sitio, y abrió la puerta.

La envolvió un aire viciado, cebado con el olor a sudor, humo y cerveza. Aunque era domingo por la noche, el bar estaba hasta arriba y Müller tuvo que abrirse paso entre la concurrencia, casi todos hombres, para llegar a la barra. Si era tan importante lo que Jäger le tenía que decir, ¿por qué había quedado allí con ella?

De repente se le vino encima un hombre por un costado. Él le pidió perdón, pero casi la tira al suelo, y cuando logró recobrar el equilibrio, vio al fondo a Jäger sentado en un saloncito aislado con paneles de cristal que ocupaba una de las esquinas del bar. Fue hasta allí a duras penas y casi deseó que se la tragara aquella masa de gente, pero al final logró llegar y abrir la puerta del reservado.

—Karin, siéntese... —dijo Jäger muy serio, y señaló una silla al otro lado de la mesa que ocupaba. Ni siquiera se molestó en levantarse por cortesía. Tenía una botella pequeña de aguardiente ya abierta encima de la mesa y le sirvió un vaso a la inspectora. Müller sonrió y se preparó para lo peor, dispuesta a sortear cualquier dificultad que el *Oberstleutnant* de la Stasi pudiera plantearle.

Jäger se bebió el aguardiente de un trago y dejó el vaso encima de la mesa con un sonoro golpe. Müller bebió a sorbitos, como hacía siempre, y dejó a

su vez el vaso casi lleno al lado de la botella.

—Me parece que no ha sido usted honesta del todo con nosotros, ¿no le parece, Karin? —dijo Jäger, y le sostuvo la mirada.

—¿Honestamente en qué, camarada *Oberstleutnant*? —Le iba la mente a cien por hora. ¿A santo de qué tanto reproche? Las pruebas de laboratorio que hizo Schmidt habían contado todas con la presencia de Hasenkamp, el forense de la Stasi, así que Jäger no tenía ningún motivo para quejarse de secretismos por su parte.

—En lo tocante a Gottfried, Karin. A su marido, Gottfried. —Al oírlo mentar su nombre, a Müller se le cayó el alma a los pies. Respiró hondo e intentó mantener el tipo. «No digas nada», pensó. «No lo delates».

Miró a Jäger con cara de póker:

—¿Qué pasa con Gottfried?

—¿Sabe usted dónde está?

Müller se encogió de hombros.

—Los fines de semana a veces va a ver a sus padres. O a lo mejor está por ahí tomando copas con los amigos, hablando de fútbol.

—Conmigo sobran los juegucitos, Karin. La he puesto al frente de una investigación muy importante. Sabe tan bien como yo que la puedo relevar del caso en un santiamén. —Nada más decirlo dio un chasquido con los dedos.

—No le sigo, camarada *Oberstleutnant*.

Jäger echó mano de su maletín y sacó una fotografía en blanco y negro que le entregó a Müller. En ella aparecía Gottfried cruzando lo que se diría era la puerta de una iglesia.

—¿Sabe usted dónde está tomada la foto? —A Müller le resultaba familiar, pero dijo que no con la cabeza—. ¿Y si yo le dijera que es la iglesia de Getsemaní, en Prenzlauer Berg?

¡La iglesia de Getsemaní! Donde Gottfried llevaba tiempo yendo a aquellas reuniones. Tanto la policía como la Stasi sabían que muchos de los fieles eran miembros de la oposición al régimen. Ella ya le había advertido a Gottfried de que no fuera a más reuniones, pero él no le hizo ni caso.

Jäger volvió a meter la mano en el maletín y sacó más fotografías. En la siguiente que le dio, se veía a Gottfried dentro de la iglesia, hablando con el reverendo Günther Grosinski, quien estaba siendo investigado por actividades que minaban la autoridad del Estado, como sabía bien Müller.

Otra fotografía, esta vez de Tilsner y ella, en la cama de matrimonio que él compartía con Koletta. *Scheisse!* Pero ¡qué era todo aquello! *Mein Gott!* O sea que los tenían a Tilsner y a ella bajo observación, hasta el punto de instalar una cámara en el dormitorio de su ayudante. Todo cortesía de la Stasi, y puede que a iniciativa de Jäger. Aquello podría cargarse tanto sus respectivos matrimonios como sus carreras. Y si la Stasi también lo espiaba a él, estaba claro que Tilsner no era el delator que ella había pensado que era.

Empezó a pensar a toda prisa y supo antes de verla qué habría en la siguiente fotografía. Le temblaban las manos cuando la tomó de las del teniente coronel de la Stasi. Allí estaba la prueba: un beso en plena boca con Tilsner, abrazada a él con fervor; y él, igual con ella, metiéndole mano debajo de la falda *Vopo* que llevaba puesta. Müller dejó caer la foto, cerró los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos: casi prefería mutilarse antes que dejar que la vieran enjugarse las lágrimas que ya le asomaban a los ojos.

Miró a Jäger con cara de súplica.

—Su matrimonio se va a pique, Karin —dijo, y señaló la última foto—. Y usted misma parece haber sido bien consciente de ello. —Luego volvió a la foto de Gottfried con el párroco—. Pero, sobre todo, es que no podemos permitirnos que alguien con responsabilidad en la *Kriminalpolizei* esté casada con enemigos del Estado. Todo esto me ha puesto a mí en una posición muy delicada. Su marido está siendo investigado y, por el momento, no tendrá usted contacto alguno con él. No he sido yo el que ha abierto esa investigación, pero es igual, porque lo que no puedo es tolerarlo.

—Y ¿no me puede decir por lo menos dónde está? —le preguntó con un hilo de voz, viva imagen de la derrota.

—No, Karin. Por el momento no puedo decírselo. Pero además tiene usted que salir de Berlín. —Metió una vez más la mano en el maletín y le dio a Müller un sobre marrón—. Son billetes de tren. Los hemos reservado para el primero que sale mañana rumbo a Bergen auf Rügen. Pese a que las pruebas que Schmidt y Hasenkamp han logrado reunir no aportan conclusiones claras todavía, quiero que usted, Tilsner y el de la Policía Científica sigan esas pistas para ver si vamos acercándonos a la identificación final de la chica muerta. Además, nos ha llegado información por télex de la oficina que el Ministerio tiene en Bergen que puede o no tener algo que ver con el caso: una denuncia sobre una adolescente que les hizo llegar la Policía del Pueblo. No es mucho, pero si lo sumamos a la evidencia hallada por Schmidt y

Hasenkamp..., bueno, pues creo que merece la pena que vayan a echar un vistazo. Y, en estos momentos, le puede a usted venir bien ausentarse de Berlín, sobre todo después de lo que pasó en el Mercedes anoche. —Jäger hizo una pausa y escanció aguardiente en ambos vasos.

El teniente coronel de la Stasi volvía a tener información privilegiada de lo que había sucedido en su viaje a Berlín Occidental.

—Siento mucho lo que pasó, camarada *Oberstleutnant*. ¿Se le ocurre alguna explicación al respecto?

Jäger se encogió de hombros:

—Una explicación oficial no tengo, solo conjeturas. No fue culpa suya, pero ya la advertí cuando empezó todo: este iba a ser un caso difícil. Y ese incidente en Berlín Oeste lo demuestra: hay gente a la que le gustaría que cerrásemos el caso; gente que se conforma con la explicación oficial; gente que preferiría que la identidad de esa pobre criatura nunca fuera revelada. Pero yo tengo intención de que sí lo sea. —Sus ojos se toparon con los de Müller y él no desvió la mirada—. Y espero lo mismo de usted. Pero una detective de la Policía del Pueblo con un marido implicado en actividades contra el Estado es justo lo que daría argumentos a esa gente para detener la investigación. Así que pasarán unos días en Rügen. Mientras, *Oberst Reiniger* y yo velaremos porque el caso siga abierto aquí en Berlín.

—Y ¿no podría al menos hablar con Gottfried antes de irme? ¿O escribirle una carta? Algo, lo que sea. No es mala persona, y estoy convencida de que se trata de un error.

Jäger dijo que no con la cabeza y una expresión solemne en el rostro. «Ahora sí que no se parece a un presentador de telediarios de Berlín Occidental», pensó Müller.

—No, Karin, no podrá ponerse en contacto con su marido antes de la partida. La necesito al frente del caso, y eso es incompatible con el más mínimo contacto con un enemigo del Estado. Sobre todo si está usted casada con él. De camino a Rügen tendrá tiempo de sobra para pensar en su futuro. ¿Quiere seguir en la *Kriminalpolizei*, seguir en el caso y, quizá, en unos años, obtener un ascenso? ¿O quiere estar con su marido, un delincuente, y que la echen del cuerpo?

Müller miró al oficial de la Stasi. En su otra faceta, parecía tan agradable: en el cementerio, en el Kulturpark, en la Märchenbrunnen. Casi llegó a fiarse de él, ¡menudo error por su parte! Porque lo que le apetecía ahora era

agarrarlo, destrozarle la ropa, destrozarle la cara. Aunque lo único que hizo fue meter en el bolso el sobre con los billetes.

—Será mejor que vaya a casa y duerma un poco, porque el tren sale a las siete de la mañana y Tilsner y Schmidt la estarán esperando en la estación.

Müller carraspeó:

—¿Sabe Tilsner algo de esto, camarada *Oberstleutnant*? —No lo miraba a los ojos, sino que tenía la vista clavada en sus propias manos, aferradas al asa del bolso con tanta fuerza que los nudillos se le estaban poniendo blancos.

—¿Sobre la investigación abierta contra Gottfried? No, Karin, ¿cómo iba a saberlo?

—Le estaría muy agradecida si no lo supiera, camarada *Oberstleutnant*.

—Cuenta con ello. Pero tómese esto como un aviso. En este momento no pienso intervenir en un asunto tan feo: ¡sus relaciones extramatrimoniales con un oficial bajo su mando!, pero tiene usted suerte de que haya decidido pasarlo por alto.

Müller estaba ardiendo por dentro y se limpió el sudor de la frente.

—Le puedo asegurar que no pasó nada. Fue solo un error, camarada *Oberstleutnant*, y no volverá a ocurrir.

Jäger dijo que sí con la cabeza y un frunce de los labios:

—Mientras sigamos entendiéndonos...

Febrero de 1975.

Una prisión de la Stasi, Alemania del Este.

La mañana, y la luz del día que con ella entró, le trajeron algo de sosiego a Gottfried Müller. Atrás quedó la otra luz cegadora que salía del agujero en la pared, justo encima de la puerta de la celda, con una intermitencia pautada por los guardias de forma obsesiva toda la noche. Se abrió un poco la puerta, metieron una palangana dentro y asomó una manguera por la rejilla. Y así se vio: cogiendo el agua que le brindaban para lavarse por primera vez en veinticuatro horas, dando gracias de poder recomponer su higiene diaria.

Pasaban los días y las noches, y nadie hablaba con él, ni le decían qué había hecho o dónde estaba. Pensaba en Karin porque no sabía si ella estaría al tanto de su situación, o incluso si la habrían arrestado también a ella. Y al colegio, ¿habrían avisado? ¿Quién lo sustituiría en sus clases?

Al tercer día, cambió la rutina: lo dejaron sin la cena de pan rancio y margarina, y nadie le explicó por qué.

Se hacía de noche: encendían la luz, luego la apagaban, la encendían, la apagaban..., así cada pocos segundos. Intentó dormir, pero el hambre le devoraba las entrañas. Por fin concilió el sueño unos instantes, el intervalo que medió entre dos fogonazos, y lo despertó una llave que abría la puerta. Entró un guardia, lo levantó de la cama sin miramientos y se esposó a él. El grillete de metal se clavaba en la muñeca de Gottfried y le laceraba la piel, pero el guardia se mostraba sordo a sus súplicas y a las preguntas que le hizo mientras atravesaban un pasillo detrás de otro e iban subiendo y bajando escaleras, dejando atrás en su camino un reguero de luces rojas. No vieron a más prisioneros, a más guardias tampoco, de lo que Gottfried dedujo que las luces rojas eran una forma de avisar sobre la presencia de un prisionero en la galería, y que el prisionero era él. Finalmente, lo metieron en una habitación

equipada con un teléfono y una máquina de escribir en una mesa. Sentado al otro lado, había un policía vestido de paisano. El guardia abrió con una llave el grillete que lo unía a Gottfried y luego lo esposó con las manos por delante. Cerró la puerta con llave al salir y el policía de paisano señaló un taburete y dijo:

—Siéntese, Herr Müller.

Casi se alegraba al oír que alguien pronunciaba su nombre, y obedeció en el acto y se sentó en el taburete.

El policía levantó la vista de los papeles que tenía encima de la mesa y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Soy el comandante Hunsberger. Y como tal vez ya haya supuesto, pertenezco al Ministerio para la Seguridad del Estado.

Gottfried se lo quedó mirando, abrumado por todo el caudal de cosas que quería preguntarle. ¿De qué lo acusaban? ¿Por qué estaba allí detenido? Pero no logró articular palabra.

—¿Qué tal está Karin, su mujer? —preguntó el oficial.

Aquella pregunta lo dejó confundido. ¿Por qué le hablaba precisamente de su mujer en vez de interrogarlo sobre tantas otras cosas? Le costó formular un asomo de respuesta:

—Yo... yo... hace días que no la veo.

—No, claro, eso lo entiendo. No en vano lleva usted aquí varios días. Pero, antes de eso, ¿su mujer estaba bien? Bien con usted, me refiero, ¿cómo era su relación? ¿Es muy difícil tener contenta a una mujer más joven?

Gottfried frunció el ceño: ¿adónde quería ir a parar el de la Stasi?

—No comprendo muy bien. ¿Por qué me pregunta por mi mujer, en vez de decirme qué hago aquí, buscarme un abogado y dejar que me vaya? —Para dar más énfasis, estampó una mano en la mesa, y el teléfono vibró con una nota metálica. Aunque inmediatamente se arrepintió de haber perdido un poco los estribos: había que tener la cabeza fría, no era aconsejable irritar más de la cuenta a quien lo estaba interrogando.

El oficial se levantó, fue hacia la ventana, luego volvió y se encaró a Gottfried:

—Enseguida verá, Herr Müller, que aquí los que hacemos las preguntas somos nosotros, no usted.

—Pero...

—Déjeme acabar, haga el favor, Herr Müller. Le aseguro que es por su

propio bien. Está usted en prisión preventiva en una cárcel del Ministerio para la Seguridad del Estado, y tiene suerte de que hayamos decidido interrogarlo a los pocos días de haber ingresado. Mayormente se debe a que su mujer tiene un puesto de relevancia en la *Kriminalpolizei*...

—Sí, eso ya lo sé, pero...

—¡Herr Müller! —Aquel grito repentino de Hunsberger lo dejó paralizado—. Siéntese ahora mismo en ese taburete. Podemos tenerlo en prisión preventiva tanto tiempo como nos plazca; y si no colabora, lo mandaré de nuevo a su celda, y puede que no decidamos interrogarlo hasta dentro de varias semanas... o meses... Se ha dado el caso de gente que ha estado aquí años. ¿Me he expresado con claridad?

Gottfried dejó caer los hombros en señal de abandono. Si colaboraba, se enteraría al menos de qué se traían entre manos.

—Le estaba preguntando por su mujer, la camarada Karin Müller. ¿Cómo la ha visto últimamente? ¿Qué tal funciona su relación?

¿Adónde quería ir a parar?

—Tenemos nuestros altibajos, como todos los matrimonios. Últimamente está muy liada, debido a ese asesinato... Es un caso muy importante para ella.

—Muy liada, precisamente de eso se trata... ¿Le gustaría ver una foto reciente de su mujer?

Gottfried dijo que sí con la cabeza, lleno de cautela, y Hunsberger le pasó una fotografía en blanco y negro en la que se veía a Karin con su ayudante, Werner Tilsner, los dos acostados en la misma cama, una cama que no era la del apartamento de los Müller.

—Liada sí que está, ¿no le parece? —preguntó Hunsberger.

—¿Qué demonios es esto? Ella no haría...

Hunsberger le dio otra foto.

—Y aquí sí que está de verdad liada, ¿a que sí? Porque aunque es verdad que no se le ve la expresión de la cara, con la boca la tiene... ¡la tiene bien liada!

Gottfried se quedó boquiabierto mirando la foto de Karin y Tilsner juntos, vio las bocas entrelazadas en lo que era algo más que un beso entre compañeros, vio el deseo en las manos que palpaban el cuerpo del otro y dejó caer la foto al suelo.

—¿Besa bien su mujer? —preguntó Hunsberger con una expresión en la cara del que lo sabe todo.

Gottfried, fuera de sí ante la burla del oficial, se levantó de un salto y fue a golpearlo con las manos esposadas, pero Hunsberger le agarró por las muñecas, apretó con fuerza y le hizo retorcerse de dolor.

—Ni lo intente, Herr Müller, o se arrepentirá el resto de su vida. ¿Por qué no se sienta ahí? —Hunsberger señaló un sillón y Gottfried se dejó caer en él hecho un ovillo.

El oficial de la Stasi descolgó el teléfono y dio varias órdenes muy rápidas. Luego dejó el auricular en su sitio y se dirigió a Gottfried:

—Todavía no ha comido hoy, Herr Müller. He pedido que le traigan algo y podrá elegir lo que más le guste. No le vendrá mal dejar por un día la dieta de pan y margarina, ¿a que no?

Hunsberger volvió a poner aquella cara de sabihondo mientras se mecía sobre las dos patas traseras de la silla y cruzaba los brazos sobre el pecho. Era una pregunta retórica y Gottfried no respondió.

Pasados unos minutos, un guardia llamó a la puerta y entró con dos platos de comida que dejó encima de la mesa, delante de Hunsberger. En el de la izquierda, por mucho que hubiera dicho el de la Stasi, lo único que había era pan, margarina y mermelada. En el de la derecha, *Gebackene Apfelringe*, el postre favorito de Gottfried, una especialidad de Karin: aritos de manzana cubiertos de masa quebrada, servidos con helado de vainilla y frambuesas naturales. A Gottfried se le hacía la boca agua, y Hunsberger vio cómo se le iban los ojos al plato de la derecha. El preso tragó saliva.

—Tal y como lo hace Karin —susurró el de la Stasi, que bien sabía lo que le pasaba por la mente en ese momento al profesor—. Pero antes tiene que responder a unas preguntas, y entonces le explico cuáles son sus opciones. ¡Fíjese en esto! —El tono de Hunsberger pasó de la zalamería a la burocracia más despiadada en apenas un segundo.

El oficial de la Stasi le enseñó otra fotografía. Tenía toda la pinta de haber sido tomada con una cámara oculta, igual que las otras, y Gottfried reconoció en el acto la enfermería del *Jugendwerkhof* de Prora Ost: un sitio en el que de buena gana no habría posado nunca más la vista. La fotografía lo mostraba a él, de pie junto a la cama de Irma, aunque habían velado la imagen de la chica para que no se la reconociera. Sabía lo que le iba a mostrar a continuación: otra fotografía tomada unos instantes después. Y sabía que en esa fotografía se lo vería a él besando a Irma en la frente. Pero se equivocó.

—¿Qué demonios es esto? —gritó, y dejó caer la foto encima de la mesa,

espantado por lo que había visto: salía él, y se lo veía besando a una chica en la boca, mientras con una mano le sobaba un pecho. Solo que la cara de la chica no era la de Irma, sino la de Beate Ewert.

—Eso mismo le iba a preguntar yo a usted, camarada Müller.

Gottfried se puso en pie de golpe, cogió la fotografía de la mesa y la rompió en pedazos.

—¡Esto es un montaje! ¡Un montaje! Yo besé a una chica en la frente, y esa chica era Irma Behrendt, a quien entre todos acabábamos de salvar la vida. Pero esta monstruosidad —dijo tirando los trozos por el aire— es un montaje para que parezca que estoy besando a otra chica completamente distinta. Y le puedo asegurar que no abusé de ninguna de las chicas.

—Pero hay pruebas que demuestran lo contrario, Herr Müller, pruebas que usted acaba de destruir. —Hunsberger se agachó para coger los pedacitos del suelo y los puso encima de la mesa formando con ellos una especie de puzle que volvía a reproducir la cara de Beate—. Aunque es bien fácil poner otra vez cada cosa en su sitio y, además, tenemos copias.

Hunsberger no había acabado con la sesión fotográfica y sacó otro montoncito de una carpeta.

—Lo que le mostré del *Jugendwerkhof* es bien grave. Eso sí, no tanto como esto. —Con un ostentoso ademán le pasó otra fotografía a Gottfried, una copia en blanco y negro en la que se veía al profesor a punto de entrar en la iglesia de Getsemaní—. ¿A que sabe usted dónde está sacada la foto?

Gottfried optó por no responder, pero claro que lo sabía. Por saber, sabía hasta cuándo la habían tomado, y también sospechaba quién. Aquel cabrón de Tilsner: el muy capullo lo había estado espiando. Y entonces, en vez de mirar a la foto o al oficial de la Stasi, se miró las manos, inermes en el regazo, y vio cómo le temblaban las puntas de los dedos. La siguiente fotografía lo mostraba junto al reverendo Grosinski.

—Ese hombre está bajo vigilancia, acusado de llevar a cabo actividades contra el Estado —dijo Hunsberger—. Y, pese a ello, usted va y se relaciona con él. —A continuación, Hunsberger sacó de la carpeta dos documentos que parecían oficiales y le dio uno a Gottfried—. ¿Sería tan amable de leer esto?

Era el artículo 96 de la constitución de la República Democrática Alemana, subrayado en rojo, y Hunsberger empezó a leerlo en alto de su copia:

—*Quienquiera que sea hallado culpable de atentar contra el orden político o social de la DDR puede ser sentenciado, cuando las circunstancias*

sean agravantes, a la pena de muerte.

Gottfried intentó defenderse:

—¿Cómo? Pero si yo solo quería ver a un cura.

—Y ¿quién va a creer a un perverso sexual como usted que abusa de las niñas cuando están convalecientes?

—Yo no...

—¡Cállese! —Hunsberger adelantó el plato de *Gebackene Apfelfringe* hacia el centro de la mesa—. Mejor sería que empezara a decir la verdad, Herr Müller, porque de lo contrario será peor para usted y para su mujer. Interrogaremos a quien tengamos que interrogar, pero a mí me parece que es usted culpable y encontraremos las pruebas que lo demuestren. Y el castigo, para los casos más graves, no es otro que la pena capital. —El giro que dio Hunsberger al plato de dulce le plantó las frambuesas a Gottfried en las mismas narices, pero no era precisamente agua lo que se le hacía la boca, sino bilis que le subía por la garganta.

—Mire bien este plato, Herr Müller, porque antes de ejecutarse la pena de muerte, al condenado se le suele conceder como un último capricho que elija el menú de la cena.

Al fogonazo lo sucedió una imagen de su entrada a la iglesia de Getsemaní. Luego otra vez la luz. Grosinski y él enfrascados en una conversación. El fogonazo otra vez. La foto de Karin y Tilsner besándose. Una vez más la luz. La imagen en la que se lo ve a él besando a Beate, con una mano en el pecho de la chica. El fogonazo. Las frambuesas, de un color rojo sangre, el helado de vainilla y la masa quebrada que rodea los aritos de manzana.

Tiró de la manta para taparse la cara, se dio la vuelta, intentó por todos los medios sustraerse a la luz que todo lo cegaba, a las imágenes que lo invadían todo. Nada más dejar a Hunsberger, lo trajeron de vuelta a la celda, hecho una piltrafa, y el tormento comenzó de nuevo, solo interrumpido por el tintineo de unas llaves y la apertura de la rejilla.

Y por la cara gruesa de la funcionaria:

—Retire las manos de la manta. Retire la manta de la cara. Y ¡túmbese de espaldas!

Las mismas palabras. Una noche más. Un día más. Una noche más.

¿Cuántas restaban hasta que le trajeran aquel último plato de *Gebackene Apfelringe*? Pensó en Karin. Ya no le echaba en cara que se sintiera atraída por Tilsner. Había sido solo un desliz por su parte, y él fue tan estúpido que la puso en peligro, a ella y a su carrera de policía. Ojalá pudiera hablar con su mujer; seguro que Karin lo arreglaba todo y lo sacaba de aquel infierno.

*Decimoprimer día.
En el tren a Stralsund.*

Aquella noche Müller tuvo el sueño inquieto, intercalado de pesadillas en las que salían Gottfried, Jäger, Tilsner y el cuerpo de la chica sobre la mesa de autopsia, todo mezclado en terrorífico montaje. En el tren, con el suave balanceo que le transmitía el vaivén a su cuerpo, este le pedía a gritos que se dejara ir y cerrara los ojos, pero la mente, acelerada por las más variadas teorías y pensamientos, persistía en la vigilia. Al otro lado del pasillo, sin embargo, Tilsner y Schmidt roncaban a pierna suelta con la cabeza volcada sobre el pecho igual que un muñeco roto.

Müller sentía que le había fallado a Gottfried, pues podía haberse negado a venir a Rügen si no la dejaban verlo; aunque en ese caso, se habría arriesgado cuando menos a una reprobación.

Los progresos de Schmidt en el laboratorio, las pistas que halló en el coche, todo apuntaba a un avance significativo en la investigación. Pero había algo que seguía sin encajar, porque si habían limpiado tan a fondo la limusina, ¿cómo era posible que no hubieran desaparecido también esas pruebas? Unas pruebas, además, tan claras que parecía que las habían puesto allí adrede. Pero ¿quién? ¿La Stasi? Lo confirmaría el hecho de que fuera el propio Jäger el que los había ordenado ir a Rügen. Pero ¿para qué?

Suspiró y le dio un sorbito al café que Tilsner le había traído del vagón-restaurante. Estaba ya casi frío y tan amargo que le arrancó una mueca de asco. Probó a echarle otro azucarillo y con una cucharilla removió el brebaje.

Había otro problema sin solución aparente, y era que no constaba denuncia alguna de chicas desaparecidas ni en la zona de la sierra del Harz ni en Rügen; o, al menos, ninguna que encajara con la descripción de la chica muerta. Lo único que había era aquella denuncia misteriosa recibida por la Stasi sobre una adolescente a la que se había referido Jäger en el bar. Müller

llegó al extremo de ordenarle a Tilsner que volviera a revisar toda la documentación sobre chicas desaparecidas que tenían en las oficinas de Marx-Engels-Platz, estropeándole así el fin de semana. Nada halló el subinspector, pero se trajo las carpetas al tren para que ella lo repasara todo otra vez.

Las sacó de la maleta, tres en concreto, las correspondientes a los *Bezirke* más al norte de la República Democrática Alemana: distritos de Rostock, Schwerin y Neubrandenburg. Empezó por Rostock, se lo puso encima del regazo y comenzó a pasar las páginas. Era donde más esperanzas tenían, pues incluía Rügen y toda la costa del Ostsee en territorio de la DDR.

El tren dio una violenta sacudida y parte el café se derramó sobre el suelo sucio. Tilsner despertó con un sonoro resoplido:

—Creo que me quedé roque un rato, pido perdón —dijo, pasándose la mano por la cara—. Pero, claro, como me hiciste trabajar en domingo. —Vio que detenía la vista en la carpeta que tenía entre las manos—. Ahí no hay nada —dijo—, ya te lo dije ayer. Ni una sola chica que case con la descripción del cuerpo que tenemos en la morgue.

Müller siguió revisando todas las denuncias de desaparecidos: había chicas de mayor edad, de más estatura, mujeres jóvenes, hombres, jubilados. A muchos les habían añadido la etiqueta de *Republikflüchtlinge* en potencia, pero Tilsner tenía razón: nada había allí que coincidiera con el perfil de la chica muerta.

—Nos hace falta algo más para seguir investigando, Karin, necesitamos más pistas.

—Y ¿si fuera verdad que ha desaparecido una chica de Rügen, solo que no lo han denunciado y por eso no está en estas carpetas?

Tilsner se frotó la barbilla, cubierta por la barba de varios días:

—Parece poco probable. ¿Cómo no iban a tener conocimiento de algo así las autoridades?

Müller dijo que sí con la cabeza. Luego añadió:

—Pues porque no es Berlín. Imagínate que viviera en una granja remota y que surgiera allí una disputa familiar. A lo mejor la madre era soltera; o el padre, viudo, y tenía una hija rebelde. En un momento dado se le cruzan los cables, pierde el control y la estrangula, luego deja el cuerpo al lado de la barrera de protección antifascista en Berlín...

—... y se toma la molestia de dispararle por la espalda después de muerta,

le tira encima un cubo de sangre de procedencia animal, ¿todo para dar la apariencia de que la han disparado desde el otro lado del Muro? Y luego va y alquila una limusina para levantar sospechas contra las autoridades del Estado. Además, ¿cómo explicas lo de la violación? —Tilsner negó con la cabeza—. Perdona, pero esa hipótesis no se sostiene.

Quedaron los dos en silencio, pero Müller comprendió que él tenía razón. Cogió otra carpeta y la fue hojeando. Como no podía concentrarse, empezó a preocuparse por Gottfried, y entonces el balanceo del tren y los ronquidos de Schmidt, emitidos con rítmica cadencia, la fueron llevando poco a poco en brazos del sueño.

Casi todo lo que quedaba de viaje lo pasó dormida y tuvo que despertarla Tilsner cuando estaban ya casi en Stralsund Hauptbahnhof, donde tenían que hacer transbordo para llegar a Rügen, la isla más grande de la República Democrática Alemana. El tren cruzaba ya el estrecho de Strelasund por el puente de la vía férrea que unía la isla con el continente y Müller se llevó una decepción: esperaba un paisaje rural y lo que vio fue un entorno industrial, como en tantos lugares de la DDR. Solo cuando se adentraron en la isla reconoció el paisaje de colinas suavemente onduladas, de granjas en la lejanía, que había visto en su única visita anterior a la costa del Ostsee: los recuerdos que tenía de la campiña en su luna de miel, cuando acampó con Gottfried entre las dunas de Prerow, más hacia el oeste. Entre esos recuerdos estaba el deseo que sentía por Gottfried, por su cuerpo bronceado y musculoso, tan diferente del aspecto que tenía ahora. Pensar en aquellos tiempos le hizo sentirse culpable otra vez; preguntarse, llena de miedo, qué le habría sucedido a su marido. ¿Por qué pensaba tan mal de él con la mala racha que estaba pasando, el pobre? En vez de hacer todo lo posible por ayudarlo. Sí que era verdad que había sido una estupidez por su parte mezclarse con el grupo aquel que frecuentaba la iglesia, pero Gottfried no era mala persona, y los recuerdos de su luna de miel le trajeron a la memoria el amor que se tuvieron en los primeros años, aquellos años iniciales, de matrimonio.

En la estación de Bergen auf Rügen los recogió un agente de la *Volkspolizei* que los llevó a la comisaría local de la Policía del Pueblo para que se pusieran al corriente de los preparativos ordenados por Jäger desde

Berlín.

Los dejaron en una sala al fondo de la comisaría.

—*Oberst* Drescher estará con ustedes en unos instantes, camarada Müller —dijo el policía, y dejó a sus tres colegas berlineses solos.

—¿Tiene previsto Jäger dónde nos vamos a alojar? —preguntó Tilsner.

—Por lo que yo sé, sí que ha pensado en ello —dijo Müller—. Eso ponía en la nota que me dio con los billetes. También nos van a dejar un coche.

—Con uno de sus matones de piloto para que nos lleve a todas partes, menudo plan.

Nada más decirlo, se abrió una puerta que había en un lateral y entró con paso firme un policía de uniforme con rango de coronel. Los tres detectives berlineses hicieron amago de levantarse, pero el *Oberst* les dijo por señas que siguieran sentados.

—Es un verdadero placer, camarada Müller. *Oberst* Marcus Drescher, de la Policía del Pueblo de Rügen. ¿Y estos detectives son...?

Müller le presentó a Tilsner y a Schmidt, y entonces Drescher los apremió para que se acercaran con las sillas a la mesa que ocupaba el centro de la sala.

—La central en Berlín del Ministerio para la Seguridad del Pueblo nos ha pedido que les demos alojamiento y medio de transporte, y lo haremos encantados. Pero he leído detalles del caso que les ocupa en el *Neues Deutschland*, y yo pensaba que la chica huía del otro lado hacia Berlín Oriental. —Una media sonrisa se dibujaba en la cara del coronel mientras lo decía—. ¿He de entender ahora que no hay tal —siguió diciendo— y que creen ustedes que la chica es de aquí, de Rügen?

—Cabe dentro de lo probable —dijo Müller—. Hay pruebas halladas en la escena del crimen que apuntan en esa dirección, pero no es más que una línea de investigación que tenemos abierta. Parece, sin embargo, que no consta ninguna chica de Rügen desaparecida que pueda casar con la descripción de la chica muerta.

—¿Han mirado todos los registros?

—Sí —lo interrumpió Tilsner—, fui yo quien se ocupó de tamaña proeza. —A Müller no le gustó nada la falta de seriedad de la que hacía gala su ayudante.

—Lo que me gustaría saber —inquirió Müller— es si tienen noticia de alguna persona que ha desaparecido y merece la pena investigar el caso, aunque nadie lo haya denunciado. Ya sabe a qué me refiero: un vecino que

denuncia a unos padres porque levantan sus sospechas, o una llamada a la policía por un caso de violencia doméstica, o alguna chica que haya sufrido golpes o maltrato. —Por Jäger, Müller ya sabía que había algo que merecía la pena investigar, pero se guardó de decirlo por el momento porque quería saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar el oficial de la Policía del Pueblo a la hora de ofrecer sus fuentes y su colaboración.

Drescher se echó hacia adelante y acercó la silla a la mesa.

—Lo malo es que no siempre nos llegan todas las denuncias de esa índole porque algunas van a la oficina local del Ministerio para la Seguridad del Estado, quienes a su vez lo mandan directamente a Berlín, donde, me consta, el *Oberstleutnant* Jäger tiene acceso a ellas.

Müller dijo que sí con la cabeza. Al parecer, Drescher no estaba dispuesto a revelar mucho más si no se le pinchaba para que soltase prenda.

—Ya nos ha informado el Ministerio, es cierto, de un incidente del que han tenido noticia, una adolescente a la que han denunciado. Nos gustaría ver todo lo que les consta al respecto, cualquier detalle que pudiera ser de relevancia. —Observó bien la cara de Drescher por ver si eso producía alguna reacción, pero el coronel se comportaba como si no tuviera nada que esconder.

—Por supuesto, por supuesto. Haré que uno de mis hombres les traiga todo lo que tenemos. Así, de memoria, no puedo decirles gran cosa sobre ese caso, pero seguro que los detalles están por escrito. Pueden estudiarlos aquí mismo y luego les mostraremos el coche que vamos a poner a su disposición y les indicaremos dónde se alojan. Hemos reservado habitaciones en uno de los hoteles de la playa. Pensé que preferirían eso a un hotel de aquí, de Bergen: estarán más cómodos, y seguro que prefieren quedarse en la playa viniendo como vienen ustedes de Berlín.

El registro de altercados estaba clasificado por meses y decidieron concentrarse en las entradas del último año, para empezar. Müller se quedó con las que iban de marzo a junio del año anterior; Tilsner, las de julio a octubre; y Schmidt empezó por las de noviembre hasta el mes en curso.

La inspectora fue pasando las páginas y descartando con un vistazo las entradas que no hacían al caso. Robo de coche. Robo de leña. Alguien que no reparaba el cercado en el que tenía unas pocas ovejas y el ganado se le

escapaba. Una pelea en un bar de Bergen. Un casero acusaba al inquilino de prender fuego adrede a la propiedad para así forzarlo a mejorar las condiciones de la vivienda.

—Aquí no hay nada —dijo con tono de fastidio—. Y vosotros, ¿qué tal?

—Más de lo mismo en mis registros —dijo Schmidt.

—¡Anda! Esta sí que es buena —dijo Tilsner, y fue subrayando las palabras con un dedo mientras las leía—: Frau Probst, de la calle Am Hafen, en Gager, llamó a la comisaría de la Policía del Pueblo de Göhren para quejarse de los niños que pescaban en el muelle. Dijo que era una ocupación antisocialista, y que la policía tenía que detenerlos, o si no, colectivizar la actividad.

Müller soltó una risita nerviosa:

—¿Qué curso le dieron?

—Se decidió no intervenir.

Müller había llegado a su última carpeta, la de junio. Las palabras «no intervenir» la llevaron a fijarse en una recomendación parecida consignada en una de sus entradas. La leyó y vio que podía haber algo allí. Tilsner se fijó en que pasaba más rápido las páginas y dejó lo que estaba haciendo.

—¿Has dado con algo, jefa?

—No estoy segura —replicó ella—. Puede. Tiene pinta de que sea este el incidente que llegó a la oficina de la Stasi, del que me habló Jäger. La ciudadana Baumgartner, directora del *camping* estatal de Sellin, acude a la comisaría para poner una queja porque le denegaron el acceso a su nieta. Dice que la citada nieta, Irma Behrendt, sufrió heridas en una caída en mayo del último año cuando se encontraba ingresada en el *Jugendwerkhof* de Prora Ost en régimen interno. —Müller tembló por dentro al oír el nombre del reformatorio en el que Gottfried había dado clase un tiempo. Posiblemente se tratara de una simple coincidencia, pero su marido nunca le habló de que ninguna chica se lastimara en una caída. Procuró que los otros no se percataran de su reacción porque no quería tener que poner a Tilsner al corriente de aquel castigo impuesto a su marido; así que volvió a centrar toda su atención en la entrada del registro—: La dejaron ver a la chica en el asilo para jóvenes cuando estuvo en la enfermería, un permiso que no le dan a todo el mundo, y ella lo agradeció. Pero cuando volvió a visitarla, le denegaron el acceso.

Tilsner puso cara de decepción:

—No parece gran cosa, jefa. Además, ¿qué es un asilo para jóvenes en régimen interno?

—Allí meten normalmente a los adolescentes más rebeldes y conflictivos, y también a los que delinquen. Este de Rügen y el de Torgau son los únicos en régimen interno: quiere decir que los chicos no salen, que están entre rejas.

—Pero ¿qué tipo de delitos son esos? ¿Escaparse de casa y cosas así? —preguntó Schmidt.

—Algo más grave, Jonas: como escaparse de un asilo para niños menos estricto que este... No sé, delitos de ese tipo.

—¿Qué curso recomendaron que se diera a la denuncia? —preguntó Tilsner.

—No intervenir —dijo Müller después de consultarlo en la parte inferior de la página—. Por eso me fijé, porque parece que le dieron la misma solución que a ese tuyo de los niños pescadores. No sé, a lo mejor no es el que decía Jäger.

—No comprendo por qué no nos dio todos los datos que tenía, ¿a santo de qué tenemos que estar aquí removiendo Roma con Santiago para dar con ello? —Tilsner miró por encima del hombro de su superior—. Pero, espera, ahí pone: *Sigue en la otra página*.

Müller lo había pasado por alto. Al pasar la página, vio que había una adenda del *Oberst* Drescher. La inspectora la leyó en alto:

—Lo que ha escrito es: *Sugiero sea referida denuncia al Ministerio para la Seguridad del Estado*. —Cerró la carpeta y miró a Tilsner—: O sea que sí que es la que Jäger decía que le parecía sospechosa, aunque no dice por qué le pareció necesario remitirlo a la Stasi.

Tilsner dijo que sí con la cabeza:

—Me parece que vamos a tener que hacerle una visita a la ciudadana Baumgartner.

Ocho meses antes (junio de 1974).
Jugendwerkhof de Prora Ost.

Empezamos el turno de la tarde en la sala de embalaje a las seis y media. Los demás, que han estado todo el día haciendo taladros, cortando piezas de madera, tienen permiso ahora para ver el partido en la sala del televisor. Y aunque odie lo que me ha hecho mi país, lo que sigue haciéndome, quiero que gane nuestro equipo. Eso sí que sería una noticia, y bien que les mojaríamos la oreja a los del oeste, ¡toma! Pero esta noche ya no pienso en el partido.

Vamos a la zona de embalaje. Tengo a Beate a mi izquierda y a Maria Bauer a mi derecha. A la izquierda de Beate está Mathias y, de vez en cuando, los veo ponerse ojitos. Quizá deba dejarlo a él fuera del plan. Sí que es cierto que nos vendría bien contar con la fuerza de un chico, pero intentar la fuga de tres de nosotros a la vez sería muy arriesgado. No en vano, a Beate, cuando se lo expliqué antes en los baños comunales, le entró mucho miedo. Yo sé que se muere de ganas de salir de aquí, tanto como yo, aunque eso pase por dejar atrás a su noviete.

Miro entonces lo que tenemos que embalar y veo que hay un problema, pero un problema gordo de verdad, ¡porque no son camas de matrimonio! Son otra vez armarios de cocina y las cajas son más pequeñas, y también las piezas. Miro a mi derecha y veo que las de Bauer son iguales. Pero a mi izquierda, a Beate le ha tocado la cama doble que esperábamos. A ella y a Mathias. Más allá de Mathias, el puesto de embalaje está vacío.

Noto en la piel ese hormigueo que te sale antes de romper a sudar y me digo: «¡No te pongas nerviosa!».

Levanto una mano.

—¿Qué pasa, Irma? —dice Frau Schettler con un suspiro de hastío.

—Frau Schettler, se han equivocado con lo que tenemos que embalar, esto

no son camas, son armarios de cocina.

—Deja de quejarte, Irma —dice—. Tú límitate a embalarlo.

No dejo de darle vueltas a la cabeza porque algo se me tiene que ocurrir antes de acabar el turno. Miro a Beate y me pregunto qué estará pensando con esa cara de pánico que se le ha puesto.

Trabajo con rapidez: caja a caja, consigo ir por delante de los objetivos que tenemos marcados, a ver si así puedo acabar a tiempo los armarios y pedir que me pongan en los puestos vacíos en los que, he visto, hay partes de camas de matrimonio a la espera de ser embaladas. Pero no hago más que terminar un armario y ya me traen más piezas de lo mismo en un ciclo que nunca termina.

Queda menos de medio turno y tomo la iniciativa a la desesperada: primero miro a derecha e izquierda para asegurarme de que ni Mathias ni Bauer me ven. Luego compruebo que debajo del borde de la mesa de embalaje siguen las chokolatinas y las botellas de Vita Cola que hemos comprado con la paga de varias semanas y, en efecto, ahí siguen.

Levanto entonces la mano otra vez.

—¿Me deja ir al servicio, por favor, Frau Schettler?

Frunce los labios y suelta un suspiro largo y sonoro para que se note su autoridad:

—Vale, Irma, pero nada de escaquearte para ir a ver el partido.

—No, no, Frau Schettler, se lo prometo.

Cuando vuelvo, en vez de entrar en la sala de embalaje por la parte en la que está Maria Bauer, lo hago por el puesto que está vacío, a la izquierda de Mathias. Lo rebaso, y, cuando estoy entre él y Beate, le susurro:

—Mathias, ponte en el puesto que está a tu izquierda, déjame que me ponga aquí.

—¿Por qué? Yo quiero estar al lado de Beate.

—Por favor, Mathias, necesito ponerme aquí —imploro, con la esperanza de que Schettler no vea el cambio de puesto y venga hacia aquí—. Te doy toda la paga de esta semana.

—¿Toda? —pregunta alzando las cejas.

—Toda —repito. Como no sabe que ya no estaré aquí para cobrarla, encoje los hombros y se desplaza a su izquierda. Veo que Bauer mira hacia nosotros, así que me llevo un dedo a los labios para que no nos delate. Me sonrío asintiendo y casi ni me lo creo, aunque la verdad es que desde que me caí, nos trata mejor a Beate y a mí.

Nos queda media hora, así que le doy con el pie a Beate en la espinilla: esa es la señal, solo espero que ahora no se raje.

Levanta la mano:

—Frau Schettler, ya he terminado, ¿puedo ir a ver el partido?

—Sí, Beate, ya te puedes ir.

Hace como que sale, pero en cuanto Schettler agacha la cabeza y hunde los ojos en el libro que está leyendo, Beate se mete debajo de la mesa de trabajo, donde antes, en este mismo turno, hemos dejado una caja con una cama a medio embalar. Lo ve Maria, y lo ve Mathias. Les pido a ambos que no digan nada llevándome un dedo a los labios. Maria asiente con un leve gesto de la cabeza, pero Mathias arruga el entrecejo.

Beate está metiéndose dentro de la caja, centímetro a centímetro. Yo hago como que se me ha caído la cinta aislante y un bolígrafo, me agacho a cogerlos y agarro una chocolatina y una botella de cola y lo meto dentro de la caja en la que ya está ella. Arranco luego dos tiras de cinta aislante y sello así la caja, no sin antes hacer dos agujeros en el cartón con el bolígrafo. Cuando me levanto, siento que el corazón me va a estallar dentro del pecho, pues Frau Schettler viene hacia nosotros.

—¿Os queda mucho a vosotros, Irma, Maria, Mathias? Cuando acabéis os podéis ir a ver el partido, ¿vale? —Mira al suelo—. ¿No ha dicho Beate que había cubierto su cuota? Se ha dejado aquí una caja ya lista. —Hace amago de agacharse, como si fuera a revisarla, y yo siento que se me acelera el pulso.

Entonces tercia Mathias:

—No se preocupe, Frau Schettler, ya la llevamos Irma y yo al palé. Tú me ayudas, ¿verdad, Irma? —Yo digo que sí con la cabeza y Schettler se levanta, se olvida de la caja y vuelve a su sitio.

Mathias y yo rodeamos la caja y la levantamos, pero pesa tanto que casi no puedo con ella. Maria viene a ayudarnos y entre los tres la llevamos hasta el carrito. Hay un momento en el que siento que me van a fallar las piernas, pero al final logramos montarla encima. Lo empujamos luego hasta los palés

que hay junto a una de las paredes laterales de la nave y subimos la caja a uno de ellos. Maria me susurra al oído: «Buena suerte», y me alegro de haber hecho las paces con ella. Vuelve a la mesa de trabajo y yo la sigo y pienso que ojalá sea un deseo sincero por su parte para que las cosas nos salgan bien, y no una estratagema para delatarnos más tarde. Siento entonces que Mathias me coge del brazo.

—¿Qué narices creéis que estáis haciendo? Os vais a meter en líos Beate y tú; además, no pienso dejar que salga sin mí —me dice por lo bajito.

Ya sabía yo que algo así iba a pasar.

—Los tres no podemos salir, es muy arriesgado —digo con voz más baja, si cabe, que la suya.

Me sujeta más fuerte del brazo y dice:

—O me sacas a mí en la siguiente caja o me chivo. Y tienes que decirme además adónde nos llevan.

Scheisse. Yo creía que Mathias estaba de mi parte, pero claro, está enamorado de Beate. Debí haberlo pensado antes.

—Vale —digo—, las cajas las exportan a Suecia.

—¿A Suecia? Tú estás loca. Nunca llegaremos a Suecia.

Se acaba el tiempo. Si Mathias sale, lo más seguro es que a mí no me dé tiempo a escapar, y habrá más riesgo de que nos descubran. Pero si no lo dejo irse a él, sé que nos delatará.

—¿Qué pasa, que quieres que tu novia acabe sola en Suecia? Pues si no, arriésgate con ella.

Tarda unos minutos en reaccionar y comprendo que se ha quedado en blanco. Mira entonces hacia el palé en el que hemos dejado a Beate escondida dentro de la caja. Veo que se decide y que va a arriesgarse por ella: eso quiere decir que la que no sale soy yo, pero al menos Beate será libre, y no estará sola, tendrá a alguien que la ayude.

Cuando estamos de vuelta en el banco de trabajo, ahora es Mathias el que desaparece debajo de la mesa. Ojalá Maria no piense que queremos irnos todos y dejarla a ella aquí. Repito la operación con la cinta, la chocolatina y la botella, remato con los agujeros del boli y luego me levanto y alzo una mano.

—Frau Schettler, ¿puedo ir a buscar a un chico para que me ayude a llevar esta caja? Yo diría que esta madera pesa más. —Hago como que me río yo sola la gracia—. Será que estoy cansada.

Dice que sí con la cabeza. Voy a la otra mesa de trabajo y convengo a dos chicos para que me ayuden. Vienen hacia donde está la caja y los tres levantamos a Mathias. Entre jadeos y bufidos, uno me pregunta:

—Pero ¿qué has metido aquí dentro? Ni que hubieras llenado la caja de plomo. —Pesa tanto que tenemos que volver a ponerla en el suelo. ¡Me cago en Mathias! Lo ha estropeado todo. Pero entonces viene Maria.

—Venga, que entre los cuatro podemos —dice bajito. Nos cuesta, pero al final la llevamos al carrito. Los chicos vuelven a su mesa de trabajo rezongando, mientras Maria y yo lo llevamos hasta el lateral de la nave, y allí, empujando las dos, pasamos la caja del carrito a un palé.

Antes de volver, acerca la boca a mi oído y susurra:

—Mathias te ha quitado a ti el sitio, ¿a que sí? —Siento que se me llenan los ojos de lágrimas y digo que sí con la cabeza. Y entonces, la chica que siempre estaba metiéndose conmigo, va y me consuela poniéndome una mano en el brazo—. Tú sabes que podría denunciarte.

La miro a los ojos. Ella me sostiene la mirada un par de segundos, luego sonrío y dice que no con la cabeza:

—No sé por qué hago esto, Behrendt. Queda otra caja debajo de la mesa, vamos rápido a tu puesto y yo te ayudo.

Solo que hay un problema, y es que casi todo el mundo se ha ido ya a ver el partido. Se ha corrido la voz de que vamos ganando y quedan solo unos minutos. Maria y yo nos damos toda la prisa que podemos para embalar la última cama de matrimonio. Escondemos las lamas y las patas detrás de nosotras, donde no se ven y ya hemos dejado las otras, y así puedo caber yo. Ella mira para comprobar que los dos chicos de la mesa contigua siguen allí y entonces me mete dentro. Me acurruco en el hueco y ella lo cubre con el lateral de la cama, cierra la tapa de cartón, la sella, hace los agujeros con un boli y, en ese instante, me doy cuenta de que el plan inicial no contaba con eso: ¿quién habría cerrado mi caja si Maria no hubiera estado allí? ¿Cómo la habría llevado hasta los palés si yo estaba dentro? Doy gracias al cielo de que me esté ayudando, pero me he quedado sin chocolatina y sin bebida: Mathias se ha llevado las que tenía para mí. Oigo los pasos de Maria cuando se aleja y luego los de tres personas que se acercan. Y entonces siento que levantan la caja conmigo dentro, me escurro, me zarandean y estiro los brazos y las piernas para sujetarme. Con el ataque de pánico, me falta el aire y pienso que esto ha sido una locura, que por qué tendría que ocurrírseme semejante plan.

Me llevan luego como en volandas, con mayor suavidad, y noto que voy sobre ruedas y siento cómo chirrían, por lo que calculo que la caja que me contiene va encima del carrito. Luego todo se eleva una vez más, muy poco esta vez, y ya estoy en el palé.

De repente, entra un chorro de luz por el borde de la caja que queda justo encima de mi cabeza, y es que se ha despegado la cinta. *Gottverdamm!* Por el hueco veo a Maria y a los dos chicos volver a sus puestos en las mesas de trabajo. Ya están recogiendo y se disponen a ir a ver el partido. Oigo luego pasos y es Frau Schettler que viene hacia los palés, como si quisiera cerciorarse de algo. Tengo la certeza de que me va a descubrir porque el borde de mi caja está casi abierto del todo. El corazón se me sale del pecho y cierro los ojos para no ver cómo me descubre.

Pero entonces la oigo alejarse, ¿será que va a dar la voz de alarma? Me arriesgo a abrir un poco los ojos y miro a través de las pestañas: coge un rollo de cinta aislante, corta dos tiras largas y viene otra vez hacia donde yo estoy. Una vez allí, pega de nuevo el borde de la caja sin llegar a mirar dentro y vuelve a hacerse de noche otra vez en mi pequeño mundo.

Beate y yo habíamos planeado qué hacer en caso de que no movieran los palés en un tiempo. Acordamos que esperaríamos un día antes de salir de las cajas. Pero Mathias no estaba en el plan inicial y él no sabía eso, así que cruzo los dedos por que no lo venza el pánico y haga que nos descubran. Pasan los minutos, y los minutos se convierten ya en una hora. Entonces oigo de repente ruido y entra la luz por los agujeros practicados en la caja. Enseguida, arranca un motor con un sonido metálico y, por fin, el palé se mueve. Voy deduciendo cada movimiento, lo asocio a cada uno de los ruidos, y hasta me llegan las palabras del conductor del montacargas comentando los lances del partido con otro hombre, el conductor del camión que nos va a llevar a Sassnitz quizá... Ojalá. «¡Menudo golazo!», dice. «Les hemos dado una buena a esos del oeste. A ver si aprenden».

Por las vibraciones del camión y el ruido que mete, sé que vamos ya en camino, y por primera vez albergo de verdad la esperanza de que este plan funcione. Cuando llegamos al final del trayecto, oigo lo que deduzco es otro

montacargas y siento que la caja se eleva del camión: las luces del puerto titilan por los orificios en el cartón, luego todo se detiene y queda en silencio. Pasan los minutos: una hora; después, dos. Me empieza a entrar el pánico porque no contaba con esto. Intento moverme, pero estoy encajada de pies y manos. Pienso que podríamos estar aquí días, o semanas, en la zona del puerto en la que aguardan las mercancías, rodeados de contenedores por una temporada larga hasta morir atrapados, asfixiados, o perecer de hambre. Este plan ha sido una locura, una estupidez, y yo he provocado la muerte de los tres. Intento moverme otra vez, dar la vuelta a la caja, pero no hay espacio para maniobrar. Como no puedo hacer otra cosa, empiezo a contar. Primero los segundos. Luego los minutos. Las horas. Sigo contando, contando, contando.

Debí de quedarme dormida en algún momento, porque de repente despierto al notar el ruido de la maquinaria y la luz del día que entra en la caja por los resquicios. Debe de ser ya de mañana, y oigo a más hombres comentando el partido de anoche. Entonces me ponen otra vez en movimiento, con el mismo zarandeo que cuando nos cargaron en el camión en Prora: o sea que es otra vez un montacargas lo que nos eleva. La caja se mueve más porque el terreno es menos liso y me duelen los golpes de la caída con el vaivén, un dolor que me recorre el espinazo. Pero entonces todo se detiene, y percibo otro tipo de cadencia y casi no quepo en mí de puro contento. Me entran ganas de dar voces, de gritar a los cuatro vientos, mas sé que debo seguir callada. Es un balanceo que casi no se nota, pero no hay ninguna duda de que, de lado a lado, me estoy moviendo. Lo recuerdo de los veranos que pasé en Sellin.

Así se mece un barco amarrado a puerto.

*Febrero de 1975. Décimo primer día.
Rügen, Alemania del Este.*

El coche que les dejó la policía de Rügen era un Trabant nuevo de color azul celeste. Müller sabía que muchos ciudadanos de la República Democrática Alemana se pasaban años esperando hasta que podían hacerse con un coche como aquel, así que le daba un poco de vergüenza en el fondo echar de menos un coche de más prestaciones, como el Wartburg que usaban en la *Kriminalpolizei*. Miró el mapa que tenía en el regazo: iban más o menos por la mitad del camino que separaba Bergen de Sellin. Giró el mapa noventa grados a la izquierda y los dos pliegues que comprendía la isla quedaron apuntando en la dirección que llevaban.

—Entonces, ¿cuánto queda?, oh, tú, copiloto experto —preguntó Tilsner.

Müller miró en la escala de distancias que traía el mapa, juntó el índice y el pulgar hasta abarcar el patrón de medida aproximado y, luego, lo fue desplazando a saltitos desde el punto en el que se encontraban hasta Sellin. Le dio para tres trechos y dedujo de ahí lo que quedaba:

—Unos seis o siete kilómetros, no mucho.

En cuestión de minutos estaban llegando al complejo turístico de Sellin. Daba la casualidad de que la policía les había reservado habitaciones en el mismo pueblo del *camping* regentado por la abuela que puso la denuncia. Según les dijo Drescher, el *camping* quedaba un poco más hacia el sureste, en una zona de bosques que había junto a la playa. Müller paseaba la vista a derecha e izquierda mientras el Trabant atravesaba la calle principal a paso lento y los adoquines dejaban su huella en la amortiguación. Según el mapa, justo en el punto en el que la calle acababa en la playa, un malecón se adentraba mar adentro.

—Qué bonitos son estos edificios —dijo admirando las fachadas decoradas

con porches y balcones.

—Se trata de un estilo arquitectónico único —apuntó Schmidt desde el asiento de atrás del Trabant—. Tiene hasta su propio nombre: *Bäderarchitektur*. Se ve mucho en la costa del Ostsee, pero sobre todo en Rügen.

—Espero que nuestro hotel sea tan chachi como estos edificios —dijo Tilsner.

Müller miraba a un lado y a otro, recreándose con aquella arquitectura de estilo colonial.

—No es propiamente un hotel, sino un albergue. Tendría que ser uno de estos. Albergue La Paz, ese es el nombre. —Señaló uno de los edificios con balcones blancos en primera línea de playa—. Ahí lo tenéis, ese de la izquierda.

Aparcaron el coche en la parte de atrás, se apearon y sacaron el equipaje del maletero. El viento soplaba gélido del Ostsee y la calefacción del Trabant no funcionaba tan bien como la del Wartburg. Müller se frotó las manos por ver si así entraban en calor. Le apetecía otro baño de lujo como el que se dio en Charlottenburg, antes de que Tilsner saliera en misión misteriosa. Ya casi se había olvidado de aquello, pero observó ahora a su ayudante mientras la precedía con las maletas, la suya y la de él, hacia la entrada del albergue, y vio cómo el reloj de muñeca cazaba los últimos rayos del sol invernal con un brillo ostentoso. No sabía a qué atenerse con él, pero sí lo mucho que la atraía.

Se lavó y cambió de ropa, repasó el maquillaje y ya estaba lista para ir a ver a la abuela. El baño prolongado tendría que esperar; y, mientras, salió al balcón, que daba a Wilhelm-Pieck-Strasse. Era ya a última hora de la tarde y se había puesto el sol, así que volvió dentro y llamó a recepción para que la pusieran con el *camping*, solo para ver si estaban. Respondió una mujer, había que suponer que Frau Baumgartner en persona, pero Müller pidió perdón en el acto, dijo que se había equivocado de número y colgó. No quería que la abuela estuviera preparada ante la visita de la policía, prefería pillarla desprevenida, por si así obtenían más información.

Se puso el abrigo, la bufanda, los guantes, y fue a buscar a Tilsner y a Schmidt a su habitación. Bajaron los tres la escalera, dejaron atrás la

recepción y salieron a que les diera en pleno rostro el aire vigorizante del Ostsee.

Fueron caminando por el paseo marítimo, asomado a las playas vacías que en verano, como Müller bien sabía, se llenaban de cuerpos, de ciudadanos que absorbían desnudos los rayos del sol, a la aguerrida manera de la Alemania del Este. En un día como aquel, sin embargo, no había nadie en la playa, solo placas blancas de hielo allí donde la marea había dejado al retirarse charcos que se habían congelado.

Pasados unos diez minutos, las casas y los albergues del complejo turístico desaparecieron y los reemplazaron hilera tras hilera de hayas, un sudario que cubría de sombra la tierra hasta el mismo borde del acantilado. A su vez, el hayedo daba paso a un claro del que se enseñoreaba una casita construida también al estilo tradicional báltico típico de las zonas costeras y los balnearios, forrada de tablillas blancas y balcones y porches de madera. Müller imaginó que allí debía de ser donde viviera Frau Baumgartner, aunque no tenía pinta de que nadie hiciera *camping* en aquella época del año, y lo único que rompía la penumbra circundante eran las luces de la casa que hacía las veces de recepción.

Desde cerca, Müller observó que le faltaban balaustres a la barandilla del balcón, y que algunas de las contraventanas no tenían hojas. Se adelantó a los otros y llamó a la puerta.

A los pocos segundos, abrió una mujer de unos sesenta y tantos ataviada con una bata beis, y Müller no pudo evitar fijarse en el pelo, teñido de color azul platino, como una versión entrada en años de Margot Honecker, la *Volksbildungsminister*, cuyo ministerio, por cierto, estaba a cargo del *Jugendwerkhof*. También la ministra había adquirido recientemente el hábito de teñirse el pelo de ese mismo gris, como si quisiera adelantarse al paso del tiempo.

—No tenemos sitio para acampar —dijo la mujer, con una expresión funesta en la cara—. Este año no abro hasta después de Semana Santa.

—No venimos por el *camping* —dijo Müller, y blandió la placa de la *Kripo*—. Hemos venido a interesarnos por su nieta, Irma.

La mujer se echó hacia atrás con un movimiento brusco de la cabeza.

—¿Qué pasa con Irma?

—Nos gustaría entrar y hablar con usted, ciudadana Baumgartner. ¿Podemos sentarnos un momento?

La mujer se puso todavía más blanca.

—No serán malas noticias lo que me traen, ¿no?

—No tiene por qué —dijo Müller—. Pero será mejor que hablemos dentro.

La mujer llevó a los tres detectives de la *Kripo* a través de la recepción hasta la planta de arriba, donde estaba su apartamento. En el salón había varias butacas dispuestas en semicírculo alrededor de una chimenea ubicada en el centro de la estancia. Frau Baumgartner ocupó una de ellas y los invitó a sentarse. Müller sintió el calor de la lumbre en la cara e inmediatamente se le contrajo la garganta al inhalar el humo del lignito. Se quitó los guantes y la bufanda, pero no el abrigo porque, con la chimenea y todo, sentía el frío y la humedad que había allí dentro.

—Por lo que tengo entendido, ciudadana Baumgartner, en junio pasado presentó usted una denuncia en la comisaría de Sellin porque le habían denegado el acceso para visitar a su nieta en el *Jugendwerkhof* de Prora Ost.

—En efecto. Un sitio horrible ese reformatorio, construido en su día como lugar de recreo por los nazis. El *Jugendwerkhof* ocupa un extremo y el resto son barracones para los soldados del cuerpo de ingeniería que trabajan en la construcción —dijo la mujer, y se frotó una muñeca contra otra en un estado de nervios evidente.

—¿Ha habido algún cambio en esa situación? ¿Le han permitido a usted verla después de aquello?

Baumgartner dijo que no con la cabeza y una expresión de tristeza dibujada en la cara:

—Pues no. La última vez que la vi o que supe de ella fue en mayo pasado, cuando fui a visitarla a raíz de la caída. Volví a insistir después de la denuncia, pero nadie soltó prenda. Y luego la Stasi mandó a alguien a decirme que dejara de preguntar por ella. —No levantaba la mirada del suelo, prendida en una alfombra deshilachada que había delante de la chimenea.

Schmidt fue a decirle algo a Müller, pero ella lo mandó callar con un gesto de la mano y siguió interrogando a la mujer:

—Y ¿supone usted que Irma sigue ingresada en el *Jugendwerkhof*?

—No tengo ni idea —respondió la mujer, retorciéndose las manos—. No puede salir hasta que no cumpla dieciocho años; o hasta que «mejore nuestra situación familiar», según dijeron las autoridades.

Müller arrugó el entrecejo:

—Y ¿eso qué quiere decir?

Baumgartner alzó la vista y la posó en una fotografía que había en la repisa de la chimenea. Se veía a una mujer de unos treinta años con una chica que no pasaría de los diez.

—Esa es mi hija, con Irma, en una foto de hará unos seis años, antes de que todo empezara.

—¿Antes de que empezara el qué? —preguntó Tilsner.

—Antes de que arrestaran a mi hija por actividades supuestamente antirrevolucionarias, y antes de que se llevaran a mi nieta Irma. — Baumgartner se enjugó los ojos con la manga de la bata.

Müller fue a la repisa y cogió la fotografía. Pero vio que le costaría decir si había algún parecido entre la niña que posaba junto a su madre y la chica hallada en el cementerio de St. Elisabeth.

—¿No tiene una fotografía más reciente? ¿O alguna en color?

—En color a lo mejor sí —dijo la mujer, y se puso en pie despacio—. Pero ¿a qué viene tanta pregunta?

Müller suspiró antes de insistir:

—Tráigame primero la foto, por favor. —Vio que la mujer fruncía el ceño y que luego abría un armario que había al fondo del salón. Frau Baumgartner se puso de rodillas y sacó una caja de zapatos que depositó en la mesilla contigua, no sin antes quitar de ahí la labor de punto y ponerla en el suelo. Müller dirigió a Schmidt una mirada cómplice al percatarse de por qué había querido el de la Policía Científica llamar su atención antes: aquella madeja de lana era la causa.

La mujer estuvo rebuscando fotos en la caja.

—Casi todas estas son de mi marido y yo —dijo—. De antes de la guerra. Era piloto de la Luftwaffe, y no me pregunte que ya se lo digo yo: no sobrevivió. Llevo viuda más de treinta años, y cada vez me cuesta más tener este sitio en condiciones, como puede que hayan podido apreciar. —La mujer sacó una foto de la caja—. Aquí está: es una foto de Irma que le hice con la primera cámara en color que tuve. En aquella época era una niña feliz, siempre sonriente. —Le dio la fotografía a Müller.

Lo primero que llamó la atención de la detective fue la mata de pelo rojo y rebelde que lucía la chica. Ni con la plancha de pelo más potente y un tinte a prueba de fuego podría transformarse aquello en la media melena morena y

lisa de la chica muerta. Además, según había confirmado el informe del patólogo, el pelo de la chica hallada en el cementerio era de su color natural. Es decir, que no era la de la foto.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Buscamos a una chica desaparecida y hay ciertas pruebas que invitan a pensar que puede tener cierta conexión con Rügen, pero la chica en cuestión es morena y de pelo liso.

—¿Una chica desaparecida? ¿Me está diciendo que mi nieta puede haber desaparecido?

—En absoluto, Frau Baumgartner. El que no la hayan dejado verla en el *Jugendwerkhof* no quiere decir que Irma no esté allí. Seguro que sigue internada y, por lo que parece, la chica que estamos buscando y su nieta no son la misma persona.

La mujer se toqueteó los botones de la bata.

—Sí, pero yo sigo sin saber qué tal está Irma; porque no me han dejado verla.

Müller se inclinó para acercarse a Frau Baumgartner y ponerle una mano en el brazo. Entonces dijo:

—Pensábamos ir al *Jugendwerkhof* de todas formas, pero una vez allí comprobaré yo misma cómo está su nieta. No le puedo prometer nada, pero si algo no va bien, les pediré a los de los servicios sociales que se pongan en contacto con usted. Más no puedo hacer.

La mujer esbozó una tenue sonrisa:

—Se lo agradezco.

Tilsner terció entre ambas:

—La última vez que la vio, ciudadana Baumgartner, ¿seguía siendo pelirroja?

—Sí, sí, claro, en la enfermería.

—¿Qué edad tiene? Y ¿cuánto mide más o menos? ¿Hay algo de ella que crea que nos convendría saber?

—Ya ha cumplido los dieciséis, pero no sé cuánto mide, lo siento. La última vez que la vi estaba tendida en la cama y, antes de eso, antes de que se la llevaran a Prora, pues..., bueno, hace ya dos años. Estuvo en el hogar para niños de Greifswald, pero después ha dado el estirón, y ya es una mujer, o casi.

Müller dijo que sí con la cabeza:

—Y ¿cómo es que acabó en un *Jugendwerkhof* en régimen inter- no? ¿No reservan eso para los niños que han cometido un delito grave?

Frau Baumgartner se encogió de hombros y dijo:

—Como ya le dije, a mi hija la metieron en la cárcel y la pobre Irma sufrió las consecuencias, y la mandaron a un asilo de niños en régimen normal. Pero no hacía más que escaparse y al final la llevaron a Prora.

Tilsner se inclinó hacia ella desde donde estaba sentado para preguntarle:

—¿Dejaban que le escribiera a usted cartas desde el *Jugendwerkhof*?

—Sí, de vez en cuando me llegaba alguna.

—¿Hablaba en ellas de si tenía alguna amiga —sondeó Müller—. ¿Mencionó alguna vez algo raro?

Baumgartner alzó las cejas:

—¿Amigas? Sí, sí, creo que me habló de una. Y la carta tendría que estar en esta misma caja. —Volvió a revolver entre el contenido y sacó un sobre de color crema—. De hecho, me sorprendió que no le revisaran la correspondencia, porque algunas de las cosas que cuenta llaman mucho la atención. —Müller vio cómo pasaba apresuradamente los ojos por las líneas manuscritas y le daba la vuelta a la hoja—. Aquí está —dijo Baumgartner—: dice que le preocupa su mejor amiga, Beate, porque se pasa el día llorando y ella no sabe por qué. —Le pasó la carta a Müller, quien pudo confirmar por sí misma lo que allí ponía.

—Y ¿no dice cómo se apellida su amiga? —preguntó Müller—. ¿No menciona eso en ninguna de las cartas?

—Pues no, me temo que no —dijo la mujer.

Müller dijo que sí con la cabeza, absorta en sus pensamientos. Luego volvió a la realidad, se levantó de la butaca y le tendió la mano a Baumgartner.

—Muchas gracias, ciudadana Baumgartner: nos ha sido usted de gran ayuda.

Notó que le tocaban el hombro y que Schmidt le decía al oído:

—Camarada Müller, no se olvide de la lana.

—Ah, sí. —Se volvió hacia la mujer, señaló la lana y las agujas que tenía a sus pies y le preguntó—: ¿Le importaría que nos lleváramos una muestra de esa lana, ciudadana Baumgartner?

La frente de la mujer se llenó de arrugas, muestra evidente de la confusión que la embargaba al oír aquello.

—¿Para qué la quiere, si puede saberse?

—No se alarme —dijo Müller—, no es nada de lo que tenga usted que preocuparse. Es que nos ayudaría a cotejarla con unas fibras que estamos analizando. ¿Le ha hecho usted a Irma alguna prenda con esa lana?

Baumgartner dijo que sí con la cabeza:

—Sí, le hice un jersey. Y me escribió para decirme lo mucho que le había gustado. Se acuesta con él para que le recuerde a la familia que dejó en Sellin. Seguro que a la pobre la consuela, porque vi que lo tenía en la enfermería, encima de la almohada.

—Pues entonces, a lo mejor una muestra nos ayuda en las investigaciones.

La mujer sonrió y levantó del suelo la madeja de lana.

—Pues entonces, llévesela. ¿Sabe usted?, estos jerséis que hacemos a mano en Rügen tienen muy buena prensa. La lana es muy calentita, aunque hay quien cree que raspa un poco. Es lana de ovejas que solo se dan aquí.

Müller dijo que sí con la cabeza:

—La *Pommersches Rauhwollschaf*: la lana basta de la oveja Pomerania.

La mujer rio:

—En efecto, no esperaba yo que ustedes, los berlineses, estuvieran al corriente de eso. Pero, por favor..., llévese toda la que quiera.

Schmidt cogió la madeja que le ofrecían, cortó un trocito de hilo y lo metió en una bolsa de plástico para guardar pruebas.

—Con esto que me llevo tendré bastante, Frau Baumgartner, muchas gracias por su colaboración.

*Décimo segundo día.
Sellin, Rügen.*

Müller se pasó la noche en vela, dando vueltas en la cama. Las preocupaciones no la dejaban parar, y cuando no le quitaban el sueño las evoluciones del caso, era la situación de Gottfried lo que la mantenía despierta: el no saber dónde estaría en esos mismos instantes, si en alguna cárcel o en una sala de interrogatorios en Normannenstrasse. Decidió que en cuanto volviera a Berlín se ocuparía de él y le dedicaría todo el tiempo posible, aunque no supiera por dónde empezar. Se lo debía a su marido, incluso si el matrimonio estaba ya acabado, como había insinuado Jäger.

Nada más despertar, sintió un dolor agudo en la garganta y la lengua pegada al cielo de la boca. En el albergue habían dejado la calefacción puesta toda la noche, ella no fue capaz de bajarla y, por no abrir las puertas del balcón, tuvo que dormir con aquel sofoco.

Fue al baño, dio la luz y se miró en el espejo: parecía que hubiera envejecido cinco años en dos semanas. Hasta tal punto que llegó a pensar si no tendría que maquillarse más a partir de entonces. Se lavó los dientes y, con un vaso de agua, se enjuagó la boca para quitarse el sabor del dentífrico. Todo el cuerpo le pedía a gritos que volviera a la cama, pero sabía que a esa hora era cuando más lúcida podía estar. Una vez fuera del baño, se puso la bata, se calzó las zapatillas, descorrió las cortinas y salió al balcón.

La barandilla estaba plagada de cristalitos de hielo dejados por la escarcha en el relente de la noche. Con la mano apartó la capa blanca que cubría la silla del porche y se sentó en la madera fría. Le castañeteaban los dientes, pero el frío gélido de la hora la ayudaba a pensar. Miró calle abajo, hasta el final de Wilhelm-Pieck-Strasse, y al Ostsee más allá, que rielaba con un brillo lejano en la luz de la mañana: el contraste era brutal entre aquella belleza del entorno y la muerte con ensañamiento que había tenido la chica.

Casi con toda probabilidad, aquel cadáver no correspondía a Irma. Eso ya lo sabía, pero aun así estaba decidida a seguir con sus pesquisas en el *Jugendwerkhof*, aunque solo fuera por ver dónde había dado clase Gottfried en aquel exilio de Berlín al que fue condenado. Schmidt examinó la lana de Frau Baumgartner nada más volver al hotel con el microscopio que había traído y pudo comprobar que las fibras eran exactamente idénticas. Hasta el color que habían usado para teñir la lana era el mismo, o sea que tenía que haber alguna conexión. Y ¿por qué no dejaban a Baumgartner que volviera a ver a su nieta? ¿Por qué habían llevado a Irma a la enfermería después de la «caída»? Eso sí que era sospechoso. Y ¿qué motivo tenía Beate para estar todo el día llorando? Tenía que ser un llanto de lo más anormal, porque si no Irma no se lo habría contado nunca a su Oma en una carta.

Müller miraba el mar en la lejanía y todos esos pensamientos, sin orden ni concierto, se le apelotonaban en la cabeza. Debajo de sus posaderas, sintió que la tela de la bata se adhería a la superficie helada de la silla. Entonces oyó un crujido en el balcón contiguo y, nada más girarse, se tapó todo lo que pudo con la bata.

Allí estaba Tilsner, paquete de cigarrillos y mechero en mano. Sacó uno, lo encendió y le dio una calada honda. Luego alargó el brazo para ofrecerle uno a ella a través de la barandilla que separaba ambos balcones. Müller se sintió tentada a cogerlo, se levantó y extendió el brazo, mas luego cambió de idea y metió las manos en los bolsillos de la bata.

Tilsner se encogió de hombros y entonces ella le siguió la mirada y se dio cuenta de que la tenía clavada en sus pechos.

Miró hacia abajo y vio que se le había abierto la bata. Con cara de fastidio, recompuso la figura, volvió hecha un basilisco al interior de la habitación y cerró las puertas del balcón de un portazo.

Después de lo que se podría denominar, no sin cierta pompa, un desayuno al estilo del Ostsee –huevos cocidos, pan rancio y un pescado ahumado sin identificar de color grisáceo–, los tres detectives berlineses desanduvieron el camino en el Trabant hacia Bergen auf Rügen. A Müller no se le había pasado el azoro después del episodio con Tilsner en la terraza, y se sentó en la parte de atrás con toda la intención. Schmidt tomó su puesto de copiloto en la parte delantera y ella les daba indicaciones con el mapa.

Muy pronto llegaron a Binz, el siguiente pueblo en la costa, al noroeste de Sellin, algo más grande, pensó Müller, pero bastante parecido por lo demás a su vecino del sur, pues contaba también con buenos ejemplos de *Bäderarchitektur*. Había varias calles que salían hacia la derecha, en dirección al paseo marítimo, pero Müller los fue indicando para que siguieran recto y enseguida lo dejaron atrás.

Pasaron unos minutos y muy pronto surgió en lontananza la mole nazi de Prora. Gottfried le había hablado siempre del infierno que se vivía dentro, pero es que su marido era un poco funesto, por eso no estaba preparada para ver lo que vio: un edificio que se parecía bastante a los bloques de pisos de Berlín, solo que era más gris y más largo, sin solución de continuidad. Y era el emplazamiento lo más extraño de todo, porque plantado allí en medio de la nada, bloqueaba lo que antes debió de ser una magnífica vista de la costa salvaje del Ostsee. Aunque el que fuera Hitler quien lo mandara construir, como premio a la fidelidad de sus súbditos nazis, le provocó un escalofrío solo de pensarlo.

—Vaya —dijo Tilsner—. No me parece el sitio más ideal para pasar unas vacaciones. Normal que nunca llegara a usarse.

—Pero lo que vemos es la parte de atrás, camarada Tilsner —dijo Schmidt con la boca llena, pues al parecer se había agenciado más provisiones del desayuno para mantener intacta su ingesta de calorías—. En un libro vi un dibujo de la fachada principal, de cómo habría sido si hubieran concluido el proyecto en su totalidad. Los planos incluían un teatro, varios auditorios y un puerto, y la verdad es que impresionaban.

Tilsner soltó un resoplido y dijo:

—Cuidado con ese entusiasmo desbordante, Jonas, que si no la *Oberleutnant* Müller te denunciará por tu actitud profascista.

—Yo... yo... no quería...

—No le hagas ni caso, Jonas —dijo Müller—. Solo te está haciendo rabiar.

Les costó dar con la sección de aquel edificio interminable en la que se alojaba el *Jugendwerkhof*, y una vez allí, Müller y Tilsner llamaron al interfono y salieron a abrirles. La inspectora le pidió a Schmidt que fuera a la playa y cogiera muestras de arena, por si coincidía con la encontrada en la limusina Volvo.

Una empleada llevó a los dos detectives a lo largo de varios pasillos y al final los dejó a la entrada de un despacho que tenía en la puerta un letrero gris: *Direktor F. Neumann*. Müller estaba al tanto de su reputación por las historias de terror que le había contado Gottfried después de su paso por allí hacía un año, por eso, cuando llamaron a la puerta, la sorprendió oír una voz femenina que les mandó entrar.

Los recibió una mujer con gesto severo, a la que Müller le echó algo más de cincuenta años. Después de estrecharles la mano con firmeza, estuvo observando detenidamente la placa de la *Kripo* de ambos detectives y la carta de autorización firmada por el coronel general Mielke, la que Jäger le había entregado en el Kulturpark. Esta última mereció el detallado escrutinio de la mujer, quien se presentó como la subdirectora Monika Richter y les pidió que tomaran asiento.

—Hago yo las funciones, pues el director, el señor Neumann, se ha ausentado unos días para supervisar otro proyecto del Ministerio de Educación. ¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó—. Es bastante normal que tengamos visita de la policía, pero no de dos detectives de la capital del Estado.

Müller anotó mentalmente que el director se había ausentado y decidió que abordaría ese asunto más tarde.

—Estamos investigando un asesinato —dijo, y le aguantó la mirada a la mujer. La noche anterior, con Baumgartner, había adoptado un tono más retraído para así sonsacarle información de manera más sutil. Pero con la subdirectora Richter decidió que era mejor ensayar una táctica más directa por ver si así podía ponerla nerviosa desde el primer momento.

—¿En Rügen? —preguntó Richter—. Pues en esta isla no tenemos un asesinato todos los días.

—No, Frau Richter: en Berlín. Pero hay pruebas que apuntan a que la chica muerta pudiera ser de Rügen.

Richter arrugó la frente y se le puso el gesto todavía más torvo:

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el *Jugendwerkhof*? Tenemos a todas las chicas controladas, nunca se nos ha escapado ni una.

Tilsner alzó una ceja y apuntó:

—Y ¿quién dice que se haya escapado nadie?

Aquello sacó de sus casillas a Richter, al parecer, pues Müller la vio pestañear repetidamente.

—No es eso lo que nos preocupa, Frau Richter —dijo la inspectora—. Simplemente nos gustaría descartar un par de cosas antes de seguir adelante con la investigación.

—¿Cosas como cuáles?

—Como por qué acabó Irma Behrendt en la enfermería y de dónde se cayó.

Richter tomó aire con una sonora inhalación y soltó luego una risa que tenía algo de histérico:

—Y ¿qué diantre tiene eso que ver con la investigación de su asesinato?

Tilsner dio un golpe con la palma de la mano encima de la mesa y Richter se puso lívida:

—Limítese a responder las preguntas de la *Oberleutnant* Müller. Ya ha visto usted la autorización: viene de las más altas esferas.

Müller aguardó paciente, pero Richter no decía nada.

—No tenemos todo el día Frau Richter —dijo Müller—. Háblenos de Irma Behrendt.

—Era una chica muy rebelde, muy inestable. No sabemos muy bien por qué lo hizo, pero el caso es que se subió a la ventana de los baños y se tiró desde allí.

—¿Cuándo fue?

Richter se tomó unos segundos como si tuviera que poner en orden sus ideas.

—Fue en la primavera, o al principio del verano del año pasado; sobre el mes de mayo.

—Y ¿de qué piso se tiró?

—Del quinto.

—¡Del quinto! ¿Cómo diantre salió ilesa de una caída así, apenas con unos moratones?

Richter no paraba de mirar a uno y otro en evidente estado de confusión:

—Se hizo lo que se pudo para ayudarla. Cuando comprendimos que quería tirarse por la ventana, a un profesor se le ocurrió la afortunada idea de organizar una cadena de niñas y bajar colchones de los dormitorios para que amortiguaran la caída. También los bomberos llegaron a tiempo, por fortuna, y pusieron la red justo cuando estaba cayendo.

Algo no encajaba, pensó Müller. Si hubiera sido tan solo que una chica se asoma a la ventana y se tira, entonces, ¿cómo es que les dio tiempo a poner

los colchones debajo? Y ¿cómo les dio tiempo a los bomberos a montar todo el dispositivo y coger a la chica a tiempo?

—Ese profesor que sirvió de tanta ayuda ¿quién fue? ¿Podemos hablar con él, o con ella?

—Con él; pero no, no pueden porque estuvo aquí destinado solo un tiempo: lo mandaron desde Berlín.

Tilsner ahogó un grito, porque obviamente había atado cabos. Müller le dio con el pie por debajo de la mesa para que no dijera nada, pero la que estaba confundida ahora era ella: ¿por qué Gottfried no le había contado nada de todo eso? Porque tenía que ser de su marido de quien estaba hablando Müller.

—Así que hay una chica que quiere tirarse desde una ventana, pero aun así, el personal del reformatorio se las apaña para apilar los colchones en el suelo y consigue salvarla. Eso suena poco verosímil. Además, he visto una carta reciente de Irma Behrendt y me pareció una chica bastante equilibrada. En esa carta, se muestra preocupada porque su amiga, Beate, cometa alguna estupidez. Aquí hay algo que no encaja, Frau Richter. —Müller vio que la subdirectora tensaba los tendones del cuello, como hace alguien que intenta a toda costa controlar la situación cuando se le está escapando de las manos—. Me parece que vamos a tener que hablar con Irma Behrendt y con Beate...

—Ewert. El nombre completo es Beate Ewert. Pero me temo que no va a ser posible hablar con ellas, al menos aquí no.

—Y ¿eso por qué? —preguntó Tilsner—. Ya ha visto usted en esa autorización que tiene la obligación de colaborar con nosotros.

Richter se atusó el flequillo, teñido de color azabache, y tardó unos minutos en contestar. Antes se levantó y fue a por una carpeta en la estantería que quedaba a su derecha, luego volvió a sentarse y estuvo hojeando las páginas.

—Aquí está toda la información que necesitan, en alguna de estas entradas. Ah, sí, en la del 22 de junio del año pasado. —Dio la vuelta a la carpeta para que los dos detectives pudieran ver el contenido.

Müller no se molestó en leerlo, solo soltó un suspiro y dijo:

—Mejor nos lo dice usted, Frau Richter.

La subdirectora parecía haber recuperado ya el control de la situación:

—Tanto Irma Behrendt como Beate Ewert fueron trasladadas ese día a un hogar especial para niños en Schierke, en el *Bezirk* de Magdeburgo.

—¿Dice ahí por qué?

Richter pasó el dedo por la nota, escrita a mano con letra pulcra:

—Es una anotación del director Neumann. Dice que le pareció pertinente trasladar a Ewert y a Behrendt, debido a que eran de naturaleza nerviosa, a una institución más remota y con un régimen menos estricto. También trasladaron a un amigo de ellas, un tal Mathias Gelman, debido a su buen comportamiento.

—¿Informaron a la abuela de ese traslado?

Richter se encogió de hombros:

—Eso no consta.

—Y ¿qué me dice del director Neumann? ¿Qué proyecto es ese que lo aparta de su puesto al frente de este reformatorio? —preguntó Müller.

Richter se puso roja:

—Es un proyecto del Ministerio en la misma zona a la que las chicas fueron trasladadas. El director pasa allí parte del tiempo; y el resto, aquí. Pero cuando él no está, la persona al cargo soy yo, y les puedo ayudar en lo que necesiten.

—¿Tiene su número de teléfono, o su dirección? —insistió Müller.

Richter se cruzó de brazos:

—Me temo que no puedo facilitar esa información, *Oberleutnant*. Le haría falta a usted una autorización especial del Ministerio de Educación.

Tilsner señaló con el dedo la carta de Mielke sobre la mesa:

—Eso es autorización suficiente. Viene del Ministerio para la Seguridad del Estado.

Richter le sonrió, muy segura de sí misma:

—No, *Unterleutnant*. En eso se equivoca usted. Ya le digo que necesitan autorización específica del Ministerio de Educación. Aunque a lo mejor los ayudan sus contactos en la Stasi; seguro que el mismísimo camarada Mielke tiene acceso directo a la camarada *Volksbildungsminister* Margot Honecker. Que lo arreglen entre ellos y nos digan. Porque si no, no hay nada que yo pueda hacer por ustedes. —Richter atenuó la sonrisa, cerró la carpeta que tenía encima de la mesa y se levantó.

—Todavía no hemos acabado, Frau Richter —dijo Müller—. Quiero hablar con todo aquel que pudo haber tenido algún contacto con Irma y Beate. Quiero interrogar a los profesores, y a cualquier niña que presenciara la caída de Irma. ¿Sería eso posible?

Richter soltó un suspiro y volvió a sentarse.

—Por supuesto, *Oberleutnant*. Pero nos llevará un tiempo prepararlo todo. ¿Podrían volver ustedes mañana?

Tilsner dio un puñetazo encima de la mesa:

—Nada de mañana. Lo haremos ahora. Ya le hemos dicho que estamos investigando un asesinato. Si no quiere que estos le hagan una visita —señaló el papel con membrete de la Stasi—, le sugiero que empiece a colaborar desde ya mismo.

Richter no respondió, solo dijo que sí despacio con la cabeza. Cuestionó sus credenciales cuando pidió que llamaran a Mielke, pero ahora los que la ponían en evidencia a ella eran los dos detectives.

La profesora a cargo de la sala de embalaje —donde Irma y Beate trabajaron juntas en su último turno, según averiguaron Müller y Tilsner— no tenía nada que ver con la subdirectora del *Jugendwerkhof*. Frau Schettler era tímida y algo nerviosa; pero sobre todo, según pudo apreciar Müller, se preocupaba por los niños y tenía hacia ellos un trato más humano. Algo que tenían en común ambas mujeres, sin embargo, era la costumbre de mirar a todas partes antes de responder a cualquier pregunta.

—¿O sea que en aquel turno de embalaje de la tarde fue la última vez que vio usted a los tres internos trasladados a posteriori? —preguntó Müller

—En efecto, así es —respondió Schettler.

—¿En qué estado de ánimo diría que se encontraban?

—Estaban todos algo nerviosos y los dejé que fueran a ver el partido según iban cubriendo objetivos.

—¿Qué partido?

Tilsner terció en la conversación:

—Fue la noche que ganamos a los del oeste en el Mundial de fútbol.

—Así es —asintió Schettler.

—Pero antes de eso, en los días previos y antes de la caída de Irma, ¿qué actitud diría usted que tenían entonces? —siguió indagando Müller.

—Sí que es verdad que a Beate se la veía muy disgustada, y que Irma estaba preocupada por ella. Por eso se ganó un tiempo en el búnker.

—¿En el búnker? —preguntó Müller.

—Es una celda de aislamiento, para cuando los niños están muy alterados y hay que castigarlos —mientras decía esto, Schettler no levantaba los ojos

del suelo y se la veía avergonzada.

—Pero, volviendo a la noche del partido: ¿vio usted a los tres salir de aquí cuando acabaron su turno para ir a ver el partido por televisión? ¿Está segura de eso?

Schettler se quedó parada unos instantes y Müller vio que lanzaba una mirada esquiva a su izquierda.

—Sí, estoy segura de ello. —Müller arrugó el entrecejo: no la convencía la respuesta de la mujer.

—Como bien sabe, Frau Schettler, estamos investigando un asesinato —siguió diciendo la inspectora—. Y es muy posible que la víctima no tenga nada que ver con este *Jugendwerkhof*, aunque creemos que alguna conexión sí hay con Rügen. No obstante, si se ve usted capaz de ello, nos gustaría mostrarle una fotografía de la chica asesinada. He de advertirle que quedó muy mutilada, sobre todo la cara, que ya no parece ni una cara siquiera. —Schettler ahogó un grito y se llevó las manos al pecho.

Tilsner sacó la foto de la autopsia del maletín y se la pasó a Müller, quien a su vez se la dio a Schettler.

La mujer hizo un ruido brusco al succionar el aire por la boca y luego se la tapó con una mano. Acto seguido, dejó caer la fotografía encima de la mesa y dijo que no con la cabeza.

—¿Qué pasa, Frau Schettler?

—Es que es... es tan terrible. Ver... ver a alguien así —dijo, y Müller se fijó de nuevo en que volvía a mirar hacia su izquierda.

—Pero ¿ver así a quién?

—No... No sé a qué se refiere —dijo Schettler—. No he visto a esa chica en mi vida. —Apartó la fotografía con la mano y miró para otro lado.

—¿Está usted completamente segura? —preguntó Tilsner.

La mujer dijo que sí con la cabeza de manera casi imperceptible, pero no miró a los detectives a los ojos.

—Siento haber tenido que enseñarle esa foto, Frau Schettler, solo espero que comprenda por qué lo hicimos —dijo Müller.

Schettler volvió a mover afirmativamente la cabeza, pero no apartó los ojos de la mesa, donde había entrelazado ambas manos, dejando claro que no quería volver a ver la foto. Müller se la devolvió a Tilsner, quien la guardó, y los dos detectives se levantaron y dijeron adiós.

De vuelta al Trabant, atravesaron el patio de gimnasia, donde Irma casi halló la muerte en su caída. A Müller le parecía casi un milagro que la chica se salvara en parte gracias a la rápida intervención de Gottfried, le costaba creérselo: si su marido se había comportado como un héroe, no podía ser unos meses más tarde un enemigo público. Eso la confirmó más todavía en sus ganas de ayudarlo, y pensó que si le hacía llegar a Jäger detalles de lo valiente que había sido, seguro que el teniente coronel de la Stasi podría intervenir.

—¿Qué te parece, jefa? —preguntó Tilsner—. Si no es ninguna de esas dos chicas, estamos otra vez en la casilla de salida.

—Lo que pienso, Tilsner, es que están mintiendo.

—¿Quiénes?

—Pues para empezar, Richter y Schettler. Puede que cada una tenga sus razones, pero las dos mienten. Aunque si Schettler mintió al ver la fotografía, eso es fácil de comprobar. Sabemos que la chica no es Irma, pero creo que merece la pena contrastar ese dato con la familia de Beate. Al menos ahora tenemos un nombre, y le podemos enseñar a alguien de la familia las fotografías, o incluso el cuerpo.

—Pero si hacemos caso a Richter, las dos chicas están vivas y en perfecto estado en ese asilo de Schierke. ¿No deberíamos comprobar eso primero?

Müller sabía que su ayudante tenía razón; al fin y al cabo, no les costaba nada empezar por ahí, hasta podrían hacer la llamada desde la comisaría de la Policía del Pueblo en Bergen. Fueron hacia la salida para dirigirse al coche y, cuando llegaron a la entrada principal, llamaron al telefonillo para que les abrieran la puerta automáticamente. Müller miró hacia atrás y echó un último vistazo al quinto piso desde el que se tiró Irma. No le cabía en la cabeza que hubiera sitios como aquel en los que una chica se veía empujada a saltar al vacío y encontrar la muerte, de no haber sido por la intervención de su marido y los bomberos.

Schmidt ya los esperaba en el asiento de atrás del Trabant, donde analizaba la arena que había cogido en la playa.

Alzó la vista del microscopio cuando los dos detectives se montaron en el coche.

—No ha sido nada fácil... Casi me arresta el Ejército del Pueblo. Me dejaron en paz cuando les enseñé la placa, pero tuve que coger la muestra de un punto ligeramente distante del que yo quería.

—Pero ¿dirías que casa con la muestra que encontraste en el Volvo? —preguntó Müller.

—Sí, camarada Müller, estoy convencido de que es la misma, aunque me costará un análisis más detallado en el laboratorio cuando volvamos. Y ¿ustedes dos? ¿Ha habido algún avance?

—Yo creo que sí, Jonas —dijo Müller—. Yo creo que sí.

Tilsner puso en marcha el motor y dijo:

—¿Ahora adónde, jefa?

—Vamos a la comisaría de la Policía del Pueblo en Bergen. Desde allí podemos llamar a Jäger, o ponerle un cable, y que pida autorización para que podamos interrogar a Neumann. Llamaremos de paso al reformatorio de Schierke, a ver si es verdad que las chicas están allí, tal y como asegura Richter. Y hay que dar con los padres de Ewert, si es que no están en la cárcel, para que vayan a ver el cuerpo.

Tilsner volvió a apagar el motor.

—Espera un momento, que se me ha ocurrido algo. —Metió la mano debajo del salpicadero y abrió la guantera—. Vale, aquí está. —Sacó un librito forrado en plástico rojo. Müller leyó lo que ponía en la portada, *Deutsche Demokratische Republik Verkehr*, un mapa de carreteras de todo el país, y vio que Tilsner se ponía a mirar el índice en las páginas finales y preguntaba—: ¿Dónde dijo que estaba ese reformatorio?

Müller echó un vistazo a sus notas:

—En un pueblo que se llama Schierke, en el *Bezirk* de Magdeburgo.

—Mapa 11, casilla C —dijo Tilsner, y fue pasando las páginas hacia atrás hasta dar con el mapa 11, casi al principio del librito. Una vez allí, fue buscando con el dedo la casilla C. Entrecerró los ojos un instante y luego gritó entusiasmado—: ¡Ahí lo tenemos! —Müller se fijó en el punto que señalaba él y vio el nombre del pueblo. Luego Tilsner movió el dedo aproximadamente un centímetro hacia el noroeste y señaló el Brocken, el pico más alto de la sierra de Harz, y el único con un substrato subalpino.

Nada más llegar los tres a la comisaría de la Policía del Pueblo en Bergen

auf Rügen, Müller supo que algo iba mal: los esperaban dos policías de uniforme, quienes los escoltaron hasta el despacho de Drescher.

El coronel de la Policía del Pueblo no se levantó cuando los vio entrar, tampoco los invitó a tomar asiento. Alzó la vista con cara seria de los documentos que tenía encima de la mesa y se dirigió a Müller:

—Me temo que tienen que volver los tres inmediatamente a Berlín, son órdenes del Ministerio de Interior.

Müller empezó a decir:

—Solo tenemos que hacer unas llamadas...

Drescher alzó una mano y dijo:

—Me parece que no me ha entendido usted bien, camarada *Oberleutnant*. No se lo estoy pidiendo, se lo ordeno. Porque se han... —Drescher bajó la vista y leyó del documento que tenía encima de la mesa—: *excedido en los términos de su investigación*. —Volvió a alzar la vista y le sostuvo la mirada a Müller—. Y tengo órdenes de que los acompañen dos de mis hombres en el viaje de vuelta en tren, para asegurarse de que van derechos a las oficinas centrales de la Policía del Estado.

—¿Estamos arrestados? —preguntó Tilsner.

—Por el momento no —respondió Drescher—. Pero lo estarán si no acatan las órdenes.

*Ocho meses antes (junio de 1974).
En alta mar.*

Paso enseguida de la alegría que sentí al reconocer el balanceo del mar amarrados a puerto, a este terror que siento ahora encerrada en un espacio poco mayor que un ataúd improvisado, y así imagino que se sienten también Beate y Mathias. Pero dejar que cunda el pánico no vale para nada. Beate es tan frágil, y no puedo comunicarme con ella, solo espero que esté a bordo igual que yo.

Pasan quizá un par de horas en las que no cesa la maquinaria y supongo que están cargando el barco; después cambia ese ruido de fondo y el balanceo también: hay como un zumbido sordo que hace vibrar la caja; y en vez de mecerse, el barco da tremendas sacudidas. Solo me queda un consuelo, y es saber que debemos de estar en alta mar. Pero es un zarandeo tan violento, que a veces temo que se partan los paneles de contrachapado que forman las paredes de mi encierro. Casi no entra aire por los agujeros practicados con el boli en el cartón. No huele a nada, solo a mi propio sudor, y a algo más dulce y ácido en la parte del cartón en la que me he orinado. Beate y yo cortamos al máximo la ingesta de líquido y comida en los días previos a la fuga, pero el cuerpo cumple él solo con sus funciones biológicas. Por lo menos Beate y Mathias tienen la botella de cola y la chocolatina que metimos en las cajas; ni comida ni bebida tengo yo.

Con cada embate del mar contra el barco, cada vez que la proa se hunde en otra ola, me sube la náusea a la garganta y la saliva me colma los carrillos. Y aunque consigo tragarme la primera arcada, tengo ya el sabor de la bilis en la boca. Siento que me ahogo, lo escupo, boqueo para respirar y por fin el ataque de vómito remite, aunque el hedor es lo peor.

No me atrevo a salir de esta tumba de cartón, al menos no hasta haber llegado a puerto al otro lado del Ostsee, cuando el oleaje haya cesado ya.

Pero conforme pasan las horas, se aleja cada vez más esa posibilidad. Porque nada me dice que vayamos hacia Suecia, o a cualquier otro país al otro lado del Telón de Acero. Y ¿si el barco llevara su cargamento a la Unión Soviética? Yo creo que estaría muerta antes de llegar. Muerta de sed, ahogada en mi propio vómito. ¿Por qué me fijaría yo en esas marcas que dejó en el libro Herr Müller?

Debe de haber cambiado el tiempo, porque hay un momento en el que todo se calma. El balanceo es más suave, solo un poco más pronunciado que cuando estábamos en puerto. Como dentro de la caja reina la negrura más absoluta, eso hace que tenga una conciencia aguda de todo, y cada ruido, cada crujido del barco, baila amplificado en mi cabeza. Cada pelo en mi epidermis detecta cualquier movimiento por imperceptible que pueda ser.

Duelmo a ratos; y a ratos, de repente, me despierto, aunque hago lo que puedo por no quedarme dormida porque ese trance entre el sueño y la vigilia es terrorífico. Ese no saber dónde estoy, no saber qué va a pasar, me sobrecoje con una ensordecedora incertidumbre.

Hay algo, sin embargo, que no calculé bien. Porque aunque no tengo reloj, ni forma de medir el tiempo, se suponía que este viaje iba a durar solo unas horas. Eso lo sé porque busqué como pude información en la biblioteca del *Jugendwerkhof*. Llevamos ya más de un día en alta mar, y no puede ser que la mente me esté jugando tan malas pasadas.

De repente, el balanceo del barco cesa por completo; casi no se percibe ningún movimiento más allá de las vibraciones y el zumbido del motor. Debe de ser que al fin hemos llegado a Suecia, y la esperanza se apodera de mí una vez más. ¡Lo logramos!

Con la mano aparto el borde de la caja justo encima de mi cabeza y oigo el crujido de la cinta al desprenderse. Entra un poco de luz. Quiero salir de aquí antes de que empiecen a descargar las cajas, por si acaso esto no es Suecia, por si acaso ni siquiera estamos al otro lado del Telón de Acero. Voy empujando con las manos y las piernas apoyadas contra los paneles de contrachapado que forman las paredes de la caja y logro deslizarme centímetro a centímetro. Asomo la cabeza, los hombros. Un golpe de suerte ha hecho que esté al final de una pila de palés y que mi cabeza haya quedado en la parte de fuera. No quiero ni pensar lo que habría sido estar atrapada entre un montón de cajas. Comprendo que ese es otro fallo estúpido en el plan, del que Mathias y Beate podrían haber sido víctima: atrapados,

asfixiados y muertos de hambre, todo cortesía de Irma.

Sigo empujando y logro sacar lo suficiente los brazos como para agarrarme al borde de la caja. Al asomar la cabeza, veo a qué altura estoy en la pila de cajas: ¡bingo otra vez!, porque solo hay una caja debajo de la mía. Saco el cuerpo como una lombriz y estiro el brazo para apoyarme en el suelo metálico de la cubierta del barco. Así hago palanca para poder liberar el resto del cuerpo. Noto entonces un golpe sordo, y el coscorrón en la cabeza me dice que me he estampado contra el suelo, pero he logrado salir.

Me voy poniendo de pie despacio y tengo que agarrarme a los lados de las cajas porque se me doblan las piernas. Noto el olor, no quiero ni pensar en ese olor que despide mi ropa empapada.

Entonces oigo una voz, casi solo un suspiro, que llama a Beate. Es Mathias: veo que viene hacia mí abriéndose camino entre los palés. Tengo ganas de gritar de júbilo, de abrazarlo, pero me aparta de un empujón.

—Estoy preocupado —dice—. No encuentro a Beate, a lo mejor no está aquí.

—Tiene que estar. Si tú y yo lo hemos logrado, ¿por qué su caja no iba a estar con el resto?

—Tienes razón. Vamos a buscarla entre los dos.

Nos separamos y vamos comprobando caja por caja, hilera tras hilera. Entonces me doy cuenta de la suerte que hemos tenido, porque lo que hay en el barco es el trabajo acumulado a lo largo de varios días en la nave del *Jugendwerkhof*, o en el puerto de Sassnitz, listo para embarcar. Es decir, que podíamos habernos quedado allí esperando, almacenados con el resto de las cajas, muriendo de hambre lentamente. Sin embargo, las nuestras las cargaron en cuestión de horas, en menos de un día. Pero ¿por qué no la de Beate?

Llego a otra hilera, digo su nombre muy bajito, pero no hay respuesta. No me atrevo a levantar la voz por si alertamos a la tripulación; y, también, por si acaso no estamos todavía fuera del Telón de Acero. Noto que los motores siguen en funcionamiento y que el barco se balancea aún ligeramente, como si siguiera en marcha.

—Beate, Beate —susurro por toda la bodega del barco, entre las hileras de cajas, hasta que oigo algo en lo alto de una de las pilas.

—Irma, Irma —me llama a gritos, y yo respondo todo lo alto que puedo para no llamar la atención—: Beate, no te preocupes, te sacaremos de ahí

enseguida, intenta tranquilizarte.

Voy corriendo hasta el final de la hilera de cajas buscando a Mathias y le chisto y le hago señas con la mano. Cuando por fin me ve, viene corriendo hacia mí. Me echa el aliento en la cara y noto que le apesta igual que a mí.

—Está ahí arriba —digo, y señalo la caja en todo lo alto—. En la última de todas, creo, por cómo se le oye la voz.

Él saca de dentro una energía que yo ya no tengo y trepa como un mono por los bordes de las cajas. Son unas veinte y están contrapeadas para que la pila que forman tenga más consistencia. Veo que empuja las que están más arriba para ponerlas de lado.

—Está aquí abajo.... Dos cajas más abajo —me grita—. Pero yo solo no puedo, tienes que subir y ayudarme a levantarlas.

Subo por donde se lo he visto hacer a él, y me sorprende que me quede todavía algo de fuerza, pero son las ganas de liberar a mi amiga las que me dan esta energía.

—Date prisa —susurra Mathias, y estira el brazo para ayudarme a subir el último metro más o menos que me queda—. Se la nota muy débil por la voz.

En cuclillas en lo alto de la pila, Mathias cuenta hasta tres y entonces levantamos la caja de arriba y la echamos a un lado. La voz de Beate se oye ahora más nítida porque está debajo, no en la tercera, sino en la segunda caja. Mathias arranca el cartón del borde y tira los trozos al suelo. Pasa un tiempo que se nos hace eterno y, por fin, Beate saca la cabeza muy despacio. Vemos entonces que la única forma que tiene de salir es tirarse de cabeza, porque mientras que yo estaba de espaldas, ella había quedado boca abajo dentro de la caja.

—Quédate ahí —grita Mathias—. No salgas más, o te caerás al suelo. —Se sube entonces a la caja de encima y empieza a arrancar el cartón de la de Beate. Luego, entre los dos, levantamos el cabecero y la sacamos centímetro a centímetro, hasta que cae agotada en nuestros brazos. La besa, la abraza, le dice que la quiere, y siento en ese momento unos celos tremendos. Yo soy su amiga, el plan era mío, y sin embargo parece que el salvador sea él, Mathias, el chico que me quitó el sitio y se quedó tan pancho. Y empiezo a odiarlo.

La bajamos muy despacio al suelo y entonces sí que me abraza. Entonces sí que me felicita; y, es extraño, pero el hecho de que ella huela tan mal como

yo hace que me sienta algo mejor, el mero hecho de ver que está hecha unos zorros.

—Ay, Irma —dice—, nunca te lo agradeceré lo suficiente. Ese reformatorio era un sitio horrible, horrible. Yo pensé que nunca saldríamos de allí con vida.

Le acaricio el pelo lleno de vómito.

—Siento haberte hecho pasar por esto.

—No, no —dice ella—, no lo sientas nunca. Siempre te estaré agradecida, Irma, siempre. Es que no te imaginas lo que me hicieron. Y mejor que no lo sepas, te lo aseguro. —Rompe en sollozos.

—Chis —intento consolarla—. Chis. Ya ha pasado, ya ha pasado.

Pero mientras le acaricio el pelo, me doy cuenta de que los motores siguen en marcha, de que el barco no ha llegado todavía a su destino.

—¿Tú dónde crees que estamos? —le pregunto a Mathias.

—No es que lo crea, es que lo sé —dice—. Estoy casi convencido. Se sale de la bodega por ahí —al decirlo, señala una puerta corredera roja—, ya he subido a cubierta a echar un vistazo.

—Pues dinos dónde estamos. No será en Suecia, ¿no?

Pero sigue sin soltar prenda. Entonces coge a Beate de la mano, como el enamorado que es, frente a todo y frente a todos, y me pide que los siga. Cruzamos la puerta, y al otro lado nos llega la luz del día por el hueco de una escalera. Hay un ojo de buey, y nos apelotonamos para mirar fuera. La luz de sol me ciega y poco a poco voy acostumbrando la vista. El cristal está sucio, embadurnado de alguna sustancia, y cuesta distinguir lo que hay al otro lado, solo se ve que vamos navegando por un río o un cauce parecido de agua, porque en la orilla hay coches y edificios. Hasta que aparece el letrero de una fábrica, en alemán, y se me cae el alma a los pies.

—¿A que estamos todavía en la República Democrática Alemana? —pregunto.

—No, no —grita él por encima del estruendo de los motores—. Fíjate en los coches.

Miro con más detenimiento y, aunque no conozco todas las marcas, veo Volkswagen Escarabajos y coches grandes y lujosos, nada de Trabants, ni Wartburgs a la vista.

Luego, letreros en la carretera: Rendsburg, Kiel, Hamburgo.

¡Hemos cruzado el Telón de Acero!

Siento que no quepo en mí de gozo.

Hemos cruzado el Telón de Acero, ya no veremos más el *Jugendwerkhof* de Prora Ost, ni a Richter, ni a Neumann.

Me vuelvo hacia Beate, la atraigo hacia mí para abrazarla, y veo que sonrío de oreja a oreja igual que yo. Y en ese instante, sé que seremos amigas para siempre.

*Febrero de 1975. Décimo tercer día.
Berlín Oriental.*

Cuando volvieron a la capital del Estado, Müller pensó que los llevarían inmediatamente a la central de la Stasi, o a la de la Policía del Pueblo; pero lo que hicieron fue separarlos, y a ella la escoltaron hasta su apartamento, donde le dijeron que pasara la noche y no intentara ponerse en contacto con nadie. Por la cuenta que le tenía, se guardó mucho de desobedecer esa orden, sobre todo después de que hicieran oídos sordos a su deseo de hablar con Jäger. Cuando pidió ver a Gottfried, recibió idéntica respuesta.

Y ahora estaba con Tilsner, cada uno en una silla, delante de una mesa en una sala grande de la central de Keibelstrasse. No le cabía ninguna duda de que a Schmidt lo habían dejado volver a su laboratorio forense; sabedores de que, si hubiera hecho algo malo, sería siguiendo las órdenes que ella le había dado. Al otro lado de la mesa, sentados en perfecta alineación, había cinco oficiales varones que, a deducir por los distintos tonos de verde gris y verde oliva, pertenecían unos a la Stasi y otros a la Policía del Pueblo. Se presentaron, pero a Müller le costaba concentrarse. Solo retuvo el nombre del que ya conocía, su superior en la policía, *Oberst* Reiniger, quien se mostraba más serio de lo habitual y le esquivaba la mirada.

Después de las presentaciones, habló primero el oficial que estaba en medio de los otros cinco, un hombre de pelo gris que tendría algo más de cincuenta años y llevaba gafas de montura negra:

—Los hemos convocado hoy aquí para dejar claro que han quedado los dos apartados de la investigación, en calidad de persona desaparecida, de la chica hallada muerta en el cementerio de St. Elisabeth. *Oberst* Reiniger —y en este punto el oficial habló señalando a su izquierda, al extremo de la mesa — aprueba esta decisión. —Reiniger asintió levemente con la cabeza y el oficial de mayor rango siguió diciendo—: Lo cual quiere decir que no harán

ustedes ni una sola averiguación más en lo tocante a esa chica. De cualquier manera, ya se han excedido bastante en las funciones que les fueron encomendadas, poniendo en una situación delicada tanto a la Policía del Pueblo como al Ministerio para la Seguridad del Estado. Se trata de un asunto muy grave que será investigado, y el resultado de dicha investigación les será comunicado a ustedes a su debido tiempo. Mientras tanto, *Unterleutnant* Tilsner, dado que actuaba usted bajo las órdenes de *Oberleutnant* Müller aquí presente, puede volver a su puesto hasta nueva orden. *Oberleutnant*, por el momento, usted se quedará sentada donde está.

Müller miró a su ayudante, quien no había hecho intención de levantarse; al contrario, se aclaraba la garganta y tenía toda la pinta de estar a punto de pronunciar un discurso de alegación. Pero Reiniger lo cortó en seco:

—Se refiere a que vuelva usted a su puesto ahora mismo, camarada Tilsner.

—Pero, camarada *Oberst*, la autorización para hacer lo que hicimos nos la dio...

—Ahora mismo —gritó Reiniger, y se puso rojo como un tomate.

Tilsner arrastró la silla para levantarse, se encogió de hombros en señal de impotencia mirando a Müller, salió con paso firme de la sala y cerró la puerta de un portazo.

Reiniger miró a su subordinada con toda la intención, pero Müller pasó por alto esa advertencia y empezó a decir:

—Lo que *Unterleutnant* Tilsner iba a decir era que fue *Oberstleutnant* Klaus Jäger, del Ministerio para la Seguridad del Estado, quien nos dio autorización para preguntar lo que preguntamos y llegar hasta donde hemos llegado.

—No nos consta tal extremo —dijo el oficial que estaba en el centro de la mesa—. Y *Oberstleutnant* Jäger también ha sido apartado del caso —Müller hizo todo lo posible por que no se le notara el impacto que le provocaba oír aquello—. En lo que a usted respecta, *Oberleutnant*, la situación es más complicada. Porque además de haberse excedido en sus funciones, tengo entendido que ya está usted al tanto de las acusaciones contra su marido por atentar contra el Estado...

—No me han dejado ver a mi marido.

—Se hará lo posible por cambiar ese estado de cosas.

El oficial que presidía aquella reunión de inquisidores lanzó una mirada

interrogante a su derecha, al lado opuesto de Reiniger, y un oficial con el uniforme verde oliva de la Stasi asintió levemente con la cabeza.

—Se le permitirá ver a su marido en calidad de visita acompañada, pero tiene que entender que sus actividades, si llegan a probarse, son incompatibles con las del cónyuge de una oficial de la Policía del Pueblo. Es decir, que si se le permitiese a usted continuar su carrera en la policía una vez concluidas las labores de esta comisión de investigación, será solo previa obtención del divorcio. Mientras tanto, puede también usted volver a su puesto y esperar allí hasta nueva orden por parte de *Oberst* Reiniger.

—¿O sea que me apartan de la Brigada de Investigación Criminal del Distrito Centro?

—No, o al menos, no por el momento. Solo se la aparta, como ya he dicho, del caso concerniente a la desaparición de la chica cuyo cuerpo fue hallado en el cementerio de St. Elisabeth. No deberá usted hacer nada más y, lo repito, absolutamente nada más, en relación con el caso. ¿Ha quedado suficientemente claro, camarada *Oberleutnant*?

Müller dijo que sí con la cabeza. Se sentía incapaz de reaccionar, y se preguntaba si era aquello el principio del fin de su carrera en la policía. Puede que Tilsner tuviera razón aquel día en el cementerio, cuando todo empezó: habría sido mejor no verse involucrado en un caso así. Pero la verdad era que Jäger tampoco les había dado otra opción.

—Puede volver a las oficinas, *Oberleutnant* —dijo Reiniger—. Ya hablaré con usted luego acerca de sus nuevas funciones y de los preparativos para que visite a su marido.

Müller se puso en pie y saludó, luego giró sobre los talones. No pensaba más que en la pobre chica del cementerio, en las cuencas vacías de sus ojos y en aquel intento tan patético de pintarse las uñas con un rotulador negro. Cerró la puerta, atrás quedaron los cinco oficiales, como atrás habían quedado Jäger y ella en aquel caso, y llegó a preguntarse si habría alguien ahora que se preocupara... No, si habría alguien que se atreviera a dudar de la versión oficial sobre la muerte de la chica.

Décimo tercer día.
Berlín Oriental.

Müller alzó la vista para contemplar los sórdidos edificios que alojaban el cuartel general de la Stasi, donde la habían convocado apenas una hora después de salir de la reunión en Keibelstrasse, recién llegada a su despacho en las dependencias policiales de Marx-Engels-Platz. El enfoscado de las paredes se alzaba omnipresente sobre ella y, en algunos de los pisos, había una franja de un marrón más oscuro que resaltaba la hilera de ventanas, al menos dos veces más altas que las de Prora. ¿Sería allí, en alguno de aquellos cuartos, donde tendrían retenido a Gottfried? Eso al menos se imaginaba ella en su inocencia. Pero estaba equivocada, porque un capitán de la Stasi de elevada estatura y cara angulosa que la recibió en el control de acceso, *Hauptmann* Schiller, dijo que tenía órdenes de llevarla a otro sitio en coche.

Lo siguió mientras se abría camino entre hileras de vehículos aparcados en el amplio solar que flanqueaba el edificio. El oficial se dirigió a uno de los autos estacionados y le abrió la puerta para que montara. Era un Volvo, como no podía ser de otra manera, y Müller entró y pudo apreciar la tapicería de cuero en los asientos y el olor característico, muy parecido al que se respiraba dentro del Mercedes con el que habían cruzado la frontera. Schiller abrió luego la puerta del conductor y tomó los mandos del coche, y Müller se arrebujó en el asiento del copiloto.

Atravesaron zonas de la capital del Estado que ella no conocía y llegaron a otro punto de control, donde Schiller le enseñó la placa a un guardia que se acercó a la ventanilla.

Cuando pasaron, el capitán de la Stasi se dignó por fin a romper su silencio:

—Puede tenerse por privilegiada, *Oberleutnant* —dijo—, porque esto es

zona restringida hasta para una *Kriminalpolizei* como usted. No aparece ni en las guías callejeras de la capital del Estado.

Müller vio a su derecha una torre vigía que se alzaba sobre un muro de cuatro metros de alto coronado de alambre de espino. Parecía que formara parte de la barrera de protección, aunque estaba varios kilómetros más hacia el este.

—Ya hemos llegado —dijo Schiller.

El oficial de la Stasi volvió a enseñar su placa y se abrieron las puertas del recinto. Schiller estacionó el Volvo en el aparcamiento, apagó el motor y, acto seguido, indicó a Müller que lo acompañara al interior del edificio.

Atravesaron varias galerías en las que sus pasos repicaban con un eco sordo en las paredes, un laberinto del que ella habría sido incapaz de salir sola, sin nadie que la guiara. Cada ciertos metros, había puertas con barrotes de acero que se abrían para que pasaran y se cerraban luego detrás de ellos; puertas que daban paso a un sistema de luces por control remoto: la luz roja se apagaba y en su lugar se encendía la luz verde, y Müller se preguntaba qué querría decir aquella alternancia, y también su opuesta, cuando la luz pasara del verde al rojo.

Al final de un pasillo especialmente largo, Schiller se detuvo delante de una puerta, llamó con los nudillos y una voz masculina los invitó a entrar.

Una vez dentro de la sala, un hombre de mediana edad, con cara redonda y un pelo que saltaba a la vista que era teñido, se puso en pie al verlos, mientras se frotaba los ojos y se subía las gafas por el puente de la nariz. Schiller hizo las presentaciones oportunas:

—*Oberleutnant* Müller, este es el comandante Hunsberger, a cargo del expediente de investigación abierto a su marido, Gottfried.

El comandante de la Stasi hizo señas para que se sentaran y dijo:

—Un placer conocerla, *Oberleutnant* Müller, aunque sea en tan desagradables circunstancias. Enseguida traeremos a su marido para que pueda verlo, pero antes me gustaría enseñarle un par de cosas.

Müller dijo que sí con la cabeza, pero no pronunció palabra.

Hunsberger metió mano a la pila de papeles que tenía a un lado y extrajo una selección. Luego los depositó encima de la mesa y fue alisando las páginas. Se subió otra vez las gafas por el puente de la nariz y por fin blandió

uno de los documentos cogiéndolo con los dedos índice y corazón.

—Esto que tenemos aquí es una petición expresa firmada por su marido para que su matrimonio sea anulado.

—¿Que quiere divorciarse de mí?

—Así es —dijo Hunsberger—. Tengo entendido que ya le han enseñado a usted las fotografías tomadas con una cámara oculta en las que se la ve con su ayudante, Werner Tilsner. Fotografías que, por supuesto, tuvimos que mostrarle también a su marido.

Müller sintió un frío repentino que le congelaba las entrañas y tomó aire, muy despacio y muy hondo, como si se estuviera ahogando.

—El motivo por el que pide el divorcio es que usted ha cometido adulterio.

Miró al oficial de la Stasi a los ojos y dijo:

—Yo no he cometido adulterio. Esas fotografías no son lo que parecen, ¡esto es un atropello!

Hunsberger no hizo caso de sus palabras, pero guardó silencio unos instantes.

—Sin embargo —continuó, dejó a un lado los documentos y tomó en su lugar una de las fotos—, a nosotros no nos interesa que sea él quien presente la demanda de divorcio. Solo queríamos demostrarle a usted que su matrimonio no tiene ningún futuro. Imagino que en eso estará de acuerdo conmigo. Porque, además, mientras estaba en Rügen hemos recibido nuevas pruebas. Aquí las tiene. —Hunsberger le plantó la fotografía delante de las narices.

Ella se echó hacia atrás espantada: la subdirectora del *Jugendwerkhof* le había mostrado, a regañadientes, fotos de Beate Ewert, y Müller vio en el acto que era la misma chica. En esta, la adolescente tenía los ojos cerrados y salía también un hombre de espaldas que le ponía una mano en el pecho. Hunsberger le mostró otra foto, tomada desde un ángulo diferente: se veía de perfil al hombre y reconoció a Gottfried, quien besaba a la chica en la boca. ¡No! ¡No podía ser cierto! Las fotos tenían que estar trucadas. Tragó saliva varias veces, intentó contenerse para no vomitar. Por fin, con manos temblorosas, les dio la vuelta a las fotografías encima de la mesa.

Quien habló a continuación fue Schiller:

—Sentimos habernos visto obligados a mostrarle esto, camarada *Oberleutnant*. La chica tiene solo quince años, y usted, por su formación de policía, sabe lo que eso significa, ¿verdad?

Müller dijo que sí con la cabeza:

—Apartado 149 del código civil de la República Democrática Alemana — dijo en voz baja.

—En efecto, *Oberleutnant* Müller —dijo Hunsberger—. Quienquiera que se aproveche de la falta de madurez moral de la víctima, estará cometiendo un hecho delictivo. Pero, independientemente de la existencia o no de delito, ¿de verdad quiere usted estar casada con un hombre así?

Schiller añadió más leña al fuego:

—Porque si es así, *Oberleutnant*, me temo que tendrá usted que ser apartada del Cuerpo de Policía inmediatamente.

Müller sintió que todo su mundo se venía abajo. No creía a Gottfried capaz de aquello y, sin embargo, ya no podría quitarse esas fotos de la cabeza. ¡Qué imágenes más estremecedoras! Si asumía que eran reales, entonces tenía que asumir también que se había casado con un perverso. Gottfried y ella tenían sus problemas, y el matrimonio pendía de un hilo, pero su marido no se habría rebajado a tanto, ¿o sí?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, alzó la cabeza y miró a Schiller, luego a Hunsberger.

—Tengo que hablar con él primero. Sean las que sean las pruebas que tengan contra él, haya las fotos que haya, yo necesito que el que me lo diga sea él. Tienen que darme ustedes por lo menos esa opción.

Los dos oficiales de la Stasi se miraron y Hunsberger dijo que sí con la cabeza:

—La dejaremos que lo vea ahora mismo.

No pareció importarles que se quedara sola en la sala de interrogatorios mientras traían a Gottfried, aunque se sabía vigilada, por todo lo que había visto en aquellas fotografías que le habían enseñado.

Estuvo toqueteando los botones de la chaqueta mientras esperaba, pensando que a nadie le cabía en la cabeza que Gottfried pudiera abusar de un ser inofensivo como Beate, que aquello era muy poco verosímil. Sin embargo allí estaba la prueba.

Uno de los guardias trajo a Gottfried a la sala y, al verlo entrar, ella se removió en la silla y se quedó mirando hacia la ventana, como si quisiera apartarse de él. Su marido seguía con la cabeza gacha, intimidado por lo que

creía iba a ser otra sesión de interrogatorios. Müller vio que tenía un moratón en una mejilla; y que, aparte de esa mancha encarnada, estaba pálido como un cadáver, con los ojos hundidos. Por fin, cuando el guardia le esposó las manos juntas por delante, alzó la cabeza.

—¡Karin! —dijo mostrando verdadera sorpresa al verla allí. Müller no reaccionó, solo siguió mirándolo. Había una parte de ella que quería ir hacia él, estrecharlo entre sus brazos, darle consuelo. Pero otra quería mesarle los cabellos, ¿cómo podía haberle hecho algo así a aquella chica? ¿Con lo atento y considerado que había sido siempre hacia la más mínima necesidad que pudiera tener su esposa! La primera vez que hicieron el amor, él se percató en el acto de que eso para ella era un trauma y le dio toda su ternura. Pero las fotografías que el Ministerio para la Seguridad del Estado le había enseñado hablaban de una persona totalmente diferente.

—Karin, me han hecho un daño irreparable. Nos lo han hecho a los dos, a ti y a mí, porque esa foto en la que salgo con una chica... Tú sabes que es un montaje, ¿a que sí?

Müller dijo que no con la cabeza y una mirada triste:

—Y ¿por qué iba nadie a hacer un montaje así, Gottfried? ¿Para qué iban a trucar una fotografía como esa?

—Karin, por favor, créeme, tienes que creerme. Sabes que lo han hecho antes, tú misma has visto las fotos trucadas en las que sales besando a Tilsner —siguió diciendo—. Sé que he sospechado de ti, que he sido posesivo, pero en lo más hondo sé también que jamás me harías eso. —Müller no dijo nada, y Gottfried continuó con mirada de loco—: Sé que eso no puede ser cierto, pero me obligaron a firmar un documento en el que pedía el divorcio. Al principio creía que las tuyas eran reales, pero luego vi cómo habían manipulado la foto en la que salgo con Beate y me pareció repugnante, porque eso jamás sucedió. ¿Qué quieren de nosotros? ¿Es que no puedes hacer nada?

Müller cerró los ojos unos instantes y juntó ambas manos para que no viera que estaba temblando. Ya no sabía qué pensar. Todo se estaba desmoronando, también lo que creía o no creía acerca de él. Lo veía capaz de engañarla, ¿por qué había escondido si no un paquete de condones en lo alto del armario en el apartamento? Soltó un prolongado suspiro y dijo:

—Y ¿la foto en la que sales con el párroco en la iglesia? Esa también está trucada entonces.

Gottfried dejó caer la cabeza inerte sobre el pecho.

—No —dijo apenas con un hilo de voz—. No debí hacer eso, porque te puse en evidencia, y lo siento. —Luego alzó la cabeza otra vez y habló con aquellos ojos fuera de sí—: Ni siquiera estuve con Beate en la enfermería del reformatorio, a quien fui a ver fue a Irma, su amiga. Han manipulado esa foto, exactamente igual que la tuya con Tilsner...

Müller sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Gottfried fue a acariciarla, pero ella le apartó la mano bruscamente.

—La foto en la que salgo con Tilsner es real. Eso fue lo que pasó —dijo en tono tajante.

Y vio, por la expresión en los ojos de su marido, que se sentía engañado; y que todo asomo de plantar cara a los acontecimientos se desinflaba con él, que quedaba allí como él también, hecho un ovillo encima de la silla.

—Me han pedido que firme los papeles del divorcio...

—No, no, Karin, por favor, ayúdame por favor, yo...

—No sé ya qué pensar —dijo Müller. Lo miró a los ojos y lo estuvo escrutando—. Si lo que afirmas es cierto, eso cuestiona gravemente los métodos del Ministerio para la Seguridad del Estado. Así que ten cuidado con lo que dices en alto; otra cosa es lo que pienses.

—Pero ¿me vas ayudar?

—No lo sé. Tampoco sé si puedo, yo solo soy una *Oberleutnant* de la Policía del Pueblo, y al frente de esto hay gente de mucho más rango.

—Por favor, Karin, te lo pido por favor. Te juro que no miento.

Gottfried se puso de rodillas. Ella fue a levantarlo del suelo y aprovechó para decirle al oído:

—No sé si podré ayudarte, pero lo voy a intentar. Eso sí, como al final resulte que mientes y eso suponga el final de mi carrera... —No acabó la frase, sino que le alzó despacio la barbilla para que tuviera que mirarla a los ojos. Y al hacerlo, pudo sentir lo débil que era, lo derrotado que estaba y, también, que todavía la unía a ese hombre un mínimo vínculo, por muy erosionado que estuviera.

—Guardias —gritó, y el guardia que esperaba al otro lado de la puerta la abrió y entró en la sala de interrogatorios—. Haga el favor de llevarse a este preso a la celda. —Le dio la espalda a Gottfried y se puso a mirar por la ventana.

—¡Karin! ¡Karin! —gritó él—. Haz al menos que alguien analice esas

fotos. —Pero ella no se volvió a mirarlo; se giró solo cuando oyó el sonido metálico que hacía la puerta al cerrarse. Cogió entonces las fotografías en blanco y negro que Hunsberger había dejado encima de la mesa y llamó a Schiller para que la sacara de allí.

Al salir, cuando cruzaban la barrera que marcaba el límite del área restringida, Schiller le preguntó que dónde quería que la llevara. Ella lo pensó un instante, porque, en cierto sentido, no quería volver al piso: le parecería un sitio inhóspito, vacío y solitario, y no sabía si podría regresar allí en el estado en que se encontraba. La única manera de sobrevivir era volcarse de lleno en su trabajo y pensó en ir a la oficina. Pero en algún momento tendría que enfrentarse a aquel apartamento vacío, así que dijo:

—Lléveme, por favor, a Schönhauser Allee.

*Décimo cuarto día.
Berlín Oriental.*

Müller no sabía si era verdad que a Jäger lo habían destinado a otro departamento, lo que sí sabía era que el teniente coronel seguía con todo su poder intacto, porque le quedaban todavía galones para ordenarle a un motociclista del Ministerio para la Seguridad del Estado que le llevase un mensaje convocándola a una reunión.

Montó en el mismo tranvía que la había transportado a la Märchenbrunnen; solo que esta vez, en vez de bajarse en el Parque del Pueblo en Friedrichshain, siguió camino hacia los suburbios de la capital del Estado. Jäger quería verla también en un parque en esta ocasión, pero más alejado del centro, por Weissensee, en el embarcadero de lo que era en realidad el Weisser See que daba nombre a la zona. Nada más llegar, vio al teniente coronel de la Stasi a bordo de un pequeño bote, remando hacia ella. Cuando estuvo a su altura, Jäger se levantó, estabilizó la barca contra el pequeño muelle, le tendió la mano y la ayudó a subir a bordo. La inspectora se sentó frente a él, en la bancada que quedaba libre.

Ella fue a saludarlo, pero la mandó chistar y siguió remando despacio lago adentro. Solo cuando estaban justo en el centro plegó los remos y se dignó a romper su silencio.

—Siento que tengamos que vernos en un lugar tan estrambótico, otro más —dijo, y tomo aliento muy despacio antes de continuar—: Pero es que se nos ha complicado todo mucho.

Müller asintió:

—¿Está al tanto de que a Tilsner y a mí nos han apartado del caso?

—Sí, y lo siento si eso le ha causado algún problema. No era mi intención en absoluto, pero ya la advertí desde el principio que esto no sería coser y cantar.

—Y al parecer, ¿a usted también lo han mandado a otro departamento?

—Pues sí... y no. En el Ministerio en el que estoy la gente anda siempre tirando de influencias y pisándose los callos unos a otros. En cierto sentido, de eso va todo esto, pero por el momento no puedo darle mucha más información.

Müller se pasó la mano por la cara y cerró los ojos un instante. Luego soltó un largo suspiro y dijo:

—Si le soy sincera, el que me hayan apartado del caso es lo que menos me preocupa ahora mismo. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—: Yo quería... Quería hablarle de mi marido. —Jäger asintió levemente—. Tiene usted que ayudarlo, ver si hay forma humana de sacarlo de la cárcel.

Jäger volvió a calzar los remos en las chumaceras y los accionó un par de veces porque la barca viraba en su deriva hacia el embarcadero. Müller aprovechó para meter el dedo en el agua y la sintió limpia y fresca, justo lo opuesto a su vida en aquellos momentos.

—Si lo hiciera —dijo Jäger—, ¿qué haría usted por mí?

Müller lo miró a los ojos:

—¿Qué quiere que haga?

—¿Todavía tiene la carta de autorización que le entregué, con la firma de Mielke en persona?

A la inspectora le surcó la frente una intrincada sucesión de arrugas, porque lo cierto era que, pese a que su carrera pendía de un hilo, todavía tenía esa carta en su poder. Se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta.

—Aquí está, pero ¿de qué me vale ya si me han apartado del caso?

—No pierda esa carta porque casi con toda certeza le volverá a hacer falta: quiero que usted y Tilsner me ayuden, que sigan trabajando para mí.

—¿Investigando la muerte de la chica?

Jäger dijo que sí con la cabeza.

—Pero me arriesgo a que me echen del Cuerpo para siempre, a que mi carrera se vaya al garete.

El teniente coronel de la Stasi se encogió de hombros:

—Todo tiene un precio, me temo. Y si quiere que ayude a su marido, entonces tiene usted que ayudarme a mí. Por Tilsner no se preocupe, él no pondrá peros, me lo debe.

—¿Que se lo debe? ¿Qué le debe?

—Digamos que hace mucho que nos conocemos. O sea, que cuento con la

ayuda de Tilsner, pero la que necesito también es la suya.

Dejó caer la cabeza entre las manos y pensó en lo mal que lo debía de estar pasando Gottfried en la cárcel de la Stasi, y en aquellas fotografías tan repugnantes que tenían que ser un montaje o, al menos, eso esperaba. Pero ¿y si no lo eran? Levantó la cabeza y miró a Jäger a los ojos, le vio la pinta de presentador de telediario de la República Federal que tenía, impertérrito e inescrutable. ¿A él qué más le daba?, ¿cuánto le iba a él en este caso? ¿No podía ser que lo hubiera conmovido en lo más íntimo la imagen de la chica en el cementerio? Porque podía haber sido su hija. Y la de Müller también.

Exhaló una profunda espiración.

—Vale —dijo por fin—. Pero, se lo ruego, no me deje en la estacada.

—Haré todo lo que esté en mi mano, Karin, se lo prometo. Eso sí, no le puedo prometer que mis gestiones tengan un desenlace favorable, porque su marido está metido en un lío muy gordo. —Empezó a remar de nuevo, y la barca trazó esta vez un movimiento circular sobre la superficie del lago: a Müller casi le parecía un sacrilegio ver las ondas que las puntas de los remos le arrancaban a la superficie oscura del agua, dotada de una calma sobrecogedora—. Y ahora —dijo él, pasados unos minutos—, póngame al día de lo que averiguaron en Rügen.

Jäger no abría la boca mientras ella le iba contando, ni se podría decir por la cara que ponía si lo que oía lo impresionaba o lo dejaba indiferente: él se limitaba a remar trazando un amplio círculo, casi solo con la mano derecha, dejando que la izquierda corrigiera de vez en cuando el rumbo si la barca amenazaba con alejarse demasiado del centro del lago. Tal falta de reacción llevó a Müller a preguntarse si no estaría ya bien al tanto de todo lo que le contaba, si no haría otra cosa con su relato de los hechos que confirmar información ya en su poder, o de la que al menos tenía sus sospechas. Parecía más concentrado en la perfecta equidistancia que guardaba la barca con todas las orillas del lago, en el contorno de tierra que lo rodeaba, que en ella misma. Hasta tal punto, que cuando lo veía escrutar a las escasas figuras de paseantes en la orilla, Müller llegó a preguntarse si el agente de la Märchenbrunnen no sería uno de ellos.

—Eso es más o menos todo —dijo cuando llegó al final del relato de lo acontecido en el norte.

Jäger volvió a dejar los remos apoyados en las chumaceras y la miró a los ojos:

—Y ¿cree usted que todo esto tiene algo que ver con la chica hallada muerta en el cementerio?

Müller dejó las manos palmas arriba en el regazo y se encogió de hombros:

—Pues no lo sé, porque las pistas que encontramos en el coche apuntan todas a Rügen y a la sierra del Harz, pero de manera demasiado evidente. — Lo miró a la cara sin contemplaciones—. Vamos, que no sé si no las pondrían ahí a posta. —La expresión de Jäger siguió inmutable, de lo que dedujo que si sabía que todo era un montaje, a ella no se lo iba a decir—. Claro, que también podría ser simple coincidencia —siguió diciendo—. Y si las chicas están sanas y salvas en el reformatorio de Schierke, entonces hemos llegado a otro callejón sin salida.

—Puedo consultarlo en los archivos del Ministerio de Educación, aunque lo que ahí conste escrito no es más que eso, palabras en un papel. Voy a ver si doy con Neumann. ¿Tiene fotografías suyas, o de las chicas?

—De las chicas, sí. Trajimos algunas del *Jugendwerkhof*, y las que nos dio la abuela de Irma de su nieta. Pero es pelirroja, o sea, que no es la chica del cementerio. Sin embargo, la otra chica, Beate Ewert...

—¿Cree usted que podría ser ella?

—Cabe la posibilidad, sí. Aunque, ya digo, el personal del *Jugendwerkhof* insiste en que está en Schierke sana y salva. Y la cara de la chica está tan mutilada, que nadie en Rügen fue capaz de identificarla.

Jäger empezó a remar hacia la orilla y Müller vio que se fijaba en una figura sentada en la terraza del café Milchhäuschen. Ella decía que, nada más verlo, cambió bruscamente de rumbo.

—La información que acaba de aportar, Karin, nos es de utilidad. Ya teníamos algún indicio, siguiendo nuestras propias indagaciones, de que este caso podría estar relacionado con algún punto en la costa del Ostsee. Tiene sentido. Veré qué puedo averiguar acerca del paradero de esas chicas y se lo haré saber. Veré también si me es posible encontrar a los padres de Ewert, por si uno de ellos pudiera identificar el cuerpo en la morgue.

Pegó la barca al muelle, la inmovilizó y saltó para amarrar la cuerda con una mano, mientras con la otra ayudaba a Müller a bajar.

Ella lo miró a los ojos y dijo:

—Y ¿no se olvidará usted de mi marido, verdad?

—No, Karin, pero arreglar eso, si es que puedo, llevará su tiempo. No será de la noche a la mañana.

—¿Puedo llamarlo a usted a algún teléfono?

Empezaron a caminar hacia el aparcamiento y él dijo que no con la cabeza:

—No. Mejor espere a que yo me ponga en contacto con usted por el procedimiento habitual. Será mediante un telegrama convenientemente sellado: todavía me puedo fiar de algún que otro mensajero en el Ministerio para la Seguridad del Estado.

*Ocho meses antes (junio de 1974).
A bordo de un carguero.*

El entusiasmo que me provocó haber cruzado el Telón de Acero empieza a disiparse: Mathias y Beate no hacen más que susurrarse naderías al oído y lanzarse miraditas. Y aunque Beate se esfuerce en hablar conmigo de vez en cuando, veo claramente que para Mathias yo no pinto nada, que solo estoy sujetando la vela. Ya, pero de no haber sido por mí, ninguno de ellos habría escapado.

Nos turnamos para ir al hueco de la escalera y asomarnos por el ojo de buey, pero a veces creo que este canal por el que navega el barco tiene miles de kilómetros.

Nadie de la tripulación baja a la bodega. Y ¿por qué iban a hacerlo? Para ellos lo único que hay aquí abajo son cientos, miles de cajas de cartón llenas de camas desmontadas. Pero, aun así, nos parece que es mejor no aventurarse más allá del hueco de la escalera. Y eso que tenemos hambre; y eso que tenemos sed.

Nos sentamos en la penumbra de la bodega con la espalda pegada a los palés repletos de cajas de cartón, y suena de fondo el zumbido de los motores y algún metálico crujido que de vez en cuando suelta el casco del barco. De repente entra un rayo de luz que le da a Mathias en plena cara, y veo que la tiene como pegada con cola a la de Beate.

—¿No queréis que nos asomemos al ojo de buey? —pregunto—. ¿A ver por dónde vamos?

Mathias da un suspiro, deja de besar a Beate por un momento y dice:

—Ve tú, Irma, así nos dejas solos un poquito.

Beate hace como que lo regaña y le da un manotazo:

—¡Mathias! —dice, pero lo dice con la boca pequeña.

—¿No quieres venir conmigo, Beate? —pregunto, con la esperanza de que

diga que sí.

—Vale, ahora voy —responde, y entonces Mathias le gira la cara para que vuelva a mirarlo, y oigo el roce leve de los labios y las lenguas en pleno ajeteo y me dan mareos solo de verlo.

Al levantarme, me tiembla una pierna, no sé si es por la falta de comida, de agua, o del mismo mareo; y me voy yo sola al hueco de la escalera donde está el ojo de buey.

Allí sentada, sin apartar la vista de los coches y las casas que pasan de vez en cuando delante de mis ojos, me empiezo a preocupar por esta tristeza que me invade: ¿acaso no era esto lo que yo quería, dejar atrás la República Democrática Alemana? ¿Dejar para siempre los horrores del *Jugendwerkhof*? Lo que pasa es que siempre imaginé que lo haría acompañada de mi amiga del alma, como una gran aventura que viviríamos juntas. Y al final no ha sido así, me siento sola y tengo celos, y, también, bastante miedo.

Ya se va a poner el sol y, con la última luz de la tarde, todas las cosas en la orilla del canal adquieren sus más nítidos contrastes, y todo está tan limpio, tan nuevo, comparado con el país del que venimos. Atravesamos ahora otra ciudad que, por las luces, las grúas y las naves, parece un puerto. No tengo ni idea de dónde estamos, pero supongo que es todavía la República Federal, porque los letreros siguen estando en alemán.

El barco aminora la marcha y cesa el rumor de los motores, ¿será que hemos llegado? Bajo corriendo por el hueco de la escalera para decirles a Beate y a Mathias que tenemos que prepararnos, que hay que saltar al muelle antes de que nos detenga la policía.

Me llega el sonido antes de que pueda verlos: los jadeos rítmicos de Mathias, como un eco de la respiración entrecortada de Beate. Desde la penumbra, petrificada, los veo hacer y me siento confusa, me entran celos, y rabia.

Creo que no me han visto, así que vuelvo a la calma del hueco de la escalera, subo los dos tramos que hay hasta el ojo de buey y allí me dejo caer, más sola que nunca. Ha vuelto el zumbido del motor, las vibraciones. Y aunque todavía brillan las luces al atardecer en el puerto, ahora están más lejos, son como puntitos, y los veo bailar a través del cristal. Estamos otra vez en mar abierto y la náusea se apodera de mí, pero no tengo nada que vomitar en el estómago. «¡No, no, no!», me digo, «¡cómo vamos a haber estado tan cerca de la República Federal, para que nos sea negada ahora toda huida!».

Es como si fuéramos bordeando la costa, porque las luces no desaparecen nunca del todo: forman como una galaxia sin fin de libertad al otro lado del Telón de Acero, y cada una señala el hogar de una familia, la tienda de alguien, una calle a la que no llega la influencia de la República Democrática Alemana, una tierra en la que sus reglas no son válidas. Por lo menos, eso es lo que me imagino, lo que me llena de esperanza.

Pasa casi una hora y el balanceo del barco es menos acentuado, solo se mece suavemente con un zumbido monótono que me lleva poco a poco en brazos del sueño.

Despierto con un sobresalto, tiemblo muerta de frío, no sé dónde estoy y un hambre de días me devora las entrañas. Pienso que estoy de vuelta en el *Jugendwerkhof*, que me refugio dentro del *Strickpulli* que me ha tricotado la Oma. Ya estamos en junio, pero el verano no acaba de llegar. El ruido del motor es distinto; y el mar, si es que todavía es el mar, parece una plancha de acero. Por el ojo de buey veo un cielo muy negro, pero las luces brillan con un brillo más cercano y más intenso. Hay grúas que se erigen sobre el barco como gigantescas arañas de metal, que proyectan por todo el puerto sombras irregulares. Hay barcos amarrados al muelle con todas las luces encendidas, pues las labores de descarga continúan incluso a hora tan avanzada como esta. Pero ¿dónde estamos? Busco como puedo una señal, paseo la vista de un lado a otro escrutándolo todo. Entonces la veo en letras blancas sobre fondo azul y rojo, es un letrero enorme que luce encima de un galpón: *Hamburger Hafen-und Lagerhaus-AG*. ¡Hemos llegado a Hamburgo! Todo el manto de celos y tristeza que me envolvía, y en el que me regodeaba, se desvanece de pronto, y bajo corriendo las escaleras, dejando atrás el eco sordo de mis pasos en los peldaños de metal.

Cuando entro en la bodega, veo que Mathias y Beate duermen abrazados, y le toco el hombro a ella para despertarla.

—Hemos llegado, hemos llegado —grito—. Estamos en Hamburgo, daos prisa, tenemos que prepararnos.

Los dos tortolitos se levantan al unísono frotándose los ojos. Se abrazan, solo que ahora los celos no me agobian tanto, y Beate tira de mí para que nos

abracemos los tres, y me susurra al oído:

—¡Qué orgullosa estoy de ti, Irma! Si no es por ti, nunca habríamos escapado. —Me aprieta fuerte contra sí y ya somos otra vez amigas para siempre.

—Creo que tenemos que salir a cubierta —les digo—. Hay que encontrar comida, agua y un sitio donde quedarnos. Tengo una tía cerca de Nuremburg, en Fürth, a lo mejor hay una forma de llegar hasta allí.

Mathias se encoge de hombros con gesto taciturno:

—No tenemos dinero, ni ropa; no tenemos nada, ¿cómo vamos a ir? — Pero yo no pienso dejar que se apodere de mí el pesimismo, porque hasta Beate le dice que no sea tan aguafiestas.

—Las autoridades nos ayudarán. Están acostumbrados a recibir *Republikflüchtlinge*, no les queda otro remedio.

Les meto prisa para que vengan conmigo a cubierta. Y aunque no tenemos ni plano del barco, ni idea de adónde conduce cada puerta, sé que de alguna manera habrá que averiguar el punto por el que desembarca la tripulación: solo hay que buscar un escondite cerca de allí hasta que tiendan la plancha que una el barco a puerto, y entonces escabullirse entre las sombras.

Subimos otro tramo de escaleras y oímos voces, gritos y compuertas que se abren. Acciono la manivela de la puerta, pero no tengo fuerza suficiente, y hasta que Mathias no suma su mano a la mía, no logramos abrirla. Le digo entonces que se eche hacia atrás para que no lo vean y abro la puerta solo unos centímetros. No sé si el barco es alemán, y, si lo es, tampoco sé si es de Alemania del Este o de la República Federal. Si es esto último, el riesgo es que haya guardias a bordo, pero lo único que veo son marineros que se afanan por desenredar las maromas y amarrar el barco al muelle.

Cesan los gritos, las cuerdas están tensas; los motores, apagados, y nada se mueve a bordo. Seguro que ya hemos atracado, y les indico con la mano a mis compañeros polizones que me sigan mientras cruzo la puerta y voy caminando cautelosamente por la cubierta. Vamos corriendo casi en cuclillas, derechos a las luces del puente de mando. Y entonces veo que la plancha ya está puesta, y que suben a bordo hombres de uniforme de un verde más oscuro que el de la República Democrática Alemana.

Pero acaban por descubrirnos. Les digo a Beate y a Mathias que vuelvan conmigo a toda prisa a la bodega por el hueco de la escalera, a ver si allí podemos escondernos. Pero Mathias no da ni un paso atrás y sujeta a Beate

para que no me siga. Me quedo unos instantes allí parada, viendo cómo ella me mira con cara de súplica, y enseguida me doy la vuelta y echo a correr. Con el rabillo del ojo, veo que Mathias me señala con el dedo y que los policías de la República Federal salen detrás de mí. Casi sin aliento, llego de vuelta a la puerta por la que salimos, entro y bajo a toda velocidad los escalones metálicos con estruendo, de dos en dos, golpeándome contra las paredes. Me han echado los perros, y los oigo ladrar detrás de mí con un eco sombrío por las tripas del barco.

En la bodega, llego hasta mi caja abierta, me meto dentro como puedo, con los pies primero, aguantándome la respiración para no oler la peste a vómito y a sudor que sale de dentro, y luego cierro las tapas de cartón para no ser vista. Pero los perros me han seguido el rastro y rodean la caja sin parar de ladrar, como si proclamaran mi nombre a los cuatro vientos. Veo que las tapas se abren y que la cara de una mujer enmarcada por una boina verde me está mirando. Leo entonces la placa que lleva en la solapa y hago lo posible por dejar de jadear: la palabra *Bundesgrenzschutz* aparece resaltada en blanco sobre fondo verde. Vuelvo a mirar a aquella cara que me mira con su mejor sonrisa.

—Bienvenida a la *Bundesrepublik Deutschland* —dice, y me echo a llorar.

*Febrero de 1975. Décimo cuarto día.
Berlín Oriental.*

Müller se quitó los zapatos, apoyó los pies en la mesa del despacho y se estuvo frotando los dedos que le habían mordido las botas. Desde el día aquel en que los reunieron delante del panel de altos cargos en Keibelstrasse, Reiniger les había dado a Tilsner y a ella una lista de banalidades a las que atender: pequeños hurtos, un exhibicionista, daños a la propiedad. Todos aquellos trabajos implicaban desplazamientos a pie que por lo general hacían policías de uniforme. Eso sí, por el momento, no les habían aplicado ninguna sanción disciplinaria, y aunque Müller esperaba como agua de mayo alguna noticia de Jäger sobre la situación de Gottfried, quizá fuera esperar demasiado.

Fuera del despacho, vio que Tilsner no apartaba la vista del teletipo mientras este iba escupiendo la información como hacía siempre: a tramos irregulares, primero una frase de corrido, luego un silencio de varios minutos, luego otra vez el ruido característico. En ese punto, Tilsner le indicó por señas que se acercara:

—¡Jefa! —gritó—. Ven aquí, rápido. Mira esto.

Müller se puso en pie de un salto, descalza como estaba, y fue corriendo a ver qué le llamaba tanto la atención a Tilsner. Fijó la vista en el documento impreso, justo en el punto que señalaba él, pero su ayudante no esperó a que lo leyera ella:

—Esto es un avance importante, jefa. ¿Recuerdas que me pediste que preguntara a la policía de la zona del Harz por ese asilo de niños? Pues el caso es que me costó más de lo que yo pensaba, porque se les ha caído la línea telefónica por culpa de la nieve. Así que llamé por radio a Wernigerode, y resulta que ellos también llevaban un tiempo intentando ponerse en contacto con nosotros.

—¿Por qué?

—No me quisieron decir nada por radio, según ellos tenía que ser por télex, y aquí está: han encontrado otro cuerpo, y en las mismas circunstancias que el otro. Se trata de un adolescente, solo que esta vez no está al lado del Muro, sino pegando a la frontera con la República Federal en el suroeste de la DDR. Y por eso querían llamarnos, porque es más de lo mismo: los que lo dejaron allí han hecho ver que la víctima huía hacia Alemania del Este viniendo de la República Federal, y que desde allí le dispararon por la espalda. Imagino que leerían lo del primer asesinato en el *Neues Deutschland*, vieron que la detective al mando eras tú y no sabrán todavía que nos habían retirado del caso.

—Pero se lo habrán comunicado antes a sus superiores, ¿no? Han tenido que enterarse de que nos han apartado de la investigación.

Tilsner se encogió de hombros:

—Aquello está en mitad del campo, donde Cristo dio las tres voces, nada menos que en la sierra del Harz. Allí todavía creen en brujas, aquelarres en el bosque, todas esas pamplinas. Por eso, afortunadamente, piensan que el caso sigue siendo nuestro.

—Y ¿qué sabemos del cuerpo? ¿Qué años tiene la víctima?, ¿es una chica? —preguntó Müller. Era consciente de que su ayudante le había contagiado el entusiasmo, y se lo reprochaba a sí misma, aunque allí tenían el dilema moral de todo detective que investiga un homicidio: que muchas veces hace falta un segundo asesinato para resolver el primero.

—Otro adolescente, esta vez un chico, de la misma edad más o menos: entre quince y dieciocho años.

Müller respiró hondo:

—Hay que ir allí para comprobarlo todo y, de paso, podríamos hacer una visita al hogar de niños de Schierke, a ver si esos chicos, en caso de que vivan aún, están allí o no. Lo malo es que Reiniger no nos dejará ir. Al menos no mientras siga en pie esa investigación que me han abierto por haberme excedido en mis funciones.

Tilsnerladeó la cabeza y dijo:

—Pero ¿no habías dicho que Jäger quería que volviéramos al caso?

—Sí, pero extraoficialmente.

—Reiniger hace lo que le dice el otro, no te creas. No sé por dónde lo tiene pillado, pero algo le debe al de la Stasi. —Müller recordó que eso fue

precisamente lo que le dijo Jäger sobre Tilsner: que le debía una. Había demasiados secretos en aquel caso, demasiadas mentiras. Ya no sabía qué ni a quién creer.

Llamaron a la puerta de la oficina y los dos buscaron a Elke con la mirada, esperando que fuera a abrir. Pero entonces se dieron cuenta de que era muy tarde, de que la muchacha ya debía de haberse ido a casa, así que le tocó a Tilsner.

Cuando abrió la puerta, Müller vio detrás de él al mensajero motorizado del Ministerio para la Seguridad del Estado que le mandaba siempre Jäger. Acto seguido, el motorista le dio un sobre a Tilsner, quien cerró después la puerta y se lo trajo.

La inspectora rompió el sello de lacre rojo con el emblema de la Stasi —la bandera de la DDR ondeando prendida de un rifle que empuñaba un brazo musculoso—, e inmediatamente rasgó el sobre para poder leer el mensaje:

Tiene que ir usted con T al Harz. El asesinato recién descubierto podría tener relación. En el hogar de Schierke hay tres chicos de Rügen, según consta en los registros del Ministerio de Educación en Berlín. Hagan el favor de comprobarlo una vez en Harz. Reiniger no les puede dar la orden de que vayan oficialmente pero lo aprueba. No hablen con él, fíense de mí. Si surgen problemas con el Ministerio, yo los apoyaré. He encontrado a la madre de Ewert y la llevaré a la morgue. Me pondré en contacto con ustedes cuando estén allí vía la Volkspolizei de Wernigerode. Buena suerte. K J

K J: Klaus Jäger. ¿Cómo se había enterado antes que ellos de este nuevo asesinato en el Harz?

—¿Y? —preguntó un Tilsner en ascuas.

Müller cayó entonces en la cuenta de que llevaba unos minutos allí parada, casi pensando en alto, preocupada por si este último giro de los acontecimientos era una encerrona planeada con todo lujo de detalles por el teniente coronel de la Stasi. Por fin, dijo:

—Dice Jäger que tenemos que ir al Harz. Ya sabe lo de ese cuerpo encontrado allí.

Tilsner soltó un silbido:

—Imagino que tiene sentido. Porque ese hombre tiene la cuchara en

muchos platos.

—Y por lo que sé, tiene también relación contigo desde hace años. — Müller lo miró a los ojos con toda la intención.

Él bajó la mirada y dio una patada al suelo con la pierna izquierda, como quien aparta una piedra del camino. ¿Lo hacía víctima del apuro o de la culpa?

—Supongo que eso te lo ha contado él, ¿no? Pero no me apetece mucho hablar de ello.

—¿Por qué no?

Tilsner levantó los ojos del suelo:

—Pregúntaselo a él —dijo, con cierto tono de crispación en la voz—. Jäger no va tan de frente como aparenta, ni siquiera sé si nos podemos fiar de él.

Müller no dijo nada, solo lo cogió por el puño de la manga y señaló el reloj.

—Es un reloj muy bonito —dijo él—. Me gustan los relojes buenos.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Me pregunto, Werner...

—¿Te preguntas qué?

—Si cuando Jäger dijo que hacía mucho tiempo que os conocíais, ese tiempo llegaba hasta tus años en una academia de la Stasi.

Tilsner le lanzó una mirada desdeñosa, le dio la espalda e hizo como que se interesaba por el teletipo una vez más.

—Ten preparado el Wartburg —dijo ella—. Habrá que llevar cadenas. Y tendrás que pasar por tu casa y hacer la maleta.

Él se dio la vuelta, y ella vio que no había mudado la amarga expresión en la mirada.

—Pero no nos iremos esta noche, ¿no? Ha caído una nevada de órdago en el Harz, aquí tenemos aguanieve, y será un infierno conducir con este tiempo.

Müller se imaginó el cuerpo tendido en un bosque nevado en la sierra del Harz. Y la chica del cementerio de St. Elisabeth, a la que todavía no habían identificado: recordó la capa negra hecha trizas y el rotulador con el que la pobre había querido pintarse las uñas de negro.

—Sí —dijo—. Saldremos esta misma noche, porque puede que no nos quede mucho tiempo.

Décimo cuarto día.
Alemania del Este.

El aguanieve, mezclado con la lluvia, golpeaba con fuerza contra el parabrisas del Wartburg en su camino hacia el sureste, por las afueras de la capital del Estado, rumbo a Bohnsdorf, donde cogerían la autopista. Tilsner se echaba hacia delante en el asiento del conductor y limpiaba la condensación con la palma de la mano.

—No veo ni torta —dijo a modo de queja, y de no haber dado un volantazo, se habría chocado contra una motocicleta averiada que había en la cuneta.

—Pues si no ves, aminora la marcha, o incluso párate —lo previno ella.

—Yo creía que íbamos con prisa para ver el cuerpo de ese chico.

—Y con prisa vamos, pero quisiera llegar en una pieza.

A partir de Magdeburgo, la nieve cuajaba en la carretera y el avance se hizo más lento. Con cada exhalación, Müller veía que se formaban nubecitas de vaho delante de sus ojos; y en las primeras rampas de ascenso a Blankenburg, sintió que el coche patinaba.

—*Scheisse* —dijo Tilsner—. Es hora de poner las cadenas. —Metió las manos en los guantes, flexionó una y otra vez los dedos para que entraran en calor y salió del coche. Al parecer, no pasaba nadie por la carretera, pues solo ellos habían sido tan estúpidos como para salir de viaje con aquel tiempo, pensó Müller. A Tilsner le costó mover el coche, centímetro a centímetro, para ponerle las cadenas. Pasados unos quince minutos, entró tiritando de nuevo al coche.

—¿Me calientas las manos? —dijo con un castañeteo de dientes, y le puso una encima de la pierna.

—No —dijo ella—. No quiero que me vengas con eso otra vez, piensa en

tus hijos —pero nada más decirlo, fue consciente de que se lo decía con la boca pequeña. Porque aunque solo fuera algo físico, la atracción estaba ahí, y no sabía cuánto tiempo podría resistirse.

Tilsner la miró a los ojos y dijo:

—Eso no me lo echés en cara. Puede que no sea muy buen marido, pero intento ser buen padre.

Müller le apartó la mano con fuerza y la puso encima del volante. Luego dijo:

—A ver si llegamos lo antes posible.

Tardaron casi otra hora en arribar trabajosamente a Blankenburg, pues iban a paso de tortuga. Cuando estaban a las afueras y ya veían los edificios medievales, Tilsner soltó un suspiro y dijo:

—Un sitio muy bonito, pero estoy que no me tengo.

Müller puso cara de fastidio:

—Solo quedan quince kilómetros, poco más, para llegar a Wernigerode, y ¿no habías dicho que la policía de allí nos había buscado alojamiento?

—Eso creo, pero es que estoy reventado. ¿Quieres llevarlo tú lo que queda del camino?

Müller no respondió.

—Vale, si eso quiere decir que no, entonces habrá que buscar un sitio aquí donde quedarse, y llamar a la policía de Wernigerode y pedir disculpas. Seguro que se hacen cargo.

Müller despertó de madrugada presa de una turbia pesadilla en la que salían Beate Ewert, Gottfried, Richter, Jäger y ella; todos estaban en Prora. Había vuelto a la adolescencia y Jäger era el director del reformatorio. En el sueño salía también un profesor que le metía mano y quería tocarle un pecho; hasta que le vio la cara y se dio cuenta de que era Gottfried. Quiso quitárselo de encima, apartarlo a empujones. Pero entonces Prora pasó a ser la academia de policía, aunque seguía debatiéndose en los brazos de un hombre. No era Gottfried, no, no era él. Era... Y no la soltaba hasta que no lo apartaba de sí con todas sus fuerzas mientras empuñaba un objeto cortante en una mano. Entonces despertó, empapada en sudor, y se zafó de las pesadas mantas

montañasas. Se halló sumida en la más absoluta oscuridad, y eso la desorientó tanto que al principio creyó estar todavía en la academia, en su cuarto, con las luces apagadas. Luego cayó en la cuenta y siguió sentada en la cama unos segundos, sintiendo que se le iba a salir el corazón del pecho, hasta que encendió la lámpara de la mesilla.

Salió al descansillo, fue al cuarto de baño compartido de la pensión y, cuando iba a lavarse las manos, se dio un pequeño susto al ver que Tilsner estaba dentro: bebía agua de un vaso y se miraba al espejo. Cuando vio el reflejo de ella en el azogue, sonrió y se dio la vuelta.

—¿A que tú tampoco te puedes dormir? ¿Por qué no vienes a mi habitación?

Por unos instantes, a Müller le pareció buen plan: allí estaba aquel cuerpo cálido y musculado que la podía abrazar, darle protección frente a los sueños provocados por un caso que, en sí mismo, era toda una pesadilla. Mas sabía que debía resistirse a la tentación. De lo contrario, tendría que cambiar de compañero de trabajo. No podrían ser pareja en el cuerpo de policía si empezaban una relación en serio, y eso sería lo que pasase si ella decía que sí. Aunque no estaba segura de que él fuera a dejar a su mujer y a sus hijos, y no quería ser la amante de nadie.

Sonrió, se apartó para que él saliera del baño y empezó a lavarse las manos.

—Eso es que no, ¿verdad?

Soltó una risa por toda respuesta y volvió sola a su habitación.

Décimo quinto día.
Alemania del Este.

La tormenta de nieve remitió esa noche, y cuando Müller y Tilsner salieron en el Wartburg, las máquinas quitanieves ya habían despejado el camino a Wernigerode. De tal manera que un recorrido que habrían tardado más de una hora en hacer la noche anterior, le llevó a Tilsner unos veinte minutos al volante. Müller tuvo que ponerse las gafas de sol, porque el rompimiento del astro rey entre las nubes no la dejaba admirar en toda su belleza el paisaje que se abría por el margen izquierdo de la carretera: un impresionante manto blanco les pulía las aristas a los bosques de piceas del Harz.

Los esperaba la *Kriminalpolizei* local, y el último tramo del trayecto hasta llegar al punto en el que fue hallado el cuerpo del chico lo hicieron detrás de un Wartburg casi idéntico al suyo, a cuyos mandos iban el oficial de la *Kripo* de Wernigerode y su ayudante. El capitán de la policía local –de rítmico y sonoro nombre, *Hauptmann* Baumann, y rubicunda y serrana tez– los había informado de que el cuerpo lo hallaron cerca de la frontera, en un bosque a escasos metros del punto en el que la Fernverkehrsstrasse número 27 quedaba interrumpida abruptamente por la línea divisoria de ambas Alemanias.

Nada más dejar atrás Elend, pasados unos cientos de metros, el conductor del coche de la policía que abría camino detuvo el vehículo y Baumann se apeó y vino a hablar con ellos. Tilsner bajó el cristal y el capitán apoyó el musculoso brazo en la ventanilla, quedando la mitad fuera y la mitad dentro, como una rama de árbol, según le pareció a Müller. «He aquí un tipo sólido, del que una se puede fiar», pensó: estarían en buenas manos con Baumann.

—Tendrá usted que poner las cadenas a partir de este punto, *Unterleutnant*, porque hasta aquí no han llegado las quitanieves. Casi nadie viene por estos lares, aparte de las tropas que patrullan la frontera. Los demás necesitan un permiso especial.

Müller se inclinó sobre Tilsner para preguntar:

—Eso también valdría para Franz Neumann, ¿no? El director del *Jugendwerkhof* que les pedimos que investigaran.

Baumann dio con las manazas enfundadas en los guantes una palmada que resonó en el aire gélido de la mañana:

—También. Pero no hemos hallado ni rastro de él en la zona. Y en el reformatorio de Schierke no tienen registrados a esos tres chavales que decían ustedes que habían trasladado allí.

—Y entonces, ¿cómo es que sí consta ese traslado en todos los demás registros?

El capitán de la *Kripo* soltó un suspiro y se encogió de hombros, luego le dio un palmetazo al Wartburg en pleno parabrisas que dejó temblando los amortiguadores y dijo:

—Si quieren, eso lo hablamos luego en comisaría. Pero primero tiene que poner las cadenas, para que podamos enseñarles el sitio en el que hallaron el cuerpo. —Fue caminando hasta el coche estacionado delante, abrió el maletero y empezó a sacar las cadenas. Tilsner hizo lo propio con su Wartburg.

Cuando volvió al interior del coche y ya seguían a los policías del Harz, Tilsner se giró hacia Müller:

—Queda claro, pues, que Neumann falsificó esos datos en Rügen.

—Sí —admitió Müller—. Pero, a ver, ¿cómo se las ha apañado también para alterar el registro del Departamento de Educación en el Ministerio? O eso o alguien lo ayudó a hacerlo. Hay que encontrar a ese hombre, y rápido. Jäger dijo que mandaría una fotografía a la comisaría de Wernigerode. Habrá que preguntarles si la tienen cuando hayamos acabado aquí.

Siguieron con cuidado al Wartburg de los policías de Wernigerode y pudieron ver rodadas en la nieve, seguramente de ese mismo coche y de otros de la policía en sus idas y venidas para acordonar la zona, sacar fotos y levantar el cuerpo.

Pasados unos tres kilómetros, las rodadas desaparecían en la nieve y una barrera blanca y roja bloqueaba la carretera. Baumann aparcó en la cuneta y Tilsner, detrás de él. El *Hauptmann* y su ayudante, *Unterleutnant* Vogel, vinieron caminando al encuentro de Müller y su subinspector, quienes se apearon del coche.

—Está a unos quince minutos bosque a través, ahí mismo. —Baumann

señalaba un improvisado sendero practicado en la nieve por el ir y venir de los policías, cuyas pisadas se perdían hasta confluír en una vieja vereda. Al ver que Müller no apartaba la vista de las huellas, dijo—: Me temo que las pisadas son todas nuestras. —Baumann echó a andar seguido de Vogel, con Müller y Tilsner detrás—. No obstante, mis hombres tuvieron mucho cuidado de no tocar las huellas que había antes, y les sacaron fotos por si las borraba el resto del operativo.

—Huellas ¿de qué tipo?

—Rodadas de coche.

—¿Han identificado la marca de neumáticos? —preguntó Tilsner.

Baumann miró a su joven *Unterleutnant*:

—¿Algún avance en ese tema, camarada Vogel?

—No. —Tuvo que reconocer Vogel, y se rascó el pelo negro y crespo. En claro contraste con su superior, coloradote como un campesino, Vogel parecía fuera de lugar en aquellos parajes, casi como un Gottfried más joven, pensó Müller, con pinta de estudiante universitario de último año de carrera —. No hemos podido dar con un dibujo que se le parezca —dijo el *Unterleutnant*—. Para ser sinceros, esperábamos que ustedes, los de Berlín, nos pudieran ayudar con eso.

Baumann dijo que sí con su cabezota:

—Por eso, en parte, nos pusimos en contacto con usted, camarada Müller. Leímos los detalles del caso en el *Neues Deutschland*, y este tiene toda la pinta, así a primera vista, de ser un asesinato parecido.

—Pero en el artículo que sacó el periódico no se decía nada de huellas de neumáticos —dijo Müller.

Baumann se encogió de hombros:

—Bueno, el caso es que hay similitud y seguro que ustedes nos pueden ayudar.

Los de la policía local reanudaron camino por la vereda, seguidos de Müller y Tilsner. A los pocos metros, llegaron a un pequeño claro en el bosque. Los rayos del sol se colaban entre el ramaje, les arrancaban puntiagudas sombras a las piceas, como hojas de cuchillos, y esas sombras parecían centinelas que guardaran aquel pequeño trozo de terreno. La pureza del bosque se había visto violada en aquel punto, pensó Müller; igual que la santidad del cementerio de St. Elisabeth fue violada en Berlín. La diferencia era que al ruido del tráfico que venía del otro lado de la barrera de protección

lo reemplazaba el silencio casi absoluto de la foresta. Llegaba en ocasiones algún aullido, y Müller imaginó que serían los perros del puesto fronterizo; pero eran ruidos más lejanos, apenas perceptibles, bien distintos del fragor ininterrumpido que reinaba en la capital del Estado.

—¿Han traído las fotos del cuerpo? —preguntó Müller.

Vogel echó mano a una mochila de tela gris que llevaba al hombro y sacó varias fotografías en blanco y negro protegidas en plástico transparente. Se las dio a Tilsner, quien hizo dos fajos de aproximadamente el mismo tamaño y le entregó uno a Müller.

La inspectora vio que la primera foto mostraba el cuerpo tal y como lo había descubierto un agente forestal que pasaba por allí. Habían dejado al adolescente en posición parecida a la de la chica hallada en Berlín: de bruces contra el suelo, mirando al este. Tenía la espalda acribillada a balazos, lucía una camiseta manchada de sangre y la pierna, fracturada, había quedado torcida en un ángulo inverosímil. Nada había en él que confirmase la identidad de Mathias Gelman, porque la cara estaba horriblemente mutilada. No obstante, Müller ya había comprobado la primera vez que habló por radio con Wernigerode el día anterior que los rasgos físicos coincidían.

—Mire esto, jefa —dijo Tilsner, y señaló una de las fotos que tenía entre las manos—. Son huellas de zapatillas de deporte y apuntan a que huía de la frontera. —Müller sostuvo la foto en alto y la comparó con el mismo marco que veía al fondo. Y al imaginarse la escena, pudo constatar que todo encajaba de forma abrumadora, desasosegante.

Quienquiera que hubiera perpetrado aquel horrendo crimen era capaz de hacer el mal más absoluto.

Tenían que encontrarlo. Detenerlo.

Antes de que matara una tercera vez.

*Ocho meses antes (junio de 1974).
Hamburgo, República Federal de Alemania.*

Cuando la policía de aduanas logra convencerme de que el perro no hace nada, salgo de la caja que transporta la cama desmontada. Me ayuda a liberar los hombros, luego tira de mí y me saca fuera. Veo que se echa un poco para atrás al notar el olor, pero el perro da un salto y empieza a lamerme la cara, hasta que ella le ordena que se siente.

La sigo escaleras arriba y salimos a cubierta.

—Tenéis que haberlo pasado muy mal ahí encerrados —dice mientras caminamos por la cubierta en dirección a la plancha—. ¿Cuánto tiempo duró el viaje en barco?

—No estoy segura —respondo—. A mí se me ha hecho eterno, de varios días, aunque puede que fuera solo un par de ellos.

Me mira de arriba abajo y olisquea el aire. No puede evitar poner un poco cara de asco, pero dice:

—Debéis de tener mucha hambre.

Me río:

—Tenemos hambre, tenemos sed y estamos llenos de mierda. Estoy deseando probar la bebida a este lado del muro, y la comida, y darme un buen baño.

Se echa a un lado para dejar espacio a un oficial que viene hasta donde estamos.

—Os vamos a llevar a un albergue juvenil mientras lo tramitamos todo —dice el oficial—. Allí os darán de comer y beber, y podréis lavaros. También os daremos ropa nueva.

Veo en el muelle una furgoneta verde de la *Bundesgrenzschutz*; tiene el motor en marcha y la luz azul gira en el techo. Otro policía baja delante de mí por la plancha y la agente del perro cierra la comitiva. Parecen simpáticos,

con ganas de ayudar. Cuando llegamos al final de la rampa, veo que podría salir corriendo si quisiera. Pero ¿para qué iba a hacer algo así si estoy aquí por fin, al otro lado del Telón de Acero?

Subo a la furgoneta, en la que aguardan ya Mathias y Beate, juntos de la mano en los asientos de atrás. Ella sonrío y se apretuja contra él para hacerme sitio; pero Mathias no se digna a mirarme a los ojos.

—¿Qué pasa? —le digo—. ¿Es que no te alegras de estar aquí?

Vamos todo el camino entusiasmadas, dejamos atrás el puerto y atravesamos la ciudad: a mí me fascinan los letreros de las tiendas, las luces de colores que se encienden y se apagan. Es la misma sensación que tenía cuando era pequeña en Sellin el día de Nochebuena, en casa de la Oma: eso mismo que temblaba dentro de mí mientras esperaba a que la Oma tocara la campanilla y abriera con la llave la habitación del árbol de Navidad donde estaban los regalos. ¿Qué me traería un año más *der Weihnachtsmann*?

Beate no cabe en sí de gozo:

—¿Nos pueden llevar a ver el Reeperbahn? —le pregunta al conductor.

Este mira al policía que lleva traje, quien imagino que también es de la *Bundsgrenzschutz*, solo que viste de paisano. El del traje dice que sí con la cabeza y nos mira sonriente:

—Pasaremos con la furgoneta por allí. Pero no podéis bajaros, antes tenemos que tomaros todos los datos en el albergue.

Beate y yo soltamos una risita nerviosa, pero a Mathias le llega la cara hasta el suelo y está muy triste. ¿Qué le pasa a este?

—No podemos pasar por la parte más céntrica del Reeperbahn porque es peatonal —dice el hombre del traje—. Pero algo del ambiente nocturno sí que veréis.

Llegamos en unos minutos. Beate y yo empezamos a mirar a derecha e izquierda, señalando a todas partes con el dedo. En las esquinas hay chicas jóvenes embutidas en minifaldas minúsculas, no sé si son prostitutas o solo se han puesto así para estar más sexis. Y hay discotecas y hamburgueserías. Es todo tan distinto a la República Democrática, y se trata —aunque casi tengo que pellizcarme para creérmelo— de mi nuevo hogar. ¿Cómo será Fürth?, me pregunto, donde vive mi tía. ¿Habrà también tanto ambiente?

Pero enseguida quedan atrás las luces de colores y nos vamos adentrando

en lo que parece una zona residencial. Los letreros de las calles son distintos, los de las tiendas, y hasta los coches parecen diferentes. Hay colegios, hospitales, gasolineras, supermercados: los mismos, pero diferentes. Como si alguien cogiera una ciudad de la Alemania del Este, la pintara de colores, le añadiera más tráfico y más gente, y luego la dejara caer en otra parte del mundo. Pienso unos instantes en el *Jugendwerkhof* y en aquellos que hemos dejado atrás. Lo siento por los que eran buenos conmigo: Herr Müller, Frau Schettler y hasta Maria Bauer. Pero luego me acuerdo de Richter, y de Neumann, y doy gracias a Dios de no seguir allí dentro.

Beate me coge la mano porque estamos pasando al lado de un recinto coronado de alambre de espino. A lo mejor le da miedo pensar que pueda ser el equivalente occidental a Prora Ost. Pero la mujer policía del perro nos sonrío como para darnos confianza, y hasta el perro mismo ladra y mueve la cola en el maletero de la furgoneta, como si supiera que está de vuelta en casa.

Nos llevan derechos a la cafetería, dicen que tomemos asiento sin perder tiempo, y entonces los policías de uniforme y el de paisano se ponen a servirnos: nos traen coca colas, patatas de bolsa, boles llenos de sopa, aunque esto último parece fuera de lugar dada la época del año. Tengo tanta hambre que podría comerme todo lo que me traigan. Beate y yo nos tomamos la sopa dando sorbos, luego partimos pedazos de pan, los echamos en el caldo de carne y nos lo metemos a toda velocidad en la boca. Hasta Mathias está más relajado y come con tantas ganas como nosotras.

—No pienso beber Vita Cola nunca más en toda mi vida —digo, aunque en la DDR era todo un lujo, y teníamos que ahorrar una paga detrás de otra para permitirnoslo.

—Ni pepinillos en vinagre —dice Beate.

—Ni crema de chocolate con avellanas para untar —añade Mathias. Entonces me entra otra vez cierta tristeza, porque la crema de chocolate untada en pan, las veces que nos la ponían para desayunar, eso sí que era un lujo. Y recuerdo en ese instante el sabor a chocolate y frutos secos.

En cuanto nos acabamos la sopa, el del traje se lleva los boles y la policía simpática nos trae el segundo plato: salchichas con salsa de tomate y curri y patatas fritas, humeantes en el plato. Miro al mío unos instantes, acerco la nariz, dejo que el especiado aroma me llene de saliva la boca y lo saboreo sin probarlo todavía. Corto entonces un trozo de salchicha, lo pincho con el

tenedor junto a varias patatas, lo mojo en la salsa de curri primero, en la de tomate después, y me lo meto en la boca. No me cabe todo, el curri se me sale por la nariz y lo escupo todo de vuelta al plato.

—¡Qué asco! —exclama Beate, y se echa a reír—. ¿Es que no te han enseñado modales allí en el este? —Y me guiña un ojo, y hasta a Mathias le arranca una sonrisa.

Después de la comida, no hace falta recoger los platos: los policías nos dicen que los dejemos como están y nos llevan a los dormitorios y a las duchas, en la primera planta.

Hay dos literas en la habitación y, sorprendida, me doy cuenta de que Mathias la compartirá con nosotras. Sé que no dormiré mucho esta noche, porque los dos tortolitos estarán todo el rato apareándose ruidosamente, pero me da igual, porque no pienso permitir que eso me baje la moral.

Luego Beate y yo vamos a la ducha, y nos mojamos la una a la otra, nos enjabonamos, nos lavamos el pelo mutuamente y luego la espalda. Veo entonces que así, desnudas, no somos tan distintas, y que llegar a la parte occidental ha hecho que me sienta más bonita y más segura de mí misma. Sí, soy pelirroja y tengo el pelo rizado, pero ya me lo cortaré a la moda aquí en la República Federal. Y, vale, estoy un poco gordita, pero me puedo poner a dieta. Y sí que es verdad que Beate se sale de lo guapa que es, pero aquí, al otro lado del Telón de Acero, habrá montones de chicas guapas, todas irán maquilladas a la última, y no tendrá ninguna ventaja. Así que no somos tan distintas. Y somos amigas. Me sonrío, nos abrazamos debajo de la alcachofa de la ducha, y el agua cae a chorros sobre nuestras cabezas: y somos dos chicas felices de ser libres al fin, amigas para siempre, hasta que la muerte nos separe.

En mitad de la noche, oigo que Mathias pronuncia el nombre de Beate con un bisbiseo, y la veo que baja de la litera, de la cama que está encima de la mía, y va hasta la cama de él: la de abajo en la litera de enfrente. Se mete dentro y al principio solo se susurran cosas al oído, muy despacio. Se me pasa por la cabeza la idea de pedirles que se callen, pero la verdad es que no me importa. Son felices, están juntos, ¿por qué no iban a decirse cosas

bonitas al oído? Pero incluso cuando la cama empieza a cruji rítmicamente con un traqueteo y Beate lo llama por su nombre toda desahogada, incluso cuando él jadea con cada nuevo embate, ni siquiera en esos momentos me cabreo. Me quedo aquí tumbada y escucho, y sueño con la República Federal, con un chico que algún día encontraré, solo para mí: alguien que me acepte tal y como soy, alguien a quien le encante que sea pelirroja, que sea decidida, que tenga espíritu aventurero. Esos son los atributos que han hecho que Mathias y Beate tengan una oportunidad a este lado del Muro. Porque bien sé que sin mí, jamás lo habrían conseguido. El plan era mío. Y funcionó.

Al día siguiente, cuando todavía no nos hemos acabado el desayuno, los policías empiezan con lo que ellos llaman «el proceso». Yo imagino que se refieren a los pasaportes de la República Federal que van a expedir en nombre nuestro; o quizá a los marcos alemanes que piensan darnos. Quizá hasta incluso nos den billetes de tren para bajar a Fürth a casa de mi tía. Ni lo sé ni me importa. Yo no miro los papeles, solo firmo donde me dicen, porque sé que soy libre.

Luego nos suben otra vez a la furgoneta: vamos nosotros tres y los policías de ayer, y también el hombre del traje. Busco la mirada de la mujer policía, pero no deja en ningún momento de mirarse las manos y tiene una expresión triste en la cara. Bah, no pasa nada, yo supongo que también en la parte occidental la gente tiene sus problemas, y a lo mejor se ha peleado con el marido.

Beate y yo vamos cogidas de las manos, como dos niñas, mientras la furgoneta se adentra otra vez en la zona residencial de Hamburgo, hasta que llegamos a la autopista. Nos adelantan coches de lujo, con carrocerías impolutas, que van a velocidad de vértigo. Cogemos la A7 en dirección a Hannover y Beate y yo empezamos a cantar *Hänschen klein*, y a dar palmas las dos juntas. Mathias se tapa los oídos con las manos, y yo le busco la mirada otra vez a la mujer policía, pero tiene los ojos llenos de lágrimas y mira para otro lado.

Beate le pregunta a voces al hombre del traje:

—¿Es que nos llevan derechos a casa de la tía de Irma? —Porque aunque no nos sabemos el mapa de la República Federal, lo que sí sabemos las dos es que vamos en esa dirección. Él lo niega con la cabeza, pero no nos dice

adónde vamos.

Una vez en Hanover, cogemos la A2, y aparecen los letreros de Berlín Occidental. Bueno, tampoco estaría nada mal acabar ahí. No me puedo quitar de la cabeza la letra de la canción, *Hänschen klein*, aunque ya no la cantemos en alto:

*Hänschen klein ging allein
In die weite Welt hinein.
Stock und Hut stehn ihm gut,
Ist gar wohlgenut.*

Antes de llegar a la segunda estrofa, ya me he dormido con el vaivén de la furgoneta y el ruido monótono de la autopista.

Me despierta Beate, tirándome de la manga:

—Mira —me dice, y señala lo que tiene toda la pinta de ser un puesto fronterizo. Arrugo el entrecejo y casi puedo palpar el ambiente extraño que se ha creado dentro de la furgoneta. El del traje va juntando papeles hasta que los tiene todos en un fajo. La del perro me mira atenta, pero ha puesto cara seria. Hasta el perro parece alerta, tiene las orejas de punta y jadea muy pegado a su ama.

—¿Dónde estamos? —Mas no responden. Miro a Mathias y me dedica una sonrisa, muy breve y tímida—. ¿Tú lo sabes, Mathias? —Pero no dice nada y se encoje de hombros.

Algo va mal, pero los policías de fuera le hacen señales al conductor para que cruce el puesto fronterizo. A lo mejor es que esta es la entrada a Berlín Occidental. Pero Beate me coge la mano y noto que ahora me aprieta más fuerte, y que está muy nerviosa.

Entonces veo el letrero: *Herzlich Willkommen in der DDR*.

Me pongo en pie de un salto y tiro hacia mí de Beate, pero es Mathias el que la retiene. Entonces la suelto y voy a abrir la puerta de la furgoneta, pero el perro empieza a ladrar y tira de la correa a tope. El del traje grita, la del perro intenta agarrarme y el otro policía me tira al suelo de la furgoneta antes de que pueda siquiera abrir la puerta. ¿Qué pesadilla es esta?

—Suélteme —grito—. No quiero volver, no pienso volver. —La mujer del

perro intenta calmarme con buenas palabras, pero el otro policía me tapa la boca con la mano, así que le doy un mordisco.

—*Miststück!* —grita, pero no me suelta.

Y entonces llegamos al puesto fronterizo de la DDR. Vienen corriendo *Grenztruppen* al encuentro de la furgoneta y nos esposan a los tres, aunque Beate y yo nos resistimos como un gato panza arriba.

—Haz algo, Mathias —grita Beate, que quizá quiere ver en él al paladín de la armadura reluciente. Pero no hace nada por oponerse, sorprendentemente: no ofrece la más mínima resistencia, como si quisiera volver a la DDR. Y es entonces cuando caigo en la cuenta de que eso es justamente lo que quiere, el muy *Arschloch*: ¡en ningún momento quiso escapar! Solo quería estar con ella, retenerla a su lado, atraparla entre sus garras, como a una mariposa clavada en una cartulina.

Sigo gritando, doy patadas al aire que van dirigidas a la policía de aduanas, pero nos retuercen el brazo a la espalda, y de esta guisa nos llevan a las oficinas del puesto fronterizo. Giro la cabeza todo lo que puedo y busco a los policías occidentales en la furgoneta, los mismos que nos han traicionado, y no puedo creerlo: la mujer del perro parecía tan maja. La veo llorar, gritarle algo al hombre del traje, y luego su mirada se cruza con la mía y se lo leo en los labios: «Lo siento».

Nos llevan a los tres a un cuarto en uno de los laterales del puesto fronterizo, y veo el cogote de un hombre que está sentado en una silla giratoria y nos da la espalda.

La silla gira sobre su eje y Beate suelta un grito.

Porque allí está él: luce una sonrisa de maníaco, eso le arruga el rostro lleno de cicatrices y tuerce ligeramente el parche negro que le tapa un ojo.

Es Franz Neumann, el director del *Jugendwerkhof* de Prora Ost.

*Febrero de 1975. Décimo quinto día.
Wernigerode, Alemania del Este.*

Puede que Wernigerode fuera solo una ciudad de provincias, pero el cuartel de la policía dejaba las oficinas de Marx-Engels-Platz a la altura del betún. Los de la *Kripo* en concreto ocupaban un módulo moderno del edificio que compartían con los otros *Volkspolizei* de la ciudad. Por tener, Baumann y Vogel tenían hasta una sala especial reservada para sus investigaciones.

Müller pasó revista a las fotografías colgadas en la pared y vio el dibujo de los neumáticos. Al igual que en Berlín, el *Kriminaltechniker* había sacado una copia impresa en negativo de las rodadas en la nieve. A Müller se le erizó el vello de la nuca, y llamó a Tilsner para que se acercara.

—¿Te suena? —le preguntó.

—*Scheisse*.

—Gislaved. Me juego el cuello —susurró ella.

Vogel vio que no apartaban la vista de la imagen y preguntó:

—¿Las reconocen?

Müller dijo que sí con la cabeza:

—Son de un neumático sueco, se les suele poner a los Volvos.

El *Unterleutnant* de Wernigerode lo entendió en el acto: Müller lo vio en la palidez que le cubría de repente el rostro imberbe. Ella misma se sentía confusa: ¿cómo iban a haber alquilado otra vez la limusina de Berlín Occidental? ¿Y todo para llevarla nada menos que hasta el Harz? Eso sería de locos. Porque ¿cómo se las habrían apañado para conducir por lo que era poco más que una vereda en el bosque? Con un coche quizá, pero ¿con una limusina de un bastidor tan largo?

Vogel había llamado a Baumann para que se acercara.

—Son huellas de neumáticos —dijo—, de un Volvo. ¿Comprende lo que quiere decir eso, camarada Baumann? —Baumann se había quedado como si

tal cosa—. Pues que casi con toda seguridad son de uno de los coches que les asignan a los altos cargos del gobierno.

—*Verdammt!* —exclamó Baumann.

—O a un oficial de la Stasi —añadió Vogel.

—¿Saben si el *Kriminaltechniker* midió la distancia entre los ejes?

Vogel buscó en su libreta.

—No estoy seguro. Lo que sí sé es que no tenían ninguna duda de que se trataba de un turismo. Muy grande, eso sí, pero un turismo al fin y al cabo. Y no hacía más que decir que nunca antes se había encontrado con ese tipo de dibujo.

Tilsner asintió pensativo.

Baumann se dejó caer en una silla:

—Ya sabía yo que esto nos iba a traer problemas. Si lo hubieran arrojado unos cientos de metros más hacia el oeste, habríamos dejado que los de la policía de fronteras se las arreglaran con el cuerpo ellos solos. Pero por la pinta que tiene el caso, habrá que informar a la Stasi. Por lo general nos dejan a nuestro aire y, si les soy sincero, es lo mejor que podría pasarnos. —Miró a Müller a los ojos—. ¿A lo mejor por eso anda en ello ese *Oberstleutnant* de la Stasi? Nos ha enviado por fax una foto del tal Neumann. Se ha caído casi toda la línea telefónica por culpa de la nieve, pero el fax sí que funciona.

—¿Me la puede enseñar? —preguntó ella.

Baumann fue hasta una mesa cercana, abrió el cajón de arriba y cogió dos papeles.

El primero era el fax con la fotografía y, nada más verla, la inspectora se echó a temblar, aunque no sabía por qué. Puede que fuera el parche negro que Neumann llevaba tapándole el ojo izquierdo, o la cicatriz que le cruzaba la cara. Tenía pinta de asesino, eso sin duda, pero Müller sabía que las apariencias casi siempre engañaban.

Había algo más en aquella foto de baja calidad debido al fax: algo que le resultaba familiar, aunque estaba segura de no haber visto nunca antes a aquel hombre.

Baumann soltó una tosecilla. Müller levantó la mirada, vio que le alcanzaba el segundo documento enviado por fax y se lo cogió de las manos. Era una nota escueta, redactada como un telegrama, escrita en un papel con membrete del Ministerio para la Seguridad del Estado, dirigida a su nombre:

*Llevé a la madre al sótano de la Charité. Confirma que es B. E.
Buena suerte con la investigación. K J*

Ni siquiera dos líneas de texto; y solo dos iniciales en vez de un nombre, B. E. Llevaba días sin cara reconocible, sin nombre, y de repente, la chica hallada muerta en el cementerio ya lo tenía; el nombre que Müller siempre sospechó que tendría desde su visita al *Jugendwerkhof* de Prora Ost: Beate Ewert, la amiga del alma de Irma Behrendt. Beate, aquella chica que no podía soportar la vida en el reformatorio. Baumann y Vogel la miraban sin comprender y ella le dio la nota a Tilsner. Su ayudante meneó apesadumbrado la cabeza y se la devolvió. Müller la sostuvo entre sus manos y se miró las uñas sin esmalte. Intentó imaginarse así a Beate, en sus últimos instantes de dicha, mientras se pintaba las uñas con un rotulador negro.

A Müller y a Tilsner les dio la sensación, por las circunstancias que rodeaban el asesinato del Harz, de que eso ya lo habían vivido antes; algo que confirmaron dos horas más tarde, al entrar en la morgue del hospital de Wernigerode. El patólogo, un tal doctor Eckstein, era de edad parecida a las paredes y los antediluvianos instrumentos que lo rodeaban, y un vello blanco e hirsuto le salía por los orificios de la nariz y las orejas. Müller se lo imaginaba haciendo esa misma labor en época de los nazis, y hasta en la de la República de Weimar.

También les sonaban los hallazgos que había llevado a cabo, y el galimatías al que tuvieron que someterse para poder presenciar en primera fila la autopsia. Volvieron a oír citado con toda ceremonia lo recogido por la orden que regulaba las exploraciones *post mortem*, solo que en este caso se hizo notar la influencia que ejercía Baumann en los círculos locales. Porque cuando el *Hauptmann* explicó que los detectives berlineses podrían arrojar algo de luz sobre un caso tan complicado, Eckstein dejó que pasaran los cuatro a presenciar la autopsia.

Al igual que había hecho Feuerstein en Berlín, Eckstein demostró por qué las heridas de bala habían sido infligidas casi con toda probabilidad después de la muerte del chico.

Müller asintió:

—En el asesinato que estamos investigando en Berlín hicieron lo mismo,

camarada Eckstein.

El patólogo pareció sorprendido, pero cuando pasó a explicar el tema de la sangre derramada sobre cuerpo y ropa con posterioridad a la muerte, fue un poco más allá en el análisis:

—Nada más verlo, supe que algo no encajaba, así que analicé la sangre de la camiseta para tenerla lista antes incluso de empezar con la autopsia.

—Y ¿bien? —preguntó Müller.

—Pues que proviene de un animal —dijo Eckstein.

—Lo mismo pasó en Berlín, doctor —dijo Tilsner. Müller recibió de lleno la mirada acusatoria de Baumann y Vogel, pues, claramente, no les hacía ninguna gracia que los detectives llegados desde Berlín les hubieran ocultado esa información.

Eckstein suspiró hondo y dijo:

—Ya veo que nos va a costar impresionar a nuestros colegas urbanitas. Pero es que eso no es todo.

—Y ¿qué más hay? —preguntó Tilsner.

—Tal y como iba diciendo, a la lente del microscopio saltaba a la vista que la sangre no era humana, que pertenecía a un animal. A un gato, para ser más precisos. A continuación logré llevar a cabo varios análisis de los glóbulos rojos con isoenzimas.

Müller vio que el patólogo disfrutaba bombardeándolos con terminología científica mientras preparaba el clímax de lo que quería contarles:

—Lo que intento decirles —continuó Eckstein— es que la sangre pertenece a un minino en concreto: *Felis silvestris*, el gato montés europeo. Y para más inri este era un animal de gran pureza, pues sus antepasados no habían tenido relación con ningún gato doméstico.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Müller.

—Pues que esa sangre la sacaron de un ejemplar que vivía en algún sitio remoto.

Baumann intervino en la conversación girándose hacia Müller:

—En el Brocken. Hay una colonia de gatos monteses en las laderas del pico. Muchos excursionistas nos vienen con que han visto un leopardo o un león.

—Pues sí que andan mal de la vista —bromeó Tilsner—. En fin, yo creía que estaba prohibido subir al Brocken.

—Y lo está —asintió Baumann—. De hecho, se cree que la principal

colonia de gatos está dentro del área restringida, pero alguno que otro se salta la barrera.

Una Müller pensativa movió afirmativamente la cabeza: allí tenían nuevas pruebas que apuntaban al pico más alto de la sierra del Harz, aunque nada concluyentes.

El asistente médico fue a darle una sierra para que abriera el cadáver, pero Eckstein la apartó con la mano y pidió más detalles sobre el caso:

—¿Se sabe quién es la víctima?

—No estamos seguros, pero tenemos una idea bastante aproximada —respondió Müller. Tampoco era del todo verdad, porque la nota que Jäger le había enviado por fax había despejado toda posible duda sobre la identidad del chico. Fue a por el maletín que había dejado en la parte de atrás del quirófano y sacó algunos documentos—. Estas son las fichas dentales de un *Jugendwerkhof* que hay en la isla de Rügen. Si este chico es quien yo creo que es, deberían coincidir. —Vio con el rabillo del ojo que Baumann y Vogel ponían mala cara, y comprendió que era información que tenía que haber compartido con ellos.

Eckstein miró detenidamente las fichas. Luego, con las manos enfundadas en sendos guantes de goma, le abrió la boca al chico y pidió al asistente que alumbrara con un foco para ver el interior de la cavidad bucal. A diferencia de la chica hallada muerta en Berlín, él tenía toda la dentadura intacta.

—Luego le sacaré una impresión dental completa en escayola, pero después de un examen ocular, yo diría que este es su chico. —Le hizo señas a Müller para que se acercara—. ¿No ve este hueco en los molares inferiores, en el maxilar derecho, o en el izquierdo según lo está mirando usted? —Eckstein frotaba con el dedo la encía monda—. Le faltan dos muelas: el segundo premolar y el primer molar.

—Pero eso no tiene nada que ver con la muerte, ¿no? —preguntó Müller.

—No, no, *Oberleutnant*. Yo diría que a lo mejor se vio involucrado en alguna pelea hará como un año o dos, algo por el estilo. Le partieron las muelas, y como consecuencia de ello se le carieron y acabó por perderlas. —Cerró la boca del chico y cogió de nuevo las fichas—. Aquí no se especifica por qué, pero dejan constancia de los dientes que le faltan. Así que puede estar casi segura de que este es el chico. ¿Cómo se llama?

—Mathias Gelman, de quince años de edad en el momento de la desaparición. Dieciséis en la actualidad —dijo Tilsner.

Eckstein movió afirmativamente la cabeza y empezó a examinar por fuera el cuerpo desnudo y mutilado de Mathias. Iba dictándole una observación detrás de otra al asistente y entonces dijo algo que dejó a los cuatro detectives de una pieza:

—Ese caso suyo en Berlín, ¿se trata de un asesinato? —preguntó.

—Así es —respondió Müller, y sintió que se le encogía el estómago.

—Bien, pues yo le digo que este no lo es, o al menos creo que no. Incluso antes de empezar con las incisiones, tiene todas las trazas de que este chico murió a consecuencia de una caída. Claro que, a lo mejor, lo empujaron, pero no hay moratones que se compadezcan con ningún tipo de forcejeo.

Empezó a señalar las lesiones sufridas en el torso y los miembros de Mathias y, por último, en la frente:

—Esto puede que fuera lo que lo mató. Yo diría que se golpeó la cabeza contra una piedra bien dura como resultado de una caída de unos tres o cuatro metros, o sea que a lo mejor se cayó por un tramo de escaleras. Tengo que abrirle el cráneo para confirmarlo, pero no hace falta que se queden a verlo. No es un espectáculo grato a la vista.

—O sea, ¿que murió de un golpe en la cabeza? Y ¿no pudo ser que le dieran con un objeto contundente? Después de que lo tiraran por la escalera, claro está —preguntó Müller.

Eckstein dijo que no con la cabeza:

—La herida en la frente no dice eso, *Oberleutnant*. A mí me parece que no es más que un caso de traumatismo cráneo-encefálico de lo más simple después de una caída por las escaleras. Eso sí, los peldaños eran de piedra. Y la cabeza se la golpeó contra una superficie mineral dura y angular como remate a esa caída. Logré obtener fragmentos de arenilla de la herida: los analizaré y les daré los resultados más tarde.

—Y ¿eso qué nos puede aportar? —preguntó Tilsner.

Müller fulminó a su ayudante con la mirada y respondió ella misma:

—Nos puede decir el sitio en el que murió, porque no fue allí en mitad del bosque, donde hallaron el cuerpo. Y puede que eso nos lleve hasta Neumann. Hemos dado con dos de los tres adolescentes desaparecidos, tenemos que encontrar a la tercera mientras sigue viva.

Al poco rato, Eckstein invitó a los cuatro detectives a que salieran de la

morgue con el argumento de que necesitaba trabajar en paz para concluir toda la operación.

De vuelta a la comisaría de Wernigerode, a Müller le informaron de que Reiniger quería ponerse en contacto con ella en comunicación por radio. La línea no era muy buena; y la voz de Reiniger, apenas perceptible entre las ondas estáticas:

—*Oberleutnant* Müller —dijo, con tono que sonó formal—: usted y *Unterleutnant* Tilsner tienen que volver a Berlín inmediatamente. Además, yo nunca les di permiso para que salieran de la capital del Estado. Y, en cualquier caso, le comunico que han presentado cargos contra su marido; entre ellos, el de atentar contra el orden político y social de la República Democrática Alemana, aprovecharse de la falta de madurez moral de una menor para tener con ella trato sexual o tocamientos y, lo más grave: que por lo que respecta a la investigación que la ocupa a usted...

El radiotransmisor en el que Müller había recibido la llamada soltó un chisporroteo y dejó de transmitir.

—*Oberst* Reiniger, ¿me podría repetir esto último? Es que la conexión es muy mala.

—Pues que lo acusan de asesinato, del asesinato de la chica hallada muerta en el cementerio de St. Elisabeth. Imagino que ya está al tanto de que se la ha identificado como Beate Ewert, la misma chica que aparece en situaciones comprometidas con su marido en las fotografías que, me consta, usted ya ha visto.

Müller sintió de repente que le faltaba el aire, que se iba a desmayar. Ya le costaba admitir que las fotos en las que se veía a Gottfried con Beate eran auténticas, pero lo que no estaba dispuesta a aceptar era que su marido fuera un asesino. Además, el cuerpo de Mathias lo habían arrojado al bosque mientras Gottfried estaba en la cárcel, así que no se lo podía hacer responsable directo de este segundo crimen. ¿A qué jugaba Reiniger? No sabía si Schmidt habría analizado ya la fotografía de Gottfried en la enfermería del *Jugendwerkhof*, la misma que su marido había insistido una y otra vez en que era un montaje. Parecía que todavía estuviera viéndolo en la sala de interrogatorios de las dependencias en Hohenschönhausen, allí donde él le suplicó a modo de despedida que lo comprobara ella misma.

—Mientras no se formalice el divorcio, sigue casada con un sospechoso, acusado ya, que guarda relación con lo que usted está investigando. Así que

se la suspende en sus funciones y debe regresar a...

Recordó que Jäger había prometido ayudarla, y palpó la autorización firmada por Mielke que llevaba todavía en el bolsillo interior de la chaqueta. Eso fue lo que le dio fuerzas para jugárselo todo a una carta:

—Oiga, *Oberst* Reiniger. No puedo oírle. Lo siento mucho, pero es que me he vuelto a quedar sin línea, no he podido oír lo que me ha dicho. —Pero el caso era que la voz de Reiniger sonaba ahora más clara que nunca en toda la transmisión, y le decía que la suspendían con efectos inmediatos, y que así lo habían decretado desde las más altas esferas en Keibelstrasse. Mentir era su único recurso—: *Oberst* Reiniger, si todavía me escucha, que sepa que yo a usted no lo oigo —Reiniger repitió una y otra vez lo que acababa de decir, cada vez más airado, pero Müller seguía insistiendo en lo pésimo de la transmisión, hasta que acabó colgando.

Décimo quinto día.

Wernigerode, Alemania del Este.

Cuando volvieron a la sala de operaciones habilitada para ellos en el cuartel de la Policía del Pueblo en Wernigerode, Müller y Tilsner se sentaron con sus dos anfitriones para ver en qué punto de la investigación se encontraban. Müller no le contó a ninguno el contenido de su conversación con Reiniger. Mientras se pasaba la mano por el pelo, con los codos apoyados en la mesa, pensó que tendrían que trabajar rápido: porque si Reiniger había sido capaz de localizarlos por radio una vez, lo volvería a intentar, y dado el tenor de lo comunicado a la inspectora, seguro que ordenaba que la arrestaran.

Tilsner se reclinó en la silla y soltó un suspiro:

—Tenemos que encontrar a Neumann, pero si no está en el reformatorio de Schierke, y tampoco en Rügen, ¿por dónde empezar a buscarlo?

Müller daba golpecitos con un bolígrafo encima de la mesa:

—Tiene que haber algo que se nos escapa. Porque ha sido el propio Neumann, o alguien más, quien nos ha traído hasta aquí. El hecho de que aparecieran tantas pruebas en el coche, cuando en teoría le habían aplicado una limpieza en seco... Salta a la legua que es un montaje. Nada es nunca tan fácil, o sea que o él o quien sea quieren que los encontremos.

—Vale, pero ¿entonces qué hacemos? —preguntó Tilsner.

Sonó el teléfono y Vogel fue al otro extremo de la sala para cogerlo. Eso quería decir, pensó Müller, que volvían a tener línea telefónica; y quizá, también, que debería devolverle la llamada a Reiniger, pero no pensaba hacer tal cosa.

—¿O sea que ya hay línea telefónica? —preguntó.

—No del todo —dijo Baumann—. Las de la zona sí funcionan, pero las comunicaciones con Berlín y el resto del país siguen interrumpidas. Hay una

avería en un intercambiador cerca de Blankenburg.

Empezó a extender sobre la mesa un mapa a gran escala de la zona del Brocken y dijo:

—Y ¿si la colonia de gatos monteses tuviera su importancia? Casi todos los avistamientos han sido en esta área de aquí. —Müller siguió la dirección en la que apuntaba el dedo del *Hauptmann* y vio una sección del mapa en la que el tren de vía estrecha que subía a la cima del Brocken viraba hacia el oeste.

—Eso está muy cerca de la valla fronteriza, ¿no? ¿Es de acceso al público esa zona?

—Solo si tienen un permiso especial —dijo Baumann—. Pero a los ganaderos de por aquí y a los agentes forestales no les cuesta nada obtenerlo.

—Y el mismo pico Brocken, ¿no es un punto muy vigilado por las patrullas fronterizas? —preguntó Tilsner.

Baumann dijo que sí con la cabeza:

—Así es, camarada Tilsner: en la cima hay un destacamento de las tropas que vigilan la frontera, en la estación de tren propiamente dicha.

Los tres detectives alzaron la cabeza del mapa cuando vieron que Vogel volvía a la mesa.

—Era el patólogo forense, el doctor Eckstein.

—Y ¿bien? —preguntó Baumann.

—Ha logrado identificar en el microscopio la arenilla de la herida que tenía el chico en la frente. Dice que a lo mejor nos sirve, que es *Bleiglanz*, según parece.

Baumann se encogió de hombros:

—Nada me dice eso a mí, camarada Vogel.

—A mí tampoco me lo decía, *Hauptmann*, si le soy sincero. —Vogel miró en su libreta—. Pero el doctor Eckstein me ha explicado que es sulfito, o galena, la mena de la que se obtiene el plomo, aunque a menudo se halla contigua a yacimientos de plata.

Müller se frotó la frente:

—Y ¿por qué cree que nos puede ser de utilidad?

—Ya habrá podido comprobar con sus propios ojos, camarada Müller, que ese médico no nació ayer, como aquel que dice. Según él, en tiempos, la sierra del Harz estaba llena de minas de plata, era la principal riqueza de la zona.

Los cuatro fijaron la vista de nuevo en el mapa y empezaron a escudriñar la parte del Brocken por si veían cualquier señal que indicara un viejo pozo minero: un sitio en el que, se les antojaba, Neumann podía muy bien tener retenida a Irma Behrendt.

De repente, Tilsner dio unos golpecitos en un punto:

—Ahí lo tenemos: Heinrichshöhle, justo en la cima del Brocken, ¿es una cueva!

Baumann se puso las gafas de leer para poder ver mejor el mapa.

—No, camarada Tilsner —dijo con un resoplido—. Fíjese bien: el nombre del sitio es Heinrichs-*höhe*, ¿no *höhle*! Es una montaña, no una cueva. —Müller no pudo evitar una sonrisa de satisfacción al ver que Tilsner se ponía rojo.

Ella se acercó un poco el mapa para verlo mejor y señaló dos pequeños rectángulos negros a unos dos kilómetros al este de la cima del Brocken.

—¿Ahí qué hay? —le preguntó a Baumann.

—Parecen refugios de montaña, unas chozas para los esquiadores en las que guarecerse; en caso de que el temporal arrecie, justo como ahora.

—Merece la pena echar un vistazo, ¿no le parece?

Baumann se encogió de hombros:

—Por poder, podríamos, pero estamos hablando de un área alrededor de la cima de unos... ¿qué le digo? ¿Veinte kilómetros cuadrados? Quizá haya más, y además se está haciendo tarde, y las quitanieves todavía no han empezado con la carretera de Schierke. A lo mejor mañana sí. Les sugiero que vayan a la pensión y cenén algo y descansen, y mañana quedamos aquí a primera hora.

Tilsner no dio un ruido mientras cenaban en la pensión, quizá porque le daba corte recordar el patinazo de *höhe/höhle* delante de los otros. Tomaron la sopa en silencio, solo roto por la sugerencia de Tilsner de que intentase ponerse en contacto con Jäger una vez más. Pero es que Jäger no sabía, de manera oficial, lo de su retirada del caso; ni eso ni lo más gordo: que a Müller la habían suspendido en sus funciones. Seguro que al día siguiente, sin falta, Reiniger mandaba a alguien a arrestarla.

Todavía no habían llegado ni a los postres y su ayudante le dijo a Müller que se iba a dormir. Al no haber nadie más hospedado aparte de ellos, la

inspectora se quedó sola con sus pensamientos. Y estos pasaban por reconocer que llevaba tiempo esperando noticias de Jäger sobre la pronta liberación de Gottfried. En vez de eso, lo que había recibido era una llamada por radio de Reiniger en la que le comunicaba justo lo opuesto: que todo iba de mal en peor para su marido. Acusarlo de aquel asesinato era algo absurdo, pero la mejor forma de demostrar la falsedad de los cargos era hallar al verdadero asesino. Y muy cerca de allí estaría escondido Neumann con Irma, la adolescente que quedaba del trío de Rügen.

Müller se dijo que en cuanto restablecieran la línea con Berlín, telefonaría a Schmidt para ver si había averiguado algo sobre las fotografías que incriminaban a Gottfried. Eso si lograba llegar al teléfono antes que Reiniger comunicando la orden de su arresto.

En vez de subir a su habitación, Müller fue a la sala de estar, forrada de paneles de madera. Había una estantería en un rincón, justo debajo del retrato de Erich Honecker, y allí vio varios libros sobre la zona del Harz. Pero lo que ella buscaba era un mapa, un mapa de escala más grande que el de la policía, con más detalle.

Halló los mapas en la balda de más abajo, apilados unos encima de otros, como si los usaran de sujetalibros. Los fue ojeando hasta que halló el que buscaba, una hoja de papel amarillento doblada en varios pliegues, con una portada de color verde bosque en la que podía leerse en letras negras: *Harz Wanderkarte für Wernigerode und Umgebung*. Tomó asiento en el sillón que había al lado de la mesa de café y desplegó sobre esta con cuidado el mapa. El papel era antiguo y quebradizo, puede que de la época nazi, quizá anterior. Al oeste del pico más alto del Harz, en el valle que discurría de norte a sur, no había ninguna frontera marcada. Y Müller llegó a preguntarse si no sería ilegal estar en posesión de aquel mapa; porque, al menos en Berlín, lo habrían confiscado, y puede que hasta se llevaran preso al dueño. Allí arriba, en las montañas, todo parecía discurrir de manera distinta.

Echó un vistazo por toda la sala y vio en la repisa de la chimenea justo lo que buscaba: una lupa. Fue hasta allí para cogerla y con la lente convexa amplió el mapa al detalle. Se concentró en el Brocken, en la zona que Baumann había señalado, y le llevó un par de minutos dar con ello, medio tapado por el bosque, apenas a unos cientos de metros del punto en el que

sabía que ahora estaba la frontera: era un círculo de, como mucho, un milímetro de diámetro, y pegado a él había un rectángulo negro bien marcado.

Buscó en una de las esquinas la leyenda del mapa y fue recorriendo la lista con el dedo mientras contenía la respiración.

Casi abajo del todo, halló un pequeño círculo negro que rodeaba un punto blanco. Ya sabía a qué equivaldría esa señal, y no se equivocó: *Stillgelegten Schacht*. Mina abandonada.

Marzo de 1975.

Wernigerode, Alemania del Este.

Aquella noche, Müller no paró de darle vueltas al caso en la cabeza. Porque si Neumann había arrojado el cuerpo de Mathias cerca de la frontera, un poco más allá de Elend; si había sido él el que había embadurnado la camiseta del chico con sangre de gato montés, entonces no podía andar muy lejos. La semilla subalpina señalaba hacia el Brocken; los restos de plomo en la herida que Mathias presentaba en la cabeza, también. Pero lo que seguía sin comprender era por qué había abandonado el cuerpo de uno de los tres adolescentes en la capital del Estado y el otro en el Harz. Eso no tenía mucho sentido.

Apartó el pesado edredón, se levantó, salió al descansillo y fue al servicio. No puso especial cuidado en no hacer ruido y bajó la tapa del váter de golpe. Puede que quisiera que lo oyera él. Puede que quisiera provocar otro encuentro de madrugada en el cuarto de baño.

En el lavabo, cuando se estaba secando las manos con la toalla, oyó el crujido de la tarima en el pasillo, sus pasos detrás de ella y su aliento cálido en la oreja.

—¿Tampoco hoy te puedes dormir? —susurró Tilsner, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja mientras la rodeaba con sus fuertes brazos. Ella se echó hacia atrás, se pegó a su cuerpo y sintió que tenía el miembro cada vez más erecto. Entonces él le levantó el camisón y metió los dedos en el elástico de las bragas que llevaba puestas como recuerdo de la incursión en Berlín Occidental. Cuando se las iba a bajar, ella le cogió por las muñecas para detenerlo, y se dio la vuelta.

Llevó el dedo índice a los labios de él, lo movió arriba y abajo muy despacio, como si quisiera sentir la fricción de la barba de varios días, y susurró:

—Aquí no. En mi habitación.

A la hora del desayuno, muy de mañana, entre mutuas sonrisas cómplices, Müller no acertaba a saber por qué no sentía vergüenza de sí misma. Si hacía caso a las autoridades, era ya una mujer soltera; y su marido, un enemigo del Estado, pervertido y asesino, por más señas. Pero aunque acababa de serle infiel, todavía no podía soportar la idea de olvidarse de Gottfried.

Y ¿dónde entraba Werner Tilsner en todo eso? Lo vio llevarse un pedazo de *Brötchen* a la preciosa boca: estaba casado y tenía hijos, ¿debía sentirse culpable por haberse acostado con él? Fue Tilsner el que le prometió fidelidad a Koletta cuando se casaron, no Müller, y el que empezó con aquel juego de seducción.

Su ayudante le dio un último sorbo al café y se limpió aquella boca con la servilleta.

—¿Lista, preciosa?

Ella dijo que sí con la cabeza:

—Pero haz el favor de llamarme Karin, o jefa, ¿vale, *Unterleutnant*?

Müller y Tilsner, embutidos en la ropa más cálida que habían traído, fueron en el Wartburg al cuartel de la policía en Wernigerode. Hallaron a Vogel a la entrada del aparcamiento, fumando un cigarrillo, como si los estuviera esperando.

Tilsner bajó la ventanilla y Vogel echó el humo a un lado y metió la cabeza dentro del coche.

—Un aviso —dijo—: yo no entraría de ser ustedes. Y que sepan también que la expedición conjunta de reconocimiento al pico Brocken se ha cancelado.

—Y ¿eso por qué? —preguntó Tilsner con el ceño arrugado.

Müller vio que Vogel le dirigía una rápida mirada a ella.

—Por la *Oberleutnant* Müller aquí presente: la Stasi nos ha pedido que la detengamos.

—¿Cómo? —gritó Tilsner—. Pero si ha sido la máxima autoridad en la Stasi quien nos ha autorizado para llevar a cabo esta investigación. Enséñaselo Karin.

Müller echó mano al bolsillo de la chaqueta y sacó la carta de autorización, firmada por Mielke. Tilsner se la dio a Vogel.

El joven oficial se encogió de hombros:

—Pues no lo entiendo, porque esto parece auténtico. ¿Me lo puedo llevar para enseñárselo al camarada Baumann?

Müller alargó la mano para que le devolviera el documento.

—Va a ser que no, camarada Vogel. Pero cuando volvamos le puede sacar una fotocopia. —Cogió la carta, la dobló y se la metió en el bolsillo con todo el cuidado del mundo.

—En cualquier caso, a *Hauptmann* Baumann no le gusta un pelo que la Stasi le diga lo que tiene que hacer, y siempre que puede se aparta del camino del Ministerio para la Seguridad del Estado —siguió diciendo Vogel—. Pero si se le pone la *Oberleutnant* por delante, sobre todo en comisaría, no tendrá más remedio que arrestarla. Así que, yo que ustedes, no entraría aquí. Eso sí, si quieren ir al Brocken, tendrán que ir solitos. Ya han quitado la nieve de la carretera. Ah, y se dejaron esto anoche. —Tilsner cogió los papeles que le daba el otro y los miró detenidamente: eran autorizaciones para entrar en el área restringida del Brocken, con fecha del día anterior.

—Se lo agradecemos de todo corazón, *Unterleutnant* Vogel —dijo Tilsner con una sonrisa.

Vogel asintió con una expresión seria en la cara y volvió al interior del edificio.

Antes de arrancar, Tilsner se giró para mirar a Müller:

—¿Qué es todo eso que se ha montado con la Stasi?

Müller le esquivó la mirada:

—Cosa de Reiniger. Me suspende en mis funciones porque han acusado a Gottfried de asesinato, por eso y por más cosas que hay detrás.

Tilsner no dijo nada al principio y puso una cara muy rara, como si él tuviera la culpa. Aunque a lo mejor era por lo que había pasado entre los dos esa noche. «Quizá no sea el ligón de playa que él se cree que es», pensó Müller.

—¿Por eso te llamó por radio? —preguntó por fin.

—En efecto. Y ahora, como no he seguido las instrucciones que me dio, va y ordena mi arresto. Fingí que no lo oía porque había problemas en la transmisión.

—¿O sea que soy yo el que está al mando? —preguntó Tilsner.

—Pues no, Werner, tú eres el que arranca y el que lleva el coche. Derecho al Brocken.

Tilsner esbozó una sonrisa cómplice:

—A la orden, jefa.

*Tres meses antes (diciembre de 1974).
En un bosque de Alemania del Este.*

Han pasado seis meses, pero todavía no se me ha borrado de la mente la expresión de la cara de Neumann nada más volverse en la silla giratoria para encararnos. Aunque le vea ahora casi a diario la cara desfigurada, aunque se la quiera volver a rajarse, a abrirle otra vez esa cicatriz horrenda, la imagen que veo siempre es esa mirada que tiene cuando se gira en la silla, y todas mis esperanzas, todos mis sueños se desvanecen al instante.

Sigo viva, pero la mía es una muerte en vida. Llevo seis meses encerrada en esta mina, sumida en una oscuridad casi absoluta. Ni en mis peores pesadillas imaginé que habría un sitio peor que el *Jugendwerkhof* de Prora Ost. Claro, que la gente siempre hablaba de Torgau bajando la voz. Pero no me creo que ni siquiera el *Jugendwerkhof* de Torgau sea peor que esto.

Y ¿Mathias? ¿Qué pensará de mí mientras trabaja codo a codo conmigo en este agujero gélido debajo de la tierra, venga a acarrear la roca que Neumann arranca con sus cargas de dinamita? Mathias se encarga de llenar la carretilla con los trozos de roca que los otros van raspando. No sabemos quiénes son, están cuadrados, como armarios, forman una cuadrilla de cinco o seis, vigilan por turnos para que nadie salga del recinto y ocupan la primera línea en las paredes de la mina.

Yo me encargo de empujar la carretilla una vez llena; los raíles dan la vuelta al tramo de escaleras de piedra que hay que subir para salir de la mina, pero no sé qué rocas son estas que transporto, ni para qué sirven.

Mathias se siente engañado, pero cuando le pregunto por qué, no quiere decirme a qué se refiere. Solo sé que Beate y él ya no se hablan, que su gran historia de amor es agua pasada y bien pasada.

Doy un salto hacia atrás al ver que se va a desprender un pedazo de techo, y el polvo me escuece en los ojos y me ataca los pulmones. Hasta cuando

estoy en la superficie, no hago otra cosa que toser y echar fuera esta bazofia, pero lo que más miedo me da es quedarme enterrada viva, o que haya una explosión. Recuerdo lo que aprendimos en el colegio hace años: que en las minas hay gas, y también canarios. Pero aquí no hay canario que valga.

Cojo la pala y voy echando el pedrisco a la carretilla, y luego la empujo por los raíles, y siento el ruido que hace el hierro al chocar contra el hierro.

Pobre Mathias, pienso: tu amada ya no te quiere y aquellos que tú creías que eran de los tuyos pasan de ti. ¡Ja! ¡Tú te lo buscaste! Porque hay otra cosa que no se me olvidará nunca además de la cara de Neumann en el *Grenzübergang*, y es la del mismísimo Mathias. Para él no fue una sorpresa que nos llevaran de vuelta a la República Democrática Alemana. ¡Ay, Mathias, Mathias! La que te espera es buena, tú dame tiempo. Y como pueda, a la mínima de cambio, la que le espera a Neumann, esa sí que va a ser de campeonato. Lo que pasa es que Neumann no está solo, están los otros, los que trabajan aquí en la mina y nos vigilan. Y un par de peces gordos, de los más gordos. No serán muchos, pero por lo menos dos sí que son. Oficiales del Ejército del Pueblo, con galones por un tubo, y estrellitas para dar y tomar trabadas en las charreteras de oro.

Me duelen mucho los brazos, pero empujo la carretilla todo lo que puedo y luego echo el contenido en la cubeta. Entonces doy un tirón para que Beate, arriba, en la boca del pozo, sepa que está lista: la cuerda se tensa y ella sube la carga con un sistema de poleas que usamos para elevarla.

Beate, la guapita, hace el trabajo fácil en la superficie, pero no le arriando la ganancia, porque sé lo mal que se lo han hecho pasar. El secreto aquel que no quería contarme en Prora Ost, lo que la hacía llorar noche tras noche, pues a los tres meses de estar aquí, fue y me lo contó.

Todo empezó con aquella excursión al campo; fue al atardecer, y nos llevaron a la base soviética de Gross Zicker en Rügen. Era parte del programa de reeducación que mostraba a los valerosos soldados soviéticos defendiéndonos del ataque del fascismo y del capitalismo. Recuerdo que ya entonces me pareció raro que solo dejaran ir a las chicas, pero se lo atribuí al hecho de que, de todas formas, aparte del trabajo común en el taller y las comidas en el refectorio, nunca nos dejaban mezclarnos con los chicos.

Pero de excursión al campo tenía poco: nos paseaban por las instalaciones

en autobús, y enseguida nos llevaban a una gran sala en la que uno de los oficiales soviéticos daba una charla y ponía una película. Había un oficial de la guardia costera alemana que hacía de intérprete, pero algo de ruso entendíamos por las clases que dábamos en el colegio.

Acabada la charla, decían que tenían que dividir al grupo en dos para lo que quedaba de excursión. Había otro oficial soviético que iba por las filas entre las sillas y señalaba a ciertas chicas, y ellas tenían que levantarse e ir hacia la parte delantera de la sala. Eran quince en total, de entre las más bonitas, y eso que éramos unas cuarenta, o sea que no era lo que se dice la mitad del grupo.

Entonces un oficial alemán de alta graduación entraba en la sala y pasaba revista a esa hilera de chicas. A diez las mandaba volver a sus asientos, y quedaban cinco, y esas no es que fueran bonitas, es que eran preciosas, y entre ellas estaba Beate. Yo levanté la mano para ver si podía ir con mi amiga, y el oficial se rio con toda su crueldad en mi cara y me dijo que era una insolente.

Se llevaron a las cinco elegidas y no volvimos a verlas en toda la noche. A las treinta y cinco restantes nos mandaron de vuelta al *Jugendwerkhof* en autobús, y Beate no volvió a ocupar su cama hasta la noche siguiente, cuando empezaron los lloros.

Mathias me grita desde el otro extremo de la galería y vuelvo al tiempo presente:

—Irma. Pero ¿qué haces? Hay mucha carga aquí esperándote.

¿Que qué hago? Pues estoy sentada, con el culo en la piedra fría, esperando a que Beate baje otra vez la cubeta, viendo cómo caen de vez en cuando copos aislados de nieve por el tiro del pozo, como pequeños proyectiles propulsados a hélice.

Me pongo en pie y suelto un suspiro, y luego empujo la carretilla por los raíles, doy la vuelta a la escalera de piedra y llego hasta donde está Mathias, que me la volverá a llenar una vez más.

Ya digo, fue Beate la que me recordó aquella visita al Gross Zicker, hará como tres meses, día más, día menos, o a lo mejor había una semana de diferencia. Aquí abajo el tiempo no significa nada, aunque lo contemos cuando estamos arriba, en la caseta de la vieja mina de plata, con muescas

que vamos haciendo en una viga de la pared. Y eso que todo no me lo contó, dejó que me imaginara el resto a lo largo de varias semanas, hasta que llegué a pensar que tenía suerte por llamarme Irma, ser fea y pelirroja.

Pero por la noche, cuando intentábamos dormir muy pegadas una a otra, encadenadas al suelo, cada una en un jergón viejo lleno de jorobas que huele a rayos, yo le daba la tabarra para que me lo contara todo.

Y al final me lo contó.

Se llevaron a Beate y a las otras cuatro chicas de la sala de conferencias en la que vimos la película, atravesaron varios pasillos y al final llegaron a otra sala grande. Allí el oficial alemán les mostró percheros llenos de vestidos de fiesta, cajas repletas de medias y ropa interior, hileras de zapatos elegantes. Les enseñaron también una zona de duchas contigua a la sala, con pilas de toallas de rizo americano todas a estrenar. Y en una mesa, botellas abiertas de champán, copas aflautadas de pie largo, y canapés. Les dijeron que se ducharan y escogieran la ropa que ellas quisieran: iban a ir de fiesta.

—Estaba tan ilusionada, Irma, tan ilusionada. Me sentía como una mujer, me sentía especial, no como una chica del *Jugendwerkhof* que no quiere nadie —me susurraba, tumbadas las dos en la oscuridad que reinaba en la caseta de la mina.

—Salimos de la ducha y nos secamos. A mí me daba un poco de vergüenza porque el oficial alemán y el soviético estaban allí al lado y nos miraban mientras bebían champán. Me tapé con una toalla y fui a buscar algo que ponerme. El alemán no me quitaba los ojos de encima, vino hasta donde yo estaba y me dio un vestido. Lo cogí y le pedí que se diera la vuelta. Luego me lo puse y admiré mi figura delante de un espejo de cuerpo entero que había allí: y la verdad es que estaba muy guapa, parecía una princesa. Vi entonces que, a mi espalda, el oficial alemán se iba acercando, que miraba por encima de mi hombro y me buscaba los ojos en el espejo; y vi que era viejo, que podría ser mi abuelo. Pero cuando me subió la cremallera, me acarició la espalda suavemente y yo temblé como una hoja. Después me llevó a donde estaba el oficial soviético bebiendo champán.

—¿A que está preciosa? —dijo, en alemán. El ruso asintió, me pasó una copa y me ofreció luego algo de comer, pedacitos de pan tostado untado con unas bolitas negras que olían a pescado. Yo le pregunté qué era.

—Caviar —dijo—. Las chicas como tú se merecen lo mejor.

Beate rompió a llorar, y por mucho que le insistí, esa noche no me contó más.

Tampoco en los días que siguieron. Por fin la convencí para que me desvelara más, y una noche siguió contando su historia, aunque Mathias estaba allí al lado oyéndolo todo, pero es que ya no había nada entre ellos, ni siquiera se hablaban. Discutieron mucho una noche, y lo dejaron. Yo ya sabía que Mathias Gelman no era de fiar, el guaperas de Mathias, y a ella ya no la atraía.

Beate siguió contándome:

—Allí estábamos las cinco, bebiendo champán. Y como te puedes imaginar, se nos subió enseguida a la cabeza. Yo era la mayor, tenía quince años, pero las otras tenían todas catorce, por eso es todo tan repugnante. Porque tanto ellas como yo, ninguna se salvó.

»Los oficiales nos trajeron a todas abrigos de corte militar, para ponérselos encima del vestido, y salimos afuera, donde ya se había hecho de noche, y un barco con todas las luces encendidas nos esperaba amarrado a puerto. Yo no estaba nerviosa y, además, al ver el barco, me hizo todavía más ilusión: imagínate qué contraste con el día a día en el taller del *Jugendwerkhof*.

»Soltaron amarras, y el mar estaba muy tranquilo porque esa parte del Ostsee la protege la isla de Rügen. Era un yate muy potente, aunque no sabría decir de qué tipo. Puede que fuera de la armada soviética, pero el caso era que no íbamos rumbo a Suecia, sino que navegábamos al abrigo de la costa de Rügen y, por la derecha, veíamos pasar las luces.

»Al poco tiempo, cesó el ruido del motor, y fuimos despacio hacia un embarcadero que había en una pequeña isla. Ahora ya sé que es la isla de... —Beate tuvo que parar porque le dio un ataque de llanto—... de... Vilm.

¡Vilm! Yo estaba segura de que había oído hablar de ella, quizá de labios de mi abuela. Sabía que la gente importante en la República Democrática Alemana veraneaba en Sellin, pero me dijo que también iban a Vilm.

Intenté calmarla porque temblaba y no paraba de llorar.

—¿Te encuentras bien, Beate? —preguntó Mathias desde el otro lado de la habitación.

—Cállate, cerdo —le soltó ella—, que tú eres igual de malo que ellos. — Yo le acaricié la mano, por ver si así se calmaba. Mi amiga era ella, y a ella le debía yo lealtad, no a él.

—El caso es que llegamos a la isla y había hombres esperándonos. Uno de ellos me cogió del brazo y me escoltó hasta un edificio de una sola planta junto al embarcadero. Y allí todo estaba dispuesto para un banquete, era tan emocionante. Y la comida, espectacular, cosas que no había probado en mi vida: langosta, ganso, merengue.

»Seguro que te imaginas cómo acabó la velada, ¿a que sí? El hombre con el que yo estaba, en fin, estoy segura de que era del gobierno. No era Honecker, ni Mielke, pero sí alguien de segundo rango. Dijo que me podía sacar del *Jugendwerkhof*, apuntarme otra vez a un colegio normal para que pudiera preparar el examen del *Abitur*, hasta ir a la universidad. Y todo el rato, mientras me decía esto, me metía la mano entre los muslos por debajo del mantel. Me da tanta vergüenza no haberle dicho que parara, pero ya sabes cómo estábamos en Prora Ost. Aquella era mi oportunidad de salir de allí, de escapar...

»Y luego me llevó a su habitación, y allí me rasgó el vestido con las manos, aquel vestido tan bonito que tanto me gustaba. Me llevó a la fuerza hasta la cama y me hizo suya, una y otra vez, una y otra vez.

Le tenía la mano apretada tan fuerte que pensé que le iba a romper un hueso. Quería que supiera que podía contar conmigo, que nunca más pasaría por algo así. Pero la verdad era que yo no podía hacer nada. Ni ella tampoco.

Después de un pequeño sollozo, me siguió contando:

—Pero ¿tú crees que me ayudó a salir del *Jugendwerkhof*, que cumplió sus promesas? Pues ya lo ves. Me llevaron de vuelta con vosotras, y no podía parar de llorar. Así que, Irma, te debo tanto por ayudarme a escapar. Estoy tan contenta, de verdad, tan contenta de haber salido del *Jugendwerkhof*. Me salvaste la vida y nunca lo olvidaré.

La que lloraba ahora era yo, sin poder parar. Si en algo la había ayudado a ser feliz, pues claro, eso me llenaba también a mí de contento. Pero ¿estaba yo feliz de estar allí? No, lo odiaba con toda mi alma, odiaba aquella esclavitud. De hecho, lo pasaba peor allí que en el *Jugendwerkhof*, porque no sabíamos dónde estábamos, ni qué sentido tenía estar todo el día allí cavando.

Febrero de 1975.

Un bosque en Alemania del Este.

Pasó la Navidad. Pasó hasta el Año Nuevo. A lo mejor hemos perdido la cuenta de tanto hacer muescas en la madera, pero si esos fueron los días señalados, para nosotros no hubo ninguna diferencia con el resto de los días. Porque Mathias sigue cargando a paladas la carretilla con los pedazos que los guardias, o mineros, o lo que sean, le arrancan a la roca. Yo sigo empujando la carretilla hasta el pozo y Beate sigue tirando de la cubeta para sacarlo a la superficie. Pero no creo que lo que sacamos sea veta de plata para que Neumann se haga millonario; eso bien lo sé, porque la escoria se acumula al pie del pozo, la misma ganga que arrancamos de la mina, y allí sigue el montón, cada vez más grande. Y ¿qué hacemos entonces? Neumann no nos dice nada, solo que se trata de un proyecto especial y que cuenta con la aprobación del Ministerio de Educación. Muchas veces ni siquiera aparece, sino que va y viene, pero siempre hay alguien vigilándonos, fusil en mano.

O sea, que casi nada ha cambiado, solo Beate, que ahora está exultante. Por fin, una noche me lo cuenta, me lo susurra, tumbada junto a mí en el jergón de al lado, y tiene que estirarse todo lo larga que es para alcanzar mi oído, todo lo que dan de sí las cadenas con las que nos atan cada noche, porque no quiere que Mathias lo oiga.

—Ya sé dónde estamos —dice.

—¿Dónde? —le pregunto yo sin alzar la voz.

—En la sierra del Harz, justo al lado de la frontera con la República Federal, en las estribaciones del Brocken, el monte más alto de la zona. Por eso hay tanta nieve ahí afuera.

Me quedo con el dato y le doy vueltas en la cabeza unos instantes: estamos cavando un túnel justo al lado de la frontera. Intento recordar por dónde sale el sol y en qué dirección queda, con respecto a ese punto, la galería

subterránea: el túnel debe de ir avanzando hacia el oeste, pero eso no tiene mucho sentido. Porque si nosotros pudimos escapar hacia el Oeste, y nos deportaron de vuelta al Este, ateniéndose a lo que Neumann llama un acuerdo de repatriación de toda persona menor de dieciséis años, eso quiere decir que los policías de la *Bundesgrenzschutz* actuaron siguiendo órdenes. No me extraña que la mujer del perro estuviera tan cabreada. Y el hecho de que fueran directos a las cajas en el barco ya no es ningún misterio: Mathias debió de traicionarnos, no se me ocurre más explicación que esa. Pero entonces, ¿a qué excavar ahora un túnel hacia el Oeste? ¡Menuda locura! O eso, o que el túnel no es para nosotros.

Beate no comprende por qué me he quedado callada:

—¿Me has oído, Irma? —susurra otra vez.

—Sí, pero no comprendo por qué eso te pone tan contenta. Nuestra situación no ha cambiado y seguimos aquí retenidos como esclavos.

Entonces me aprieta la mano con fuerza:

—Es que me han invitado a otra fiesta, y Neumann dice que será como las que hacían en Vilm.

No entiendo nada, ¿por qué tiene tantas ganas de volver a una fiesta como aquella?

—Y ya lo tengo, ya sé quién fue el que se acostó conmigo en Vilm. Yo sabía que esa cara me sonaba, y ayer lo volví a ver en el *Neues Deutschland* que uno de los guardias se dejó en la mesa del desayuno. Aquel hombre va a ir a una fiesta que se va a celebrar en la cima del Brocken, ¡y me ha invitado a mí! Tiene un puesto muy muy importante. Se llama Horst: Horst Ackermann. Es lo más alto que se puede llegar a ser sin ser ministro, un coronel general, del Ministerio para la Seguridad del Estado.

—¿De la Stasi? Ay, ten cuidado, Beate. De esos no te puedes fiar.

—No seas tonta. Estoy segura de que esta vez, si hago todo lo que me pide, podré convencerlo para que nos libere y cumpla su promesa sobre el *Abitur* y todo lo demás. ¿Es que no lo ves, Irma? Es una oportunidad, y voy a convencerlo para que te ayude a ti también, y entonces esto ya será agua pasada y nosotras, libres.

Le acaricio la mano y la prevengo:

—Ten cuidado, Beate. Ten mucho cuidado. Ojalá sepas lo que estás haciendo.

Pero, claro, debí haberla detenido, yo ya sabía que era una locura que dejara que abusaran de ella otra vez, con todo lo que había sufrido... Y no lo hice.

Beate Ewert y yo nos juramos amistad eterna y, sin embargo, dejé que se pusiera aquel disfraz de bruja tan corto para ir a la fiesta, y hasta la ayudé a pintarse las uñas de negro con un rotulador que nos dejó Neumann. Le di dos besos para despedirme de ella, y casi que deseé poder acompañarla, aunque ya sabía lo que les hacían en esas «fiestas».

Y ya nunca más volví a verla.

*Marzo de 1975. Décimo sexto día.
En las montañas Harz, Alemania del Este.*

—¿Crees que es buena idea ir los dos solos, jefa? ¿No hubiera sido mejor traer refuerzos? —preguntó Tilsner cuando ya enfilaban la salida del aparcamiento en la comisaría de Wernigerode.

—No nos queda otra opción —dijo Müller—. Porque si le pedimos ayuda a Baumann, tendrá que arrestarme.

Después, cada uno se sumió en su silencio y Müller dio gracias por haber traído las gafas de sol para protegerse del reflejo de la luz en la nieve, y también por el corte que le daba estar con él a solas después de haber hecho el amor la pasada noche.

En su camino, iban dejando a ambos lados de la carretera las bocas abandonadas de viejas minas, y canteras que se adentraban como una férrea dentellada en la textura del bosque. Müller se imaginó que en verano el espectáculo sería horrendo, pero ahora la nieve suavizaba los contornos del paisaje, le daba cierta atmósfera alpina. Siguieron la misma ruta que el día anterior, solo que a mitad de camino, en vez de seguir hacia el oeste y toparse con la frontera, viraron hacia el noroeste en dirección al Brocken. La carretera estaba cubierta de nieve en ese tramo y Tilsner detuvo el coche en el arcén.

—Mejor será que ponga las cadenas por si acaso, porque, según el mapa, quedan otros cien metros más o menos de subida hasta Schierke.

—No pensaba que el piso estuviera tan mal —dijo Müller cuando lo vio salir del coche. Bajó la ventanilla del copiloto y dijo en voz alta:

—Nos van a hacer falta unos esquís, ¿no?

Tilsner volvió a montarse para echar el Wartburg un poco hacia delante y poder atar las cadenas.

—Es un pueblo al que vienen a entrenar los esquiadores en invierno, o sea

que no habrá problema en conseguir esquís y botas en el club deportivo si enseñamos la placa. Pero corremos el riesgo de delatar nuestra presencia si Reiniger ha enviado a alguien a buscarnos.

Müller arrugó el entrecejo y se frotó las manos enguantadas para espantar el frío de la montaña.

—Según el mapa, no se puede llegar en coche hasta la misma mina, tendremos más opciones si llegamos esquiando, o sea que habrá que correr ese riesgo.

Si habían lanzado una orden de busca y captura contra ellos en toda la República Democrática, a Schierke no había llegado, quizá debido a las malas condiciones climatológicas. Porque nada más sacar la placa de la *Kripo*, el personal del club deportivo se deshizo en atenciones a los dos detectives berlineses, emocionados de tenerlos allí en una operación policial a las mismas puertas de su pueblo. Aunque Müller sabía que si la línea telefónica no funcionaba, el boca a boca sí, y ya se encargaría el informador que la Stasi tendría en el club de hacer correr la voz.

Con los esquís de fondo bien sujetos a la baca del coche que les prestaron también en el club deportivo, fueron por la carretera en dirección al Brocken, siguiendo lo indicado en el viejo mapa que Müller había confiscado en la pensión.

Llegados a una explanada en la que acababa la carretera, Müller le hizo señas a Tilsner para que se apartara a un lado y aparcara allí el coche. Él apagó el motor del Wartburg y los dos se quedaron sentados en completo silencio, saboreando la tregua que aquella calma ofrecía después del traqueteo incesante del coche. Ella miró hacia atrás para comprobar que no los habían seguido, y los dos se empaparon de la vista magnífica que se abría a través del parabrisas, un paisaje nevado hasta la cima misma del Brocken. Casi parecía el inicio de alguna película: cargados de nieve, los pinos salpicaban la ladera y sus ramas se combaban por el peso; mientras que en la cima, los penachos de las antenas se clavaban en el cielo como agujas que quisieran perforar el azul celeste del empuje. A su alrededor, las parabólicas aguzaban el oído a los cuatro vientos, de manera que todos los sentidos de la República Democrática escrutaban desde aquel punto el mundo capitalista que se extendía hacia el oeste.

La vieja mina y los edificios colindantes quedaban todavía a dos kilómetros de distancia, y se llegaba a ellos por un camino que salía a la izquierda, en dirección a la frontera. Ese tramo del camino lo tendrían que hacer con los esquís, pues el Wartburg no llegaría ni con las cadenas puestas; hasta un todoterreno se las vería mal para alcanzar el pozo abandonado. Müller, criada en un pueblo que vivía de los deportes de invierno, aunque situado más al sur, en Turingia, no tendría ningún problema en calzarse los esquís y hacer el camino bosque abajo; pero temía que las dotes de esquiador de las que se jactaba Tilsner no fueran más que baladronadas sin ningún fundamento.

La inspectora abrió la puerta del coche y le dio en la cara el viento gélido impregnado de un aroma de piceas. Notó tensa la piel de las mejillas y se le cerraron los poros ante el embate de los elementos, en marcado contraste con la niebla de Berlín, especiada de agentes tóxicos. Una vez fuera, probó en la nieve las botas de esquí nórdico alquiladas, y vio que Tilsner había salido también del coche y estiraba los brazos y daba palmas contra el frío. Luego desató los esquís y los bajó de la baca con torpes movimientos debido a la temperatura gélida. Müller todavía no se había puesto los guantes y el metal de los anclajes le heló las palmas de las manos cuando Tilsner le alcanzó los esquís.

—No me gusta un pelo todo esto —dijo él—. Aquí estamos los dos solos, en un terreno que nos es desconocido. Habrás traído la pistola, ¿no?

Müller la sentía a buen recaudo en la pistolera que llevaba adosada a un costado; aun así, para que su ayudante se quedara conforme, dejó caer los esquís al suelo, se metió la mano debajo de la chaqueta, palpó la Makarov y dijo que sí con la cabeza.

—Y ¿las cizallas para cortar el alambre? —preguntó él.

—Hay unas en el maletero.

Müller vio cómo iba dando la vuelta al coche, se paraba a la altura del asiento del conductor y metía la cabeza para buscar algo. Estuvo así un par de minutos, luego alzó la vista y la miró furtivamente mientras iba a la parte de atrás, como si ocultara algo. Ella pensó que aquello era ridículo y que estaba sola delante del peligro, porque si fuera por su ayudante, la entregaría a la primera de cambio. Eso la llevó a preguntarse si el caso merecía realmente la pena y por qué aquella chica, Irma, le importaba tanto. Aunque si abandonaba en ese punto, puede que Jäger no cumpliera su parte de lo comprometido y

dejara a Gottfried en la estacada.

Por fin, Tilsner indicó por señas que estaba listo.

Fue Müller quien abrió camino y empezó a tomar impulso en la parte llana para coger velocidad: clavaba los palos y deslizaba primero un esquí y luego el otro, dejando así una estela en forma de espiga a su paso. Luego, cuando la pista forestal se inclinó en suave pendiente, juntó las piernas y dobló las rodillas adoptando la postura del esquiador consumado. Le vinieron a la memoria las vacaciones de invierno en las que subía con Gottfried a esquiar a Oberhof, en Turingia, en sus primeros años de matrimonio. Su marido era un inútil, se caía cada pocos minutos; eso sí, se levantaba en el acto otra vez y seguía intentándolo, haciendo lo posible por seguirle el ritmo, consciente de lo mucho que a ella le gustaba la nieve.

Detrás oía el crujido de los esquís de Tilsner, quien la seguía de cerca y probaba así que sí era un esquiador experimentado; mucho más que Gottfried, quien jamás habría podido aclimatarse al ritmo que ella le imprimía a la marcha. Pasaban raudos los pinos a ambos lados, flanqueaban su descenso varios cientos de metros. Luego, de repente, dejó de oír detrás a su *Unterleutnant* y probó a aminorar la marcha con un par de giros más amplios, pero la pista caía en picado en aquel punto.

Y empezó a perder control.

Hasta que un dolor agudo le laceró de repente las espinillas.

Se detuvo el tiempo y fue cayendo hecha una bola de nieve. Le temblaba todo el cuerpo, giraba sobre sí misma, primero la cabeza y luego los talones; y, mientras, hacía lo posible por clavar las manos en la nieve para detener su caída. Sonó luego un crujido, estampó la cabeza contra el tronco de un árbol y se apodero de ella un dolor paralizante.

Tuvo que luchar para mantenerse consciente, como si estuviera debajo del agua y braceara penosamente para ganar la superficie. Mas las piernas laceradas y el agónico estertor que sentía en la cabeza eran como sendas manos que tiraban hacia abajo de ella. Se tocó la pierna derecha, notó el rasgón en la pernera del pantalón, y un líquido viscoso que le empapaba la espinilla. Levantó luego la mano y vio la sangre. Debía de haber un cable trampa tendido entre ambos extremos de la pista, y ella se había ido derecha a él en pleno eslalon.

Entonces sintió frío en la cara porque una sombra le nublabla la visión y se interponía entre ella y el sol invernal. Tilsner había venido a rescatarla.

Ajustó mejor la vista y vio que no era Tilsner, sino un desconocido, vestido de camuflaje blanco, que la apuntaba entre los ojos con una pistola.

*El mes anterior (febrero de 1975).
En la sierra del Harz, Alemania del Este.*

Pasaron los días. Ahora era el mismísimo Neumann el que había tomado el sitio de Beate en lo alto del pozo. Le pregunté que qué le había pasado, pero evitó mirarme a los ojos. Dijo que se había puesto mala..., que no tenía lo que había que tener para trabajar allí..., que la habían trasladado a otro reformatorio. Mentira. Todo mentira.

Neumann cada vez tiene más pinta de loco. El ojo bueno está como fuera de sí, parece poseído; el parche que le tapa el estropicio en la otra parte de la cara lo lleva siempre sucio; ya no se peina y, cuando me habla, no para quieto ni un instante.

Como ya solo quedamos Mathias y yo en la vieja caseta de la mina, me he dignado a hablar con él. Si no, no habría manera de aguantar aquí toda la noche a oscuras. Tumbados, nos ponemos los dos a imaginarnos lo que le puede haber pasado a Beate. Ya no contamos los días con muescas en el lateral de la pared, solo sé que estamos en febrero, que tanto Mathias como yo tenemos ya los dieciséis; y que si hubiéramos esperado hasta ahora para escapar de Prora Ost, no nos habrían aplicado ese acuerdo de repatriación tan asesino. Y estaríamos al otro lado del Muro, tan felices. Pero entonces no lo sabíamos, cuando estábamos en el *Jugendwerkhof*, Beate y yo, por lo menos, no lo sabíamos. Mathias a lo mejor sí, y por eso tenía tantas ganas de meterse en la caja de la cama y sumarse a mi descalabrado plan, mi plan de locos que por poco no salió bien.

Un día, Mathias se da cuenta de que en la galería el piso no está a nivel, de que va ascendiendo ligeramente hacia arriba. Será que Neumann ha puesto las cargas de dinamita cada día en un sitio distinto. Aunque no sabemos lo que significa eso, solo seguimos cada uno con nuestro fatigar, como unos esclavos: los gorilas venga a sacar a paladas las rocas sueltas; Mathias, a

cargarlas; y yo, a empujar la carretilla por los raíles en la galería, a girar donde está la escalera de piedra y a volcarla en la cubeta que Neumann iza luego hasta la superficie.

Trabajamos un día detrás de otro hasta la extenuación, y solo entonces se nos permite subir la docena aproximada de escalones que han labrado en la roca viva y que nos llevan a la parte del pozo de la que sube la escalera de mano.

Mathias y yo estamos tumbados, cada uno en su jergón en un extremo de la habitación, y entonces le pregunto que a qué se refería cuando dijo que lo habían «engañado».

—Si te lo digo, me vas a odiar —dice.

—Prueba a ver.

—Hicieron un trato conmigo, en Prora Ost.

—Y ¿cuál era el trato?

—Pues que si vigilaba a la gente sin que se dieran cuenta, si me chivaba en secreto de lo que hacían, nos dejarían a Beate y a mí volver a una escuela normal y corriente cuando cumpliéramos los dieciséis. Así podríamos salir del *Jugendwerkhof* y sacarnos el *Abitur*. Me prometieron que cuando fuéramos a la universidad nos asignarían un piso para que viviéramos juntos, que lo prepararían todo para que nos fuera bien en el futuro.

—Y ¿eso lo sabía Beate? —Porque si lo sabía, entonces no tendría ningún sentido entregarse a las perversiones de Ackermann.

—No, a ella no se lo dije.

Me quedo callada un instante y pienso en lo que implica esto que acaba de contarme.

—¿A que ahora me odias, Irma?

Sigo sin decir nada.

—Sé de qué son capaces, Mathias —le digo pasados unos segundos—. Lo que hiciste me parece mal, pero qué va, no te odio. —Aunque las palabras que salen por mi boca no dicen exactamente lo que pienso.

—Gracias, Irma —me dice—. Porque significa mucho para mí. Buenas noches.

—Buenas noches, Mathias. —Pasados unos minutos, empieza a roncar, porque quizá mis palabras lo han tranquilizado. Pero la verdad es que me va

la mente a cien por hora. Porque si tenía que chivarse de lo que hacíamos, ¿qué les contaba exactamente, y a quién? ¿Sabía que a Beate la obligaban a ir a aquellas fiestas en Vilm? ¿Lo invitaban a él también...?

Aunque esto último que me ha venido a la cabeza sería... Lo dejo ahí, no sigo preguntándome, porque sería horrible pensar que pudieran haber hecho algo así.

A la mañana siguiente, en el desayuno, no podemos seguir con la conversación porque Neumann y sus gorilas no nos quitan ojo. Pero al final sí que seguí pensando anoche, y tengo más cosas que preguntarle a Mathias.

Espero hasta la hora de bajar al pozo por la escalera. Mathias va un par de peldaños por delante de mí.

—Oye —le digo en voz baja—. Solo hay una cosa que no entiendo. Si pensabas que te iban a dejar salir del *Jugendwerkhof* y que cuidarían de ti en la República Democrática, ¿cómo es que quisiste escapar con nosotras?

No contesta hasta que no llegamos a la mitad del pozo, donde hay una pequeña plataforma. Una vez allí, se da la vuelta. A mí me quedan todavía por bajar los dos últimos peldaños y desde esa posición le veo la cara en un ángulo descendente, acentuado por la mortecina luz que entra en el pozo de la mina. Ya no es el chico guapo que era antes; los meses de trabajos forzados bajo tierra, respirando polvo y mugre, le han pasado factura.

—Porque no soportaba la idea de separarme de ella, Irma. Sabía que quería irse al Oeste. Y como no le había dicho nada de que los estaba informando, porque me habría odiado por ello, tuve que escapar con ella, allí mismo y sin pensarlo.

Le aguanto la mirada y él baja los ojos. Hay algo que no me está contando, y creo que sé qué es. Llevo tiempo ya sospechándolo.

—Y el último de tus informes —digo, y sé que se me nota el odio y la ira que me embargan la voz— fue en el barco, ¿a que sí? Cuando dijiste que ya habías estado en cubierta.

No puede mirarme a los ojos porque está avergonzado de sí mismo.

—Sí —dice, con una voz que es un susurro.

—Hiciste que se comunicaran por radio con la República Democrática —dice que sí con la cabeza de manera casi imperceptible—, y ellos te contaron lo del acuerdo para repatriar adolescentes, ¿a que sí? —No reacciona—. ¿A

que sí, Mathias?

Otra vez asiente moviendo muy despacio la cabeza.

—Y no hace falta ser muy listo para saber a quién se lo chivabas todo en la República. Era a la Stasi, ¿a que sí? Te reclutaron en Prora, ¿verdad?

—Lo siento, Irma. Lo siento mucho.

Me quedo callada un momento para asimilarlo todo bien, aunque no pienso dejar que se vaya de rositas así como así.

—¿Por qué lo hiciste, Mathias? ¿Por qué nos delataste, cuando Beate y tú estabais a un paso de lograr la libertad los dos juntos?

—Porque sabía también que era muy posible que fallara algo. Y aunque todo saliera bien, como éramos menores de edad, sabía que lo más seguro sería que nos devolvieran al Este. Y además...

—Además ¿qué?

—Además estaban esos planes de sacarnos del *Jugendwerkhof*, de ir a la universidad y empezar una vida con Beate. Todo eso se habría ido al garete.

Ahora sí que tiene sentido. Por eso los *Bundesgrenzschutz* nos estaban esperando ya en el puerto cuando llegamos a Hamburgo, no fueron a hacer un control rutinario, qué va, les habían dado el soplo desde la República Democrática; alertados, a su vez, por Mathias Gelman. Mathias Gelman, el espía de la Stasi. Quien trabajaba para la misma organización que había hecho todo lo posible para que Mutti acabara en la cárcel; la misma organización que había hecho todo lo posible por separarme a mí de la Oma y enterrarme muerta en vida en aquellos *Jugendwerkhöfe* tan odiosos.

—Eres un cabrón, Mathias. Un cabrón con pintas, y no te perdonaré nunca, jamás en la vida.

—Lo siento —murmura de nuevo con un hilo de voz, y se da la vuelta para empezar a bajar por la escalera de piedra. Se me pasan por la cabeza a toda velocidad imágenes de Beate, del *Jugendwerkhof*, de la alegría tan grande que me dio ver las luces de Hamburgo. Imágenes felices de Mutti, la Oma y yo en la playa cuando era pequeña. Se me agolpan todas en la cabeza, me hacen burla, y cuando Mathias va a bajar el segundo peldaño, en el preciso instante en el que tiene un pie en el aire, le doy un empujón.

Y cae.

Y el grito que da culmina en un golpe sordo que me revuelve las tripas, justo al borde de los escalones de piedra, tan empinados y resbaladizos.

Toda acción tiene siempre una reacción igual y opuesta. ¿No ves,

Mathias?, hay cosas del colegio de las que todavía me acuerdo.

Febrero de 1975.

En la sierra del Harz, Alemania del Este.

Yo maté a Mathias Gelman, pero nadie lo sabrá nunca.

Neumann oye la discusión, oye el grito. Baja a toda prisa la escalera de mano con una linterna; y yo me quedo paralizada donde estoy, sin poder, o sin querer, ir en su ayuda.

—Se cayó —digo.

Neumann me roza al pasar y baja los escalones corriendo. Veo los saltos que da la luz de la linterna, hasta que enfoca la cabeza de Mathias: tiene una brecha muy fea que mana sangre y mancha el suelo de piedra de la mina. Neumann le toma el pulso, le hace el boca a boca, pero es inútil.

Los gorilas siguen picando en la pared de piedra que queda al fondo de la galería, y Neumann me ordena que lo ayude a arrastrar el cuerpo hasta la cubeta; entre los dos lo metemos dentro y luego él iza a Mathias hasta la superficie con el sistema de poleas.

Yo me quedo allí sentada, en lo alto de la escalera de piedra, pensando en la mujer del perro y en la expresión amable de su cara... En las chicas de minifalda que vimos en Reeperbahn... En la coca cola y la salchicha y las patatas... En la salsa de tomate... En la sangre de Mathias Gelman derramada por el suelo.

*Marzo de 1975. Décimo sexto día.
En la sierra del Harz, Alemania del Este.*

Müller miró el cañón negro que la apuntaba a la frente y vio luego el dedo enguantado que parecía a punto de accionar el gatillo de la pistola.

Alzó la mirada para buscar los ojos de su captor, quien a su vez la miraba a ella desde dentro de una capucha blanca de camuflaje. Por algún motivo, el dedo enguantado seguía inmóvil.

Los sacó de aquel duelo de miradas el crujido de una rama a unos cincuenta metros ladera arriba. Giraron al unísono la cabeza en aquella dirección y el simple movimiento le arrancó a Müller una punzada de dolor de las piernas lastimadas. Vio que la ocasión la pintaban calva, y fue a echar mano de la Makarov debajo de la chaqueta; pero el guardia era más rápido que ella, le retorció el brazo y la obligó a soltar la pistola. Una vez en el suelo, le dio una patada que la alejó pendiente abajo. Müller quiso aprovechar para cogerle el arma a él, pero la atrajo hacia sí con una mano y con la otra apuntó el cañón directamente a su sien. A Müller le dieron arcadas, en parte por el dolor y en parte, también, por la peste que despedía aquel cuerpo que llevaba mucho tiempo sin saber lo que era el agua y el jabón.

—No se mueva, quédese quietecita —le dijo al oído forzando la voz. Luego gritó hacia el punto en el que habían oído el ruido entre los árboles—. ¡Salga de ahí, con las manos en alto! De lo contrario, dispararé contra ella.

Nadie respondió por unos instantes, y luego Müller oyó la voz de Tilsner. Y pese a que sentía el frío del arma apretada contra la sien, la invadió una sensación muy parecida al alivio.

—*Kriminalpolizei!* Está usted arrestado —gritó su ayudante desde detrás del pino en el que había buscado cobijo—. Tire el arma y suéltela.

El captor de Müller la sujetaba muy fuerte y hacía todavía más presión con el cañón del arma contra su cabeza.

—Dígale que tire él la pistola y salga —le susurró al oído con un poso de urgencia en la voz. Müller no dijo nada y entonces él le puso el cañón en la espalda—. Dígaselo, ¡venga! —Pero Müller siguió sin hablar porque no quería quitarle a Tilsner la escasa ventaja que pudiera tener.

Le dolía el brazo que él le retorció, pero aun así, Müller intentó zafarse, y entonces su captor la sujetó todavía con más fuerza, le llevó el brazo retorcido hacia arriba y ella pensó que iba a desmayarse.

—Se me está agotando la paciencia —le dijo con un hilo desesperado de voz, y no dejaba de apretar la pistola contra la sien de Müller, hasta que ella vio que estaba a punto de apretar el gatillo.

Tilsner volvió a gritar:

—¡Suéltela! No se lo pienso decir otra vez.

El guardia ponía toda su atención en sujetarla firme, pero Müller alzó la pierna y lo golpeó en la espinilla con el talón de la bota de esquiar. Él no esperaba el golpe y aflojó un instante la llave con la que le sujetaba el brazo, lo que ella aprovechó para soltarse y tirarse en un montón de nieve que había al lado. Eso creaba cierta distancia entre víctima y captor, y le daba margen a Tilsner para disparar libremente contra él, una oportunidad que, esperaba ella con toda el alma, su ayudante no desaprovecharía.

Arriba en la ladera, Tilsner salió de su escondrijo y apuntó, y en ese mismo instante, el hombre se volvió hacia él y alzó el brazo que empuñaba el arma. La pistola de Tilsner soltó un fogonazo y luego sonaron como dos crujidos, separados por una décima de segundo, que dejaron un eco mortífero resonando entre las montañas y los árboles.

El hombre cayó de bruces en la nieve. Una mancha de color carmesí desfiguraba el dibujo del camuflaje blanco en el anorak del ejército que llevaba puesto; a la altura de la espalda, allí donde la bala le había traspasado el cuerpo. No emitía ningún sonido, ni se percibía en él movimiento alguno. Ella miró ladera arriba para felicitar a su *Unterleutnant* y darle las gracias por haberle salvado la vida. Pero también Tilsner yacía hecho un guiñapo sobre la nieve.

Müller fue arrastrándose hacia él por la empinada cuesta; la nieve y las heridas que había sufrido le impedían avanzar más rápido y el dolor le paralizaba las piernas. Él la estaba llamando. «Todavía vive», pensó, pero la voz le llegaba débil, cada vez más débil.

Por fin llegó junto a él, se arrodilló en la nieve y se quitó la bufanda para

intentar detener la hemorragia que tenía en el pecho.

—Karin... K-K-Karin —decía dando boqueadas, y cuando intentó tocarla en la sien, el brazo se le desplomó sin fuerzas.

—Te pondrás bien, Werner, te pondrás bien —pero según lo iba diciendo, veía la sangre que le empapaba la bufanda y dudaba de sus propias palabras. Quiso recordar alguna maniobra de primeros auxilios, pero lo único que se le pasaba por la cabeza era que no quería perderlo.

—Lo s-s-siento Karin, lo siento tanto.

—No hay nada que sentir: eres un héroe de la República Democrática Alemana, me has salvado la vida. —Y llevó a su boca los labios de él, quiso besarlo, darle algún aliento de vida, lo que fuera.

Tilsner intentaba apartarla con las pocas fuerzas que le quedaban:

—Lo s-s-siento...

Pero cejó en todo intento de pronunciar palabra.

Le tomó el pulso y vio que le latía todavía, débilmente, pero algo le latía. Miró ladera abajo y ladera arriba, ¿cómo podría ir a buscar ayuda? Había sido una locura venir sin Baumann ni Vogel, porque ellos por lo menos conocían el terreno. Y la loca había sido ella, porque Tilsner dijo que les hacían falta refuerzos, y ahora estaba allí tendido, muriéndose, y ella no podía hacer nada para ayudarlo.

Estaba tan fuera de sí que casi no oyó el Gaz soviético que se acercaba desde el valle. Con la tracción a las cuatro ruedas, podía con aquellas cuestas empinadas de una forma que le resultaría imposible al Wartburg hasta con cadenas. Cuando por fin alzó la vista del cuerpo de Tilsner, de la vida que lo iba abandonando, y vio que la apuntaban, no uno, sino dos cañones, pensó que ya nada le importaba, ni siquiera si disparaban.

Avanzaban a empujones por la pista y, con cada nueva sacudida, un dolor más intenso que el anterior le recorría el cuerpo lacerado. Sabía que aquellos hombres eran sus captores, no sus salvadores, pero les suplicó que hicieran algo para salvar la vida de Tilsner y los dos pistoleros llevaron el cuerpo moribundo de su ayudante a la parte de atrás del Gaz. Müller se recogió en su silencio, y la venda que le pusieron bien apretada en los ojos la ayudó a desensibilizarse, paralizada como estaba por la pena al saber perdido a Tilsner. Tomar conciencia de eso, de que él no sobreviviría, hizo que la

misión de rescatar a la chica que quedaba perdiera toda relevancia. No pensaba en otra cosa que en Tilsner, en lo que pudo haber sido su relación con él.

Cuando por fin detuvieron el coche, Müller les imploró para que atendieran a Tilsner, pero hicieron oídos sordos a sus súplicas y la sacaron sin miramientos del Gaz-69, mientras él agonizaba dentro. Luego le quitaron la venda y tuvo que cerrar los ojos al sentir el reflejo del sol contra la nieve; pero enseguida notó el contacto frío del metal en la espalda y la empujaron para que echara a andar. A un lado de la pista, a cubierto entre los pinos, vio un cobertizo de madera que debía de ser el edificio avistado en el mapa junto al pozo de la mina. Las ventanas, o algo que se le parecía, estaban cerradas a cal y canto, y lo cubría hasta media altura la nieve. Uno de los hombres, que llevaba la cara tapada con una bufanda, retiró la viga de madera que hacía las veces de cancela contra la puerta y su compinche metió a Müller dentro de un empujón.

En un rincón, arrebujada dentro del mugriento *Strickpulli* de lana, con la cara roja y llena de moratones, vio a una adolescente que la miraba con una mezcla de anhelo y esperanza. Era Irma Behrendt, quien hacía un esfuerzo por ponerse en pie debajo del peso de los hierros que la encadenaban. Y a pesar de los moratones, a pesar de la cara demacrada, Müller la reconoció como la última de los tres adolescentes que supuestamente habían sido trasladados del *Jugendwerkhof* de Rügen en mayo del año anterior. Tenía el pelo rojo enmarañado y sucio, pero estaba viva: era la única de los tres que lo estaba. Los captores ataron a Müller a un pilar de hierro que había junto a la chica y le amarraron las muñecas.

Cuando los guardias salieron y echaron a la puerta otra vez la enorme tranca, Müller se volvió para mirar a la chica.

—Irma —susurró, y la chica se giró asustada, pues cómo sabía aquella mujer que ese era su nombre—. Saldremos de esta, Irma —siguió diciendo Müller—. No nos queda otra. Cuando la policía de aquí se dé cuenta de que he desaparecido, vendrán a buscarnos.

La chica solo la miraba, y los rayos de sol que entraban por los huecos y las grietas en la madera podrida de las paredes le resaltaban el pelo rojo apelmazado y los rasgos escuálidos de la cara.

—¿Quién es usted? —preguntó por fin.

—*Oberleutnant* de la Policía Karin Müller. Estoy casada con Gottfried

Müller, que dio clase en el *Jugendwerkhof*.

—Y ¿ha venido a rescatarme? —preguntó la chica con un resoplido que sonó delirante, mientras le miraba a Müller las manos atadas—. Pues enhorabuena —se rio, luego se puso seria otra vez—. ¿Sabe algo de Beate? —Müller intentó que la expresión de su cara no revelara nada, pero el silencio con el que respondió a aquella pregunta, y la forma en que bajó la mirada hablaban por sí solos—. Está muerta, ¿verdad?

Müller soltó un largo suspiro, pero su falta de respuesta era en sí toda una respuesta, e Irma no pudo más, empezó a chillar, a dar tan horribles y tan agudos gemidos que Müller, de haber podido, se habría tapado los oídos. Como no podía hacer otra cosa, intentó calmar a Irma con palabras, pero sin éxito. La chica quedó tendida boca abajo en el suelo, pero los temblores que daba le decían a Müller que no había cesado su llanto.

—Todo saldrá bien, Irma. Ya verás como sí.

Mas, aunque hablaba intentando transmitirle confianza, no esperaba que la chica creyera al pie de la letra sus palabras. Porque no se las creía ni ella.

Décimo séptimo día.

En la Sierra del Harz, Alemania del Este.

A Müller la dejaron a solas con Irma aquella noche. Les desataron las manos y les pusieron en las piernas grilletes sujetos al suelo; y con los jergones húmedos y sucios y unas mantas, hicieron su improvisado lecho. Le cogió la mano a la chica, no solo para darle ánimos, sino también para dárselos a ella misma, pues necesitaba ese contacto con un cuerpo vivo. Irma dormía, respiraba profundamente, más acostumbrada a estar en cautividad que Müller, quien no paraba de dar vueltas todo lo que le permitía la holgura de las cadenas y las magulladuras. Con cada nuevo movimiento, dolorosos pinchazos en las piernas le recordaban el choque contra el cable trampa.

Sumida en la oscuridad, pensó en Tilsner, en que no había nada que ella pudiera hacer por su ayudante, ni sabía qué suerte había corrido; aunque cuando los metieron como fardos en el 4x4 de fabricación soviética, él ya estaba bajo los estertores de la muerte. Y su propia suerte, y la de la chica a la que intentaba salvar, puede que acabaran siendo muy parecidas. Quienquiera que fuera el que las tenía allí cautivas, Müller estaba convencida de que guardaba relación con Neumann y el *Jugendwerkhof* de Prora. Y aunque los guardias de aquella guarida llevaban ropa de camuflaje parecida a la del Ejército del Pueblo de la República Democrática Alemana, aquello no se podía considerar en puridad un arresto.

Y ¿qué habría sido de Gottfried? Por lo que ella sabía, seguía en una cárcel de la Stasi, a no ser que Jäger hubiera cumplido su parte del trato y se las hubiera ingeniado para liberarlo, o aligerar los cargos que pesaban contra él. Ella pudo ayudarlo antes de eso y no lo hizo, dejó pasar esa oportunidad. ¿Por qué no le había pedido a Schmidt que analizara inmediatamente las fotos de Gottfried y la chica asesinada, para así tener de primera mano una valoración del testimonio de su marido, quien juraba que eran falsas? Ahora

sí que no podía ayudarlo, y no creía que ni ella ni Irma salieran con vida de allí, ni que volviera a ver a Gottfried ni su piso en Schönhauser Allee nunca más. Recordó lo que le habían hecho a Beate, antes y después de muerta, y se echó a temblar.

Neumann, si es que era él el que andaba detrás de todo aquello, todavía no había dado la cara delante de ella. Mientras se debatía entre el sueño y la vigilia, la fotografía del fax, en la que se lo veía con la cara desfigurada y un parche siniestro, le venía una y otra vez a la cabeza, le impedía quedarse dormida del todo: ¿estaría allí, junto al resto de los captores? Y si así era, ¿qué intenciones tenía?

Irma gruñó en sueños y se dio la vuelta todo lo que le permitieron las cadenas de hierro. Al hacerlo, se soltó de la mano de Müller, quien sintió entonces que estaba más sola todavía. Puede que Irma tuviera razón cuando se rio de su papel de salvadora, porque, en efecto: ¡menuda enhorabuena!

Cuando despertó, la luz del día entraba a chorros por las grietas en la madera del cobertizo que les servía de cárcel.

Se giró hacia Irma y vio que la chica ya se había despertado y la miraba con una sonrisa dibujada en la cara.

—¿Sabe?, aunque parezca mentira —dijo la chica—, estoy contenta de tenerla aquí encadenada al lado. —Entonces una sombra le mudó la expresión de la cara—. Porque desde que Beate..., desde que Mathias... Me sentía muy sola.

Müller le cogió la mano otra vez:

—No te preocupes, Irma, saldremos de esta pocilga: nos escaparemos.

Irma dijo que no con la cabeza:

—Eso no se lo cree ni usted, aquí no hay escapatoria posible. Porque incluso si salimos de esta, seguiremos estando en la República Democrática Alemana.

Müller no respondió.

Irma resopló y dijo:

—Además, a usted le parecerá bien, porque es una de ellos, es parte del sistema. Pero a ver cómo se las apañaría si la internaran en un *Jugendwerkhof*. Entonces vería por qué hay tanta gente que quiere salir como sea de este pequeño país de mierda. —Müller bajó la mirada porque no

estaba dispuesta a admitir que la chica tenía razón: iba contra lo más hondo de sus creencias.

La chica se dio la vuelta y dejó la mirada perdida en el techo, allí donde las vigas carcomidas soportaban a duras penas el antiguo tejado de lo que Müller imaginó había sido la caseta de la mina.

—Es usted consciente de que nos escapamos, ¿no? Los únicos tres valientes que han logrado escapar del *Jugendwerkhof* de Prora Ost.

Müller arrugó el entrecejo:

—Yo pensaba que os habían trasladado, que Neumann os llevó a otro reformatorio.

Irma se echó a reír:

—No, nos escapamos, escondidos en cajas de muebles embalados. Y llegamos a la República Federal, pero allí nos traicionaron.

—¿Que os traicionaron?

—Sí. Fue Mathias. Usted sabe que está muerto, ¿verdad?

Müller dijo que sí con la cabeza. Entonces alargó un brazo y le cogió la mano de nuevo a la chica, se la acarició con ternura.

—Lo siento, lo siento mucho, Irma. Él también era amigo tuyo.

—¡Me río yo de ese amigo! —soltó Irma—. De amigo mío, nada. Estaba encoñado con Beate, pero hasta ella abrió los ojos al final y descubrió quién era Mathias: él nos delató, a la Stasi. Lo reclutaron para espiar a los niños en el reformatorio, y a los profesores. Y él aceptó, porque quería una vida mejor para él solito. Cuando estábamos en el barco y ya casi habíamos tocado puerto en la República Federal, convenció a la tripulación de que llamaran por radio a las autoridades de la República Democrática, y ellos a su vez convencieron a sus homólogos al otro lado del Telón de Acero de que nos mandaran de vuelta a casa. Ese mierdecilla era un informante, y me alegro de que esté muerto.

Müller se quedó sin habla, porque no sabía que la Stasi reclutara niños..., era la primera noticia que tenía. No sabía si creerlo, pero es que ya no sabía qué creer.

—Y todavía hay más, doña detective berlinesa. Porque la que mató a Mathias fui yo, yo lo asesiné. Yo lo empujé por esa escalera. Así que, ¿qué va a hacer usted ahora, arrestarme? —Irma empezó a reírse como un maníaco, una risa que al poco tiempo devino llanto—. No me puede arrestar, ¿a que no? Porque tiene usted las manos igual de atadas que yo en esta puta mierda

de país.

Müller fue a cogerla por los hombros, para abrazarla y que se calmara, pero Irma la apartó de un empujón, le dio la espalda y se quedó de cara a la pared.

Décimo séptimo día.

En la Sierra del Harz, Alemania del Este.

La puerta se abrió de golpe y entraron dos guardias embutidos en monos de camuflaje para la nieve. Les quitaron las cadenas que les sujetaban las piernas y luego sacaron a Müller y a Irma afuera empujándolas con los cañones de los fusiles. Müller les gritó que no podía caminar por las heridas en las piernas, y que quería saber qué le había pasado a su ayudante, pero no obtuvo respuesta. Las llevaron a través de la nieve, unos cincuenta metros bosque adentro, en dirección opuesta a la frontera entre ambas Alemanias.

—Aquí está la guarida del león —susurró Irma, y uno de los guardias le propinó un golpe más agudo con el arma por haber osado abrir la boca.

Oculto entre los árboles, mimetizado con la nieve y los arbustos, había un tramo de escalones que conducían a lo que podría ser un búnker subterráneo. Al igual que la caseta de la mina, a Müller le pareció que tuvo que conocer tiempos mejores; pero el caso era que allí dentro, detrás de las puertas metálicas que sellaban el recinto como dos escotillas, nadie daría jamás con su paradero.

—Me parece que esto lo construyeron los nazis —susurró Irma cuando estaban entrando en el complejo de cemento armado—. Nos traen aquí para que nos duchemos una vez a la semana. Menuda suerte tiene usted que le ha tocado el primer día. Pero ya la aviso: no hay calentador, o sea que el agua estará congelada.

Mientras se duchaba, Müller se examinó las heridas. Lo que más le preocupaba eran las piernas, porque donde el alambre se las había desgarrado, tenía la carne amoratada y mucha hinchazón. Cuando le daba el chorro de la ducha directamente, el dolor la obligaba a apretar los dientes para no gritar. Sabía que tenía que ir al hospital y que posiblemente hiciera falta sutura. Miró a Irma y la chica puso cara de asco. Luego le sonrió.

—Esa pierna tiene muy mala pinta —dijo—. Mire a ver si puede convencerlos de que la lleven al hospital. A lo mejor así consigue salir de aquí.

—Y ¿tú? —gritó Müller para que la oyera por encima del estruendo del agua a presión.

—Si usted logra salir, puede luego venir a rescatarme a mí. Pero la próxima vez, hágalo bien, traiga refuerzos, no como ahora, que ha venido usted en plan *amateur*. —Y le dedicó una sonrisa de desprecio.

Müller se dio la vuelta, porque se había puesto roja como un tomate al oír aquel comentario.

A un lado habían dejado ropa limpia para que se la pusieran: chándales y camisetas sin ningún tipo de horma, válidas para los dos sexos. Cuando se vistieron, los guardias las llevaron a otra dependencia del búnker subterráneo. Allí las paredes estaban forradas con paneles de madera y los muebles eran de estilo rústico, tradicional en la zona. Era un toque de lujo que no lograba camuflar el olor a tierra y a humedad.

La mesa estaba dispuesta para el desayuno: había bollos de pan recién hecho, queso, jamón, café. No desmerecía nada el que Müller había tomado en la pensión de Wernigerode.

Apenas llevaban unos minutos comiendo cuando se abrió la puerta.

—Este será Neumann —susurró Irma.

Pero no era él; al menos, no el Neumann que Müller había visto en la foto.

Porque cuando alzó la vista del café, vio delante de ella el perfil bueno pero más ajado y descuidado del hombre que ella había jurado, años atrás, no volver a echarse nunca más a la cara. Comprendió en ese instante por qué la foto que Jäger mandó por fax tenía para ella cierto aire familiar, aunque al principio no pudiera reconocer al hombre retratado. Pero allí, desde un ángulo distinto, vaya si lo reconoció.

Caer en la cuenta de quién era aquel hombre la llevó a recordar la academia superior de policía. El profesor, un detective de alto rango en comisión de servicios, se hizo amigo de ella, y le dijo que la ayudaría a tener una carrera meteórica y a allanarle el camino en la *Kripo*, siempre y cuando ella accediera a transigir con la versión policial del director que se pasa a las aspirantes a actrices por la piedra, a cambio de un papel en la función o en la

película. Ella dijo que no, y eso que había algo en él entonces que la atraía. Quizá solo fuera el poder que tenía aquel hombre de darle un empujón a su carrera de mujer policía. Pero ahora lo que sentía eran ganas de vomitar al verlo, y cerró los ojos por ver si así lograba borrar también el recuerdo: cómo la quiso doblegar a base de vodka, y cómo se frotó contra ella, lo mal que le olía el aliento, una peste que los vapores del alcohol no alcanzaban a mitigar, y cómo al final la sujetó con todas sus fuerzas, le rasgó la ropa y la penetró violentamente. La tenía sujeta por las muñecas, y ella no podía hacer nada mientras le desgarraba las entrañas hasta que, justo cuando él iba a acabar y relajó la presión en el frenesí del momento, ella rompió la botella de vodka contra la mesa y se la clavó en la cara.

—¿Es que no me vas a saludar, Karin? Llevo mucho tiempo ansiando este encuentro.

—¿Conoce usted a Neumann? —dijo Irma ahogando un grito.

—Vaya que si me conoce, Irma. En lo más íntimo. Hasta tuvimos un niño juntos, si es que a un feto de veinte semanas se lo puede llamar un niño. Un feto de veinte semanas que ella mató. Y dime, Karin, ¿era niño o niña, llegaste a enterarte?

Müller sintió que la habitación daba vueltas. Tragó saliva y no contestó: tenía los ojos clavados en los dedos, temblorosos, aferrados a la mesa desesperadamente. Ojalá estuviera en el apartamento de Schönhauser Allee, allí podría sacar la ropita del niño, acariciarla, calmar así la ansiedad que todo aquello le producía.

—No volví a tener la oportunidad de engendrar un hijo, Karin. ¿Quién iba a casarse conmigo con esta cara? —Se acarició la cicatriz debajo del parche—. Tú mataste al único que tuve, a mi único hijo o hija. Y estas heridas en la cara y el escándalo que se formó cuando me acusaste de violación, una acusación completamente infundada, todo eso me apartó del Cuerpo de Policía. Me ofrecieron un trabajo al frente de un *Jugendwerkhof*, me dieron la posibilidad de cambiarme el nombre. Era eso o enfrentarme a juicio, o sea que no tenía otra alternativa. Por tu culpa perdí mi trabajo y la posibilidad de tener un hijo: me arruinaste la vida. Pero a pesar de ello, yo me sentía unido a ti, aunque me traicionaste. Y quería volver a verte, solo que ahora no sé si eso era buena idea.

Müller levantó la cabeza y vio que se le llenaba de lágrimas el ojo que le quedaba a Walter Pawlitzki, quien ahora se hacía llamar Franz Neumann,

antiguo director del *Jugendwerkhof* de Prora Ost.

—Y tú ¿has podido tener más hijos, Karin?

Ella hizo todo lo posible por no revelar nada con la expresión de la cara, pero sabía que él podría leerle en el rostro el dolor por no haberlo tenido, y las ganas de tenerlo. Pasaban los segundos y vio que Irma no les quitaba ojo, y que no soltaba el cuchillo afilado de metal que tenía en la mano.

Pawlitzki cogió una silla y se sentó a la mesa con ellas. Müller no perdía de vista en ningún momento a Irma, pues no quería que la chica hiciera alguna estupidez. Bien sabía que el antiguo profesor universitario de la academia superior de policía, y antiguo director del *Jugendwerkhof*, se habría asegurado de que los guardias estuvieran al quite si alguna de ellas intentaba atacarlo.

Müller respiró hondo y miró a su antiguo profesor al único ojo sano que le quedaba:

—¿Mató usted a Beate Ewert? —preguntó.

Pawlitzki se columpió hacia atrás en la silla y rompió a reír.

—No tiene ninguna gracia —gritó Irma, y apretó el mango del cuchillo todavía con más fuerza.

—Pon eso encima de la mesa, Irma. O si no, llamo a los guardias. —La chica aflojó la presión de los dedos—. Lo único que sé es que Beate fue a la fiesta en la cima del Brocken y que de allí la llevaron a Berlín. Si lo que dices es que está muerta, yo no la maté, eso seguro. Y tú, Irma, ¿podrías decir lo mismo de Mathias? —Irma bajó la mirada.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Müller.

—¿Qué te hace pensar que sé lo que le pasó? Y si lo supiera, ¿crees que te lo iba a decir, Karin? Nada menos que a ti, a una detective de la Policía del Pueblo de este bendito país. —Pawlitzki cogió un bollo de pan, partió un pedazo y empezó a untarlo de mantequilla—. Lo que sí te diré es que los problemas empezaron cuando Beate reconoció la fotografía del venerable Primer Viceministro para la Seguridad del Estado en un ejemplar del *Neues Deutschland* que uno de los guardias, el muy estúpido, dejó olvidado en esta misma mesa. —Sin dejar de mirarla, fue al revistero que había en el comedor de desayunos—. Aquí está —dijo dando el periódico a Müller—, el viceministro plenipotenciario de la Stasi, *Generaloberst* Horst Ackermann. —Pawlitzki hizo una pausa y se llevó el trozo de pan a la boca.

—He oído hablar de él —dijo Müller, y puso el periódico boca abajo,

porque si salían de allí con vida, no quería que Irma se quedara con la cara del general de la Stasi e intentara vengarse de él. Y aunque no paraba de mirar a todas partes con el rabillo del ojo, buscando una vía de escape, quería también enterarse de lo que Pawlitzki pudiera contarle.

—Era el invitado de honor en el baile de disfraces que se celebró en la cima del Brocken. De hecho, fue él el que pidió a Beate que fuera a la fiesta. Creía que seguía internada en el *Jugendwerkhof*, pero como hasta hace poco todavía me permitían ir y venir de Rügen al Harz, conservo el mensaje que él envió a Prora.

—Ese cabrón pervertido —gritó Irma—. Y usted se la puso en bandeja.

—Yo seguía órdenes y punto, Irma. —Pawlitzki se miró las manos y Müller vio que le temblaban, y que hablaba con voz casi quebrada por el llanto—. No estoy particularmente orgulloso de ello, pero así funciona esta República. —Intentó recomponer la figura y cruzó los brazos por encima del pecho—. Y por lo que yo sé, se la llevaron luego a Berlín. O sea que con quien tienes que hablar es con Ackermann, no conmigo. Y te deseo suerte, porque no creo que sea nada fácil arrestar al segundo de a bordo de la Stasi.

Había algo en la expresión de Pawlitzki que le decía que no le estaba contando toda la verdad, que sabía más de lo que daba a entender.

—¿Cómo sé que no está mintiendo para salvar el pellejo?

Pawlitzki dio un suspiro y tomó un sorbito de café.

—Y ¿para qué iba a mentir?

Müller lo vio dejar la taza encima de la mesa, meter la mano debajo del abrigo y sacar una pistola. La reconoció en el acto: una Walther PKK, la *Polizeipistole Kriminalmodell*, fácil de esconder, ideal para operaciones clandestinas, y la inspiración de su propia Makarov. Pawlitzki la empuñaba con cariño.

—Sea lo que sea lo que yo os diga, a nadie más podréis contárselo. Hice lo que pude por estos chicos, pero cuando nos los devolvieron los de la República Federal, tuve que interceptarlos en el cruce de la autopista en Helmstedt. Tenía órdenes de que no le contaran a nadie su huida, ni el método que emplearon para escapar; y, sobre todo, que no acusaran bajo ningún concepto al camarada *Generaloberst* Ackermann. Era de vital importancia socorrer a las fuerzas de nuestro país en este punto. Siento si todo se nos ha ido un poco de las manos.

Irma se levantó y fue hacia Pawlitzki, pero Müller la sujetó y la chica solo

pudo desahogarse por la boca:

—No diga que lo siente. Nos trató de puta pena en Prora y aquí nos ha tratado todavía peor. —Y le escupió a la cara a Pawlitzki.

Él se lo limpió sin perder en ningún momento los estribos, y Müller le preguntó por Mathias:

—¿Por qué intentó hacernos creer que la muerte de Mathias fue un asesinato? ¿A qué vino tanto teatro? ¿Por qué hacer que pareciera el mismo tipo de crimen que el del cementerio de Berlín?

—Porque vi ese caso en los periódicos y quería atraerte hacia aquí. Sabía que lo lograría si simulaba un asesinato de parecidas características, que te enviarían a investigar. Pese a todo el daño que me hiciste, todavía siento algo por ti, Karin; y en estos últimos años, he pensado en ti casi a diario. En lo que hacíamos juntos... —Pawlitzki estaba sudando, aunque la temperatura en el búnker era muy baja. Se enjugó la frente con el borde de la manga y siguió hablando, a toda velocidad—. Sabía que si hacía creer que la muerte de Mathias fue como el asesinato de Beate, la policía de la zona os pediría ayuda. Y supongo que por eso estás aquí, ¿no?

—Estoy aquí porque sus guardias me capturaron, los mismos guardias que dispararon contra mi ayudante. Pero si consigo salirme con la mía, al final será usted arrestado y llevado delante de los tribunales.

Pawlitzki dijo que no con la cabeza, empuñó con más fuerza el arma y dejó que una sombra de desencanto le cubriera la cara.

—Eso no va a pasar, Karin, ¿es que no lo ves? No pueden permitirse que nada de esto salga a la luz porque pondría en cuestión los mismos cimientos del régimen. —Volvió a columpiarse en la silla y a limpiarse la frente con la manga—. Además —dijo, y las apuntó con el arma después de quitar la palanca de seguridad—, como ya te he dicho, no vivirás para arrestarme. Eso sí, tengo que admitir que has seguido a la perfección todas mis pistas.

—¿Qué pistas?

—Las de la limus...

—¿No había dicho que usted no tuvo nada que ver con el asesinato del cementerio?

Müller vio que estaba confuso, que con tantas ganas como tenía de demostrar lo listo que era, algo se le había escapado. Pero entonces, Pawlitzki se encogió de hombros:

—Tú no saldrás de aquí, y yo sí.

—Vale, pues si no voy a salir de aquí con vida, entonces no tiene nada de malo que me diga a dónde va todo lo que sacan de la mina...

Pawlitzki chasqueó los labios y una expresión de incertidumbre se le reflejó en la cara.

—Es un túnel. Ackermann y los otros involucrados en el abuso de menores querían una vía de escape. Ya vamos por debajo de la frontera y este tramo es hacia arriba, solo nos quedan unos metros y la habremos cruzado. Y aunque no lo creas, no quería irme sin verte una vez más. Tu cuerpo... ¡tu olor! —La fina sonrisa que se le dibujó en los labios le dio arcadas a Müller, y eso le provocó a él una mueca de incompreensión—. Aunque, ahora que estás aquí, sé que eso nunca volverá a pasar, así que tendrá que ser el plan B, ¿cómo es eso que dicen de ojo por ojo? En fin, que mereces pagar con algo más que un ojo por todo lo que me hiciste, porque me convertiste en un monstruo. —Se levantó el parche y Müller, que esperaba que la horrorizaría la visión de aquello, vio que no era ni mucho menos como la cuenca ocular vacía y desgarrada de Beate en el cementerio. La piel de Pawlitzki en aquel punto presentaba un aspecto pálido, completamente cicatrizado, y se parecía más a la piel suave de las manos de una niña.

Müller se dio cuenta de que Pawlitzki había enloquecido, pero la única posibilidad que tenían de salir vivas de allí era que siguiera hablando; quizá así pudieran usar los enrevesados sentimientos que tenía contra ella y aprovecharse de ellos para intentar escapar.

—Lo siento —mintió Müller.

—¿Que lo sientes? Sentirlo no te va ayudar lo más mínimo, me temo.

Se acercó a él, sin dejar de mirarlo al ojo sano, y le puso una mano en el brazo. Él miró esa mano que restablecía un mínimo contacto entre ellos y se le deformó la cara en una sinfonía de arrugas y pliegues que respondía tanto a la incertidumbre como a la confusión. Y Müller creyó ver algo más en aquel ojo de cíclope: ¿era lujuria? ¿Alguna forma desquiciada de amor? Fuera lo que fuera, era un clavo al que agarrarse, una última oportunidad para ella y para Irma.

Su mano derecha seguía posada levemente en el brazo de Pawlitzki y empezó a hablarle en tono tranquilizador:

—Puedo entender que esto ha sido para usted una pesada carga, y en eso no somos tan distintos, porque mi propio matrimonio pende de un hilo. Están a punto de echarme del Cuerpo de Policía, y no me ata ya nada a este país, en

eso estoy igual que usted. Lo que le hice fue algo horrible, bien claro lo veo ahora. Y yo también pienso en usted... en nosotros... —Acercó su cara a la de él y, a la vez, con la mano que tenía libre, para que pudiera verlo Irma, hizo como que se clavaba un dedo en la espalda. Müller siguió acercándose a él, como si fuera a besarlo, aunque solo de pensarlo se le revolvían las tripas. Hasta el recuerdo de haberlo besado alguna vez le ponía mal cuerpo. Le daba asco el aborto; la violación que lo llevó a él a perder su trabajo le daba asco también. Pero en el ojo bueno le vio el deseo, las ganas que tenía de ella, y eso podía darles a Irma y a ella la décima de segundo que necesitaban.

Justo en ese momento, la chica dio un salto y, antes de que Pawlitzki tuviera tiempo de ponerse en guardia y apuntar, Müller lo sujetó por ambas manos: Irma concentró en un único tajo toda la fuerza que había ido acumulando en los músculos después de tantos meses trabajando como una esclava y le clavó el cuchillo trincherero en el cuello. Pawlitzki se puso blanco, entró en estado de *shock* y la sangre empezó a manar de la herida a borbotones.

Cayó de espaldas e intentó parar el flujo de sangre llevándose una mano al cuello.

—Guardias —gritó. Y le respondió un estrépito de ruidos y voces al otro lado de la puerta, silenciado luego por el de varias ráfagas de metralleta.

Irrumpió por la puerta un agente de paisano y remató a Pawlitzki con otra ráfaga de metralleta que le alcanzó en abdomen, pecho y cabeza, culminando el trabajo que Irma había empezado, y tumbándolo definitivamente contra el suelo. Müller alzó la vista conmocionada al ver quién entraba en ese instante en el comedor subterráneo.

¡Jäger!

El desenlace había sido tan rápido que Müller tenía que esforzarse para hallarle sentido. Ya iba a decirle algo al teniente coronel de la Stasi, cuando vio que el primer agente apuntaba con el arma a Irma. Entonces Müller le gritó a Jäger:

—¡No! ¡No! —Pero el *Oberstleutnant* no hizo nada para detener al pistolero. En ese instante, Müller dio un salto y se puso delante de la chica haciendo de escudo con su propio cuerpo.

Y vio los destellos, sintió las balas que le desgarraban la carne. Solo entonces oyó el grito de Jäger:

—¡Alto el fuego!

Marzo de 1975.

Hohenschönhausen, Berlín Oriental.

Gottfried Müller trataba de llevar mentalmente el cómputo de los días, pero con la intermitencia de la luz cada noche, irregular y a la vez constante, había perdido ya la cuenta. Diez días, once, dos semanas..., no lo tenía muy claro.

Se aferraba a la visita que le hizo Karin como a un clavo ardiendo: seguro que ella lo ayudaría. Pero le entraban unos sudores fríos cuando recordaba la cara de culpa que puso al admitir que las fotografías en las que salía abrazada a Tilsner eran auténticas. Y luego estaba la segunda sesión de interrogatorios, cuando ya no les interesaban las fotografías falsas y se centraban solo en el párroco, el reverendo Grosinski. Llegaron a decir que era un espía del bloque occidental y que Gottfried le había estado pasando información; información sobre la policía, concretamente sobre su mujer y el último asesinato que estaba investigando. Eso, según ellos, era ya un acto de espionaje en sí mismo... Ayudar a una potencia extranjera a minar los cimientos de la República Democrática Alemana.

Era una locura total y absoluta, aunque estaba tan cansado, tan desesperado y falto de energías, que no recordaba muy bien qué había acabado admitiendo. Cierto que había hablado con el párroco acerca de su matrimonio y del caso de asesinato; pero solo para ilustrar los problemas que tenían Karin y él, la obsesión de ella con su trabajo. Aunque cuando le pusieron delante los papeles, no estaba muy seguro en realidad de qué lo habían obligado a firmar.

Lo sobresaltó el ruido de las llaves abriendo la cerradura. ¿Es que ya venían a por él? ¿Así iba a acabar todo? ¿Iban a fusilarlo sin más en algún patio de la cárcel? El guardia era el mismo que lo llevó ante Hunsberger en las dos ocasiones en las que lo habían interrogado. Gottfried se aferró a los hierros de la cama, pero el guardia le cogió las manos sin ningún miramiento,

le puso una muñeca contra otra y lo esposó.

—¡No! —gritó—. Yo no he hecho nada, todo es un error. —El guardia lo puso en pie de un tirón, y Gottfried no tenía fuerzas para ofrecer resistencia, así que obedeció sin rechistar cuando le dio un empujón en la espalda y lo obligó a salir al pasillo y echar a andar. Otra vez tuvo que asistir al festival de luces rojas que se encendían, a las puertas que se abrían y se cerraban a su paso con un sonido metálico seco y resonante; hasta que por fin se halló en el garaje al que llegó el primer día de su detención, donde la luz de los fluorescentes le cegó la vista. Y allí la vio otra vez, aquella prisión sobre cuatro ruedas en la que lo habían traído a la cárcel.

—¿Adónde me llevan? —gritó al ver que llegaba otro guardia y que entre los dos empezaban a forcejear para meterlo en la furgoneta. Finalmente, el preso se rindió, bajó los brazos y les dejó que hicieran con él lo que quisieran.

Lo metieron de un empujón en una de las diminutas celdas que había en la parte de atrás, donde no tuvo más remedio que acuclillarse en la más absoluta oscuridad, y respirar otra vez el hedor a meados y a mierda, encoger el cuerpo y golpearse contra las paredes, el techo y el suelo de la celda.

Entonces arrancaron el motor y Gottfried se aprestó a pasar de nuevo por el calvario de aquel viaje que lo había llevado preso hacía ya tantos y tan largos días con sus noches. Entonces no sabía adónde lo llevaban y tampoco lo sabía ahora. Solo era consciente de la aceleración, la desaceleración, el arranque y la parada. Y el zarandeo constante como aquella vez. Solo que ahora, ¿adónde lo llevaban, a otra prisión? ¿O correría todavía peor suerte?

Décimo séptimo día.

En la sierra del Harz, Alemania del Este.

Müller se llevó la mano al brazo izquierdo y apretó fuerte para detener la hemorragia. Segundos antes, cuando el oficial disparó, Jäger sacó un brazo y apartó el cañón de la metralleta apenas unos centímetros: lo suficiente, pues Müller tuvo la suerte de que las balas solo la rozaran.

Sintió que Irma se movía detrás de ella. Y que, por tanto, estaba viva.

Jäger dio un paso hacia ellas.

—No me toque —gritó Müller—. Ni a ella tampoco. —Había confiado en él... Atrás quedaban los encuentros en privado en el Kulturpark, la Märchenbrunnen, el Weisser See. Pero la realidad ahora era que Jäger hubiera consentido con toda la frialdad del mundo que mataran a Irma a tiros.

El *Oberstleutnant* dio un paso atrás y empezó a darle órdenes al agente de paisano, muy posiblemente un agente de la Stasi fiel a la facción de Jäger. De fuera llegaron más tiros, más gritos y una explosión atronadora.

—¿Está usted bien? —susurró Irma, y se revolvió detrás de Müller para que no la aplastara con su peso.

—Yo sí, y ¿tú? —En ese momento sintió el movimiento afirmativo de la cabeza de Irma detrás de la suya, y que le apretaba más fuerte el brazo ileso.

Jäger salió fuera y siguió dando órdenes, y luego, de repente, Müller tuvo delante la sonrisa de oreja a oreja de *Hauptmann* Baumann; y detrás de él, *Unterleutnant* Vogel, oficiales de la *Kripo* como ella, gente en la que se podía confiar.

—Solo me separaré de ella si me garantiza usted que no le harán ningún daño —le dijo a Baumann.

Él dijo que sí con la cabeza:

—No les pasará nada a ninguna de las dos, le doy mi palabra. —Le quitó el precinto a un paquete de vendas que Vogel le alcanzaba y vendó con ellas la

herida que tenía Müller en el brazo, apretando fuerte—. Hay que llevarla al hospital lo antes posible.

—Que venga ella conmigo. No le deje a Jäger que se acerque a la chica — dijo apretando los dientes.

Vogel ayudó a Baumann a levantar a Müller, y el oficial más joven también le dedicó una sonrisa:

—Cuidaremos de las dos, *Oberleutnant* Müller. —Entonces Baumann se agachó para tranquilizar a Irma y cerciorarse de que no estaba herida.

Müller miró hacia donde yacía el cuerpo de Pawlitzki, hecho un ovillo en un extremo del comedor, y contó, con él, que ya iban dos policías compañeros suyos muertos a tiros en menos de veinticuatro horas. Eso, si asumía que Tilsner estaba muerto.

—¿Encontraron a Werner? —le preguntó a Vogel.

Él bajó la mirada y asintió en silencio. No hacía falta preguntar si estaba muerto, lo veía en la expresión sombría de Vogel.

—Lo han llevado al hospital, pero tiene mal pronóstico.

Müller dio una bocanada de aire y preguntó:

—¿O sea, que todavía está vivo?

—No albergue demasiadas esperanzas —dijo Vogel—. Tenía algo de pulso, pero poco más.

Vogel y Baumann mantuvieron su palabra y escoltaron a Müller y a Irma al hospital para que la chica no tuviera contacto alguno con Jäger por el momento. Mientras la ayudaba a subir los escasos peldaños que la separaban de la superficie, Baumann le contó que el búnker era un puesto de mando en avanzadilla, relacionado con el proyecto de Hitler de fabricar cohetes V2 en los últimos días de la guerra. Müller, que estaba un poco grogui, solo se quedó con parte de los detalles. Sabía que el punto de mayor producción de los V2, después de que se lo llevaran de la costa del Ostsee, estaba en la sierra del Harz, aunque más al sur, cerca de Nordhausen, pero pensó que tenía cierto sentido. De camino a la caseta de la mina, vio cuerpos desparramados por el suelo a los que la sangre mancillaba la ropa de camuflaje blanco, una carnicería que salpicaba el espacio entre los árboles. De la propia mina salía una columna de humo, y supuso que era debido a la explosión que se oyó. ¿Iban a cerrar así para siempre la vía de escape que se

estaba labrando Pawlitzki?

Los dos detectives de la *Kripo* llevaron a Müller y a Irma en un vehículo con tracción a las cuatro ruedas pista arriba, y la inspectora giró la cabeza para ver el punto en el que Tilsner había caído malherido. Vio entonces la cara de terror y confusión que ponía Irma y se acercó más a ella para abrazarla, lo que le arrancó una mueca de dolor al mover el brazo herido.

—Chis —susurró Müller—. Todo irá bien, ya ha pasado, ya ha pasado.

Irma la miró con una expresión de derrota:

—Para usted quizá haya pasado, y volverá a su puesto fijo en el Cuerpo de Policía. —Aunque Müller no estaba tan segura de que su carrera tuviera mucho futuro, porque, a fin de cuentas, había desafiado a Reiniger y roto todas las reglas—. Pero a mí me internarán otra vez en el *Jugendwerkhof*. Ahí, o en la cárcel, aunque no creo que haya mucha diferencia.

Müller miró a la chica a los ojos entre los zarandeos que daba el coche por el terreno nevado.

—No dejaré que te hagan eso, te lo prometo —dijo.

Cuando llegaron a la explanada que había al final de la pista, Müller buscó el Wartburg con la mirada.

Puede que Baumann la viera por el espejo retrovisor, porque dijo:

—Del coche despídase, camarada Müller, me temo que está siniestro total. Lo prendieron fuego y lo tiraron por la pendiente. Eso fue lo que nos puso sobre aviso de lo que estaba pasando.

Müller arrugó el entrecejo y se frotó con cuidado el brazo vendado.

—Y Jäger, ¿vino con ustedes?

—No —dijo Baumann—. Jäger y sus hombres de la Stasi ya estaban ahí abajo. Nosotros llegamos cuando empezó la fiesta.

—Entonces, ¿quién avisó a Jäger? —preguntó Müller perpleja. Porque aunque Pawlitzki la había puesto al día con su versión de la historia, había todavía muchas cosas que no lograba entender.

—No sabemos, camarada Müller. Eso se lo tendrá que preguntar a él.

Décimo noveno día.

En la sierra del Harz, Alemania del Este.

Müller e Irma estuvieron dos días ingresadas en el hospital de Wernigerode. Müller pidió insistentemente que les dieran una habitación para ellas dos solas, y que tuviera vigilancia las veinticuatro horas, cortesía de Baumann y Vogel, quienes usaron su influencia en el cuartel de la Policía del Pueblo. Con la misma insistencia, pidió que la dejaran tener la Makarov en la mesilla.

A los médicos les preocupaba más la herida en la pierna, consecuencia del encontronazo con el cable trampa, que la del brazo, pues esta, dijeron, era solo un rasguño.

Miró a Irma, quien dormía en la cama contigua, y acarició el gatillo de la pistola, como si quisiera asegurarse de que el arma seguía allí.

A Irma le diagnosticaron estado de *shock* y cierta malnutrición, pero pasadas veinticuatro horas, los médicos dijeron que se le podía dar el alta. Müller desoyó esa prescripción facultativa y dijo que la chica se quedaba a su lado. Cuando el equipo médico se mostró disconforme, llamó al doctor Eckstein y el veterano patólogo le dio la razón. El personal del hospital, con menos experiencia que él, veneraba al buen doctor, aunque su especialidad fueran los muertos y no los vivos.

¿Qué habría sido de Gottfried? Seguía sin noticias suyas, y las esperanzas que tenía puestas en Jäger eran como si nada, pues ya no quería trato alguno con él. Recordó que Schmidt todavía no le había dicho nada de las fotos, y le preguntó a la enfermera si podía hacer una llamada telefónica desde su puesto en la planta. Seguro que a Irma no le pasaría nada porque estuviera sola unos minutos y, además, se cercioró de que el policía que montaba guardia la veía salir.

Siguió a la enfermera hasta su puesto y, una vez allí, Müller cerró la puerta

y marcó el número de Schmidt en Keibelstrasse. Cuando él cogió el teléfono en el laboratorio forense, Müller tuvo problemas para entender lo que decía debido a las interferencias.

—Siento no haber podido llamarte antes, Jonas. Se nos ha complicado todo un poco por aquí. ¿Te acuerdas de esas fotos que te di antes de salir de Berlín, las de mi marido? ¿Qué has sacado en claro? —dijo en voz alta, para hacerse entender.

Schmidt también habló a voz en cuello, y Müller tuvo que separarse un poco el auricular de la oreja para que no la dejara sorda. Con todo, no le entendía bien lo que decía.

—Me temo que las fotos de su marido a la puerta de la iglesia en Prenzlauer Berg en las que se le ve con el párroco son auténticas, o al menos así me lo parece.

Ella suspiró:

—Ya lo suponía, Jonas, pero me interesaban más las que sacaron en el *Jugendwerkhof*.

—Ah, vale, pues ahí sus sospechas, y las alegaciones de su marido de que es un montaje, están más que fundadas.

Müller sintió un alivio en el pecho.

—Cuéntame, Jonas, ¿a qué te refieres con eso?

—Las fotos son falsas y es bien fácil de probar. Las han hecho con dos negativos distintos, son de cámaras de vigilancia ocultas pero tomadas en momentos diferentes, eso se aprecia bien por las sombras, porque las dos las sacaron a la luz del día y las sombras corresponden a la luz natural. Al parecer, la habitación da al oeste, y si se mira el mapa de Rügen, yo creo que tuvo que ser en la parte de atrás del complejo de Prora. —Müller intentó recordar el sitio, y vio que tenía sentido, que le encajaba con lo que recordaba del mapa de carreteras y el plano del *Jugendwerkhof*—. Pero mientras que las de Beate se las sacaron alrededor del mediodía o a primera hora de la tarde, porque está de espaldas a la ventana y la sombra de la jarra de agua cae hacia su izquierda —siguió diciendo Schmidt—, las de su marido en la enfermería las tomaron a última hora del día porque su sombra queda justo detrás de él, formando un ángulo casi recto con la ventana.

Müller sintió una gran liberación y cerró los ojos un instante. Gottfried tenía razón, ¿cómo pudo dudar de él? Y ¿si todavía les quedara un resquicio para intentar salvar su matrimonio?

—¿Sigue ahí, camarada Müller? Es que la comunicación se corta constantemente.

—Aquí sigo, Jonas. Y me ha quedado todo bastante claro. Muchísimas gracias, de verdad. —Tomó una gran bocanada de aire y lo soltó lentamente—. Porque no te imaginas lo importante que es esto para mí.

—Un placer, camarada Müller. No soporto que la gente manipule la verdad, y seguro que usted tampoco. Me alegra haberle sido de utilidad, sobre todo, tratándose de un asunto tan... delicado.

—Pues, de verdad que te estoy muy agradecida, Jonas. Pero necesito que me hagas otro favor. Si esas fotos desaparecieran, yo no tendría ninguna prueba de que mi marido es inocente, así que me gustaría que pusieras lo que has averiguado por escrito y le mandarás un informe con copia adjunta de las fotos a... —Hizo una pausa, porque, ¿en quién podía confiar? ¿Había alguien de quien fiarse? Fue *Oberst* Reiniger quien dijo que a su marido lo habían acusado de asesinato, o sea que era él el que tenía que saber que las fotos eran falsas—. A Reiniger, se lo mandas a Reiniger de mi parte. Y haces una segunda copia de todo y me la mandas también a mí, a la dirección de mi apartamento. Y haz una tercera copia y se la mandas por correo a alguien que tú sepas que es de fiar. Por si acaso, Jonas, seguro que te haces cargo de mi situación.

—Lo haré encantado, camarada Müller. Y, si me lo permite, ¿hay algún avance en la investigación del caso?

Müller pensó en todo lo que había pasado. En los tres adolescentes, en Tilsner, hasta en Pawlitzki. Y en que era mejor que Schmidt no supiera nada de todo eso, al menos por el momento.

—Estamos en el buen camino, Jonas. Y tu trabajo forense nos ha ayudado a discernir unas cuantas cosas. No podemos decir que esté solucionado ya el caso, pero creo que pronto lo estará.

—Me alegra oírlo, camarada Müller. Cuídese mucho, estoy deseando verla cuando vuelva usted a Berlín.

Nada más terminar con la llamada, Müller buscó a la misma enfermera y le preguntó si era posible interesarse por el estado de otro paciente que había ingresado con ellas. La enfermera no supo qué responder y entonces Müller le dio el nombre del paciente: *Unterleutnant* de la Policía del Pueblo Werner Tilsner. La mujer fue a comprobarlo y volvió a los pocos minutos diciendo que no había ingresado nadie con ese nombre. ¿Cómo que no? ¿Acaso se

habían llevado a Tilsner de allí en secreto? O peor aún, ¿es que el hospital no había cursado el ingreso porque su ayudante no había sobrevivido?

Cuando volvió a la planta, el policía que estaba de guardia le sonrió, y vio que Irma seguía plácidamente dormida. Entonces Müller decidió que todavía podía hacer otra llamada telefónica, esta vez a Jäger; pues aunque él le había ordenado que no lo llamara, no estaba dispuesta a transigir más con sus exigencias, así que le pidió a la enfermera permiso para entrar al puesto una vez más.

Cogió el auricular con la mano buena y con la que tenía herida, la hoja de libreta en la que había apuntado el número del despacho de Jäger en Normannenstrasse. La mano vendada le temblaba mientras marcaba en el dial con la otra y volvió a sentir la ominosa sensación que tantas veces había tenido a lo largo de aquel caso. Finalmente, el teniente coronel de la Stasi cogió el teléfono.

—Entonces, Karin, ¿qué tal va su recuperación? Bien, espero —dijo.

—Todavía me duele un poco, pero sí, estoy bien. Espero estar ya bien del todo mañana y que me den el alta para poder volver a Berlín. Con Irma.

—Sí, tenemos que hacer algo con esa chica. Pero antes, ¿de qué quería hablar conmigo? —preguntó. Müller no se fiaba del tono que empleaba, era como si quisiera volver a los amables modales que habían presidido sus encuentros clandestinos, y eso la preocupaba.

—De Gottfried, mi marido. Imagino que ya sabrá a estas alturas que las acusaciones de asesinato no se sostienen.

—Es cierto, y en ese sentido informé a quienes lo estaban investigando. O sea, que cumplí lo que prometí de ayudarla.

—¿Informó también de que las fotografías en las que se lo ve abusando de Beate fueron manipuladas?

—Sí, Karin. Pero las fotos en las que está en la iglesia con disidentes son auténticas, o sea que nada cambia por lo que respecta a su relación con él: no podemos consentir que esté casada con un enemigo del Estado. He hecho todo lo que he podido por su marido, pero si desea seguir en la *Kriminalpolizei*, tendrá que firmar los papeles del divorcio.

—Y ¿seguiré suspendida de mis funciones? ¿No me castigarán por haber desobedecido las órdenes de Reiniger?

—¿Es que lo desobedeció? Pues él no ha informado de eso. Dijo que la transmisión era tan defectuosa que no pudo escuchar usted lo que él le dijo.

—Müller pensó por un momento en el coronel de la Policía: siempre la había protegido, y fue él el que la ascendió, la puso al frente de la Brigada Criminal del Distrito Centro; hizo de ella la primera mujer policía que ostentaba semejante cargo en toda la República Democrática Alemana. Y ahora la ayudaba a salir indemne de aquello—. Pero para que no le apliquen ninguna medida de orden disciplinario tiene que cumplir ciertas condiciones: tendrá que divorciarse de su marido, como le dije. Gottfried ya ha firmado los papeles, solo tiene usted que añadir su firma.

—¿Puedo verlo antes? —preguntó Müller.

—No, me temo que eso no va a poder ser, Karin.

—¿Por qué no?, ¿es que sigue en la cárcel?

—No, Karin, lo han soltado. Han retirado los cargos que pesaban contra él, el de asesinato y el de depravación sexual. Dije que la ayudaría, y la he ayudado.

Müller arrugó el entrecejo:

—Pero ¿entonces por qué no puedo verlo? No lo comprendo.

Al otro lado de la línea, Jäger lanzó un suspiro.

—Dadas las circunstancias, lo mejor para todas las partes implicadas era acceder a la petición de su marido de abandonar el país. Se ha ido a la República Federal de Alemania; y a enemigo que huye, puente de plata, por lo que a nosotros respecta. Los cargos iniciales que había contra él no serán archivados, o sea que no volverá a ser bien recibido aquí.

Aquello le sentó a Müller como un puñetazo en el estómago: ahogó un grito y tuvo que agarrarse a la mesa para no perder el equilibrio.

—¿Cuándo ha sido todo esto?

—En los últimos dos días, mientras ha estado usted ingresada en el hospital de Wernigerode, Karin.

Müller sintió que un frío atroz la devoraba por dentro.

—Entonces, ¿firmará los papeles? —preguntó Jäger.

Las imágenes se le agolpaban a Müller en la cabeza: aquellos buenos tiempos, sus encuentros románticos en la Märchenbrunnen, cómo la hacía reír con cualquier chorrada, todo eso era ya agua pasada. Aunque puede que lo que le diera el carpetazo definitivo fuera su aventura con Tilsner. O quizá el desliz de antes, cuando todo empezó, aquella noche de farra con Tilsner que alguien, la Policía o la Stasi, había filmado subrepticamente.

—¿Karin? —apuntó Jäger.

—Sí —dijo ella en voz baja, haciendo lo posible por aguantarse las ganas de llorar—. Sí, firmaré los...

Unos golpes propinados con suma urgencia en la puerta de cristal del puesto de enfermería le impidieron acabar la frase; y, al alzar los ojos, vio una expresión de alarma reflejada en la cara de la mujer.

—La chica —dijo la enfermera casi sin aliento—. Que ha desaparecido.

—¿Cómo? —exclamó Müller, y dejó caer el auricular. Salió corriendo hacia la planta, con la enfermera pegada a sus talones. Cuando llegaron a la habitación, otra enfermera y una mujer que llevaba un uniforme diferente, y que Müller supuso sería la jefa de planta, estaban quitando las sábanas de la cama de Irma, y el agente de la Policía del Pueblo de guardia había desaparecido.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Müller.

—Y ¿a qué vienen esas voces, camarada? —dijo la jefa de planta—. Vino a darle el alta un oficial de alto rango. Todo por lo legal, y le ordenó al policía que se fuera también.

Müller comprobó que tenía la pistola en la funda y salió corriendo a coger el ascensor. Comprendió que estaba ocupado, al ver los números iluminados en el panel, y que bajaba hasta la planta de salida, así que empezó a bajar ella a toda velocidad las escaleras; y con cada peldaño, la herida del brazo izquierdo le daba dolorosos pinchazos, secundada por los calambres que le subían de ambas piernas. Pero la adrenalina la impelía a seguir bajando, hasta que llegó a la planta de salida justo cuando se abrían las puertas del ascensor. Solo que de dentro no salieron ni Irma ni el susodicho oficial, sino un médico con bata blanca.

—¿Ha visto a una chica pelirroja? —gritó, pero el médico dijo que no con la cabeza. Entonces recorrió el pasillo con la mirada y no halló a nadie. Fue corriendo al aparcamiento, miró a derecha e izquierda y creyó que se le iba a salir el corazón del pecho, pero no vio ni rastro de Irma por ninguna parte. Como sabía que no podía perder ni un segundo, volvió corriendo entre jadeos a la tercera planta. Allí, en la habitación, la jefa de planta y la otra enfermera seguían haciendo la cama como si tal cosa.

—No veo a santo de qué preocuparse tanto —dijo la primera de ellas, y pasó la mano por encima de la sábana bajera para alisar las arrugas que se habían formado al extenderla en el colchón—. Ese hombre tenía todos los papeles en regla, y muchos galones, además.

—¿Cómo se llamaba? —exigió saber Müller.

—Vaya, pues no me acuerdo. Pero estará en el registro, espere a ver...

Con el brazo que tenía sano, Müller buscó en el bolsillo el recorte de periódico sacado del *Neues Deutschland* que le había enseñado Pawlitzki, el mismo que Beate había visto encima de la mesa del desayuno dentro del búnker cuando trabajaba en la mina.

Blandió delante de la mujer la fotografía de Horst Ackermann, el segundo de a bordo de la Stasi.

—¿Era este el hombre? —gritó.

—Sí, sí. Ya le dije que era un jefazo, y yo cómo le iba a decir que no...

Müller salió corriendo hacia el puesto de enfermería de la planta, apartó a la ocupante y volvió a llamar a Jäger. Mientras le ponía al corriente de la situación, el teniente coronel de la Stasi, quien hacía gala normalmente de una sangre fría encomiable, parecía tan asustado o más que ella:

—*Verdammt!* —gritó al otro lado del teléfono—. Lanzaremos una orden para que no pueda cruzar ninguno de los puestos fronterizos. Y teníamos que haber avisado al hospital también.

—Me parece que ya sé adónde se dirige —replicó Müller.

—Imposible, ¡si ya di las órdenes oportunas para que dinamitaran ese túnel en la mina!

—Pero eso él no lo sabe, ¿a que no? —dijo Müller—. Voy hacia allá ahora mismo.

—Tenga cuidado, Karin, ese hombre está desesperado. Pediré a la Policía del Pueblo de la zona que le den refuerzos, y que colabore también la policía de fronteras, pero no vaya usted a la buena de Dios como la otra vez, que ya vio cómo acabó todo entonces.

Décimo noveno día.

En la sierra del Harz, Alemania del Este.

Supongo que yo esperaba volver al *Jugendwerkhof*. Desde el mismo día en que los de la República Federal Alemana nos entregaron otra vez a Neumann en aquel cruce de la autopista, pensé que acabaría en Prora Ost. Lo que no esperaba era acabar aquí, en la misma entraña de la mina, venga a cavar, llena de mugre y polvo, venga a toser y sudar. Casi sin poder respirar.

En el hospital, salía de un sueño muy profundo y no sabía muy bien qué estaba pasando: allí, al lado de la cama, había un hombre de aspecto importante que le metía prisa a la enfermera jefe para que me pusiera la ropa. Yo dije que no quería irme, que quería esperar a que volviera la policía tan maja. Pero la enfermera jefe dijo que aquel hombre del ministerio se haría cargo de mí a partir de entonces.

Y aquí lo tengo ahora, justo al lado. Estamos casi a oscuras, y la única luz es el débil foco que arroja su linterna, colocada en el suelo. Me resultó familiar ese hombre cuando le vi los ojos, según me sacaba del hospital a toda prisa y me metía en su todoterreno. Esos ojos tenían el mismo brillo desesperado y loco que le vi en el ojo bueno a Neumann, cuando estábamos en el búnker, justo antes de clavarle el cuchillo en pleno cuello. En eso me ha convertido este país: en una asesina. Llevo dos víctimas en otros tantos meses.

Dije que me cargaría a Neumann tarde o temprano, y vaya si lo hice. Este otro que cava aquí a mi lado, que pierde el resuello porque no está tan en forma como lo estoy yo, ni acostumbrado como yo a doblar el lomo, este, como pueda, será el próximo que me cargue. Tiene pistola, pero yo tengo pala. Y solo me hace falta una décima de segundo. Bien claro lo he dejado ya.

Décimo noveno día.

En la sierra del Harz, Alemania del Este.

Cuando Müller, Baumann y Vogel llegaron al pozo de la mina, hallaron a sus puertas una guardia pretoriana cuyo oficial al mando les juró y perjuró que nadie había traspasado el cordón policial.

—Además, el mismo domingo después del asalto, pusieron cargas explosivas en la galería, camarada *Oberleutnant*, y el túnel se derrumbó. O sea que nadie puede entrar ahí.

Müller arrugó el entrecejo porque su olfato le decía que habían empezado por el sitio adecuado. Y recordó las palabras de Jäger al teléfono, cuando le dijo que lo más probable era que Ackermann intentara fugarse al otro lado a través del túnel que cruzaba la frontera. Si aquella intuición le fallaba a Müller, entonces no tenían ni idea de dónde podían haber ido Ackermann e Irma; solo sabía que el gerifalte intentaría usar a la chica de comodín en algún tipo de canje. Mas Müller no creía que un plan así fuese a funcionar, porque hasta la facción que le era leal a Jäger no habría tenido ningún miramiento en liquidar a la adolescente. Al teniente coronel de la Stasi lo que le interesaba era cazar a Ackermann, y lo que le pudiera pasar a Irma le traía sin cuidado. O sea, que de salvarla, la única que podría hacerlo sería Müller, quien miró al oficial a los ojos y le dijo:

—Comprendo lo que dice, camarada *Leutnant*, pero me gustaría bajar a la mina para verlo con mis propios ojos.

El policía de fronteras dijo que sí con la cabeza:

—Tendrá que ir acompañada de mis hombres; y, por su seguridad, ellos serán los que abran camino. Aunque no le veo mucho sentido, la verdad, porque ya le he dicho que no se puede acceder al túnel. Pero tenemos órdenes de colaborar en la investigación; eso sí: no respondemos de la suerte que pueda correr ahí abajo. Y ¿podrá bajar con ese brazo así? —preguntó, y

señaló el miembro vendado.

Müller dijo que sí con la cabeza, luego siguió pozo abajo a los dos policías de fronteras encargados de acompañarla, con Baumann y Vogel detrás. Ella bajaba escalón a escalón, con cuidado, agarrada a la escalera de mano solo por el lado del brazo bueno, centímetro a centímetro, intentando no pensar en el dolor que le producían las heridas.

Los guardias iluminaron el tramo de escalones de piedra con las linternas y fueron bajando los cinco, hasta que llegaron a la galería.

A la luz de los focos, vieron los raíles, dos líneas paralelas engullidas por el montón de rocas que bloqueaba el acceso a la mina. Era una mole de piedra que llegaba desde el suelo hasta el techo, y Müller dio un paso hacia allí, pero uno de los guardias la detuvo.

—Me temo que no se puede pasar de este punto, camarada *Oberleutnant*, no es seguro. El túnel lo han apuntalado solo hasta aquí, para poder confirmar que está bloqueado del todo, pero es una medida temporal, porque en pocos días usaremos cargas explosivas más potentes para dinamitar la galería y la mina entera, de manera que quede completamente inutilizada.

A Müller le iba la mente a mil por hora: Ackermann e Irma no podían haber atravesado aquella barrera de rocas, así que si no estaban allí, ¿dónde demonios estaban?

Iba a decir algo, pero Baumann pidió que guardaran silencio:

—Escuche, camarada Müller. ¿Ha oído usted eso?

Los cinco contuvieron el aliento como un solo ser. Se oía muy débilmente, pero estaba claro que se oía: era un rítmico repiqueteo, a un golpe lo sucedía otro, así una y otra vez. Luego había un pequeño silencio y volvía a oírse el repicar de nuevo: bum, bum, bum.

—¿¡Qué puede ser eso, *Hauptmann*!?

—No lo sé a ciencia cierta —respondió Baumann—, pero yo diría que alguien está cavando ahí dentro.

Müller aguzó otra vez el oído. Y volvieron a oírse los golpes.

Sin embargo, los policías de fronteras no los dejaron acercarse a la pila de rocas que tapaba el túnel, y tampoco se les veía muy interesados en averiguar la causa de los golpes. Dijeron a los de la *Kripo* que estuvieran tranquilos, que iban a acelerar los trámites para hacerse con las cargas explosivas, y que

todo aquello saltaría por los aires. Si había alguien trabajando en la mina, quedaría reducido a fosfatina.

No les quedó otra opción a los tres detectives que desandar sus pasos hasta la superficie.

Müller miró a Baumann con cara de desesperación:

—¿Qué podemos hacer? Hay que salvar a esa chica como sea.

Baumann miró hacia donde se encontraba el teniente de la policía de fronteras y dijo:

—No creo que se le pueda convencer de que reabra el túnel, no dejaría pasar a nadie ni por encima de su cadáver, están decididos a volarlo todo por los aires.

Müller dijo que sí con la cabeza, pero algo habría que pudieran hacer.

—Y ¿si le echamos otro vistazo a ese mapa? —preguntó Vogel.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Qué mapa?

—En la biblioteca de Wernigerode, *Hauptmann* Baumann y yo conseguimos hacernos con un viejo mapa de los trabajos mineros en la zona, el mismo día que vinimos aquí en su busca. Está más detallado que el que usa usted.

—¿Dónde lo tienen? —preguntó Müller.

—Está en el Gaz. —Fueron los tres a toda prisa al coche, estacionado a un lado de la pista forestal. Vogel sacó el mapa, apartó la nieve del capó con las manos enguantadas y lo extendió allí.

—Estamos aquí —dijo—, esto es el pozo y aquí al lado está la caseta. Pero, si se fijan, había otros pozos antes que bajaban a la mina. —Señaló tres círculos marcados en distintos puntos del bosque.

—Y ¿cómo sabemos que conectan con esa mina? —preguntó Baumann.

Vogel le dio la vuelta al mapa y en el anverso hallaron dibujados distintos cortes en sección de la mina.

—Tengan en cuenta que esto tiene más de cien años. Pero seguro que la policía de fronteras habrá dado con todos los pozos y tendrá hombres apostados en ellos para que nadie haga lo que quisieron hacer Neumann y Ackermann.

—¿Pasar al otro lado de la frontera haciendo un túnel? —preguntó Müller.

—Exacto. —Vogel fue pasando el dedo por los pozos y túneles que aparecían en los planos en sección—. Hay dos pozos que podrían estar

conectados. Uno está a unos cien metros en esa dirección. —Señaló con el brazo hacia el bosque, ladera abajo, en dirección a la frontera—. El otro queda a unos cincuenta metros aproximadamente en la dirección opuesta, según se sube al Brocken. —Esta ruta ladera arriba parecía más empinada y peligrosa.

Baumann entró en el todoterreno, sacó tres linternas y le dio una a Müller.

—¿Va armada, *Oberleutnant*? —ella dijo que sí con la cabeza—. Entonces Vogel y usted vayan a uno de los pozos; y yo, al otro. Como solo tiene un brazo útil, Vogel le echará una mano. —El *Unterleutnant* sonrió a Müller.

—¿Pedimos a los de la policía de fronteras que nos acompañen?

Baumann dijo que no con la cabeza:

—Tampoco es que se desvivieran por ayudarnos ahí abajo, ¿no? Si hallásemos la manera de entrar, ellos intentarían impedirnoslo a toda costa. —Estudiaron los tres el mapa y los planos en sección una vez más, para memorizar las posibles vías de acceso, y salieron luego en direcciones opuestas: Baumann fue ladera arriba; Müller y Vogel, hacia el pozo que quedaba camino de la frontera.

Mientras avanzaban sorteando piedras, pinos y rocas, Müller se agarraba con el brazo bueno al joven oficial. Iban de árbol en árbol, bajando despacio por la ladera hasta el punto en el que debía de estar el pozo. Al principio les costó dar con él, pero luego Müller señaló un murete circular tapado con una rejilla oxidada.

—Parece que lo han sellado —dijo ella.

Vogel zarandeo la rejilla y logró moverla unos milímetros, pero no lo suficiente. Cogió entonces una roca y golpeó con ella uno de los extremos. Luego se metió como pudo entre un árbol y el murete para asentar bien los pies, y tiró hacia arriba de la rejilla con todas sus fuerzas; hasta que sonó un crujido y logró arrancarla, y del impulso cayó de culo en la nieve.

Müller encendió la linterna y alumbró pozo abajo.

—Hay una escalera —dijo. Metió la mano, agarró uno de los peldaños clavados en la pared de roca y añadió—: Y parece segura.

Vogel la desplazó a un lado con cuidado.

—Mejor bajo yo primero, *Oberleutnant*, así la ayudo si surge algún problema.

Müller no sabría decir cuánto habían bajado ya, sumidos en las sombras. El pozo estaba helado y se respiraba dentro un aire húmedo y pestilente. Vogel iba más rápido, y hubo un momento en el que ella comprendió que el *Unterleutnant* había llegado al fondo, porque el foco de la linterna dejó de moverse.

En cuanto llegó a su altura, vio que se abrían dos pasadizos por los que adentrarse a gatas en la mina. Vogel iluminó uno de ellos con la linterna:

—Por aquí —susurró—. O al menos, eso espero.

Lo primero que oyeron fueron los golpes: bum, bum, bum. Llegaban del otro lado de la pared de roca, solo que ahora sonaban más fuertes, se oían más, y hacían eco en el túnel por el que gateaban. Tomaron la precaución de apagar las linternas y, al girar por un recodo, Vogel vio un débil resplandor. En ese punto, el túnel se abría y podían ponerse de pie. Llevaban varios minutos encogidos y aprovecharon para estirarse todo lo largos que eran; y Müller, para frotarse el brazo izquierdo. Después fueron despacio hacia el punto del que provenía el repiqueteo, y la luz se hizo más intensa, hasta que llegaron por el túnel a una intersección. Allí, Vogel se detuvo, asomó la cabeza al otro lado e, inmediatamente, la volvió a esconder. Ella vio que le hacía señas para que se acercara y le susurró al oído:

—Están ahí mismo, a unos veinte metros.

Luego se echó hacia atrás y Müller lo rebasó, muy pegada a la pared de roca, justo en el punto en el que el túnel formaba un cruce con la galería principal. Entonces retiró un poco la cabeza y vio con el ojo izquierdo el punto exacto en el que picaba la pareja. Atisbó primero la mata de pelo rojo y llameante de Irma; después, el brillo del cráneo pelado de Ackermann a la luz de una linterna.

Sacó la Makarov y le quitó el seguro, y oyó que Vogel hacía lo propio detrás de ella.

En ese mismo momento, vio otro foco de luz proveniente del túnel que desembocaba en la galería principal justo enfrente, pero Ackermann e Irma, quienes trabajaban codo con codo, no lo vieron. La luz se hizo más intensa, y entonces Ackermann oyó algo, se volvió, cogió la pistola y apuntó hacia el túnel por el que Baumann, supuso Müller, estaba a punto de asomar.

—Tenga cuidado, lo ha visto —gritó Müller.

Ackermann se dio la vuelta y la apuntó a ella.

—¡Tire el arma, camarada Ackermann! —gritó Baumann—. Queda usted arrestado como sospechoso por el secuestro y asesinato de Beate Ewert.

Ackermann hizo intención de bajar el arma, pero cuando vio que Baumann salía del todo del túnel, levantó el brazo otra vez. Hubo dos destellos y luego sonaron dos disparos, justo cuando Müller y Vogel echaban a correr hacia la galería principal con las pistolas en ristre. Baumann cayó herido y, en el tumulto, cuando Ackermann iba apuntar con el arma a Müller, esta vio el resplandor de un filo de acero, seguido de un golpe seco y del grito que daba Irma mientras estampaba con todas sus fuerzas el canto de la pala contra la cabeza de Ackermann. El general de la Stasi hincó la rodilla y la sangre comenzó a manar profusamente de la herida que tenía en pleno cráneo.

Müller gritó entonces:

—¡No, Irma, no lo hagas! —Pero la chica siguió dándole mandobles al general de la Stasi en la cabeza, con el mismo y repetitivo ritmo con el que él la había obligado a cavar en su vano intento por abrir una vía de escape. Müller ni cayó en la cuenta de que estaba herida y sujetó a Irma con todas sus fuerzas, y la chica soltó la pala y abrazó a la detective, rompiendo a llorar en sus brazos. Müller hubiera querido a Ackermann vivo, para que tuviera que enfrentarse a un juicio como es debido, pero al ver su agonía en los últimos estertores de la muerte, comprendió que ese juicio nunca se celebraría.

Alumbró con la linterna al otro lado de la galería, allí donde Vogel acunaba la cabezota de Baumann en sus brazos. Era un espectáculo casi inverosímil el que ofrecía la luz débil del foco, pues, por la mirada que le echó Vogel con los ojos acuosos a la luz tenue de la linterna, y por la forma en la que decía que no con la cabeza, para Baumann, más grande que la misma vida, sólido, imbatible, para su *Hauptmann*, el detective montañés que tenía más pinta de granjero, aquel sería el último caso.

*Vigésimo día.
Berlín Este.*

Nada más volver a Berlín, a Müller la convocó Jäger a una reunión en la Märchenbrunnen. Ella quiso que fuera en otro sitio, para evitar los recuerdos de los días de cortejo con Gottfried, pero Jäger no lo permitió.

Allí estaba, sentado en el sitio de siempre, delante de unas fuentes que todavía estaban cerradas al público. Solo que la escena presentaba un aspecto diferente, menos mágico, porque se había derretido casi toda la nieve.

—¿Qué tal tiene el brazo? —preguntó él, y lo señaló con la vista.

—Ahí vamos, pero lo que estoy es agotada.

—Ha pasado usted por mucho.

Müller pensó en el cuerpo de Baumann sobre el suelo de la mina, asesinado por un alto cargo del mismo Ministerio para la Seguridad del Estado en el que trabajaba Jäger. Le vino a la memoria también el cuerpo mutilado de Beate en el cementerio, cuando empezó la investigación: y sí, pensó, había pasado por mucho, pero había salido mejor parada que otros.

—¿Qué tal está Tilsner? ¿Puedo ir a verlo?

—Pues claro, si usted quiere. Pero lo mantienen vivo a base de respiración artificial en el hospital de la Charité, o sea que no se enterará de que ha ido a verlo. No saben si saldrá de esta.

—Y ¿Ackermann? ¿Habrá una explicación oficial de su muerte? ¿Sabemos si era él nuestro asesino?

Jäger se frotó la barbilla y miró un punto en la distancia, como si no la hubiera oído.

—*Oberstleutnant* Jäger —lo apuró Müller, porque él seguía en silencio.

Por fin, Jäger lanzó un suspiro y se puso en pie. Luego le tendió la mano y ayudó a Müller a incorporarse.

—Venga —le dijo—, quiero enseñarle algo.

Jäger condujo hacia el norte, atravesó las afueras de la capital del Estado y siguió en la misma dirección pasado el bosque de Brandemburgo que rodeaba la ciudad. Los árboles eran de un color oscuro y a ella le recordaron la sierra del Harz, solo que el terreno era más llano. Müller no sabía adónde la llevaba; llegó a preguntarse si irían hasta Rügen y la costa del Ostsee; mas, pasados unos cuarenta minutos, Jäger tomó un desvío.

Llegaron a una barrera y él mostró el carné, y les franquearon la entrada. Estaban en un complejo de lujoso aspecto en medio del bosque, las calles seguían un trazado rectilíneo y había edificios de poca altura coronados por tejados de tejas rojas. Todas las zonas de césped estaban segadas al rape; y los setos que las rodeaban, perfilados con esmero. Müller no había visto nunca nada igual, y presentaba todo un marcado contraste con los pueblos centenarios de la sierra del Harz, aunque estos también estaban rodeados de árboles por doquier.

—Se la ve impresionada, Karin. Los ciudadanos normales y corrientes de este país no suelen tener la oportunidad de venir por aquí. Téngalo como un honor que se le hace. —Y la sonrió.

Aparcó al lado de uno de los edificios y Müller vio que el césped que lo rodeaba estaba acordonado con una cinta blanca y roja, y que había soldados del Ejército del Pueblo de guardia. Jäger le abrió la puerta del jardín para que entrara ella primero, les mostró el carné a los soldados y pasaron dentro. La decoración de la casa era moderna y funcional, un poco como Müller se imaginaba que viviría la gente en los Estados Unidos de América. ¿Qué sitio era aquel, y por qué la había traído Jäger allí? De repente se sintió un poco alarmada.

Jäger la llevó hasta una de las habitaciones.

—Este es el despacho de Horst Ackermann —dijo él—. Por supuesto, ahora se lo asignarán a otro. —Le hizo señas para que se sentara en el sillón que había en un rincón, mientras que él ocupaba la butaca giratoria de cuero que había detrás del escritorio; entonces se volvió hacia ella y la miró a los ojos.

—Le debo una explicación; aunque estoy convencido de que a usted lo que de verdad le interesa es saber que nuestro asesino ya no volverá a matar: y no volverá a hacerlo. —Jäger le dio un ejemplar del *Neues Deutschland*.

Ella empezó a leer el artículo que ocupaba la portada; y, solo con el titular, ya sabía qué le quería decir Jäger con aquello:

MUERE GENOSSE ACKERMANN EN ACCIDENTE DE COCHE

No le hizo falta seguir leyendo.

—¿O sea, que ni una sola mención a lo que le hizo a esa pobre chica?

Jäger dijo que no con la cabeza:

—Ni tampoco a lo que Irma le hizo a él, porque eso no diría gran cosa del Ministerio para la Seguridad del Estado. Pero de lo que sí estamos seguros es de que fue el asesino y el violador. Equipos de forenses han hallado las huellas de Beate en esta casa; y fibras de la ropa de la chica, hasta tiras de la capa negra de bruja que ella llevaba en la fiesta de disfraces del Brocken. Parece así confirmarse que después de la fiesta volvieron aquí.

—Y ¿ella creía que si iba a la fiesta, si cooperaba con Ackermann, al final la sacarían del *Jugendwerkhof*?

Jäger se encogió de hombros:

—Puede. Pero como todas las piezas del rompecabezas están muertas salvo Irma, eso nunca lo sabremos. Lo que sí sabemos es qué tipo de ácido empleó en la desfiguración de la identidad de la chica, y cuáles fueron las tenacillas que usó para arrancarle los dientes, pues todavía tienen trozos de esmalte. Y también sabemos esto. —Jäger se giró en la silla para alcanzar un sobre marrón que tenía en la mesa, luego volvió a girar y se lo dio a Müller. Ella lo abrió y lo agitó para que cayera el contenido: negativos de fotografías que sostuvo en alto contra la luz de la ventana.

—Son las fotografías originales que sacó la cámara de seguridad en el reformatorio de Rügen. Al parecer, Ackermann y Pawlitzki las tomaron como base para, juntos, hacer el montaje que incriminaba a su marido. Esos negativos están llenos de las huellas digitales de ambos.

Müller los devolvió al interior del sobre y se lo entregó al teniente coronel de la Stasi porque no quería saber ya nada más de esas fotos; eran parte de su vida, pero una parte que quería olvidar.

—Y ¿la limusina Volvo? Porque sigo sin entender por qué la usaron.

—No sabemos con certeza quién arrojó el cuerpo al cementerio. Creemos que fue Neumann, o Pawlitzki si así lo prefiere, y para ello habría usado la limusina de Ackermann. Tenía una idéntica a la que hallaron en la casa de

alquiler de coches de Berlín Occidental; con ella se desplazaba a la parte Oeste, para buscar los servicios de prostitutas, aunque no sé por qué tenía que cruzar el Muro para eso. A este lado las tenemos a montones; sin ir más lejos, la misma madre de Beate Ewert. Por eso acabó en la red de *Jugendwerkhof* la hija, porque la madre no parecía un buen modelo a seguir. De cualquiera de las maneras, Ackermann usaba alternativamente una y otro limusina, aunque no sabemos por qué. Ni siquiera sabemos si la casa de alquiler de coches distinguía una de otra.

Müller arrugó el entrecejo:

—Pero si se movía con tanta facilidad, ¿para qué tenían Neumann y él que cavar el túnel en la mina? ¿Por qué no desertar sin más en cuanto le hiciera falta?

—Puede que el túnel fuera una vía de escape a la desesperada, algo a lo que recurrir cuando vio que le andábamos detrás de la pista y que habíamos sellado todos los puestos fronterizos del país. Por eso era importante que la investigación la llevaran a cabo ustedes, gente de la Policía del Pueblo, que no corriera a cargo de nadie de la Stasi. No queríamos que se diera cuenta de que lo investigaba su propio ministerio.

—Y ¿qué me dice de esas pistas geográficas plantadas con toda la intención? —preguntó Müller.

Jäger se encogió de hombros:

—Eso, ni yo mismo lo entiendo. Solo sé que encaja con los rumores que se oían de las actividades ilícitas de Ackermann, esas fiestas con chicas menores de edad en Rügen. Sabíamos que tres de ellas habían desaparecido. Y los rumores llegaron a otro alto cargo del ministerio: Markus Wolf, jefe de la Dirección General de Inteligencia. Fue él quien decidió sacar la manzana podrida del cesto. Lo que pasa es que, ya digo, para eso no podíamos poner a agentes de la Stasi a investigar a generales de la Stasi.

Müller arrugó el entrecejo:

—O sea, que a lo mejor lo que me dijo Pawlitzki de las pistas era verdad después de todo.

—Y ¿qué fue lo que le dijo?

—Que quería atraerme a mí allí, porque sabía que sería yo la que investigaría el caso.

Jäger cogió un bolígrafo y tomó unas notas, al parecer relacionadas con lo que ella acababa de decir. O eso o hacía garabatos en el bloc, Müller no

alcanzaba a verlo.

—Imagino que cabe dentro de lo posible. Al fin y al cabo, usted era quien estaba al frente de la Brigada Criminal del Distrito Centro.

—¿La que estaba? —preguntó Müller con un tono de alarma en la voz.

—Podría haber un puesto nuevo esperándola —dijo Jäger, e hizo girar la butaca en la que estaba sentado, como un niño pequeño que acaba de descubrir cómo funciona.

—No quiero un puesto nuevo.

Él le sonrió:

—No lo rechace antes de tiempo. Cuando sea conveniente, le daré más detalles.

Quedaba algo en el aire, algo que Müller necesitaba saber a toda costa:

—¿Qué van a hacer con Irma?

Jäger soltó un largo suspiro, dio un golpecito con la punta del boli y lo dejó encima de la mesa.

—Tendrá que volver al *Jugendwerkhof*.

—¡No! —lo interrumpió Müller—. No volverá allí, no pienso permitirlo.

Aquel estallido verbal dejó a Jäger impertérrito.

—No creo que tenga usted nada que decir en el asunto —dijo él—. Quien se ocupa de ella es el Ministerio de Educación, no la *Volkspolizei*. Esa chica tiene que dar gracias de que no la acusan de asesinato.

—No hay testigos. Ni Vogel ni yo declararíamos en su contra. No creo que sea usted tan cruel como para mandarla de vuelta a ese sitio dejado de la mano de Dios.

Jäger la miró con expresión severa:

—Cuidado, Karin, que yo ya he hecho mucho por usted, me he asegurado de que no le apliquen ningún expediente disciplinario. ¿Por qué me iba a jugar el cuello por algo así, y por qué pone usted tanto empeño?

—Es que esas chicas... podrían... podrían ser...

—¿Su hija? ¿La que usted hubiera tenido de no haber abortado?

Aquello se le clavó a Müller en lo más hondo.

—¿Cómo... cómo sabe usted eso?

—Porque el trabajo del Ministerio para la Seguridad del Estado es saber de la gente. Sobre todo, de la gente que trabaja para la seguridad del Estado. Por eso, entre otros motivos, se la eligió a usted para este caso, porque tenía una razón muy personal para implicarse en algo muy concreto: que quienes

perpetraron un asesinato así fueran llevados ante la justicia. La otra razón, por supuesto, es que es usted joven, carece de experiencia y le quedaba grande el caso. —Müller era consciente de que debía sentirse cuando menos airada ante aquel desplante, pero hacía ya tiempo que sospechaba que Jäger no la había reclutado por su solvencia—. Era precisamente esa juventud lo que la hacía vulnerable, maleable; más dispuesta a hacer lo que a mí me hiciera falta.

Müller se echó hacia adelante en el sillón por ver si así podía hacer oídos sordos a lo que decía él. Antes de bajar a la mina el día anterior se había quitado el cabestrillo y no había vuelto a ponérselo; pero todavía le dolía el brazo al apoyar la cabeza entre las manos.

A Jäger se le dibujó una leve sonrisa en los labios. Ya no tenía pinta de presentador de telediarios de la República Federal.

—No obstante, en lo tocante al futuro de Irma, podría haber otra opción —dijo él—. Estaríamos dispuestos a dejar que se fuera a vivir con su abuela en el *camping* de Sellin. Creo que su madre cumple sentencia pronto, ¿no?

—Me parece que sí. —Müller ya no se fiaba de nada de lo que dijera o hiciera Jäger.

—Primero tendré que hablar con Irma —dijo él—. Debería aceptar ciertas condiciones. Pero sí, creo que sus deseos, camarada Müller, y nuestros requerimientos podrían ser compatibles.

Dicho esto, se levantó de la butaca.

—Y con eso, yo creo que aquí ya hemos acabado. ¿No quiere que la lleve a ver a Tilsner?

*Marzo de 1975.
Berlín Oriental.*

Müller miró por el cristal de la puerta de la UCI y se asustó al ver la cantidad de tubos que Tilsner tenía por todo el cuerpo. Casi no se le veía la cara con la mascarilla de oxígeno y la piel de alrededor tenía una palidez que impresionaba. Ya iba a apoyar la mano en la puerta para abrirla, cuando Jäger se la sujetó y señaló con la mirada hacia un lado de la cama que ocupaba el *Unterleutnant*.

Sentada allí vio a Koletta, su mujer, y a sus dos hijos. Müller no sería muy bienvenida: incluso aunque no supiera nada de que su marido y ella habían tenido relaciones sexuales, Koletta le echaría la culpa por meterlo en la boca del lobo. Así que reculó y se dejó caer en una silla en el pasillo. Jäger tomó asiento a su lado.

—Es un buen agente. De su Cuerpo... y del nuestro —dijo él.

Müller no sabía qué tipo de reacción esperaba Jäger de ella: a lo mejor tenía que simular sorpresa al oír aquello. Pero el caso era que no la sorprendía, que hacía tiempo que se lo imaginaba, aunque nunca se habría aventurado a pensar que fuera algo oficial. Con sus palabras, Jäger solo venía a confirmar lo que ya sabía, así que se encogió de hombros quitándole importancia.

Jäger sonrió:

—¿Quién cree que nos dio el soplo por radio desde el Brocken cuando insistió usted en que salieran los dos solos en aquella misión tan descabellada? Hacían falta más armas, y de no haber sido por ese aviso, usted no estaría ahora aquí; y yo, en vez de venir de visita al hospital, tendría que ir de entierro, y asistir nada menos que a dos funerales.

—¿Por eso se fue él solo aquella tarde en Berlín Occidental? —preguntó ella.

Jäger dijo que sí con la cabeza:

—Tenía que recoger unos documentos en relación con una pequeña operación de espionaje que llevábamos a cabo.

Ella soltó un suspiro:

—Sea como sea, es muy buena persona; alguien a quien uno querría siempre tener de su lado, y nunca en contra.

—Una buena persona, estoy de acuerdo. Y buen fotógrafo también.

Müller sintió que le bajaba toda la sangre al corazón y se volvió para encarar al *Oberstleutnant* con el ceño fruncido:

—Pero usted dijo que los que manipularon las fotos de Gottfried con la chica fueron Pawlitzki y Ackermann.

Jäger se echó a reír.

—Y es cierto. A Tilsner le iba más fotografiar iglesias. —Müller ahogó un grito, pero Jäger no había acabado todavía—. Lo que no sé muy bien es por qué tenía tanto interés en sacar fotos de su propio apartamento. ¿Puede que tuviera razones personales para que fracasara su matrimonio con Gottfried?

Aquello fue la gota que colmó el vaso y Müller agarró a Jäger por las solapas del abrigo.

—Cabrón —le escupió a la cara.

Él sonrió y le aflojó los dedos.

—Cuidado, Karin. Después de todo lo que ha pasado, sería una pena que le abrieran un expediente disciplinario.

Ella se levantó, estiró los faldones del abrigo y se alejó a paso firme por el pasillo sin mirar atrás. ¡El muy *Arschloch!* Llevaba ya tiempo jugando a sus juegucitos, haciendo lo que podía para contentarlo, pero aquello se iba a acabar.

Cuando llegó al bloque de apartamentos en Schönhauser Allee, la furgoneta de la Bäckerei Schäfer estaba otra vez aparcada en el sitio de siempre. Seguro que aquello era también cosa de Jäger. Se detuvo en el portal a coger el correo y vio que tenía tres cartas: dos, con pinta de ser documentos oficiales; y una de ellas, con matasellos de la República Federal.

Le pesaban las piernas escaleras arriba, camino de su apartamento. En el descansillo, sintió el ruido que hacía la puerta de Frau Ostermann al abrirse, y pensó que aquella mujer del demonio seguro que la había visto llegar,

asomada a la ventana.

—Frau Müller —dijo—. ¿Va todo bien entre su marido y usted? Porque no se lo ve mucho por aquí últimamente.

Müller se volvió para responder a aquella impertinencia:

—¿Le va a usted algo en ello, ciudadana Ostermann? Yo creo que no, ¿verdad?

La mujer lanzó un resoplido, cerró la puerta otra vez con idéntico ruido metálico y se guareció dentro. Cuando se quedó sola, Müller le dedicó a la vecina un *Mittelfinger* porque no estaba de humor para cotillas.

Entró en el apartamento y el alma se le cayó a los pies. Qué a gusto estaría Ostermann a partir de ahora, porque nadie más compartía aquel espacio ya con Müller: estaba sola.

Cerró la puerta y fue derecha a sentarse en el sofá, y el agotamiento de los últimos días se apoderó de ella. Entonces dejó las dos cartas oficiales encima de la mesa de café y abrió la que tenía el sello de la República Federal, pues sabía casi con total certeza quién la mandaba. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero hizo todo lo que pudo para contenérselas mientras iba leyendo la carta escrita a máquina, fechada hacía dos días:

*Heilbronn,
República Federal Alemana*

Querida Karin:

Siento que todo haya acabado así, y siento no haber tenido oportunidad de verte antes de salir. Ya sabrás a estas alturas que esas fotografías del reformatorio son falsas. Pero aparte de eso, después de lo que me contaste acerca de Tilsner y tú, no podía desperdiciar la oportunidad que me daban de salir del país.

Eso no quiere decir que no piense en ti con cariño. Todavía te lo tengo. Pasamos unos años muy buenos juntos, pero siempre sentí que te faltaba algo, que tenías una tristeza muy grande, y que yo no era capaz de llenar ese vacío del todo. Quizá encuentres a alguien que sí lo colme.

Pero bueno, esta nota es solo para decirte que no guardo ningún tipo de resentimiento hacia ti. Ojalá algún día pueda ir a visitarte y quedemos al menos como amigos; y ojalá me recuerdes con cariño.

Espero encontrar trabajo pronto, aunque hay mucho paro a este lado

del Muro. No abundan los buenos profesores de Matemáticas, y voy mañana a una entrevista para un puesto en Bad Wimpfen, un pueblo muy bonito a orillas del río Neckar. Estoy muy ilusionado, aunque me impone todo un poco también.

No pienses mal de mí.

Al final de las líneas a máquina, estaba lo único que había escrito a mano: su nombre, Gottfried; y una solitaria equis que hacía las veces de un beso.

Karin no quiso saber nada de las otras dos cartas, fue al dormitorio y buscó la llave en lo alto del armario. Luego se sentó al borde de la cama y abrió el cajón.

A veces, solo con acariciar la ropa ya le valía, pero hoy no. Sacó los dos conjuntos de ropita, uno rosa y el otro azul, y los extendió con cuidado en la cama, uno al lado del otro. Empezó a acariciarlos y los ojos se le llenaron de lágrimas. Porque no era que a Pawlitzki le hubieran hurtado la existencia de un hijo o de una hija; es que le habían arrebatado los dos: un hijo y una hija. La dejó embarazada de mellizos, y de no haber puesto fin a aquel embarazo no deseado, Müller tendría que haberse despedido en aquel momento y para siempre de su carrera de policía.

Aquellos mellizos que jamás podría reemplazar, y eso bien lo sabía.

Oberleutnant Müller perdió a sus hijos, perdió a su marido y no sabía si su ayudante viviría para contarlo. Pero había salvado la vida de una chica. Ojalá Irma Behrendt hallara la felicidad ahora y le sacara el máximo partido a aquella nueva oportunidad que la vida le daba.

Marzo de 1975.

Ostseebad Sellin, Rügen, Alemania del Este.

Estoy tan ilusionada. Porque ha llegado el día que llevaba esperando muchos años, años de desdicha sin límite, y sé que la Oma está igual que yo. Somos muy pocos porque hay muchos en el pueblo que no quieren que los vean con nosotras. Y hasta lo puedo comprender. Pero los que estamos aquí nos hemos puesto nuestra mejor ropa, nos hemos maquillado lo mejor que sabemos y hasta les hemos sacado brillo a los zapatos.

Llevo una semana ayudando a la Oma a hacer que la casita del *camping* vuelva a ser tan bonita como antes: hemos pintado la fachada de un blanco vivo que reluce con el sol de primavera; y luego hemos hecho los pasteles, y los papelitos para decorarlo todo. No queda mucho para que la Oma vuelva a abrirlo en Semana Santa, y me ha prometido que si la cosa va bien, me dará trabajo en el *camping* y tendré mi propio sueldo por fin. No esa mierda de dinero que me daban en el *Jugendwerkhof*; no, un sueldo como es debido, aunque sea pequeño.

Suena el timbre de la puerta y las dos nos llevamos un dedo a los labios y nos da una risita nerviosa. Pero seguro que nos ha oído: es Laurenz, el hijo de Frau Brinkerhoff, y me mira ilusionado cuando abro la puerta, y me sonrío. Yo me pongo roja porque me ha invitado a ir al cine con él la semana que viene a Göhren, un poco más al norte de la isla, y es mi primera cita, y estoy muy nerviosa.

Suena otra vez el timbre de la puerta y veo a alguien por el cristal esmerilado. Voy a abrir, me miro el pelo recién cortado en el espejo del recibidor y me aparto el flequillo con la mano.

Abro la puerta y la veo a ella, y le suelto:

—No tenemos plazas libres, lo siento, el *camping* está cerrado hasta el inicio de la temporada.

Ella arruga la frente porque no comprende.

—Yo... esto... yo no quería acampar —dice con un balbuceo, porque sé que no conoce a esta chica nueva que le abre la puerta. Por fin, me mira con más detenimiento, ve mi pelo rojo, mis ojos azules, y entonces me reconoce y comprende que estoy bromeando.

—¡Irma! —grita—. ¿Eres tú de verdad? —yo digo que sí con la cabeza, y va y me abraza, mucho más fuerte que nunca, y sé que si hablo me pondré a llorar y no pararé. Y entonces se separa de mí y me mira otra vez con más detenimiento y me acaricia la cara—. ¡Qué guapa estás! ¿Qué te has hecho? Mi preciosa niña, qué guapa estás. —Ya no puede contener las lágrimas y no hace nada para limpiárselas. Está más delgada de lo que la recuerdo, tiene más arrugas, quizá más de las que suelen tener las mujeres a su edad. Tantos años en la cárcel le han pasado factura.

Pero es Mutti.

Mi Mutti.

Ha vuelto a casa. Y sé que he hecho bien al aceptar el trato que me ofreció el *Oberstleutnant* Jäger.

Marzo de 1975.

En un bosque cerca de Berlín Oriental.

El agente de la Stasi al volante de la furgoneta Barkas había acabado perdiendo la orientación él mismo con tantos giros impostados, tantas paradas y tantos arranques; así que, para el preso que llevaba dentro, sería todavía mucho peor. No tendría ni idea de dónde estaba. El agente sabía que se hallaban en las afueras de la capital del Estado, pero poco más. Estaba al tanto de lo que tenía que hacer, mas no de cuáles eran las circunstancias que rodeaban el caso, ni siquiera sabía de qué era culpable el preso. Aunque tenía que ser algo grave si los había llevado hasta allí y a él le habían asignado aquel trabajo. Lo más normal es que lo acusaran de espía, de minar los cimientos de la República Democrática, de ayudar a los fascistas y a los contrarrevolucionarios en su afán por destruir el Estado socialista de los trabajadores y campesinos.

Oyó que los guardias sacaban a rastras al preso de la furgoneta, que intentaban sofocar sus gritos, sus protestas, su miedo pánico y cerval. Se habían dado casos, cierto, en los que había que intervenir a última hora. También había veces en las que tenían que prolongar el ritual hasta el borde mismo del precipicio, momento en el que abortaban la operación y llevaban al preso de vuelta a la cárcel de la que lo habían sacado. Más veces preso que presa. Se contaban con los dedos de las manos esas ocasiones, pero alguna había. Era una manera de llevar hasta sus últimas consecuencias el *Zersetzung*, el terror psicológico: el truco final con el que intentaban vencer su resistencia y hacer que confesara.

Pero no había allí *Zersetzung* ninguno.

Se acercaba el momento, así que metió las manos en los guantes blancos, sabedor de que muy pronto dejarían de estarlo.

Cogió el maletín y tuvo que agacharse para salir de la furgoneta.

Estaban en un claro del bosque, rodeados de piceas por todas partes: el aire era limpio y fresco, y se agradecía respirar allí a pleno pulmón, bien lejos de la contaminación y de la niebla de la capital del Estado.

El agente se ajustó los guantes, se arrodilló y abrió el maletín de aluminio. Allí estaba el arma, revisada, lubricada y a punto. Él mismo se había encargado de hacerlo antes de salir de Hohenschönhausen.

El preso se había calmado un poco y estaba de rodillas en el suelo del bosque, doblemente sujeto: por la camisa de fuerza y por los guardias que lo agarraban uno por cada lado. Había cesado en sus gritos, ya no perforaban el aire del bosque sus alegaciones de inocencia, prorrumpidas a través de la pesada tela del capuchón que le cubría la cabeza.

El agente cargó el arma, quitó el seguro y apuntó a la nuca del preso; quien, al sentir el cañón contra la base del cráneo, intentó zafarse y empezó a proferir gritos ininteligibles a través del tupido saco. Pero ya era demasiado tarde.

El agente se detuvo unos instantes para que pasara el canto furtivo de algún pájaro allá en lo alto y la solemnidad del momento cuajara en el silencio del bosque; quiso dejarle al condenado unos últimos segundos de recogimiento.

Luego apretó el gatillo.

Epílogo

Marzo de 1975.

En la isla de Rügen, República Democrática Alemana.

La mujer lo buscaba entre el puñado de gente que había en el café, posaba los ojos apenas un instante en cada uno de ellos y apartaba luego la mirada antes de dar tiempo a recibir la ajena. ¿Dónde estaba? Habían quedado en aquel sitio, ella había hecho todo lo posible por ser puntual, mas ninguno de los parroquianos llevaba en las manos lo que le había de servir como señal para reconocerlo. Miró el reloj y vio que ya llevaba diez minutos de retraso, así que siguió mirando subrepticamente a su alrededor, mientras evitaba que la miraran a ella.

¿Habría entre ellos algún informante? La camarera que acababa de traerle el café, quizá, con las cejas pintarrajeadas y el ademán seco que tienen las mujeres del campo en la Pomerania. Porque leal al partido sí que parecía. O el hombre con barba de varios días que vestía una sudadera de pescador de color gris, sentado en un rincón con una cerveza entre las manos, pese a que no era ni mediodía aún. Eso sí, todavía no se la había llevado a los labios, según pudo apreciar ella.

La mujer se frotó las manos como si el viento de levante que soplaba del Ostsee hubiera invadido el café. No en vano en la chimenea, presidida por el retrato de un hombre de mediana edad que lucía gafas de montura de carey, crepitaba el fuego y arrojaba densas nubes de humo, como si le sentara mal la dieta de carbón barato a la que lo sometían. Se llevó el café a los labios, le tembló el pulso al rozar la taza y derramó algo de líquido. La mujer puso cara de pena y esbozó una sonrisa, como para perdonarse a sí misma aquel descuido.

Volvió a mirar el reloj y luego otra vez al retrato del camarada Honecker. Tenía la sensación de que también él, allí enmarcado, la estaba vigilando a través del cristal. Llevaba años cautiva, por culpa de él y los de su calaña,

como pájaro enjaulado. Pues no eran más que eso: el carcelero mayor del reino y su cohorte de edecanes, bien enseñados todos a espiar a gente como ella.

Y era verdad que la vigilaban, pero no desde dentro del café. Porque los ojos que la observaban sin perder comba estaban escondidos debajo del ala de un porche de madera blanca, en la acera de enfrente, al otro lado de la calle principal que recorría de arriba abajo aquel pueblo costero. Eran ojos que se guardaban al abrigo de una capucha y pertenecían a una figura esbelta, con la cara angulosa, que fingía barrer la entrada del edificio, pero que en realidad centraba toda su atención en el café de enfrente y no en las evoluciones de la escoba.

La figura encapuchada aguzó la mirada cuando vio acercarse a un hombre con gabardina que llevaba en la mano un ramo de flores frescas. Porque aquellas flores no eran de allí, en la isla de Rügen florecían mucho más tarde. Fue precisamente el ramo lo que atrajo la atención de la mujer que esperaba dentro del café: nada más verlas, se levantó, echó encima de la mesa un par de marcos, salió corriendo a reunirse con el hombre y se le iluminó la cara cuando se abrazaron con una expresión casi amorosa, aunque a la figura encapuchada no le pareció que llegara a tanto.

Echaron a andar por Wilhelm-Pieck-Strasse, dejaron atrás los ventisqueros apilados a ambos lados de la calle de resultas de la tormenta de nieve que había azotado la costa hacía apenas unos días, y el viento meció con saña los tallos de las flores en la mano del hombre. Fueron al encuentro del mar y bajaron los escalones que llevaban desde el acantilado al Seebrücke, cuyas ancas de madera se adentraban en el agua gélida.

Pasados unos segundos, la figura encapuchada del porche cruzó la calle y los siguió, a una distancia de unos cien metros de la pareja. Luego se paró en el telescopio que había en lo alto del acantilado, el que usaban los niños para avistar barcos en verano. Sin embargo, cualquiera que se hubiera parado a mirar el ángulo que formaba el telescopio, se habría dado cuenta de que no apuntaba a alta mar, sino al final del malecón de madera. Allí estaba la pareja, en animada conversación, parados al lado de una farola cubierta por el asperge helado del mar, pues el invierno se agarraba a la costa todavía con mano férrea hasta la llegada de la primavera.

A los pocos instantes, el encapuchado fue a una cabina amarilla de teléfonos que quedaba a escasos metros.

El dedo que marcaba el dial compuso un número de teléfono de Bergen auf Rügen.

En Bergen, la operadora del Ministerio para la Seguridad del Estado oyó que preguntaban por *Hauptmann* Gerd Steiger.

—¿De parte de quién? —preguntó la operadora.

En la cabina, la figura se quitó la capucha y pasó los dedos por el pelo rojo recién cortado.

—Dígale que es Gato Montés quien lo llama. Y dígame que nuestro hombre ha establecido contacto.

Sin capucha ya, mientras esperaba a que Steiger se pusiera al teléfono, la chica de angulosos rasgos se preguntó si hacía bien, pero se respondió a sí misma afirmativamente. Ese era el precio de la libertad; así evitaba que la mandaran de vuelta al *Jugendwerkhof* y la dejaran vivir con su abuela.

Así: espionando a su propia madre.

Pues eso hacía, al fin y al cabo.

Lo mismo que hizo Mathias antes que ella.

Lo que hacían todos los espías.

Los informantes.

Los hijos de la Stasi.

Glosario

Ampelmann Hombrecillo verde/rojo de las luces de un semáforo peatonal.

Arschloch Gilipollas.

Bäderarchitektur Arquitectura común en balnearios y pueblos costeros.

Bezirk (pl. *Bezirke*) Distrito o región de la República Democrática Alemana.

Brötchen Panecillo.

Bundesgrenzschutz Policía federal de fronteras: el primer cuerpo de policía permitido en la República Federal Alemana después de la Segunda Guerra Mundial.

Der schwarze Kanal Programa de televisión de la DDR tristemente famoso por ser propagandístico.

Eingaben Solicitudes.

Gebackene Apfelringe Aritos de manzana recubiertos de masa quebrada y horneados.

Generaloberst Coronel general.

Gottverdamm Maldita sea.

Grenztruppen Policía de fronteras.

Grenzübergang Puesto fronterizo en el Muro de Berlín o entre las dos Alemanias.

Hänschen klein «Pequeño Hans» (título de una canción infantil muy famosa).

Jugendliche Joven; adolescente.

Jugendwerkhof (pl. *Jugendwerkhöfe*) Reformatorio (literalmente: «taller de trabajo para jóvenes»).

Kaufhaus des Westens (comúnmente abreviado como *KaDeWe*) Grandes almacenes de Berlín Occidental.

Kriminalpolizei Policía Criminal.

Kriminaltechniker Agente de la Policía Científica.

Kripo Policía Criminal en su forma abreviada.

Leutnant Teniente.

Neues Deutschland Periódico del partido.

Oberleutnant Teniente o primer teniente en algunos ejércitos.

Oberliga Primera división de la liga de fútbol de Alemania del Este.

Oberst Coronel.

Oberstleutnant Teniente coronel.

Oma Abuela; yaya.

Ostler En jerga, ciudadano de Alemania del Este (llamado *Ossi* después de 1989).

Ostpolitik Normalización de relaciones entre ambas Alemanias en los primeros años de la década de los setenta.

Ostsee El mar Báltico.

Republikflucht Desplazamiento de ciudadanos de Alemania del Este a la República Federal Alemana.

Republikflüchtlinge Fugados (ciudadanos que han escapado o salido de la República Democrática Alemana).

Scheisse Mierda.

Seebrücke Malecón.

Unterleutnant Alférez.

Volkspolizei Policía del Pueblo.

Westler En jerga, ciudadano de la República Federal Alemana (llamado *Wessi* después de 1989).

Nota del autor

Esta novela es una obra de ficción, pero parte de la historia está inspirada en hechos reales, sobre todo la forma en la que la Stasi reclutaba a gente joven. Se estima que cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, alrededor del seis por ciento de los 173.000 colaboradores extraoficiales de la Stasi tenían menos de dieciocho años. El reclutamiento de menores empezó en los años setenta y fue en aumento durante los ochenta. Se puede encontrar más información al respecto en el libro de Klaus Behnke y Jürgen Wolf: *Stasi Auf Dem Schulhof*.

El método de ejecución más empleado en la República Democrática Alemana fue la guillotina hasta mediados de los años sesenta; y, a partir de entonces, un balazo en la nuca. La pena de muerte no fue abolida hasta 1987; y en 1982, se le atribuyen al general al mando de la Stasi, Erich Mielke, unas palabras según las cuales, los agentes de la Stasi deberían «ejecutar si hiciera falta, incluso aunque no hubiera juicio». Es posible escuchar estas espeluznantes palabras como parte de la exposición del Museum in der Runden Ecke, antiguo cuartel general de la Stasi en Leipzig.

Aunque el *Jugendwerkhof* que aparece en este libro es inventado, el *Jugendwerkhof* «cerrado» de Torgau era tristemente conocido por los abusos sexuales y el maltrato a los que sometían a los niños allí recluidos. Un testimonio de primera mano que pone los pelos de punta es el de Heidemarie Puls, internada en él en los años setenta. El trasfondo en el que se inspira esta novela proviene en parte de su libro *Schattenkinder hinter Torgauer Mauern*. El único *Jugendwerkhof* que había en Rügen lo cerraron en los años cincuenta; sin embargo, Prora sigue existiendo y merece una visita.

La idea de que Neumann y Ackermann en la ficción quisieran escapar a través de un túnel la tomé del que se construyó para el jefe de Estado de la DDR, Erich Honecker, quien hizo que le excavaran una vía de escape de cincuenta metros de longitud debajo del Muro de Berlín por si su pueblo se

rebelaba contra él. Al igual que Ackermann, mi personaje en la ficción, nunca tuvo ocasión de usarlo.

La isla de Vilm existe y era lugar de recreo para la elite política de la Alemania del Este. Sin embargo, son inventados los abusos sexuales que suceden allí en la novela, así como la fiesta de disfraces en el Brocken. También lo es la base soviética de Gross Zicker en Rügen descrita en este libro; pero donde sí hubo una base fue muy cerca de allí, en Klein Zicker, que ha pasado a mejor vida.

No me consta que se empleara a los niños internados en los *Jugendwerkhöfe* para hacer muebles con destino a los países al otro lado del Muro. Sin embargo, sí llegó a usarse a prisioneros políticos en poder de la Stasi para confeccionar muebles de IKEA en los años setenta y ochenta; entre ellos, el muy conocido sofá Klippan. En noviembre de 2012, el director general de IKEA en Alemania, Peter Betzel, pidió formalmente perdón delante de una congregación de antiguos prisioneros, después de que un informe elaborado por los auditores Ernst & Young confirmara que los directivos de IKEA estaban al tanto de esta práctica.

La línea argumental del acuerdo de repatriación de menores de dieciséis años se basa en una historia fascinante que circula en Internet, *Flight to Freedom* [Huida hacia la libertad], narrada por un exsoldado estadounidense, Thomas Pucci. Pucci y su amigo Harry Knights presenciaron cómo escapaba un chico de catorce años del «vecindario de Doppel», en Berlín, a mediados de los años setenta. Knights llegó a tomar hasta fotos. El chico logró eludir el corredor de la muerte y llegar al otro lado del Muro, según Pucci. No obstante, tres días más tarde, las autoridades de la República Federal Alemana que lo custodiaban, si se hace caso a los titulares de los periódicos, lo devolvieron a Berlín Este ateniéndose a lo establecido en dicho «acuerdo».

La Stasi llegó a mandar a sus agentes a Berlín Occidental para alquilar un coche y llevarlo a la parte Este con el fin de realizar en él pruebas forenses. Fue en un caso de asesinato en 1977, y me lo contó el doctor Remo Kroll, autor de *Die Kriminalpolizei im Ostteil Berlins (1945-1990)*. La Stasi tenía su propia brigada especial de homicidios; la cual tomaría parte activa en las investigaciones si los sospechosos tuvieran algún tipo de relación con el partido en el poder, el PSUA (Partido Socialista Unificado de Alemania, según las siglas en castellano). A veces, asumían ellos mismos las investigaciones abiertas por la *Kripo*: el doctor Kroll cita el ejemplo de varios

asesinatos de bebés en 1986 en un hospital de Leipzig.

Por último, aunque los líderes del partido desfilaban en raras ocasiones a bordo de sus Volvos, lo más habitual era que presenciaran los desfiles desde la tribuna, al estilo del Kremlin. Es decir, que el recuerdo que tiene Karin del desfile del veinticinco aniversario es una pequeña licencia argumental que me tomo.

Espero que disfruten tanto de la lectura de esta novela como yo disfruté escribiéndola, y que se animen a ir al este de Alemania, donde los restos fantasmagóricos del mundo distópico que fue la DDR siguen siendo visibles todavía hoy día, aunque están desapareciendo a marchas forzadas.

Para más información sobre mi persona y mis novelas, les remito a mi página web: www.stasichild.com

Agradecimientos

Escribí esta novela para el curso inaugural del Crime Thriller Creative Writing MA [Máster en escritura creativa de narrativa policíaca y de misterio] de la City University de Londres. Quiero dar sobre todo las gracias a mis compañeros de máster por su apoyo y por sus inestimables sugerencias, especialmente a Stephanie Broadribb, Rob Hogg, James Holt, Philip Horswood, Kylie Morris, Seun Olatoye, Rod Reynolds, Jody Sabral, Laura Shepherd-Robinson y Emma Tuddenham. En el momento de escribir estas líneas, dos de nosotros hemos firmado contratos de edición (y más que vendrán, estoy convencido), uno ha logrado el premio Debut Dagger y varios ya tienen agente literario.

Quiero dar las gracias asimismo a mis tutores en el máster, Claire McGowan, Laura Wilson y Philip Sington, por sus sugerencias. La novela de Philip, *The Valley of Unknowing* [El valle del no-saber], ambientada en el Dresde de los años ochenta, fue con mucho el mejor relato de ficción que leí mientras me documentaba para escribir esta novela.

Le estoy muy agradecido a Oliver Berlau, del Servicio de Exteriores de la BBC, por compartir conmigo sus experiencias de cuando era niño en Sellin, Rügen, y por leer el primer borrador. Hice un viaje maravilloso a Sellin en abril de 2013 con el fin de documentarme, y me alojé en una calle que daba a Wilhelmstrasse (Wilhelm-Pieck-Strasse en tiempos de la DDR): ese viaje y los recuerdos de Oliver me valieron de inspiración para escribir las partes del libro que transcurren en Rügen. Gracias asimismo a Stephanie Smith por sus valiosos comentarios sobre el primer borrador.

Estoy en deuda con los expolicías Siegfried Schwarz y Bernd Marmulla por sus explicaciones sobre prácticas policiales en la DDR; y con Jana Reissmann y Thomas Abrams por hacer amablemente de intérpretes en las entrevistas. Muchas gracias también a Ronald Schulz-Töpken, de la Presidencia de la Policía de Berlín, Remo Kroll y la antigua agente de policía

de Berlín Este Kerstin Krüger.

Mi profundo agradecimiento a los organizadores del premio internacional de literatura Yeovil, pues el quedar finalista y que me concedieran el tercer premio fue un primer paso para la publicación.

No quiero olvidarme, finalmente, de que sin mi agente, Adam Gauntlett, y sin sus compañeros en la agencia Peters Fraser & Dunlop (sobre todo Rachel Mills, Naomi Joseph y Jonathan Sissons), puede que nunca hubiéramos asistido a la publicación de este libro. Me emocionó que lo comprara Mark Smith para Bonnier en el Reino Unido, y quedo muy agradecido a mi editor en Twenty7, Joel Richardson, por las mejoras que me sugirió. Por supuesto: cualquier error que pueda haber quedado en estas páginas es solo atribuible a mí mismo.